

A close-up portrait of Pedro Antonio Diaz, a man with a mustache wearing a cowboy hat and a denim jacket. The background is dark and textured.

**PEDRO ANTONIO DIAZ**

**Por qué**

**yo Maté**

**a Delgado  
Chalpaud**

**MEMORIAS DE PEDRO ANTONIO DIAZ  
TAL COMO SE LAS CONTO A  
OSCAR YANES**



**LEA**  
LIBRERIA



PEDRO ANTONIO DIAZ

Por qué  
yo Maté  
a Delgado  
Chalbaud

MEMORIAS DE PEDRO ANTONIO DIAZ  
TAL COMO SE LAS CONTO A  
OSCAR YANES

PUBLICACIONES  SELEVEN

© Publicaciones Seleven  
Caracas - Venezuela  
Portada y reconstrucción de la muerte  
del coronel Carlos Delgado Chalbaud:  
Manuel Mérida y Chelu  
Grabación: Nestor Rodríguez González  
Fotografía: Chelu  
Impreso en Venezuela por Litografía Melvin

PEDRO ANTONIO DIAZ  
Y LA HISTORIA DE ESTE LIBRO



En el mes de agosto de 1979 me encontraba yo en la Sierra de Coro, en el pueblo de Areguito, cuando me presentaron a Pedro Antonio Díaz.

En el Estado Falcón, especialmente en la Sierra, se habla todavía con gran respeto y admiración de Rafael Simón Urbina. Por caseríos y pueblos circulan las leyendas y las anécdotas de este guerrillero. Los hombres que por una u otra razón conocieron al general Urbina, son también objeto, especialmente en la Sierra, de respeto popular.

Pedro Antonio Díaz es uno de los urbinistas. Cuando hablé con él aquella noche en Areguito, me llamaron la atención dos cosas: su prudencia y su actitud personal tan apegada a las viejas formas de comportamiento social. Más adelante, durante otras entrevistas, me gané la confianza de Díaz y comenzó a referirme historias relacionadas con el caso de Delgado Chalbaud.

Mi interés aumentó cuando observé que Pedro Díaz tenía una obsesión por el juicio que la historia puede impartir en relación con el crimen de Delgado Chalbaud; a Pedro le molesta mucho el que a los urbinistas se les llame hampones, borrachos y asesinos. El sostiene, y creo

que tenemos derecho a escucharlo, que la acción contra Delgado Chalbaud fue un golpe militar y no un asalto armado de carácter estrictamente personal, como se ha pretendido presentarlo ante las nuevas generaciones.

Por el destino, por eso que llaman azar o por las circunstancias, a Pedro Díaz le tocaron dos situaciones en el caso de Delgado Chalbaud verdaderamente excepcionales y que cambiaron, a mi juicio, la historia del país.

En este libro, mi amigo Pedro cuenta lo que verdaderamente ocurrió aquel 13 de noviembre de 1950. Por el estilo que se le imprime a este relato, el lector joven especialmente podrá enterarse no sólo de los sucesos del 13 de noviembre sino además, de la vida política y hasta íntima de una serie de personajes que han protagonizado y hecho la historia de Venezuela.

Durante muchas noches yo escuché las historias de Pedro y pensé que ese valioso material para la vida contemporánea del país no podía quedar para siempre inédito, en quien es hoy un honesto agricultor y extraordinario padre de familia por eso puse en contacto a Pedro Antonio con Oscar Yanes, Santiago Moreno y la gente de Mercalibros para que ellos, con la responsabilidad y seriedad que les caracteriza llevaran al país en una forma digna, las Memorias de Pedro Antonio Díaz.

La obra consta de 19 capítulos y de un apéndice en donde hay material documental de extraordinario provecho para todos los estudiosos de la historia contemporánea del país. El material gráfico, más de 60 ilustraciones de excepcional interés. Cabe destacar que por primera vez los venezolanos tienen la oportunidad de ver la reconstrucción real del asesinato de Delgado Chalbaud, dibujada

fielmente por el gran pintor Manuel Mérida, bajo las indicaciones del propio Pedro Antonio Díaz.

Como docente, dedicado a las ciencias sociales, creo sinceramente que esta obra aporta valiosos testimonios para profundizar en el estudio de la historia contemporánea de Venezuela; no vacilaría en recomendársela a mis colegas por cuanto por estas páginas no solamente desfilan Delgado Chalbaud, Urbina, Pérez Jiménez, Llovera Páez y Antonio Aranguren, sino los viejos y ya olvidados caudillos, quienes a costa de sangre y sacrificio se opusieron siempre a las pretensiones dictatoriales.

Estamos ante una obra llena de sorpresas. También por primera vez, nos enteramos de cómo el FBI interrogaba a los urbinistas y de las advertencias que el agente de la agencia de inteligencia norteamericana hizo a cada uno de los presos. Las Memorias de Pedro cambian la historia.

Rafael Oria  
Profesor de Ciencias Sociales



**ESPIRITUS DE AYER**



Cuando yo, Pedro Antonio Díaz, nací el 18 de noviembre de 1922 en la Sierra de Coro, Venezuela era un país agitado. El Mocho Hernández había muerto el año anterior en Nueva York. Y también en ese mismo año de 1921, Tomás Funes había sido fusilado por Arévalo Cedeño.

Gómez estaba convirtiendo a Venezuela en ese año de 1922 en una monarquía tachirense. El Benemérito era el Presidente; su hermano, don Juancho, primer Vice-Presidente y José Vicente, el hijo del dictador, segundo Vice-Presidente.

En la terrible Rotunda, la cárcel de Gómez, en Caracas, se inició el año 22 con once presos: el general Román Delgado Chalbaud, padre del hombre a quien muchos años más tarde yo me enfrentaría, en el golpe de mano más audaz que se ha dado en toda la historia venezolana; el capitán Luis Rafael Pimentel y otros militares im-

plicados en la conspiración del 15 de enero de 1919 contra el general Gómez. Este complot lo preparó Luis Rafael Pimentel y fracasó por la delación de un capitán de apellido Piñero. Pimentel fue colgado once veces por los testículos y no aflojó un solo nombre de los conjurados. “Yo soy el único responsable”, le dijo a Vicentico, hijo de Gómez y gran investigador de aquella asonada.

En el año 22 también, el general Román Delgado Chalbaud, desde La Rotunda, comenzó sus incursiones por el mundo del espiritismo...

¿Existe la otra vida? ¿Qué piensa Rafael Simón Urbina desde el más allá? Cuando uno ha matado, ¿qué le espera en el otro lado? Hoy, igual que en La Rotunda, en esta cárcel Modelo hay también sesiones de espiritismo. Yo no puedo ignorar el espiritismo, pero... Hay presos afe-rrados a María Lionza, otros al doctor Hernández... Yo pruebo a los espiritistas... Les reto... Pido detalles sobre mi secreto... Nadie sabe nada... Parece que son espíritus que se complacen en ignorar el 13 de noviembre. Recuerdo entonces cuando tomamos el carro. Salimos para la misión. Si un espíritu hubiera dicho lo que nos esperaba... Veo otra vez muchas cosas. No estábamos borrachos. No somos hampones. Me in-

digno. Me molesto. Ahora somos asesinos. ¿Y los hombres de Arévalo Cedeño eran asesinos? ¿Y los de Ducharne? ¿Y los expedicionarios del Falke? ¿Y los que tomaron Curazao? ¿Y los mexicanos que vinieron con Urbina? El que se mete en un golpe y fracasa, ¡se friega! Si le pudieran avisar a uno de estas cosas... Por eso hay tantas historias de presos, muertos y aparecidos... Ayer y hoy.

Cecilia Pimentel, hermana del valiente capitán Pimentel, revela lo siguiente: "Entre los libros recibidos, que circulaban de mano en mano para disfrute de todos los presos, llegó a poder de éstos una obra titulada "La Vida", de Madame Espérance, en la cual la autora narra las asombrosas experiencias de sus facultades anímicas que le permitían, según ella, convivir con los espíritus que se le hacían visibles como si fueran seres reales, con los cuales conversaba de la manera más natural, aunque, con extrañeza, se daba cuenta de que las demás personas no parecían percatarse de esta presencia. Más tarde, cuando comprendió que este fenómeno sólo era visible para ella, se dedicó al estudio del espiritismo, lo que le permitió alcanzar la plena posesión de dichas facultades anímicas, y llegó a ser una medium famosa, que realizó no-

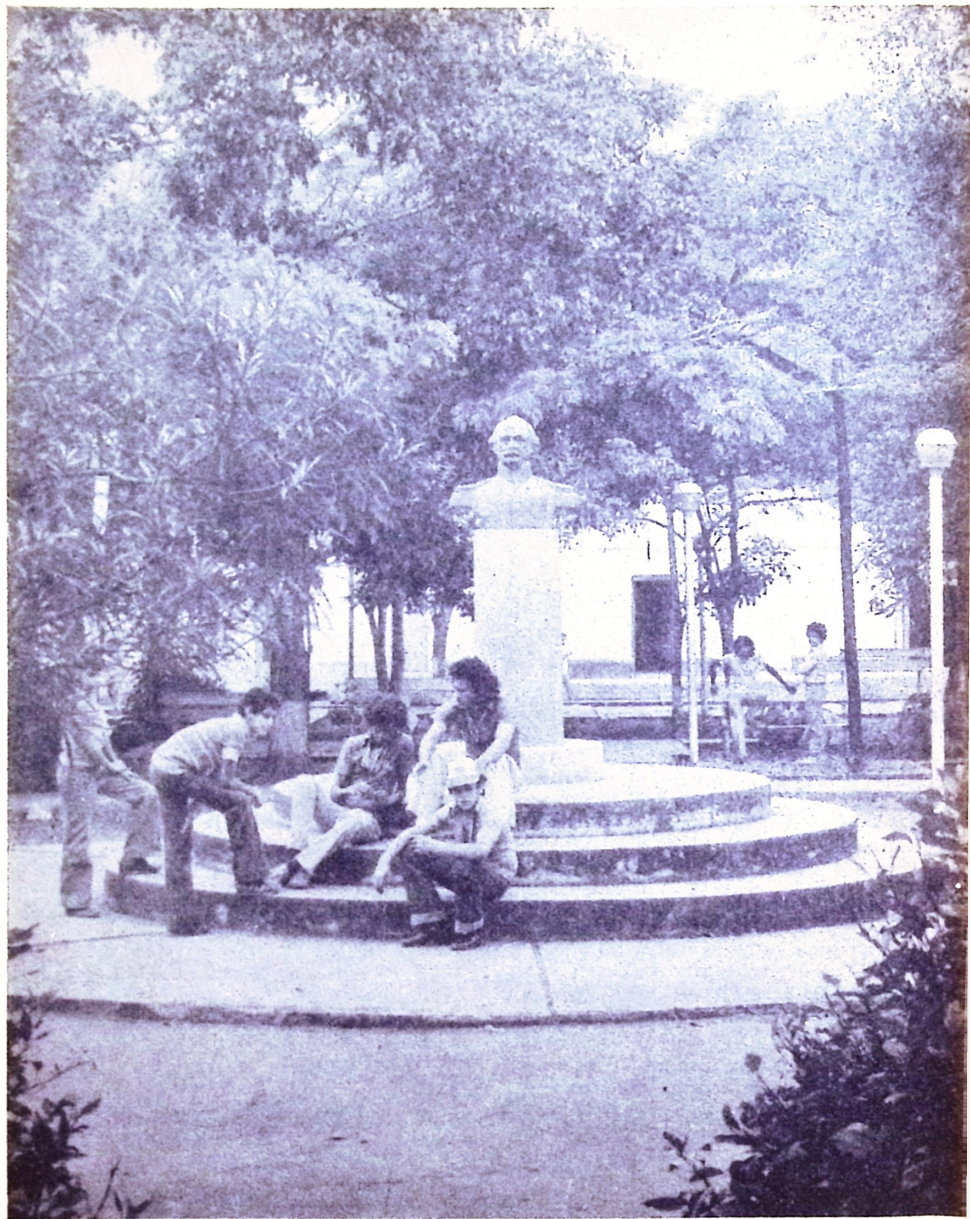
tables experimentos, algunos de ellos con renombrados científicos que deseaban investigar a fondo todas las posibilidades de esta doctrina que ponía directamente en contacto a los seres encarnados con los desencarnados”.

“Dada la situación espiritual de estos hombres; los largos años de reclusión que llevaban sometidos a las más crueles privaciones; cuya vida se sostenía únicamente de esperanzas, en su mayor parte quiméricas, la lectura de esta obra, por lo demás muy bien escrita, les abrió horizontes desconocidos e hizo nacer en ellos una especie de resignación filosófica y consoladora que los compelió a aceptar sus sufrimientos como la resultante de pasados errores; como necesaria a su mejoramiento moral. Y, tentados por el misterio que entrañaba, sintieron la necesidad de conocer todo lo más posible estas teorías que parecían adaptarse de manera tan cabal a hacerles soportable su estado de miseria y desesperanza, y no omitieron esfuerzo alguno para obtener otras fuentes donde profundizar aún más su estudio y lograron obtener varias obras de connotados espiritistas, entre ellas algunas de Allan Karde: “El Libro de los Espíritus”, “El Libro de los Mediums” y otras”.

“De esta lectura, tan sugestiva para ellos,

nació la idea de fundar entre los presos un centro espiritista. De acuerdo con las indicaciones contenidas en dichos libros, se efectuarían sesiones a objeto de lograr ponerse en comunicación directa con los espíritus, investigando, previamente, si alguno de ellos poseía condiciones suficientes de medium como para establecer relaciones entre los presos y los seres incorpóreos, que, a no dudar, debían pulular por aquellos sitios. Al efecto se preparó una mesita, bastante endeble, como de manufactura local, alrededor de la cual se acordaron todos, y luego de formar la cadena reglamentaria y de previa concentración espiritual, se dio comienzo a las invocaciones pidiendo a los espíritus concurrentes que se manifestaran como lo juzgaren más conveniente, aunque en forma sencilla de manera que permitiera ser entendido de los solicitantes”.

“Las primeras manifestaciones se tradujeron únicamente en violentas sacudidas de la mesa; se pidió entonces al espíritu manifestante contestara a las preguntas que se le hicieran dando un golpe en caso afirmativo y dos en caso de negación. El sistema resultó largo y engorroso, y se convino en proveer a todos los asistentes de lápiz y papel, situado cada uno en posición de escribir, en espera de que así se mani-



La plaza de Mapararí fotografiada ahora, en 1980. Yo nací en ese pueblo en 1922.

festaran las facultades mediúmnicas que pudieran existir en estado latente en algunos de ellos. Efectivamente, a poco de formar cadena en la actitud mencionada, uno de los presos más jóvenes comenzó a dar muestras de agitación y a efectuar con gran violencia y rapidez excesiva, trazos irregulares e ininteligibles que desgarraban el papel y rompían las puntas de los lápices, que, sucesivamente, le iban cambiando los compañeros”.

“Desde un principio y por considerar Delgado —el principal motor de este movimiento espiritista— como uno de los más escépticos a Luis, lo había designado para que ejerciera las funciones de censor y reportero de las sesiones. A este efecto, después que se sucedieron los primeros movimientos de la mesa, Luis efectuó por su cuenta algunos experimentos que le dejaron ver que, por ser la mesa tan liviana y endeble, era muy fácil, como acababa de comprobarlo, reproducir con un ligero movimiento de las piernas, todos los movimientos que ésta ejecutaba durante las sesiones. El anuncio que hizo de este descubrimiento no cayó bien entre la mayoría de los afiliados, quienes, como era de esperarse, dadas las condiciones psicológicas en que se encontraban, estaban ya en vías de convertirse

en fanáticos espiritistas, lo que demuestra una vez más que el hombre, por lo general, está siempre dispuesto a creer lo que está de acuerdo con sus deseos”.

“En una de las sesiones subsiguientes a la en que tuvieron lugar las manifestaciones del joven medium, se logró descifrar algunas de las palabras que escribía, pero, indudablemente, se avanzaba poco en el camino de las comunicaciones inteligibles, cuando, repentinamente, se reveló un nuevo medium, de facultades psíquicas mucho más acusadas, en otro preso; éste, que poseía una caligrafía poco común, comenzó casi desde el principio, a trazar caracteres claramente legibles, después frases completas y verdaderos comunicados, que sorprendían muchas veces por estar en desacuerdo con los conocimientos que poseía el medium, quien, en estado de trance, se expresaba sobre muchas cosas en un lenguaje elevado que le constaba a Luis no encajaba dentro de su cultura personal”.

“Posteriormente, también resultó ser otro preso un medium importante y de allí en adelante estos dos últimos quedaron definitivamente como mediums oficiales, ya que el primero no podía competir con sus capacidades mediúnicas”.

“Muchas veces, nos decía Luis, que en el curso de las sesiones y cuando los mediums afirmaban estar en comunicación directa con los espíritus, hizo preguntas de acuerdo con la personalidad del desencarnado que se decía estar presente, cuyas contestaciones no podían ser conocidas de los mediums, y, aunque éstas no resultaban disparatadas, jamás recibió respuestas precisas, capaces de aquilatar su creencia en ellas. Se reducían a apreciaciones vagas sobre los asuntos consultados; algo parecidas a las de los horóscopos de las adivinatoras”.

“Entre los espíritus que se decían concurrentes a estas sesiones, se encontraban personalidades de todos los tiempos y de todas las condiciones humanas, sin faltar frecuentes interrupciones de duendes o espíritus burlones y aun malévolos, que interrumpían las comunicaciones de los personajes evocados. Hasta el espíritu del Libertador, apareció un día y dictó un hermoso comunicado que causó entre los asistentes una profunda impresión”.

“Decía Luis que, aunque no podría asegurarlo, era muy posible que los comunicados de algún mérito que se recibían con cierta frecuencia, especialmente por conducto del segundo medium, que era el más calificado, que no hubieran

podido ser jamás concebidos ni redactados por éste en el estilo que se presentaban, ya que su cultura literaria, como se ha dicho, era sumamente pobre, fueron trazos aprendidos de memoria de algunas obras o discursos desconocidos para los asistentes; sucesos posteriores vinieron a corroborar la falta de veracidad de los mencionados comunicados”.

“Se hicieron luego otros ensayos para tratar de obtener otra clase de manifestaciones, tales como materializaciones, transplantes, etc.; pero no se logró nada que valiera la pena de referirse, y cuando, determinados iniciados pretendían a veces ver luces y otros fenómenos de este género, Luis declaraba, que por su parte, jamás vio nada extraordinario”.

Desgraciadamente, estos experimentos dejaron una profunda huella en el espíritu de Delgado Chalbaud, a pesar de su recia personalidad. No en vano se sufren catorce años ininterrumpidos de prisiones como las que él soportó, en condiciones tan inhumanas, especialmente en los primeros años, en los cuales con el fin de arruinarlo emulando sus carceleros los métodos del “Conde de Montecristo”, de Alejandro Dumas, para desposeer a Danglars, no podía llevarse un pedazo de pan a la boca ni to-

mar un vaso de agua, sin haber previamente firmado un cheque por cantidades elevadas. Luis está convencido de que, cuando posteriormente fueron puestos en libertad y extrañados del país, estas sesiones espiritistas continuaron y se tomaron como base para todos los planes revolucionarios de Delgado, pues lo primero que hizo al llegar a París, fue mandar a buscar estos mediums y llevarlos a su lado donde los sostuvo de un todo durante los dos años que mediaron entre su liberación y la venida del Falke. Aún más: en el barco, cuando venían a invadir Venezuela, un día en que le urgía hablar con Delgado para precisarlo sobre la operación que se intentaba y de la cual nada sabía; basado en la gran confianza que había entre ambos, después de tantos años de compañerismo en la prisión, al ver entornada la puerta de su camarote la abrió sin anunciarse y pudo ver al medium en el clásico trance que conocía tanto de La Rotunda sentado ante una mesa con el lápiz escribiendo, mientras Román, recostado en su litera, en actitud beatífica, esperaba el resultado de la comunicación. Pidió excusas y se retiró inmediatamente, pero este espectáculo lo hizo reflexionar, hondamente preocupado, sobre los basamentos de esta empresa en la que se había com-

prometido y en la cual iban envueltos los destinos de él y sus compañeros, y el futuro de Venezuela”.

Y cuán fundados fueron sus temores: la vida artificial en que lo sumía el espiritismo, le hizo tomar por realidades las aseveraciones de que era inmune a todo peligro porque tenía que cumplirse la elevada misión a que estaba predestinado, que, pese a su natural sagacidad de hombre de la montaña, amén de hombre de mar acostumbrado a otear siempre el peligro, fanatizado por estos experimentos engañosos, que sin embargo no anularon sus condiciones de hombre de acción, extremó su actividad para adquirir por todos los medios lo necesario para venir a libertar Venezuela; pero no se cuidó de la organización de un plan coordinado ni de salvaguardar su vida, convencido ciegamente de un triunfo que nada podía alterar, garantizado de antemano por las revelaciones espiritistas”.

La misma Cecilia Pimentel recuerda que en El Universal del 22 de junio de 1966, el doctor José Izquierdo, uno de nuestros profesionales más conocidos tanto por su ciencia como por la franqueza a veces ruda, con que suele decir verdades, en su artículo titulado “LA REVOLUCION DE DELGADO CHALBAUD O LA HIS-



El tiro a Rafael Simón Urbina —mi maldito tiro— hizo fracasar el golpe contra la Junta Militar. Y el otro tiro —que me salvó la vida— impidió quizás una guerra civil...

TORIA DE UN REVOLVER”, narra como entró en relaciones con Delgado Chalbaud, cuando, estudiante de medicina, iba a ponerle inyecciones que éste le pagaba a Bs. 5,00 y cómo se dio cuenta de que, Delgado Chalbaud, alucinado por los horóscopos de dos adivinadores, tenía la obsesión de ser un predestinado, obsesión que no debilitó ni el haberse perdido el complot que le llevaría a la Presidencia de la República, ni los 14 años que estuvo preso en La Rotunda, sino que, al contrario, se reafirmó durante su prisión con las aseveraciones de los mediums que hemos relatado. Los párrafos que, extractados del mencionado artículo, publicamos a continuación, vienen a corroborar las aseveraciones de Luis acerca de los estragos hechos por el espiritismo en el ánimo de Delgado. Aún más, dejan ver que el mal que causó la pérdida de la revolución de 1929, ya tenía hondas raíces que el espiritismo hizo fortalecer, convencién-dolo cada vez con mayor seguridad de que era un predestinado y que por lo tanto, nada podría impedir que su destino se cumpliera”.

Dice así el doctor Izquierdo:

“Delgado Chalbaud: ¿Usted sabe por qué le pregunté aquello el otro día? (su edad para ver si podría ser Diputado) aunque el asunto no se-

ría para ahora sino dentro de unos pocos meses. Yo soy el próximo Presidente de Venezuela porque una adivinadora me lo pronosticó en París y otra me lo ratificó aquí cuando regresé, de manera, pues, que tengo entre manos una revolución cuyo éxito es seguro". ...Luego anota, que, alarmado porque otro estudiante "de improviso me habló de la revolución proyectada por Delgado Chalbaud"... y muy alarmado fui a casa de Delgado Chalbaud para decirle que el asunto debía estar en boca de todo el mundo, puesto que un simple muchacho me lo había comentado; pero por toda respuesta, Delgado Chalbaud me dijo: "no se preocupe, el destino se cumple".

"Más o menos a mediados de julio del mismo año de 1913, Delgado Chalbaud fue violentamente arrestado y conducido a la cárcel de Caracas en la cual permaneció hasta el año de 1927".

"Salido de la cárcel, Delgado Chalbaud, se alojó en una casa por los alrededores de la esquina de La Trinidad y me llamó. Acudí y comprobé que se hallaba en buena salud, pero él me pidió un certificado de que estaba enfermo y de que le convenía una cura en algún sanatorio de Europa, pues quería aducir algún motivo si acaso le ponían inconvenientes para su salida. Expedido aquel certificado, Delgado Chalbaud se

irguió de repente y me dijo: “¿Usted se acuerda de aquel asunto?, pues bien, está en pié porque el destino se cumple. Mis catorce años de cárcel, no me han abatido. Yo voy a preparar una revolución y vuelvo”.

Cuando el 18 de noviembre de 1922 yo nacía en aquel oscuro pueblo de la Sierra de Coro y Delgado Chalbaud, el viejo, formaba cadena en la tétrica Rotunda para invocar a los espíritus, parece que el destino marcó para siempre mi vida y desde entonces todas las cosas que me alejaron del campo, de mi gente, y de mis animales ocurrieron en noviembre. Para bien o para mal y aunque no sea elegante decirlo yo cambié la historia de Venezuela con dos balazos, como se verá más tarde, y ello ocurrió en el noveno mes del año, según los antiguos romanos y undécimo del calendario de la iglesia.

El 1° de noviembre de 1943, en el caserío Las Margaritas, Municipio Unión, de Falcón, hirieron a mi hermano Martín Díaz de un machetazo en la cabeza.

El 28 de noviembre del mismo año mataron a un hombre en un lance personal en Areguito. A mí me responsabilizaron de su muerte...

Al día siguiente —29 de noviembre— hay una riña en Santa Cruz y mi hermano Cruz Díaz

resulta herido de dos balazos, en una pierna y en el abdomen.

El 6 de noviembre de 1950 conozco, personalmente, al general Rafael Simón Urbina, al hombre que he respetado y admirado más en mi vida. Sus grandes hazañas las escuché por primera vez, sentado en las piernas de mi padre.

El 13 de noviembre de 1950 accidentalmente herí a Urbina y al quedar el jefe virtualmente fuera de combate, se altera el curso de un golpe militar, en donde yo humildemente era un simple soldado de confianza.

El mismo 13 de noviembre las circunstancias me hicieron cambiar el curso de los hechos y proceder en contra de lo ordenado por Urbina. Delgado Chalbaud muere... Y muere por una sentencia que también me había enseñado el general Urbina: "En la puerta del cielo, primero yo que mi padre".

El 18 de noviembre de 1950, cuando cumpla 28 años, me capturan las autoridades y me encierran en los sótanos de Miraflores.

En 1947, en la población de El Tigre, también un día de noviembre, vi por primera vez a Delgado Chalbaud, junto con Mario Vargas y el entonces candidato a la presidencia, don Rómulo Gallegos. Su estatura y su rostro huesudo

me impresionaron, pero nunca pensé que los dos nos encontraríamos tres años después un 13 de noviembre...

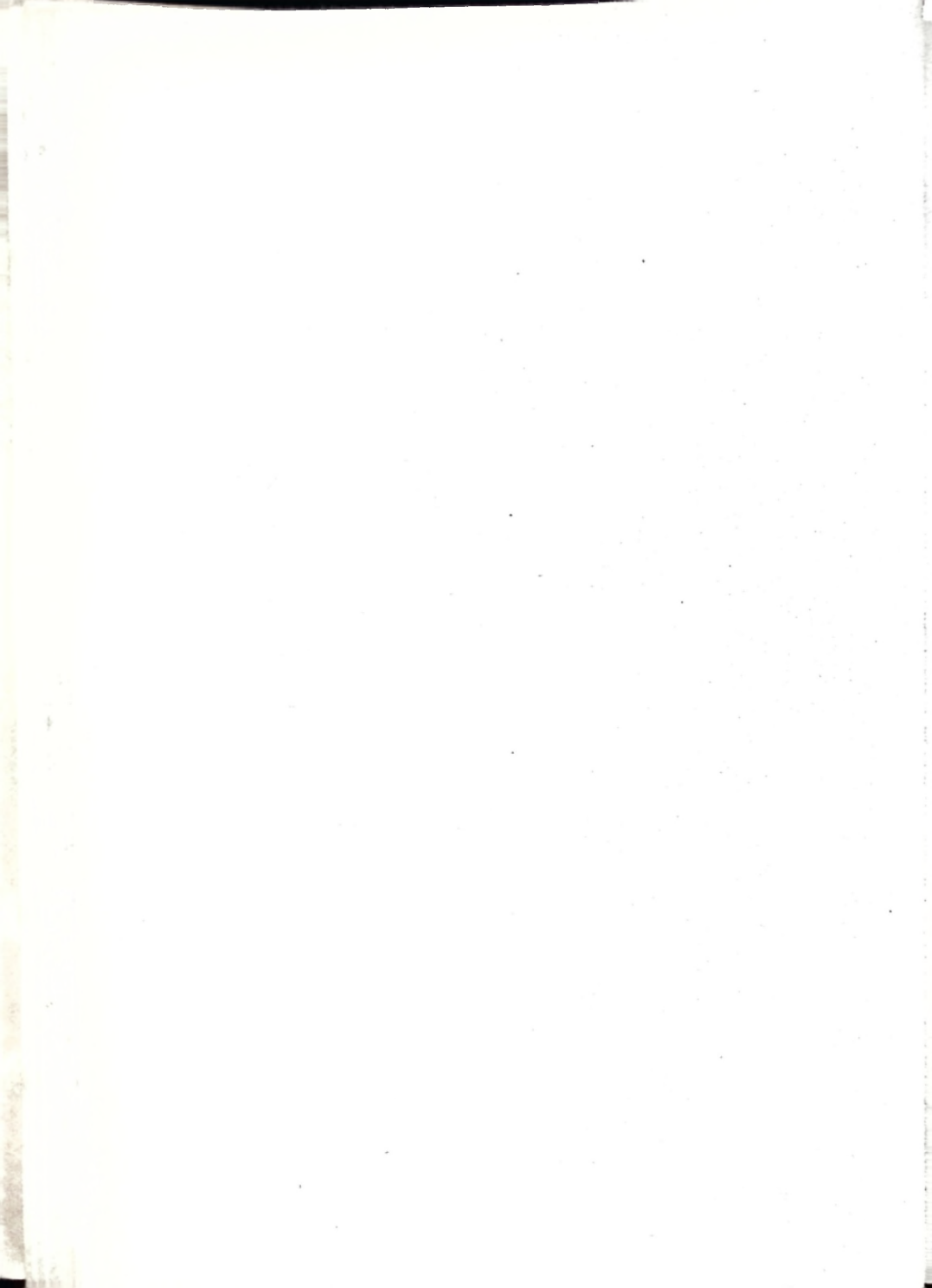
La leyenda de Urbina me aprisionó desde pequeño: el alzamiento de la Aduana, la toma de Curazao, la invasión con los mexicanos... Yo tenía quizás ocho años, cuando le dije a mi hermano mayor: ¡Vete con Urbina! ¡Esos son los hombres que hay que seguir! En la Sierra todos hablaban de Rafael Simón y su nombre iba de boca en boca como hombre guapo a quien no se le enfriaba el guarapo.

A Urbina en Falcón se le admiraba: ¡Era un gran jefe! Todo coriano en el fondo quería ser uno de los Urbina...

El tiro a Urbina —mi maldito tiro— hizo fracasar el golpe contra la Junta Militar. Y el otro tiro —que me salvó la vida—, impidió quizás una guerra civil... Yo hablo con claridad, porque después de pasar veinte años en prisión, creo que vale la pena recordar e investigar lo que ocurrió el lunes 13 de noviembre de 1950 en la Quinta Maritza. Ahora ya estamos maduros y podemos analizar los hechos, con tranquilidad y hasta con objetividad. Sin miedo...

Allí no hubo una aventura personal. Fracasó un golpe militar.

# VIOLENCIA EN LA SIERRA



Mapararí es un pueblo pequeño ubicado en plena Sierra; a unos diez kilómetros de Churuguara. En aquel entonces, cuando yo era muy niño, había muchas haciendas de caña. Yo nací el 18 de noviembre en Mapararí, Distrito Federación del Estado Falcón.

Aquellas haciendas de caña ya no existen y hoy lo que hay son potreros.

Allá, en Mapararí, los campesinos se recogían a las siete de la noche. Había muy poca gente. Allí estuve hasta 1925, cuando mis padres se trasladaron a Santa Cruz de Bucaral, Municipio Unión del mismo Distrito Federación. Entre Mapararí y Santa Cruz de Bucaral hay 25 kilómetros de distancia. Cuando me llevaron a Santa Cruz tenía tres años de edad.

Mi padre se llamaba Arturo López y mi madre Josefa Díaz. Ellos vivían dedicados a la cría y a todos los otros trabajos del campo. Mi padre era agricultor y maestro carpintero. Mamá era

costurera. Ella educó y levantó varios hijos que papá tenía en otra mujer. Papá y mamá no eran casados, por eso yo llevo el apellido Díaz.

Nosotros somos una familia muy larga, como todos los pobres de la Sierra. Sólo por parte de mi padre tenemos 16 hermanos; de padre y madre somos cuatro: tres varones y una hembra. Allá en el rancho en donde nosotros vivíamos no había escuela, pero mi padre que quería que nosotros aprendiéramos, le pagaba cuatro bolívares a una maestra para que nos enseñara a leer y escribir.

Aprendí a leer rápido, pero en aquel entonces yo no tuve la oportunidad de aprender más nada. Yo vine a estudiar después de hombre. Especialmente en la cárcel, después del golpe de Urbina y la muerte de Delgado. Condenado a veinte años, me dediqué a leer y me devoraba con los ojos todos los papeles que me caían. Especialmente leía todo lo relacionado con la historia. Me encanta conocer las cosas del pasado.

En 1932, aproximadamente, yo comencé a descubrir cuestiones raras en la casa. Yo estaba muy pequeño y noté que papá y mamá no eran ya los mismos. Mi madre y mi padre se distanciaron.

Mi padre nos dejó una hacienda de café que

tenía y se fue a otro sitio a trabajar. Mi madre trabajaba muchísimo para mantenernos. Hasta las dos y tres de la madrugada estaba pegada a la máquina cosiendo. No había otra forma de ganar el pan para nosotros cuatro, una hermana que tenía dos hijos y dos hijos de mi padre.

Yo no me podía dormir tranquilo. Me daba lástima ver a mi madre trabajando tanto y entonces, cuando tenía doce años me fui a trabajar para ayudarla, en la hacienda de Horacio Henríquez, un hombre que fue para mí como un padre, pues me quiso mucho. Por cierto que murió hace poco, el 17 de diciembre de 1979.

Horacio era un gran hacendado, cañicultor y caficultor. Ahí me hice hombre y allí estuve hasta el año 1940. Los hijos de Horacio son como hermanos para mí.

En el año 1934, mamá vendió la finca que teníamos en San Gabriel y nos fuimos para las Margaritas, un caserío que queda por allí cerca. Mamá nos metió al monte a trabajar e hicimos una hacienda de café los tres hermanos. Yo tenía doce años; mi hermano mayor había nacido en el año 1918; el segundo en el año 1920 y mi hermana, la menor, en 1923.

La vida se hizo muy dura en Las Margaritas. Había veces que no había ni con qué comer. Allá

conocimos a Tomás Cordero, de quien nos hicimos amigos. Todos nos dedicamos a trabajar juntos. Ellos, los Cordero, nos ayudaban y nosotros los ayudábamos a ellos.

Había mucho ocumo y plátanos. En el año 1937 las cosas mejoraron y nos fuimos para Santa Cruz. Le construimos una casa a mamá allí. Eramos muchachitos entonces, pero logramos hacerle su rancho a la vieja y la sacamos del monte. Nosotros nos quedamos en la montaña trabajando.

Tomás Cordero tenía varias hijas y yo, más tarde, estando muchacho, me casé con una y un hijo suyo se casó con una hermana mía.

Me casé a la edad de 17 años, en el año 1939. Mi esposa fue Ascensión Cordero. Yo me divorcié de ella muchos años después, ya estando preso. Con Ascensión tuve cuatro hijos. Y todos están casados.

Bueno, en el año 1940 tenía yo en mi conuco, maíz, plátanos y de todo. Hasta cochinos, pero nadie compraba un saco de maíz, ni un racimo de plátanos. La cosa estaba muy mala. La agricultura no me daba nada; ganaba tres reales o dos bolívares... Entonces pensé apartarme de aquello. Compré un alambique y me metí a trabajar clandestinamente con el aguardiente.

Con lo que me producía el alambique me levanté un poco.

Le vendía mucha caña a la gente que llegaba de Cumarebo. El alambique lo tenía escondido en el monte y así, trabajando clandestinamente, pude hacer fondos y hasta buenas relaciones.

Me tuve que comprar un caballo, que era el vehículo de entonces. Compré también una escopeta y un revólver. Todo eso lo necesitaba por el trabajo que tenía en el monte.

En Santa Cruz de Bucara, me tenían un gran aprecio y la gente más importante del pueblo me quería mucho, porque yo me conducía bien. Nunca tuve problemas con nadie. Horacio, me tenía como un hijo; Juan Bautista Morillo, Juan Meléndez y toda la gente buena de Santa Cruz me apreciaban muchísimo.

Como seguía ganando dinero, con el alambique, compré en 1943 una hacienda de café llamada El Tigrito. En ese entonces las haciendas eran muy baratas y no valían nada. Esa me costó tres mil bolívares.

Después que compré la hacienda y comencé a producir, me aparté del alambique.

Pero siempre hay cosas que le cambian la vida a uno. En el año 43, hirieron a mi herma-

no mayor. El estuvo tomando con unos elementos y según cuentan, se sentó en una silla y estaba medio adormitado cuando llegó un muchacho y le dio un machetazo. Se creyó que era por celos, pues mi hermano había estado bailando con unas muchachas hermanas del joven y parece que éste pensó que le faltaban el respeto a la familia y sin riña ni nada, ¡chas!, le tiró un machetazo.

Tenía entonces mi hermano 25 años y cuando me avisaron del problema, dejé la hacienda y me vine para Santa Cruz a verlo. Ya estaba la hacienda limpia y tenía que comenzar a cosechar el café, para buscar real en el comercio. Después de visitar a mi hermano me regresé a la hacienda, pues afortunadamente la herida no era grave y cuando iba saliendo de Santa Cruz unos amigos me llamaron para que nos echáramos unos "palos"; ellos estaban un poco "palo-teados", eran comerciantes...

Yo tenía flojera de echarme los palos. Solamente me tomé tres tragos y monté en mi caballo. Fue en eso cuando un señor, que era muy fregado, me dice que tengo que llevarlo en la bestia. No me quedó más recurso que montarlo atrás. El iba bastante borracho.

El hombre era muy insolente y lo respeta-

ban mucho en toda la Sierra, porque era muy guapo. Ellos eran tres hermanos, pero él sólo venía conmigo. Un compadre mío me acompañaba, en otro caballo.

En la travesía me desmonté un momento y entonces él se montó en la silla y me dijo que me montara atrás. Aquello no me gustó, pero me monté por llevarle la corriente y porque no quería líos. Por fin llego a mi casa —a la casa que le hicimos a mamá— y entonces se metió hacia adentro gritando... Yo lo saqué como pude y lo seguí. Entró luego en la casa de Ramón Senior, llamando a Ramón y a su familia, insultándolos y diciéndoles de todo. Ramón era mi compadre y aquella familia toda era amiga mía.

Yo no pude aguantar más y le reclamé que por favor dejara sus groserías, porque la gente iba a creer que yo era igual que él. Entonces le advertí que se fuera solo, porque yo me iba.

Me agarró por el brazo y me dijo que peleara. Le digo que yo no tengo por qué pelear con él. Además aquel hombre andaba desarmado y él no sabía que yo cargaba un revólver. El tipo siguió fastidiando y yo pensé: como estaba desarmado le voy a dar una paliza, pero el hombre, me soltó el brazo y corrió hacia el solar de una casa. Allí agarró unos palos y se me vino encima.

Yo saqué el revólver.

—Si me pega, le meto una bala —le dije. Mi compadre, entonces, me gritó:

—¡No vayas a tirar a ese hombre! —Yo le dije que no. Se baja de la mula mi compadre y se pone delante de mí para que el hombre no me dé el palo, pero el hombre nos atacó, de todas maneras, le pegó al compadre y lo tiró al suelo. En eso yo monto el revólver. Voy a disparar, pero oigo un tiro a mi espalda...

El hombre cayó. Había un trapiche cerca y desde allí disparó una persona que no voy a nombrar. El compadre, que estaba en el suelo por el palo que le había dado el tipo, se imagina que fui yo el que disparó, pero me había quedado con el revólver montado. Recibí un verazo en el brazo y cuando ví que el sujeto cayó muerto de un solo balazo, salí corriendo.

Eso fue en La Danta, a unos tres kilómetros de Santa Cruz. Todavía está el caminito y el sitio del trapiche...

Creen que yo fui quien mató al hombre y la policía comienza a buscarme, pero la gente de Santa Cruz le dice a la autoridad que no me busque, que yo soy un muchacho responsable. En la noche, dejé el caballo y me voy a una hacienda de caña, a la casa del señor Víctor Morales,

muy amigo mío. Y ahí entonces, me encontré a mucha gente importante del pueblo: comerciantes, hacendados... Todos me tenían un gran cariño. Ellos se angustiaron por lo que me había pasado. Yo confieso que pensaba huir, pero me convencieron de que me entregara.

—¿Para dónde vas? —me preguntaron.

—Yo me voy. Yo estoy muy joven para ir a parar a la cárcel...

—No. No te preocupes. No te va a pasar nada. —Tenía yo entonces 21 años. Llegamos al acuerdo de entregarme y nos pusimos a tomar. Todos éramos amigos. Estaba allí el Prefecto y el Juez. Había como 60 personas de a caballo, amanecimos y como a las diez pasó el entierro del hombre. A las doce nos fuimos a la policía y almorzamos allá. El hermano mío, Cruz Díaz, quien estaba también con la gente que me iba a entregar, salió hasta el botiquín y allí estaban los parientes del muerto esperándolo. Lo primero que hicieron fue darle un palo y lo tumbaron del caballo. Entonces sacaron armas y se presentó una gran pelea. Los hermanos del muerto quedaron heridos y se encerraron en una casa. Mi hermano también resultó herido de dos tiros, uno en el abdomen y otro en la pierna. Total que la policía se mete y mi hermano hirió también

a un agente. ¡Se volvió una fiera! Nosotros nunca antes habíamos tenido problemas con nadie. Nadie podía someter a mi hermano, pero entonces vino un amigo, Juan Meléndez, y le habló:

—Mira, te estás matando tú mismo. —Y se lo llevó por el brazo para que lo curara el médico. Yo me quedé once días acompañando a mi hermano, y pedí que no me sacaran para Churuguara hasta que no se mejorara.

Mi hermano quedó hospitalizado en Santa Cruz y cuando estaba fuera de peligro, me llevaron a mí para Churuguara primero y después para Coro. Me fue a llevar Juan Bautista Morillo, un señor de Santa Cruz que tenía hacienda de caña. Me dieron cartas de recomendación y todo el mundo se comportó bien conmigo. De Churuguara me condujeron a Coro. Era la primera vez que llegaba a la capital de Falcón.

En mi equipaje tenía una carta de recomendación del Prefecto, que era Eleazar Betancourt, a un primo que vivía en Coro; llevaba también una correspondencia de Santiago Loyo para Nacho Bravo, quien estaba en Coro. Nacho Bravo es el papá de Douglas Bravo.

El primo de Eleazar Betancourt me trajo al doctor Riverito, quien era el mejor penalista que había en Coro en esa época y me dijo:

—Díaz, Eleazar me hace una carta recomendándote y dice que tú eres muy amigo suyo. Yo no te puedo ayudar en nada, porque nada tengo, pero te traje al doctor Riverito quien es el mejor abogado que tiene Coro y es íntimo amigo mío. El me saca a mí de todos los líos... Conocí al doctor Riverito y de ahí, de la policía, fui al tribunal a nombrarlo mi defensor. Días después me pasaron a la cárcel de Coro. Yo cuento con Nacho Bravo y una cantidad de amigos. Nadie me acusaba. No había testigos. Yo no dije nada. Aseguré que no sabía qué había pasado. En la cárcel, mis amigos empiezan a hablarme mal de Riverito.

—Mira, a mí me dejó arruinado y tengo ya muchos años preso —me dice uno.

—¡Pobre muchacho! ¡Vas a pasar tu juventud aquí! —asegura otro.

—No sabes el lío en que estás metido... —Y yo oía aquellas cosas y me pegaban duro. Pero Nacho Bravo, quien estaba escuchando y era muy amigo de Riverito, me llama aparte y me dice: —Mira, no le hagas caso a esta gente. Deja quieto a Riverito. Es un problema si uno se echa de enemigo a un abogado. Dejé quieto a Riverito...

Al tercer día me llama Riverito y me dice:

—Mire, sé que me están chismeando con usted, pero usted me va a decir quiénes son los que me están chismeando, porque yo conforme definiendo, también acuso.

—Doctor —le dije— eso no lo sabrá usted nunca, porque son amigos míos y yo no delato a nadie. Yo no soy un delator.

—Yo le voy a probar a esa gente —contestó— que yo sí saco gente, que yo saco gente para fuera cuando me da la gana.

Pasaron los días y como a los dos meses me dijo Riverito:

—Bueno, muchacho, ya estás listo para irte.

—Gracias, doctor —le contesté—, pero hay que esperar porque el problema es mi padre que no ha venido con los reales. —Riverito me hizo la defensa por mil bolívares, que era un realero en esa época. —Tiene que esperar un poco... —le dije.

Nacho Bravo se enteró de esta conversación y habló con el abogado:

—Mire, doctor, eche a ese muchacho para fuera. Yo le respondo por la plata. El es muy amigo del primo mío, Santiago Loyo, quien es uno de los principales comerciantes de Santa Cruz.

El doctor Rivero fue, buscó a dos fiadores y

en la tarde me llegó a la cárcel con la boleta de excarcelación.

El mismo Riverito me llevó al Hotel Falcón, a unas cinco cuadras de la cárcel donde yo estaba.

Mi hermano, entre tanto, ya se encontraba también en Coro. Le nombramos como defensor a Riverito y cuando vino mi padre le pagué una parte del dinero al penalista y me fui. Vendí unas vacas y completé los reales para cancelar la defensa de mi hermano, quien también salió libre.

Así conocí a Nacho Bravo. Douglas Bravo tenía unos diez o doce años. Entonces también me hice amigo de los Hernández, quienes eran enemigos de los Bravo.

Estas dos familias —los Bravo y los Hernández— pasaron como cincuenta años matándose unos con otros. Eran de la Cruz de Taratara, un pueblo de la Sierra. Pero estos pleitos son cosas del pasado, pues hoy en día se eliminaron todas esas peleas.

De Coro regresé entonces al Caserío El Tigrito, que pertenece al Municipio Unión, donde tenía una hacienda de café.

Ya la vida había cambiado. Ahí me metieron mucho miedo y mi padre y mi madre no me dejaban salir para ninguna parte, porque creían

que me iban a matar. También decían que me quemarían con casa y todo. Así vivía yo con esa zozobra, cuando para evitarle sufrimientos a mis padres agarré una noche mi machete, mi cobiya, un bastimento y me fui para la montaña, a unos bosques que se echaban dos días para llegar allá, porque no había caminos. Era una selva.

A veces me ponía triste, porque yo no había buscado aquello. Siempre las circunstancias me ponen en apuros y muchos años después, cuando Delgado Chalbaud, me acordé de la primera vez que había ido a la cárcel... Cuando aquel hombre, fregado e insolente, me amenazó, yo no disparé y ahora en la Quinta Maritza todo había sido tan distinto...

En plena selva me hice amigo de los Montenegro, una familia muy buena, que había tenido problemas y se había ido también a vivir lejos. Hice gran amistad con ellos y hasta hoy siguen siendo unos buenos amigos. Dios los ha favorecido y están millonarios, fruto del trabajo honrado. Actualmente la finca de ellos colinda con la mía.

Pero, en aquella época todo era distinto. Pasábamos mucha necesidad y yo para poder subsistir tuve que violar la ley de nuevo y me puse a trabajar con el alambique otra vez.

En las soledades de los montes recuerdo las historias de mi padre. El me había hablado mucho de Urbina y yo cuando muchacho deseaba cumplir hazañas como las de Rafael Simón. ¿Cómo haría uno para ser como Urbina? No conocía entonces yo en detalle la vida del caudillo. Fue mucho más tarde, cuando estaba preso, que por fin pude leer la autobiografía del falconiano.

Era un folleto pequeño que tenía por fuera un título que decía: VICTORIA, DOLOR Y TRAGEDIA. Había sido editado en 1936.

En las primeras páginas me impresionó lo que refería en el prólogo, Jorge Luciani:

“A Rafael Simón Urbina se le conocía y admiraba en Venezuela por su fama de hombre de acción. Era el héroe del asalto y toma de Curaçao, el expedicionario de “El Superior”, “el pirata” que decían los diaristas oficiales, “el bandido” según los consuletes espías. De él se contaban toda suerte de aventuras y proezas. Le rodeaba una leyenda de heroísmo y de crueldad, de arrojo y de venganzas. Se hacían relatos escalofriantes acerca de su vida y hechos, mezclándose, como de ordinario, la verdad con la mentira”.

Aquella noche en mi calabozo tuve otro encuentro con Urbina, cuando seguí leyendo las

páginas que aparecen a continuación. Muy pocos, en especial los jóvenes, conocen cómo comenzaron sus luchas.

# UNA FAMILIA DE VALIENTES



“Rafael Simón Urbina, es fruto vigoroso de la gran desolación venezolana de los últimos tiempos, o de la orfandad en que una política de personalismos y arrebatos dejó sumida a Venezuela y a sus mejores valores.

“En fisonomía, presa de una nostalgia y de un dolor que cultiva con honra, surge para quien sepa traducir los caminos nuevos en las almas ansiosas de perfección, una viva y agitada contradicción entre su pasado incierto y el presente que le está exigiendo, a gritos, una colaboración generosa y útil.

“Amasada su personalidad de muchacho en la cruel injusticia y en la miseranda ambición de los caudillos que merodeaban en los médanos y en las montañas de Falcón, era natural, o por lo menos explicable, que desoyera la voz de su conciencia cuando aún mozo se convencía, por propia experiencia, de que la Venezuela de Cipriano Castro (que corresponde a su niñez y a

su adolescencia) no era para vivir rezando; se precisaba defenderse para no perecer bajo el sistema feudal y sanguinario del sargentón.

“Las apreciaciones que siguen, son la fiel narración autobiográfica hecha por Rafael Simón Urbina, y el autor de ella da fe de su exactitud gracias a sus agilidades de taquígrafo.

“Vino al mundo en Cumarebo, 1897, y todavía era un niño cuando supo que su padre, el general Antonio Urbina, había muerto en el Castillo Libertador bajo la férrea y joropera tiranía del Cabito o Restaurador!... Y el hijo no ha podido darse cuenta de por qué aquella prisión continúa llamándose, tan afrentosamente, ¡Castillo Libertador!

“En su familia, no escasean los militares: generales fueron Manuel Urbina, Porfirio e Ignacio, y de coroneles se recuerda a Joaquín, Gregorio, Eustaquio y Luis Urbina. De éstos, también Manuel, como Antonio, pagó con la vida la oposición a Gómez y fue el propio Castillo Libertador quien lo liberó de una existencia ya insoportable. Manuel murió devorado por los gusanos en el calabozo número 13, departamento de “El Olvido”.

“Era muy niño Rafael Simón Urbina, y huérfano, cuando a no gran distancia de la quinta de

su abuelo Francisco, oyó cierto día una descarga: desde las ramas de un árbol presenció las llamaradas y los incendios, oyó la fusilería y vio la dispersión de los hogares... Todo esto lo confundió, sobre todo porque de un lado los castristas vociferaban “vivas” al general Manuel Urbina, en tanto que los rieristas vociferaban “vivas” a otro Urbina, el coronel Gregorio que murió en la refriega, acaso de una bala fratricida...

“Y es ésta la primera visión de muerte que sume al mozalbete en la contemplación de útiles de guerra en la casona del abuelo. Alguna vez, cuando era chico hasta de 15 años de edad, tropezó entre los bártulos del abuelo, con una corneta y al momento ensayó en ella aquellas órdenes de la tragedia que lo dejó lelo sobre las ramas del árbol impávido... Las oyó el tío Manuel y al punto decidió que el sobrino ingresase a la escuela militar en donde permaneció de 1910 a 1912.

“En la escuela militar chocóle la rigidez mandarinesca del chileno Mac Gill, y, además, le disgustaba ser mandado a pesar de que la disciplina conduciríalo más tarde a la victoria.

“En cierta ocasión, Mac Gill le reprendió fuertemente por un acto voluntarioso; como se sintiera un tanto violentado en su sensibilidad

de hombre inquieto, hizo un gesto de amenaza al coronel director y fue reducido a reclusión pasando toda una noche de pie en una garita, lo que suscitó en el alma del futuro luchador una tirria terrible al superior. Luego pidió su baja y regresó a Coro.

“Estando aquí, el tío Joaquín lo invitó a seguir a Ciudad Bolívar, y en Caicara de Orinoco se encontró con que el tío Joaquín había trompeado a un tal Lovera. Y como se acercaba la Nochebuena que es noche de alegría y de baile y cuando se bebe, y cuando se come en recuerdo al rey pordiosero de Belén, todo el mundo se harta con la salpimentada hallaca, el joven Urbina que se encontraba solo, fuese donde el Gobernador, un tal Angel María Sánchez y exigió-le por los motivos aquellos del jolgorio, la libertad del buen tío Joaquín. Y con suaves maneras dirigió su petición, pero su señoría el Gobernador, ante cincuenta o más personas, acogió groseramente a Urbina, quien poco más tarde, en compañía de Evangelista Chirinos y Juan Rivera, asaltó, pistola en mano, la gobernación y libertó a su tío...

“En la refriega murió el jefe de la policía y maltrechos quedaron el administrador y dos agentes del orden, debido todo a que no es posi-



En 1911, Rafael Simón Urbina era un niño, sin embargo ya vestía el uniforme de cadete en la Academia Militar de Caracas.

ble cargar con los “carajos”, que un petulante y cobarde ofrece hasta el día que encuentra quien los sepa apreciar.

“Dueños de la situación, Urbina dejó el cuartel al cuidado y vigilancia de su compañero Chirinos, y resolvió vengarse personalmente del vejamen que por palabras le infirió el Gobernador: al tropezarlo jugando billar ante el mismo círculo de gentes que había oído las gruesas palabrotas, lo interpeló para que repitiera el insulto: —¡Váyase al carajo! —dijo Sánchez; pero no había terminado cuando Urbina le coló una bala... Y el Gobernador que jugaba billar e insultaba a las gentes, huyó despavorido, cual un miserable ajo, en tanto que Urbina era ovacionado por todos aquellos que momentos antes habrían calificado de guapo al hombre de las bolas.

“Siempre respetaron los Urbina los dineros ajenos, y en esto tenemos que ocuparnos más adelante respecto a los manejos de un antiguo compañero de Urbina.

“Conforme a esta tradición de honorabilidad, tío y sobrino salieron para Barcelona y “limpios de a locha”. Llegaron donde el general Zacarías Lira que les prestó su apoyo; más tarde el presidente de Bolívar, general David Gimón, les ofrecía garantías.

“Pero el demonio de los montes, el eterno descontento tentaba a los hombres, a sus hombres, y fue entonces cuando usando de aquellas garantías, o disfrutando de ellas, Joaquín Urbina recibió correspondencia del famoso Mocho Hernández, y siguiendo sus órdenes se alzó el 4 de mayo de 1914, y de un golpe tomó a Moitaco, Mapire, Santa María de Ipire y Santa Cruz, pueblos miserables, de gente espantadiza y sumida no en la conseja sino en el terror que ha dejado en sus almas infantiles la crueldad de la guerra civil!...

“El triunfador siguió rumbo a Upata y con él iban el sobrino y 500 hombres más: Rafael Simón Urbina ocupaba la vanguardia y con 25 de sus soldados, escogidos, asaltó en San Luis de las Bocas a Henrique Eva, y añadió a sus filas, o a las filas del tío, 50 caballos, 30 rifles y mucha tropa rendida. Pero la justicia ordinaria fue el procedimiento lamentable que empleara Urbina contra el coronel Tarría por haberse éste opuesto a conceder la libertad a Manuel Fernández y Alfonso Valiente: lo derribó de cuatro tiros y ya nadie se opuso a la libertad!... Es doloroso, y Urbina lo lamenta, pero en América en muchas ocasiones la libertad cuesta eso: cuatro tiros o el filo de un machete sobre la cabeza!

“En las montañas de Matapalo murió el tío; en el combate, una bala le penetró al cráneo por la cara. Hubo entonces una derrota desesperada y Urbina, ya solo, siguió para Moitaco, y bajando el río Aro lo aprehendieron junto con José Miguel Parra, de Ciudad Bolívar, y no habían llegado a las prisiones cuando les cerraron grillos de sesenta libras que pronto quitaron a Parra y en cambio arremacharon a Urbina. Y se le siguió un juicio por las víctimas en los combates contra el gobierno. Estas víctimas, Rafael Quintero y José Guaramato, se debían al tío y por él ya muerto, pagaba el sobrino... La prisión duró entonces del 4 de julio 1914 a febrero de 1915.

“¿Cómo salió de esta cárcel? León Jurado era entonces presidente del Guárico y disponía de muchos corianos. Entre éstos hallábanse el general Pedro Urbina, tío de Rafael Simón Urbina, y su primo el coronel Virgilio Urbina. Hirieron a Jurado y quedó mandando las fuerzas del gobierno el general Pedro Urbina que después fue nombrado Gobernador de Altagracia de Ortuco; fue entonces cuando el tío Pedro supo la muerte de Joaquín y la prisión del sobrino: habló con Jurado para que exigiera al general David Gimón la libertad del sobrino, pero Gimón

exigió previamente una entrevista con el general Jurado, por tratarse, decía, de un muchacho muy travieso...

“Llegó Gimón a Los Teques y allí se encontró con Jurado y de una vez acordaron el cambalache: fue puesto en libertad Rafael Simón Urbina a cambio de diez o doce presos de los que retenía Jurado en Calabozo: Urbina fue llamado por aquél, y le dijo: “He accedido con León porque él me pondrá en libertad a otros amigos; le aconsejo que se porte bien con él”, y le dio un pasaporte con el nombre de José Sambrano, lo envió hasta La Guaira con dos soldados vigiles y 1.000 bolívares para sus primeras necesidades, pues Gimón temía que Urbina se quedara en Ciudad Bolívar.

“En La Guaira supo que Jurado iba de presidente de Falcón y se fue con él. En Coro el Gobernador era el general Pedro Urbina, pero el sobrino declinó toda ingerencia que se le ofrecía en la nueva política y se largó a trabajar en la Sierra de Coro; allí se hizo comerciante, y de 1915 a 1919, adquirió un pequeño capital gracias a sus relaciones con Blohm, Cubría, Luria, De Sola y la zapatería de Juan Santo González, a quienes debe todavía lo que le quitaron los agentes del general Jurado.

“Urbina se ocupaba con entusiasmo de su negocio; había olvidado la política y hasta los azares de la guerra, aunque en esta época se asilaba en la misma Sierra de Coro el general Manuel Urbina, cuñado del general Castro y a quien Jurado perseguía negligentemente debido al cariño mutuo que se profesaban desde la niñez. Y la causa de esta persecución negligente consistía en que Jurado y Lázaro González estaban de acuerdo con el general Castro para que González apoyara su desembarque en la Vela de Coro, en el año 13. El desembarque se verificó. Cayeron en la trampa de Lázaro González, Jurado y Laclé. León Jurado no estaba inmiscuido en el asunto, propiamente, pues también iba a ser víctima de la traición, pero “el vendedor” Lázaro González tuvo miedo y cayeron en el lazo: Simón Bello, Parra Castro, Alfredo Arvelo Larriva, Félix de la Rosa Pérez, Porfirio Sierralta y otros.

“Para dar la bienvenida a los revolucionarios, Rafael Bolívar Coronado y Adán Hermoso Tellería dijeron discursos en que encomiaban a los recién llegados y se lanzaban denuestos a Jurado, quien estaba prisionero en un cuarto de hotel, en La Vela. A la hora y señal convenidas, Jurado salió de su escondite e hizo preso a los

mencionados revolucionarios, entre los cuales, Simón Bello, representante de Castro, ya había nombrado su Estado Mayor y hecho todos los preparativos de la campaña. Ridículamente simulado fue ordenado el fusilamiento de Simón Bello y sus compañeros. Revocada la “mamadera de gallo” de aquella ejecución, fueron conducidos a la cárcel de Coro y luego a Puerto Cabello. Entre tanto, Gómez se declaraba en campaña y se trasladaba a Maracay, desde donde ganaba batallas contra un ejército fantástico.

“Esta revuelta la llamaron en Coro “la guerra de embustes”, pero fue únicamente para burlar el precepto constitucional y justificar de esa manera vergonzosa la ignominia de un período provisional de siete años, llegando Venezuela, en ese período, a estar gobernada por dos Presidentes, salvando la pantalla, también provisoria del gobierno de Gil Fortoul. Desde esta época Manuel Urbina se asiló en las montañas de Coro.

“Pero tal o cual día le llegó a Manuel Urbina cierta correspondencia que Jurado logró interceptar, y desde entonces inició una persecución sin cuartel a todos los Urbina... Desapareció el bienestar del joven comerciante de la Sierra de Coro y hasta las casas de la familia fue-

ron quemadas! y hasta lastimada la honra de las mujeres: Cecilia Urbina, señorita de 17 años de edad, quedó en cinta de un sargentón cualquiera!... La tragedia del conuco, la volatilización del rancho y la fuga apresurada para llevar la vida en donde la vida pudiera seguir su curso sin el melodrama cuyos hilillos los movía, en una escena de ignominia y rencor, el Jefe Civil!

“Ante los nuevos y premiosos aspectos del problema, Rafael Simón Urbina fue al campamento del tío que sufría la persecución en su persona, en su gente y hasta en el pudor de las mozas serranas. Estaba viejo el tío y el sobrino pensó que ya era tiempo de tomarle el patrimonio de coraje y empuje que la invalidez no podía sepultar entre las manos temblorosas del anciano: Manuel Urbina que lo había visto nacer y que olvidaba las consecuencias de una herencia firme, de familia, creyó que el sobrino estaba loco, y este loco, entre sus oficiales de confianza, hombres viriles y recios (Julio Hernández M., Luis Hernández, Pedro Hernández, Olegario Reyes, Julio Ramón Hernández y Clarisio Carrasco), decidióse a triunfar y apenas disponía de 30 hombres de machete, el arma romana que prefirieron los antepasados corianos en el culto de la

guerra y que transformó en tizona terrible el invencible León Colina.

“El 18 de mayo de 1922 estaba Urbina y su gente en el pueblo de San Luis. El 11 de noviembre de 1921, se hallaba Urbina en El Vigía, cuando tuvo como un presentimiento del inmediato acercamiento del enemigo. En verdad sus perseguidores se acercaron en número crecido, haciendo descargás hacia el sitio ocupado por Urbina; éste salió herido y como pudo logró escaparse del ataque continuado mediante la valentía y estratagema de Olegario Reyes, quien disparaba un revólver hacia el enemigo dando voces de mando: veinte por aquí, treinta por allá, cincuenta por el frente...

“La gente del gobierno, creyendo en una tropa numerosa, se dio a la fuga. Rafael Simón fue trasladado en hombros de Olegario a un sitio donde se le hicieron algunas curas y permaneció oculto teniendo por único techo una gran corteza de árbol. El esfuerzo al trepar la serranía, había hecho de los pies de Urbina dolorosas ampollas de sangre que, al romperse, dejaban aislada la piel de los demás tejidos permitiendo la penetración del polvo y diversas materias que imposibilitaron el mantenerse en otra forma para andar que no fuera a gatas. Así estuvo seis

meses martirizado por el hambre, la sed y la ausencia total de higiene.

“Llegó el día de hablarle al tío Manuel, de continuar en aquella actitud desesperante llena de dolor y de miseria. El vestido no se sabía cuál era su color original de puro sucio. Parecía más bien una piel curtida. Lo que fue antes una labor de protesta, se iba a convertir ahora en una casi intención suicida: vino el 18 de mayo de 1922.

“Se preparaba entre los oficiales de Urbina un asalto para las doce de la noche, en el pueblo de San Luis. Se supo que estaban delatados y los esperaban. Rafael Simón, a pesar de la oposición de Manuel, habiendo tenido noticias de que, entre las seis y siete de la tarde, era la comida o el rancho en el cuartel, y protegido por la niebla del atardecer en el monte, dispuso el asalto y llegada esta hora atacó con los Hernández, con Carrasco y con Reyes: apagaron las luces y desnudos aquellos hombres hasta la cintura, tenían por consigna derribar todo lo que encontraran con ropa. Y comenzó la obra: Chas, chas y chas! cayó el Gobernador! Chas, chas y chas! cayó el Juez del Gobernador! Chas, chas y chas! cayó el Jefe de la Policía del Gobernador! Chas, chas y chas! se abrían las car-

nes de los soldados y se reventaban los cráneos duros y caían los soldados del Gobernador!...

“Pudo armar 180 hombres de 30 con que contaba, y dispuso que Julio Hernández M., tomase el Municipio de La Cruz y también a Pecalla: llevaba la orden de ejecutar a los jefes civiles!”. Hago un alto en la lectura para recordarle al lector que por cierto en ese combate se tocaban las ropas y al que estaba vestido lo iban matando, mientras ellos peleaban desnudos de la cintura para arriba. Olegario Reyes dejó unos hijos en Falcón. Clarisio Carrasco está vivo todavía en Santa Cruz de Bucaral; le dio hemiplejía y quedó inválido. Pero continuemos leyendo a Rafael Simón Urbina:

“En Curimagua, la tierra de todos los Urbina, el jefe de la horda inició una cacería sin piedad contra el espionaje y sus autores. En Cabececeras contaron la gente suya con la que llevaba Hernández y la guerrilla de los 30 hombres se habían multiplicado por 10: eran 300 los soldados de Urbina.

“En la refriega del Guarabal, entre la Sierra y la ciudad de Coro, Urbina y su gente peleaban duramente con un enemigo superior en número.

“En este sitio vergonzoso para el Gobierno, uno de los asesores de Jurado y de Laclé, orde-



Clarisio Carrasco un día antes de morir, el 22 de enero de 1980, en Santa Cruz de Bucaral. Clarisio me estuvo hablando de sus campañas con el general Rafael Simón Urbina. Tenía más de 100 años. Era el mejor tirador de machete de la Sierra de Coro.

nó a uno de sus hombres que aparentara desertar presentándosele a Rafael Simón en lo más nutrido del combate. El aparente desertor se acercó a Urbina hablándole horrores del Gobierno. Urbina le cambió, maliciosamente, el fusil que traía por uno malo y continuó la lucha. En lo recio de la refriega, uno de los oficiales rebeldes sorprende al desertor apuntando su fusil hacia Urbina y gritó: Vagabundo, que matas a Rafael! El fingido desertor confesó todo y después de haber escrito una carta a sus jefes o mandadores, diciéndole que había cumplido lo ordenado, fue fusilado, sin más fórmulas. Esto lo sabe Carlos Diez del Ciervo, amigo íntimo y secretario de Manuel Urbina y después enemigo en el gobierno bicéfalo Jurado-Laclé.

“En huelga estaba la gente cuando se tuvo aviso de que sobre el pueblo caían los coroneles Jesús Jurado, Agustín Graterol y los generales Fermín Palencia y Jesús María Primera. Los recibieron como reciben los valientes y hubo camorra: murió Natividad Hernández y mucha gente de rifle. Y cuando ya no fue posible resistir el plomeo, las compañías de Urbina recibieron la consigna de salir por caminos distintos al sitio del Vigía; de allí fueron a organizarse a Cabure de donde se trasladaron a Pe-

dregal; ambas cabeceras de Distritos. Aquí el Gobierno fue sorprendido, el Jefe Civil se refugió en el templo...

“Jurado adoptó entonces el sistema de persecución con guerrillas, pero antes hizo recoger toda la pólvora de los cazadores en los municipios para evitar a Urbina la fabricación de cápsulas, su especialidad y oficio de aquellos días.

“La persecución sin tregua obligó a Urbina a tomar una resolución irrevocable: sin recursos y asediado, reunió a sus gentes y les impuso de su propósito de irse al extranjero en solitud de medios para continuar la guerra. Y no quiso decir cómo se iba ni cómo iba a torear la vigilancia de Jurado.

“Al rumbero indicó la vía de Barquisimeto, o se la indicó el rumbero a él, y llevaba como único alimento harina de maíz, papelón y agua cuando se encontraba. En la estación del ferrocarril (Eneal) la gente del general Velasco interrogaba a todo el mundo: Urbina, andrajoso y barbudo, habíase provisto, además, de un trozo de carne que amarrada a una de sus piernas se pudrió allí: apestaba por todas partes y el interés de los vigilantes era darle paso franco y pronto al mendigo hediondo y llagoso!...

“Logró, gracias a esta estratagema, llegar

a Puerto Cabello, y frente al mar vislumbró la libertad de los horizontes ilímites.

“Pero antes de trasladar la narración de los pasos de Urbina en el exterior, conviene cerrar este capítulo con una anécdota que podría dar la medida de la psicología de los miembros de esa familia de condotieros que nunca sufrió disciplinas ni mandamientos extraños: es costumbre en Venezuela que para jugar gallos, cantar rosarios o entregarse al jaleo en general, deba obtenerse, previamente, un permiso de la autoridad, esto es sagrado porque se trata de los dineros que caen al fondo insaciable del Jefe Civil...

“Virgilio Urbina era Gobernador en Cabure y en el municipio lo era Rafael Molina Franco, esposo de Julia Urbina. Cierta domingo le trajeron a Molina algunos sujetos amarrados y la causa de la prisión era el no haber obtenido el permiso para el rosario, para la riña de gallos o para el jaleo en general. Y como el gobernador Molina le preguntase al primero que quién le había expedido el permiso, aquél contestó que Porfirio Urbina; al segundo maniatado hizo idéntica pregunta y respondió que se lo había concedido Francisco Urbina, hijo; y cuando Molina Franco se acercó al tercer contraventor de

la Ley, éste le declaró que el permiso lo había dado Eloísa Urbina; pero llegó al colmo de la turbación cuando inquiriendo al cuarto preso, éste le dijo que su permiso lo otorgó Julia Urbina de Molina Franco, la esposa del Gobernador!... Este no logró conciliar el derecho con tantos intereses y renunció su posición de Gobernador del Municipio...”.

Cuando termino de leer este primer capítulo del libro de Urbina, recuerdo que una noche, días antes de los sucesos de la Quinta Maritza, él ofreció regalarme un ejemplar.

—Por ahí tengo un libro mío, que es bueno que usted lo lea, para que se entere...

Luego veo en el ejemplar de VICTORIA, DOLOR Y TRAGEDIA, que ahora tengo en mis manos, una nota sobre Emeterio Campos. Textualmente dice:

“Emeterio Campos, coriano de San Luis, quien se halla ahora en Trinidad, es un famoso rumbero. Para él la selva o la llanura no tienen misterios; para orientarse es un asombro, añadiendo a esta habilidad de olfatear horizontes, es hombre de una astucia admirable y de una fuerza extraordinaria. Valiente para otro hombre u hombres, en luchas personales, pero en la guerra no pelea. Urbina tuvo necesidad muchas

veces, para que no se fugara en la pelea, permitirle que se escondiera o hiciera uso de acostarse; eso sí, había que vigilarlo pistola en mano, porque el miedo se apoderaba de él en una forma insólita. La fortaleza de este hombre la demostró en varias ocasiones acompañando a Urbina. Una vez, casi se morían de hambre; Campos se acercó a varios chivos que sorprendió; a uno del rebaño lo alcanzó con el puño y del golpe en el testuz lo mató. Ese día hubo banquete de carne asada al sol y sin sal. Otra vez, se encontraban a una gran altura, sólo accesible al ganado cimarrón. Era imposible caminar sin el desprendimiento de grandes piedras que rodaban hasta la hondonada. Sus compañeros eran posesos de un hambre terrible; Campos toma un bejuco larguísimo, hace un gran lazo y se va a gatas hasta donde se encuentran varios toros salvajes con sus hembras, algunos se espantaron dándose a una fuga horrible y precipitada, pero el lazo alcanzó a un novillo. Campos se levantaba y se arrastraba llevado por el animal despavorido sobre la colina de piedras movedizas. Un momento, y la res resbala y Campos cae sobre ella clavándole un cuchillo y asimismo, en la agonía de la bestia, sin desollar y sin más miramientos, le corta una pierna y la

lleva a sus compañeros revolucionarios, con una consigna de burla: aquí comeremos unos pocos, los demás que quieran comer irán a buscar allá arriba, levantando el índice hacia el cerro, que para los hambreados parecía imposible. Esto era en 1921”.

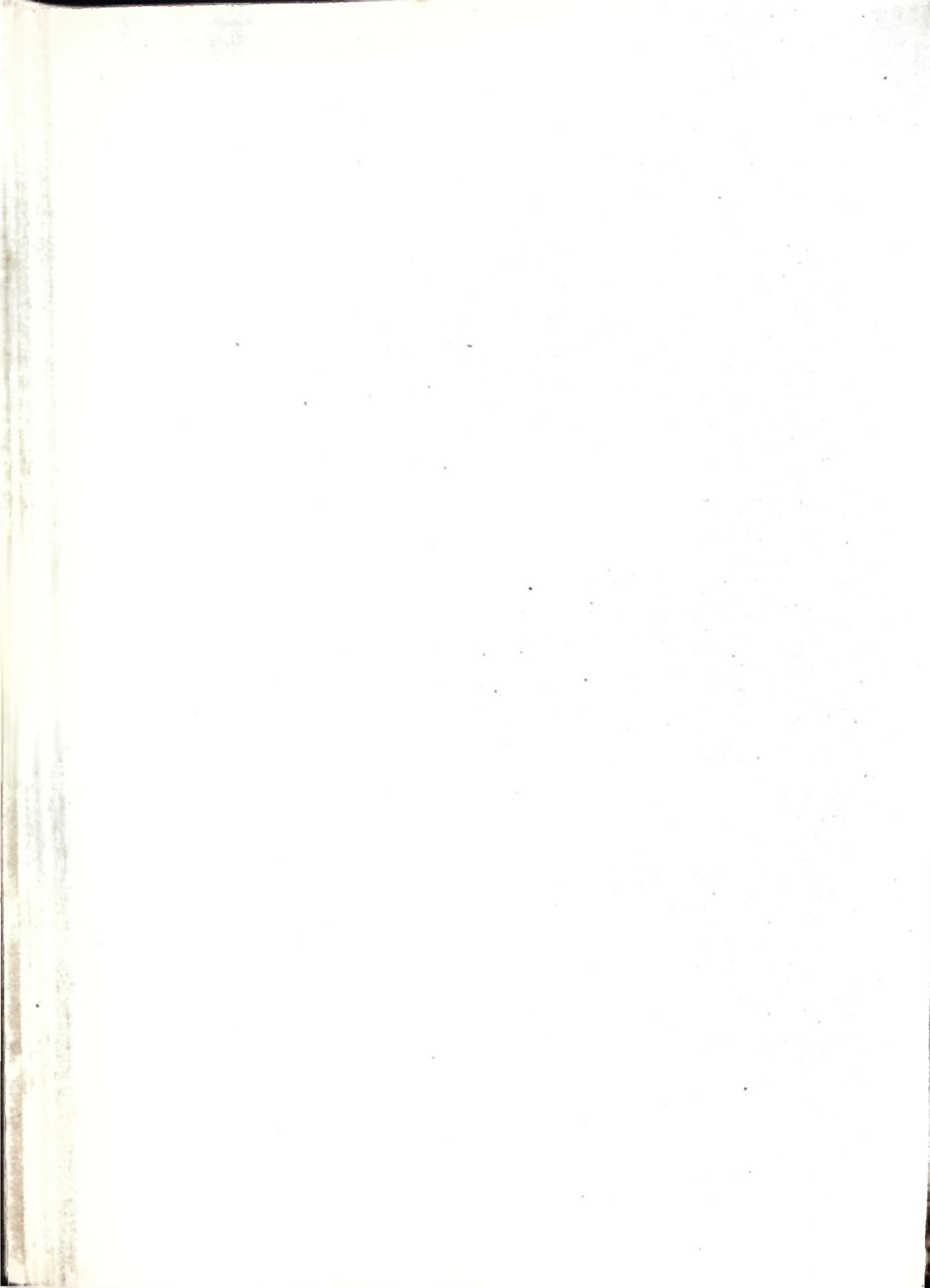
Rafael Simón Urbina me habló una noche sobre este hombre y me dijo que para un asalto a machete era lo mejor. Me enseñó un machete que tenía una parte rota en la mitad y me refirió esta historia:

Una noche cazaron a un hombre que era espía del enemigo. Lo encontraron cuando estaba hablando, precisamente de Rafael Simón. Eme-terio Campos, quien era zurdo, le tiró un machetazo por la izquierda y Urbina por la derecha, los dos casi al mismo tiempo. No se escuchó nada, sino el choque de los dos machetes cuando se encontraron en la mitad y partieron al hombre en dos!!

En el año 1947 nombraron a mi hermano comandante de la policía de Santa Cruz, pero cuando él se fue para Punto Fijo, en el 48, yo lo reemplacé en el cargo. Allí estuve con Pepe Olivares. Llegó Chucho Primera, el cuñado de Pepe Olivares y lo nombran Prefecto en Carirubana, y él le pone un telegrama a Pepe diciéndole que

me mande a mí, que él me necesitaba en Punto Fijo. Pepe me dice: Pedro, yo te necesito, pero Chucho te necesita más, así es que vete para allá. Me fui con Ismael Rodríguez para Carirubana, en donde Ismael quedó como Jefe de la Policía y yo como Comisario en Tropezón. Este era un puesto muy importante, pues estaba cerca la refinería de la Creole. Todo esto ocurre a fines de 1948, cuando Juan Pérez Jiménez, hermano de Marcos Pérez Jiménez, era el Gobernador de Falcón y el Presidente de la República era el comandante Carlos Delgado Chalbaud.

En el año 49 me quedé en Punto Fijo, pero trabajando en la Creole como vigilante. Fue entonces cuando conocí a Domingo Urbina. Ni él ni yo sabíamos, a la primera vez que conversamos y tomamos unos tragos, que nuestra amistad, invariable hasta hoy, iba a tener trascendencia nacional, cambiando el curso de la historia.



CONSPIRACION EN MARCHA



Yo me ayudaba comprando cigarrillos de contrabando y les vendía a los americanos de la Creole cartones de Lucky, Chesterfield y Camel. Me hice amigo de todos los Urbina y siempre andaba con ellos. La política no me interesaba, pero de vez en cuando escuchaba la radio para saber qué pasaba.

A Rómulo Gallegos lo habían tumbado en el 48 y siempre habían muchos rumores por todos esos pueblos de conspiraciones y golpes. A cada rato salía en los periódicos que se había descubierto algo. Los tres militares que estaban mandando: Delgado Chalbaud, Pérez Jiménez y Llovera mantenían una dictadura y por cualquier cosa lo denunciaban a uno a la policía. Ya no había, como antes, libertad de prensa y los periódicos estaban censurados. Se publicaban las cosas que le interesaban al gobierno. Los enemigos del régimen —casi todos esos líderes y grandes jefes— habían sido expulsados, pero

había mucha gente que conspiraba y regaba papelititos contra los comandantes. No se hablaba públicamente ya de Rómulo Gallegos, quien parece que estaba viviendo en México, pero sí me acuerdo que alguien un día me mostró un papel clandestino que, según esta persona, Gallegos había escrito, para leerlo por radio, cuando lo tumbaron en noviembre de 1948, pero que no pudo porque los militares lo impidieron. Yo conservé ese papel, por curiosidad, por mucho tiempo y decía textualmente: "En mi residencia particular acabo de recibir la noticia de que ha sido ocupado el Palacio Presidencial de Miraflores por fuerzas militares comandadas por el teniente coronel Marcos Pérez Jiménez, donde se ha practicado la detención de varios ministros del despacho y sé que, llevando a cabo el atropello de las instituciones a que se han decidido las fuerzas armadas, vienen ya a apoderarse de mi persona. Culmina así un proceso de insurrección de las fuerzas de la guarnición de Caracas y del alto mando militar, iniciado hace días con un intento de ejercer presión sobre mi ánimo para imponerme líneas de conducta política, cosa que sólo puede hacer el pueblo de Venezuela cuya voluntad represento y cuya confianza poseo. A tales pretensiones me he opuesto enérgicamen-



Lo cierto es que al nombrarme Domingo Urbina a Cruz Díaz a mí ya no me gusto, porque nosotros somos dos hermanos que nos hemos querido mucho. Esta foto con Cruz me la tomé hace poco en Caracas.

te en la defensa de la dignidad del poder civil, contra la cual acaba de asestarse, una vez más, un golpe de fuerza dirigido al establecimiento de una dictadura militar. Pueblo de Venezuela!: Yo he cumplido mi deber, cumple tú ahora el tuyo no dejándote arrebatar el derecho que legítimamente habías conquistado de darte tu propio gobierno por acto cívico de soberanía popular". ROMULO GALLEGOS, PRESIDENTE DE VENEZUELA. Los Palos Grandes, Chacao, 24 de noviembre de 1948.

Sobre este mismo golpe que derrocó a Gallegos me contaron a mí en la cárcel que Mario Vargas había hecho todo lo posible para detener la conspiración, pues parece que el comandante Vargas era muy amigo de Gallegos y Betancourt, pero virtualmente estaba agonizando cuando el gobierno lo llamó para que tratara de convencer al Estado Mayor de que no debía alzarse contra el Presidente Gallegos.

Mario Vargas era el militar más popular de aquellos años y venía saliendo mucho en los periódicos desde el golpe del 18 de octubre de 1945. Por cierto que yo me recordé mucho de Mario Vargas, una tarde en la cárcel cuando leí una historia de Rómulo Betancourt.

Reseñaba el ex-Presidente Betancourt lo si-

guiente: “Víctima de una crisis de su enfermedad pulmonar, presencié el comandante Mario Vargas, desde una cama tendida en el propio despacho del Ministro de Defensa, la escena de la integración del nuevo Gobierno. Guardo en la memoria el diálogo habido entre Pérez Jiménez y Delgado Chalbaud. Fue éste, con palabras de más o de menos:

—Pérez Jiménez: El Gobierno debe ser una Junta Militar de tres, de los cuales dos seremos el comandante Llovera Páez y yo. El tercero debe ser usted, comandante Delgado.

—Delgado Chalbaud: Yo no podría aceptar, porque era el Ministro de Defensa del Gobierno Constitucional.

—Pérez Jiménez: Pero fue usted quien dio la orden para que el ejército se hiciera cargo de la situación.

—Delgado Chalbaud: Eso es verdad, y entraré a formar parte de la Junta, presidiéndola porque tengo mayor rango militar”.

“Otra vez Delgado Chalbaud —escribe Be-tancourt— el introvertido y tímido temperamental, daba el paso al frente en un momento crítico, como ya lo había hecho el 18 de octubre. Pérez Jiménez volvía a ocupar puesto segundón. Pero se estaba viviendo el primer acto de un



Entre palo y palo me contó que iban a sacar a Carlos Delgado Chalbaud de la Junta Militar de Gobierno. Esta fue la última foto que se le tomó en vida al Presidente. Lo fotografiaron cuatro días antes del frustrado golpe militar del 13 de noviembre, en la Embajada de Colombia en Caracas, cuando era condecorado con la orden de Boyacá.

drama con epílogo de sangre y violencia, que iba a desarrollarse dos años después”.

En el año 1950 me denunciaron por los cigarrillos que yo tenía y los guardias nacionales me allanaron el domicilio. Yo logré escapar y me salí para la casa de Pepito Urbina, quien vivía al lado. Tuve la oportunidad de sacar una maleta con mercancía y unos cuatro mil bolívares. Entonces llegó un muchacho que trabajaba conmigo y lo mandé a sacar otra maleta, en donde tenía un revólver. Pero al mozo lo agarró la guardia. Lo tuvieron preso, le dieron plan, pero él no me delató y no dijo de quien era la maleta, sino que había ido a buscar unas cajas para llevarlas para Churuguara.

Yo entonces me fui a Churuguara y compré una hacienda de caña, llamada El Chorro, en Mapararí, y me puse a trabajar. Allí estuve hasta septiembre, cuando me anunciaron que ya el asunto del contrabando se había arreglado con el Juez de Hacienda de La Vela. Regresé entonces a Punto Fijo.

Domingo Urbina me invitó a su casa y allá nos pusimos a tomar whisky. Entre palo y palo, Domingo me cuenta lo que hay en Caracas: que a él lo llamó Rafael Simón Urbina, porque van a sacar a Delgado Chalbaud de la Junta Militar

de Gobierno. Y lo llamó para que le llevara a unos hombres, unos corianos, porque él le tenía mucha fe a los corianos. Domingo me dijo que tenía comprometidos a Cruz, mi hermano, que iba con él, a Raimundo Gabán, Pedro Antonio Pérez y otros. Yo no quería que viniera mi hermano. Me dí cuenta de inmediato que era un complot de Rafael Simón Urbina, de acuerdo con Pérez Jiménez, para tumbar a Delgado Chalbaud. Esto no es que esté acusando a Pérez Jiménez, sino que voy a contar lo que me dijeron a mí. Yo no me convierto en acusador de nadie, pero por primera vez relataré lo que me contaron, sin quitarle, ni ponerle. Todas esas declaraciones mías que aparecen en el sumario no son ciertas, porque YO NO PODIA ENTONCES CONTAR LA VERDAD. Se me ordenó que no hablara nada y más adelante explicaré quien me lo dijo y por qué obedecí esa orden.

Lo cierto fue que al nombrarme Domingo Urbina a Cruz Díaz, a mí ya no me gustó, porque nosotros somos dos hermanos que nos hemos querido mucho y siempre, si yo sé que está en peligro, yo trato de tener ese peligro y que no lo tenga él. Lo mismo es él conmigo.

Yo le dije a Domingo Urbina que era mejor que no me hubiera dicho nada, porque ahora ya

no iba a dejar ir a Cruz. Mi hermano estaba también en Punto Fijo y trabajaba como vigilante en la Shell.

La cabeza me daba vueltas y entonces tiré una parada y le dije a Domingo:

—Mire, compadre, por qué no hacemos lo siguiente: yo tengo gente allá. Yo le voy a traer diez hombres de allá de Mapararí y déme a Cruz.

—Mira —contestó Domingo—, ni a cien hombres que me traigas por el paisa Cruz, los acepto. Prefiero irme con Cruz Díaz sólo y no llevarme cien hombres...

—Bueno, ¿y si yo le digo a usted que voy yo, ¿deja a Cruz?

—Así sí!!

—Bueno, compadre, cuente conmigo, pero no lleve a Cruz, ni a Pedro Antonio Pérez, ni a Raimundo Gabán.

Yo no quería que ellos fueran porque eran hombres de hogar, amigos míos y muy trabajadores. Todos nos habíamos criado juntos y yo sabía que lo que se estaba preparando era algo muy peligroso.

—Eso sí, compadre —le advertí a Domingo—, no le vaya a decir nada a Cruz que yo voy. Me pone un telegrama a Mapararí cuando sea necesario que venga.

Así lo hicimos. Me fui para Mapararí y el 3 de noviembre de 1950 llegó el telegrama a la hacienda. Al abrir el mensaje leí el santo y seña que yo esperaba y que me lo mandaba Domingo Urbina desde Punto Fijo: Punto Fijo, noviembre 3 de 1950. URGENTE. Pedro Díaz. Mapararí. Espérole para entregarle camión. Véngase rápido. Abrazos. Domingo Urbina. 8 A.M.

Como no tenía en aquellos días mi camión, me fui a la casa de mi amigo Aurelio Cordero y le pedí el favor que me llevara a Coro. El ignoraba todo.

El día que salí de la hacienda dejé encargado de las tierras a Pablo Acosta y le dije a lo que veníamos a la capital: que íbamos a agarrar al Presidente Delgado Chalbaud porque estábamos metidos en un golpe. Le pedí por favor que se quedara trabajando en la hacienda y que no fuera a salir de allí hasta tanto yo no regresara. Cuando viajé a Coro él salió para Santa Cruz donde Juan Bautista Morillo Romero, que era el Prefecto y le contó que yo había salido para Caracas a secuestrar a Carlos Delgado Chalbaud porque había un golpe. Morillo, al saber esto, agarra un jeep y se viene a Coro a ver si me alcanza para no dejarme venir. El tenía la corazonada de que todo iba a salir mal y que-



Como no tenía en aquellos días mi camión, me fui a la casa de mi amigo Aurelio Cordero y le pedí que por favor me llevara a Coro. El ignoraba todo. Los dos seguimos siendo grandes amigos y aquí estamos conversando en el negocio que tiene Aurelio en Mapararí.

ría salvarme...

Por haberse quedado callado estuvo preso un año.

Le tocó pagar un año de cárcel por la amistad que existía entre él y yo.

Llegamos a Coro a las siete de la mañana del día 4 de noviembre. En Coro agarré un avión para Punto Fijo, porque en ese entonces se echaban seis horas por tierra de Coro a Punto Fijo. Al llegar al aeropuerto alquilé un carro y me fui directamente a la casa de Domingo Urbina. No estaba. Se había venido ya para Caracas. Le pregunté a la señora si había dejado un mensaje para mí y me contestó que no.

—Señora —hablé muy preocupado, yo tengo un compromiso con Domingo —¿cómo puedo verlo en Caracas, si no tengo dirección ni nada?

Entonces, ella me dice que hay un señor, Angel Primera, quien tenía el teléfono de Caracas de Rafael Simón Urbina. Al oír aquel nombre me sobresalté un poco, pero disimulé y enseguida me fui para la casa de Angel, quien no había llegado del trabajo todavía. El estaba empleado en la Creole. Lo esperé. Llegó en la noche. Le mostré el telegrama e inmediatamente me dio el número de la casa del general Rafael Simón Urbina.

Al día siguiente compré mi pasaje y en horas de la tarde cogí el avión. Era la segunda vez en mi vida que venía a Caracas. Había estado antes, en 1947, unos dos días, de paso para El Tigre. La verdad era que yo no conocía la capital.

Mientras el avión volaba yo veía por un lado el mar y por el otro aquellas tierras resacas y amarillas. Pero me atraía más el mar que se veía como inmenso plato de gelatina, sin límites. De vez en cuando se divisaba un barquito, dejando una línea larga, como el corte de un cuchillo en aquella gelatina. No se veían islas. Sin embargo, yo estaba pensando en una, cuyo nombre desde la infancia la vinculaba a un hombre: Curazao. Para mí era difícil pensar en Curazao y no recordar a Rafael Simón. ¿Sería cierto todo lo que contaban? ¿Cómo pudo con cincuenta hombres tomar la isla? ¿Qué hubiera pasado si la invasión de Urbina a las costas de Falcón hubiese triunfado? ¿Era en verdad Urbina tan macho como lo pintaban? Me recordaba de lo que yo le decía a mi hermano mayor: "Vete con Urbina!!! Esos son los hombres que uno debe seguir...". Pero ahora, había cambiado mi puesto por Cruz Díaz. Pronto, muy pronto iba a conocer a Rafael Simón. Había pasado tanto tiem-

po. del asalto a Curazao. ¿Sería el mismo hombre? ¿No estaría ya viejo para tirar esa parada? ¿Y cómo fue en verdad lo de Curazao? Si yo tuviera el privilegio de que ese hombre me contara la historia...

Todo comenzó en junio de 1929. Urbina tenía ya tiempo madurando el plan. Aún se discute si quien concibió la idea del asalto fue Gustavo Machado o el guerrillero. Pero lo cierto fue que Curazao cayó en manos venezolanas.

Machado publicó un folleto reclamando la paternidad del plan. Tiempo después, Urbina publicó el suyo asegurando que él había sido el autor de la hazaña.

En la cárcel consideré mi deber —porque Urbina no tuvo tiempo de explicarme— enterarme de la historia de Curazao.

Según Rafael Simón, empezó así...

ASALTO A LA ISLA DE CURAZAO



De Curazao solían escribir a Urbina para decirle que todo estaba listo y que no se atrevían a hacer nada sin él; estas cartas para Urbina decían lo mismo que las que de otros amigos recibía: sin Urbina no se podrá intentar nada; los corianos de Curazao no se atreverían a nada sin Urbina: lo conocían bien y no se habrían dejado mandar por ningún otro!

Pero a Urbina le faltaba lo más elemental para seguir a Curazao: no tenía pasaporte, pero como el doctor Valero era amigo del cónsul de México, y éste no simpatizaba con el gobierno de Venezuela, le extendió un pasaporte, y con el pasaporte, Amadeo Lupi, también por antipatías al régimen de Caracas, puso en las manos de Urbina doscientos dólares... Empeño de un anillo.

En el vapor "Buenos Aires" tomó pasaje Urbina junto con Gustavo Tejera y otros compañeros. Y cuando se preparaban a salir de Colón, nerviosito, aligero, sonriente y siempre oportuno, el doctor Wendehake, uno de los pocos venezolanos que en el exterior han sabido llevar muy bien puestos los calzones del hombre de trabajo y de pensamiento; Wendehake, cuya bolsa a veces limitada ha servido de ayuda para el ayuno de muchos venezolanos, fue a despedir

a Urbina y le puso en las manos cincuenta dólares, no propiamente a Rafael Simón Urbina, sino al mejicano Carlos Martínez y sonrió Wendeake con aquella sonrisa que traiciona en él la bondad, la piedad y la amistad de buena ley, de oro sin quilates sino de puros quilates.

El 1° de junio se dibujaba en el horizonte el perfil de los montículos de la isla ardiente y a poco el vapor echa sus anclas. Al muelle vienen a recibir a Urbina el coronel Ramón Torres y el capitán Borregales. Pero dejemos que hable Urbina:

—Me llevaron a una casita al lado de la refinera; allí debía madurar el plan.

Estando ya instalado, se mudó Machado para la misma casita, pues me dijo que apenas le quedaban cuatro días para permanecer legalmente en Curazao pues tenía ya la advertencia de la junta de inmigración. Encargo a Torres de solicitar un poco de dinero para comprar unas pistolas, y como nada consiguiéramos, Gustavo Machado se ofreció para ocurrir al doctor Carlos León que se encontraba en México, y como el doctor León contestara que giraría, seguimos en nuestra inquietud y al fin pudimos conseguir lo que necesitábamos y cuando llegaron los cien dólares girados por el doctor León, nuestro plan

estaba ya maduro y decidido...

En la noche, a la sombra protectora de la casita donde estaba alojado, Urbina llamó a Torres y le preguntó:

—¿Estás dispuesto a acompañarme a una parada de hombre?

—La que sea, con mucho gusto siempre que sea usted quien la encabece.

—¿Estás dispuesto a acompañarme a tomar Curazao?

—Estoy a sus órdenes; yo lo acompaño en eso y en otra cosa más grande aún...

Y cuando Urbina hizo la declaración del plan a todos los otros compañeros, éstos lo recibieron con profundo entusiasmo.

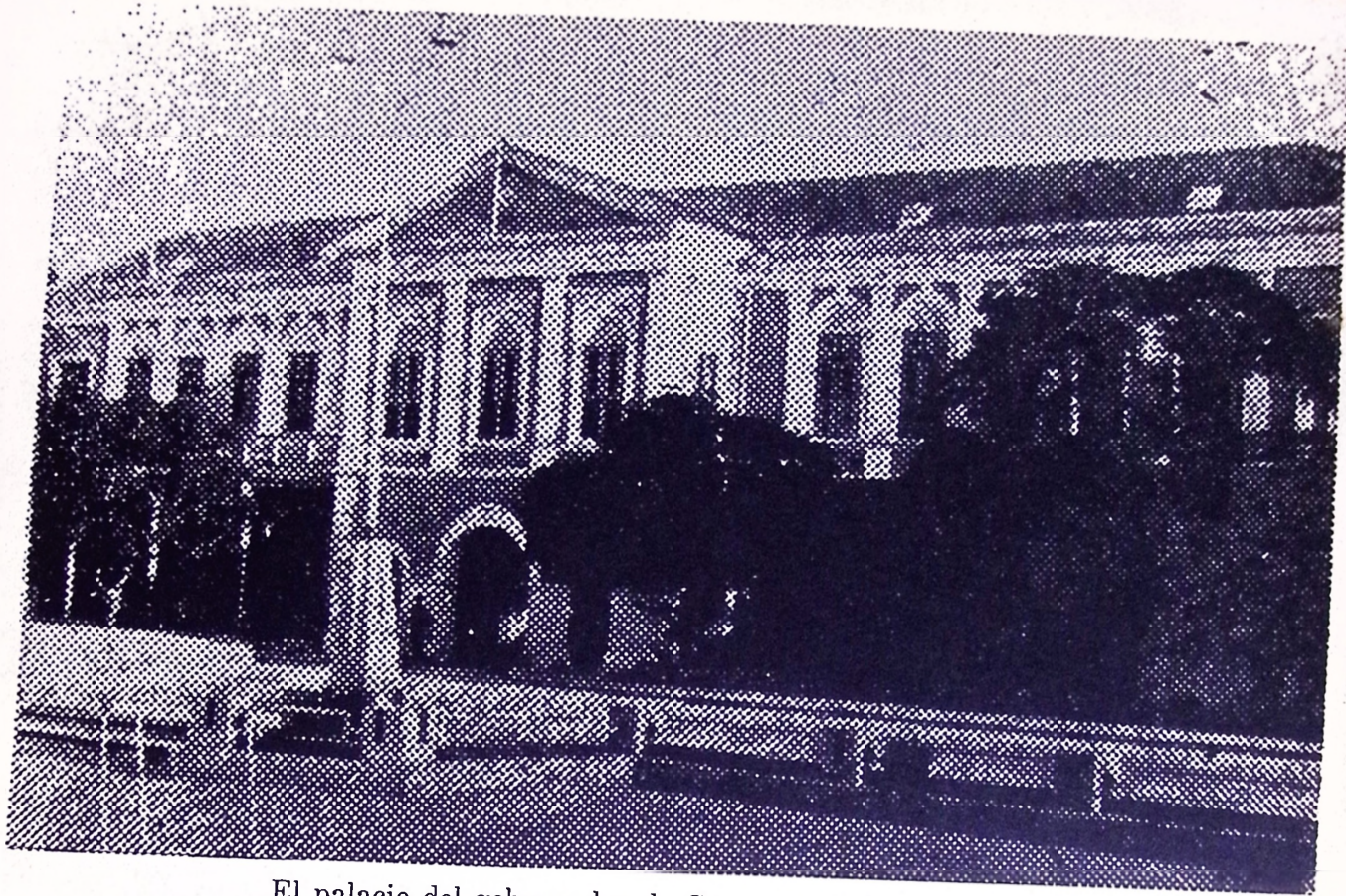
Pero el afán de Torres no tenía medida:

—¿Y con qué armas vamos a pelear?

—Saque usted un crédito de cincuenta machetes y consiga las pistolas que le puedan prestar los amigos!

Como se ve, este hombre parecía un iluso; sin armas todavía, ya pensaba en la forma cómo se adueñaría de la isla... Pero contaba con el arma poderosa que era el alma de su gente.

Torres consiguió los 50 machetes y dos hachas; luego logró adquirir dos revólveres Colt. Urbina, que ya ha crecido en la astucia que le



El palacio del gobernador de Curazao se conserva igual.  
Urbina apresó aquí al representante de S.M.

enseñaron los otros, impuso a los habitantes de la casita que tenía vecina a la refinería que nadie saldría de allí sin su previo consentimiento.

Para lograr reunir la gente sin que los vigilantes se impusieran, Urbina le dijo a Torres que la trajera de diez en diez y dijera que eran invitados a un bautizo; el primero en llegar fue el general tachirense Manuel Angulo que al saber que Urbina estaba a la cabeza del movimiento, corrió a abrazarlo.

Después fueron llegando el capitán Alcalá, el teniente Pedro A. Reyes, alias Redondo, los capitanes Piña, Borregales, Benigno Ramos, Gainza, Piter, Pedro Arias, Manuel J. Molina, Marín, Pedro Chávez, Ramón Rojas, Juan José Piña, Antonio Nava, Leocadio Stekmau, Carlos López, Leoncio Navea, Juan Segundo Viscaya e Isidro Arvais (Ratón). Luego, cuando ya el sol se ponía, fueron entrando sigilosamente, de diez en diez los hábiles y corajudos corianos de Urbina: en la puerta estaban los coroneles Tejera y otros: eran los guardianes de la puerta; nadie de los que entraba podía salir, y de los que ya estaban allí se quedaban.

Emilio Calderón iba todos los días a ofrecerse, haciendo él mismo elogio de su valor; pero en ese instante de los preparativos comenzó a

lamentarse de sus hijos y a querer escaparse. Urbina ordenó lo amarrasen y lo metieran en el camión, con la promesa de que al comenzar la toma del Fortín, se fugara, si lo hacía antes, con aquel pavor de Calderón, iban a quedar al descubierto. Así fue. Calderón para la fuga resultó un asombro, se perdió.

Ya reunida la gente, Torres avanzó hacia Urbina y le dijo, con parada militar:

—Rafael Simón!, he cumplido sus órdenes. ¿Qué hacemos ahora?

Los he llamado aquí para que vengamos los ultrajes que nos han inferido a mí y a todos mis compañeros en esta maldita isla. Vamos a tomar a Curazao! Si están dispuestos a acompañarme, que cada uno levante la mano derecha...

Y todos la levantaron como los hijos del "Fascio" en Roma, no para oprimir a pueblos indefensos e incultos, sino para ir al sacrificio por la libertad que Roma quiere sojuzgar ahora bajo el imperio sombrío de Benito Mussolini.

Torres entonces sacó de debajo de una mesa los pocos machetes, el arma del coriano cuando no se le dé una más moderna... Urbina le ofreció a cada uno un vaso de cerveza y mandó a formar filas, y organizó tres columnas declarando ya para salir:

—Nombro a Torres, a Tejera y a Machado jefes de los 25 hombres que deben tomar la prevención del fuerte; la planta baja del mismo fuerte será tomada por el capitán Redondo y Ludovico Marín con 8 hombres para apagar todos los focos eléctricos del fuerte, a los cuales entrego las dos hachas.

Encomendó al general Angulo que con 8 hombres y tan pronto como tengamos en nuestras manos el fuerte, y aprovechando las armas que pudiera conseguir, vaya donde el cónsul Leyba, lo hiciera preso para luego ejecutarlo y vengar de esta manera tantas vagabunderías que hizo contra los venezolanos. Y agregó: como tengo la responsabilidad del movimiento, prometo solemnemente que con los cuatro hombres que van conmigo armados de pistolas, tomaré la parte alta del fuerte...

La tentativa comenzó a las 7 de la noche; se inició con el embarque de la gente en los camiones, de dos en dos y vigilados por los oficiales. Hecho esto se dio la voz de dirigirse a la ciudad y la gente creía que aquellos eran camiones de pasajeros. Ya frente al fortín, Urbina dio la orden de acelerar lo más posible y salvaron la puerta, a toda velocidad; cada uno ocupó su puesto y empezó la refriega: se oía el tilin de

los focos al romperse, se distinguía el chas! chas! de los machetes y el tiroteo de abajo. Mientras yo arriba, dice Urbina, hacía correr con mi pistola a los veteranos de Su Majestad la Reina Guillermina... A las 9 en punto, era yo Gobernador de Curazao sin ser general.

El general Angulo, que cumplió a cabalidad mis órdenes, no pudo obtener resultado sobre la comisión confiada a su pericia, porque el cobarde cónsul Leyba se había escondido en una chimenea. La suegra del cónsul murió del susto y la esposa, de la impresión recibida, abortó.

Habiendo cesado el tiroteo y ya los técnicos en derrota, Urbina se asomó al balcón y pronunció vivas a la revolución venezolana.

El escándalo y el pánico provocado por el tiroteo, cundieron por toda la isla; Urbina ordenó la iluminación del fortín y que se recogieran las armas en tanto que se aumentaba el número de los compatriotas que seguían sumándose al movimiento. Como medida preventiva, Urbina armó 100 hombres al mando del coronel Tejera y el santo y seña de los que quisieran entrar era la palabra "Urbina". Y como se presentase el técnico militar de la isla dando órdenes sin saber a ciencia cierta lo que pasaba, el coronel Torres se le acerca y le dice.



La mano de Urbina sostiene la pistola que le quitó al gobernador de Curazao. En el cañón lleva grabada la corona real de Holanda y la W de S.M. la reina Guillermina.

—No hay ninguna de tu gente, musió. Todos se han tirado al agua; hay varios muertos y algunos heridos. Ríndete!

Y entonces el coronel Torres le quitó la pistola que es la que siempre acompaña a Urbina: lleva la corona de S.M. la reina de Holanda.

Y seguía llegando la gente venezolana: se logró armar hasta 300 hombres. Pero observando Urbina que no había parque suficiente, hizo llamar al ex-jefe holandés y lo conminó a que entregara todo el parque, y éste lo llevó al almacén y le aseguró que lo que allí veía era toda la existencia, y como no quedara satisfecho el triunfador, hizo llamar al jefe de las fuerzas, le enseñó los 300 rifles, las 2 ametralladoras, los 2.000 cartuchos y 150.000 cápsulas de palo junto con 50 banderas holandesas; luego lo hizo parar frente a una pared y dio orden para que se preparasen a fusilarlo... Pero contestó el musió: "Mátenme, pero no hay más parque"; y explicó que a la isla llegaban cada seis meses 100.000 cartuchos para que las tropas tiraran al blanco.

Sabía Urbina que el gobernador de Curazao era una figura decorativa, y como ya tenía en rehenes al jefe de las fuerzas, quiso hablar con el capitán holandés para que le entregase al gobernador; al oír esto un oficial de la isla, se le

vino encima a Urbina y de pistola en mano quiso amenazar con la muerte. La gente invasora apunta a su vez al holandés y el jefe de éste le insinúa una gran verdad: “No tire porque se pierde Curazao”

Ya en presencia del gobernador en palacio, mientras que el alto empleado solicita los medios para reanimar a su señora que se ha desvanecido, Urbina con todas las consideraciones a la señora, notifica al jefe de la isla que está preso... Contesta el intérprete:

—No puede ir preso, porque es excelencia...

Sonríe Urbina y responde:

—Aquí no hay más excelencia que yo.

Y como se resistiese a salir, Torres dejó escapar un tiro que pegó en un espejo y con la alarma de los cristales rotos, su excelencia descendió las escaleras y dijo en español:

—Aquí estoy, a la orden.

—Habla muy bien el español su excelencia.

Y enseguida lo sacaron por la calle central y lo llevaron al fuerte que recibió a Urbina entre vivas y alegres aclamaciones. Aquí Urbina ordenó a sus ayudantes Páez y Ponte ir a tomar el inalámbrico para evitar cualquier aviso a Venezuela. Inmediatamente el jefe de la oficina prometió no informar sobre el particular. No

obstante la promesa, se le colocaron dos centinelas a las máquinas, con la orden requerida.

El gerente de la "Royal Dutch" ofreció muchos dólares para que no hubiese represalia contra los depósitos de petróleo. Pero Urbina le dijo que no era necesario ofrecerle dinero para que él hiciese imponer el orden en la isla. Y como el pueblo pidiera permiso para pasar al otro lado del puente, así se concedió pero todos con las manos arriba. Pero en tanto que nos recreamos contemplando este extraño desfile de negros marchando con los brazos levantados, me dí a la tarea de preparar la expedición hacia Venezuela.

Lo primero que hice fue hacerle saber al gobernador que necesitaba un barco para salir y como me contestó negativamente porque no tenía barcos, argüíle que en el puerto habían seis barcos fondeados, entre ellos el "Maracaibo". Y como pusiera reparos en la forma como podría entregármelo, le indiqué la conveniencia de que llamase al capitán y se arreglase con él, y a maravilla vino todo, pues todo se allanó con un cheque de 15.000 florines que le entregó al capitán, con la condición de cargar cuatrocientos hombres. Pero aconteció que el capitán no tenía tripulación, pues en el asalto ésta se había amedrentado y había huído. Entonces ofrecí cin-



El barco norteamericano "Maracaibo" estaba anclado en Curazao la noche del asalto. Los revolucionarios lo capturaron y lo usaron para la invasión a Venezuela.

cuenta hombres de los míos y ordené al capitán Alcalá que cada diez minutos pitara desde el barco en señal de alarma, para consternar a los holandeses en pago de lo mucho que yo había sufrido en la isla.

Ya todo estaba listo para salir y la muchedumbre de los compatriotas que se quedaban esperando el resultado de mi empresa, me rogaron que hablara y como no soy elocuente les dije que yo había tomado a Curazao para vengarme de los vejámenes que me habían inferido y también por lo mal que trataban allí a los venezolanos.

Urbina pudo al fin nombrar su estado mayor: los jefes de 3 pelotones de 100 hombres cada uno, eran el coronel Ramón Torres del primero, el coronel Gustavo Tejera del segundo y el coronel Piña del tercero y ordenó a Tejera que se dirigiera con ellos al vapor "Maracaibo". Urbina cargó personalmente con treinta y dos oficiales, con el gobernador, el jefe de las fuerzas holandesas y con Delfín Pérez; los trasladó en un camión y cuando ya estaba en el barco con su gente y con sus prisioneros, el capitán preguntó sobre el rumbo que debía tomar: Hágame a la mar que luego le daré las órdenes.

Salimos afuera, continúa Urbina, y encargué del timón al coronel Gustavo Tejera, y le dije

que todo barco de guerra que se atravesara, lo apuntara con la proa hasta estrellarlo. Y ahora ponga rumbo a la Vela de Coro, mi capitán; y éste sonríe con su sonrisita de politiquero no intervencionista, pero no tenía remedio: mis órdenes debían cumplirse!

Navegando hacia La Vela, Urbina reorganizó su expedición de esta manera: jefe de la primera columna, coronel Torres, ayudantes a Gustavo Ponte y a Prince Lara; jefe de la segunda columna, coronel Gustavo Tejera, segundo capitán Alcalá, teniente a Borregales y ayudantes a Otero Silva y Jiménez Arráiz; jefe de la tercera columna coronel Piña, teniente de la compañía a Pedro A. Reyes y ayudantes a Gustavo Machado y González Méndez. Como proveedor general del ejército fue designado el general Manuel Angulo.

Y enseguida procedió a repartir el parque y a limpiar los fusiles de lo que encargó a su excelencia el gobernador de Curazao, al capitán de las tropas holandesas y a sus oficiales, quienes con las 50 banderas de S.M. la reina Guillermina afrontaron todos los rifles, usando lo blanco para la limpieza, en tanto que lo rojo de los estandartes lo emplearon mis soldados para guardar el bastimento!... Qué designio más su-

blime cuando esto lo hace el vencedor!!! Pero qué designio más vergonzoso cuando esto lo hace su excelencia que no tuvo valor para hacerse asesinar por uno de sus tenientes!!!

Aparecen las playas venezolanas y como el capitán se informase del desembarque, Urbina le indicó que a una milla arriba de la Vela de Coro. Allí fondeó el "Maracaibo", pero el mar estaba furioso, acaso mostraba su júbilo en el manto blanco de sus olas y en la ofuscación de sus aguas de acero.

Urbina ordenó arrear los cuatro botes y desembarcó primero el coronel Ramón Torres para tomar posiciones en tierra. Enseguida se trasladó el resto de la gente y Urbina se quedó en el vapor con el Estado Mayor para mandar al capitán que se fuera a Curazao con el gobernador y los otros prisioneros.

Y afirma Urbina que al despedirlos, los invitó para que lo acompañaran a tierra, y los holandeses alarmados se negaron, y como le aseguraron a Urbina que no tomarían represalias contra los compatriotas venezolanos residentes en Curazao, y que no cumplieron pues al llegar a la isla hicieron presos alrededor de 800, el expedicionario del "Maracaibo" les escribió del extranjero poco tiempo después amenazándoles



Rafael Simón Urbina y el doctor José Rafael Wendehake. El médico le daba techo y comida a 35 venezolanos, y además los vestía!...

con volver! y entonces el criterio de su excelencia cambió, si no a favor al menos se respetó a los elementos trabajadores.

Regresó pues el vapor "Maracaibo" con su valiosísima carga de técnicos europeos que habían pedido perdón al humilde soldado coriano y volvían con las banderas de su patria hechas girones y sucias!

Cuando se efectuaba el desembarque, se observó que una goleta, fondeada en el Puerto, hacía señales de alarma al Resguardo. Enseguida apareció una lancha de vapor en dirección a la goleta. Luego se regresó al enterarse del arribo de un buque revolucionario, trayendo como consecuencia el aviso del Gobierno de Falcón.

Urbina y su gente siguieron a La Vela, con Torres a la vanguardia... Asistimos a las peripecias de este singular combate del desfacedor de entuertos.

Al terminar de leer estas páginas de VICTORIA, DOLOR Y TRAGEDIA, vuelvo mi mente a la Sierra. Han pasado tantos años, pero aún los corianos guardan el mismo sentido de solidaridad con sus hermanos en momentos peligrosos. Mucho tiempo ha transcurrido desde 1929, pero si Rafael Simón y sus compañeros no hubiesen invadido por Falcón no hubieran salido

vivos. La Sierra es garantía y seguridad para el derrotado.

Si hoy en día usted me va a buscar y llega a mi pueblo y pregunta:

—¿Dónde está Pedro Díaz?

Todo mundo contesta con tranquilidad.

—¿Quién es Pedro Díaz ¿Le dijeron que vivía por aquí? Yo no lo conozco.

Y nadie me identifica cuando un desconocido está preguntando por mí, pero inmediatamente está saliendo un muchacho, o un hombre a caballo, a buscarme en el monte y a decirme:

—Ten cuidado, Pedro Díaz, por ahí te anda buscando un tipo que no hemos visto nunca por aquí...

Recuerdo todas estas cosas porque mi padre me contaba cuando niño las desventuras de Urbina después que invadió. Cuando usted lea las próximas páginas, en donde el guerrillero refiere sus sufrimientos en tierra firme, le costará trabajo creer en la veracidad de los hechos, pero así fue. Por eso yo creo que él pensó que con nosotros, su participación en la conspiración militar contra Delgado, era asunto que liquidaba en un momentico...



DE NUEVO EN LOS MEDANOS  
Y SOBRE LOS PICACHOS



Al llegar a las puertas de la ciudad de la Vela, las tropas del gobierno hacen la primera descarga y Torres les responde peleando “con fuego y adentro”. Urbina precipita la marcha con el resto de su gente para entrar en acción, y cuando ya está a tiro de fusil, las detonaciones cesan:

—Viene hacia mí —dice Urbina— el ayudante de Torres, Prince Lara, y me comunica la triste nueva de que el coronel Torres ha muerto como sucede a los valientes, y que antes ha dado muerte al general Laclé logrando que se desbandaran hacia Coro las tropas enemigas; también me dijo que el bravo Gustavo Ponte estaba gravemente herido.

Esta noticia cayó muy mal en el ejército, pues todos sabían que Torres era mi brazo derecho. Se arremolinaba la gente, y ante la posición estratégica de la Vela no era posible para esperar lo inevitable: el enemigo; y como no abundaba

el pertrecho y la columna de Torres se había dispersado en los montes, resolví tomar el cerro de Guadalupe y la carretera que sigue a Cumarebo. El gobierno regresó a la Vela con refuerzos y no se atrevió a atacarme.

Urbina estuvo todo ese día, 9 de junio, en su posición; el gobierno lo respetó o por lo menos no creyó conveniente atacarlo; a las 8 de la noche su vaqueano era Delfín Pérez quien le prestaba un decidido apoyo; el 11 del mismo mes, la persecución no daba tregua, y cuando se comían un poco de sancocho a la orilla del río Meachiche, por el monte un fuego cerrado y todos corrieron al otro lado del río a hacerle frente al enemigo: allí hubo un reñido encuentro y el gobierno se retiró, y por consejo del general Angulo se evitó pelear más por la escasez de pertrechos.

Amanecieron en el caserío de la Chapa y hubo aprovisionamiento de bastimentos, y allí en el mismo caserío, el 13 de junio, el enemigo los sorprende, sobre todo a Tejera y Alcalá que caen prisioneros. Se abre el fuego en retirada y a la vez comienza el ascenso hacia las serranías.

Y como el pánico aumentaba en la gente por la falta de pertrechos, Flores aprovecha para recordarle a Urbina su prohibición de tocar los

bancos en Curazao; y le decía:

—Para Napoleón la guerra se hacía con dinero y más dinero...

—Yo no soy Napoleón, y siga la marcha —decía Urbina.

Camino andando, Urbina decidió salvarle la vida a Delfín Pérez. Transcribo sus palabras:

Vamos a hacer preso a un hombre que es el terror de la Sierra y gran amigo de León Jurado; se llama Feliciano Robles... Llegamos al caserío de Uria, y en un cañaveral donde todos estábamos chupando caña, llamé a Delfín Pérez y le dije: “Métete detrás de ese cañaveral y cuando yo siga la marcha, te quedas allí...”. Lo dejé porque seguía el murmullo de que querían matarlo, y como me había servido con lealtad, no veía yo por qué dejarlo sacrificar.

Continuamos en busca de Robles y cuando algunos se dieron cuenta de que había desaparecido Pérez, se alarmaron y divulgaban que yo no era militar y que era un inepto. Al saber esto, los llamé y les advertí que convenía se callaran y que si seguían desmoralizando la gente, yo sabría cumplir militarmente mis deberes... Llegamos a la casa de Robles y lo hicimos preso; continuamos hacia Soledad con Robles amarrado, pues él era un habilídisimo conocedor de aque-

llos lugares.

Y cual no sería mi sorpresa cuando encuentro al compañero Olegario Reyes y de una vez lo nombro segundo jefe. Su alocución fue la siguiente: "Sepan los patiquines que aquí hay que dar mucha carrera; ésta es la tierra de los chivos, y hay que quitarse los zapatos y amarrarse los pantalones, pues la cosa es seria. Aquí no vamos para misa..."

Nos acercamos a Socopo y allí le presentamos batalla al gobierno; peleamos cinco horas hasta que no dispusimos de material de guerra; y en tanto que el gobierno se retira al anocheecer, yo me bato en retirada y nos dirigimos a Churuguara, y en las montañas de Aracua, después de dos días de camino, sin tener qué comer ni qué beber, se fugó Robles! Y como lo había previsto, Robles nos denunció o denunció el lamentable estado de nuestras tropas y la misma noche se nos sitia, pero pude salvar el sitio aunque el gobierno nos seguía con saña!

...El gobierno abre los fuegos al vernos; Olegario Reyes logra contener a los perseguidores, y para asegurar la fuga, le dejamos cinco sombreros suspendidos en línea y unos sacos y el gobierno continuó peleando, matando sombreros... Sólo quedábamos cuarenta fantasmas de

los cuatrocientos hombres que el “Maracaibo” echó sobre las playas de la Vela! Y como Flores desmoralizara por la sed que sufría, di orden de que se le dejase allí en la montaña, porque así lo merecían los cobardes. Y como comenzase a llover tendimos cobijas debajo de los árboles y luego exprimíamos las cobijas o chupábamos el agua...

Para llegar al caserío del Carmen, tuvimos que caminar treinta leguas! Allí diseminé la gente, le dije adiós a mis bravos compañeros y en compañía de Machado y Olegario Reyes estuvimos escondidos donde mi amigo Jesús Medina. Y como una espina me produjese una infección en la mano izquierda, me sacaron al caserío de San Francisco y con el brazo muy hinchado y con fiebre, me persigue Robles, me ataca y junto con Machado tomé un poco de alimento gracias a un campesino que se presta a sacarnos hasta la casa de los hermanos Hernández y el señor Amenodoro Morles.

Permanecimos allí varios días y en compañía de mi amigo Miguel Graterol me fui a la hacienda de Raúl Smith en donde la infección de mi brazo tomó un mejor aspecto. Allí en la hacienda de Smith se agregaron Machado, Prince Lara, Jiménez Arráiz y el teniente Méndez. Jun-

to con éstos y el coronel Julio Hernández, Ramón y Manuel Hernández, comienzo a pensar de nuevo en el extranjero. No se trataba de aquellos nuestros padres de la libertad cuando en la humilde aldea del Setenta resolvían el paso trascendental de Los Andes; se trataba de unos prófugos hambrientos que por querer ofrendar sus vidas a la libertad de su patria, ahora se encontraban en un rancho sin recursos, yo con un brazo podrido y todos los otros minados de niguas.

Urbina, en compañía de Gustavo Machado, los hermanos Hernández y Smith como chófer, llegaron a Tabay, del Estado Mérida; allí alquilaron otro carro por 500 bolívares que los condujo a Ureña y un nuevo vehículo debía dejarlos en Cúcuta o hasta el puente internacional: cuando hallábanse ante las autoridades de inmigración les pidieron los pasaportes y como no los tenían se los hizo regresar, y como el chófer les indicó un puente vecino que se pasaba a pié y en donde no había autoridades colombianas, así resolvieron irse por él y en cinco días se pusieron en Puerto Wilches, comiendo mal y algunas veces no comiendo.

De Puerto Wilches a Barranquilla, la mano y el brazo de Urbina se inflamaron nuevamente. Y en tanto bajaba el barco, éste pensó que

su presencia en Barranquilla podría causar nuevos escándalos, y por eso resolvió que Machado fuera solo a Barranquilla en tanto que Urbina se quedaría en Calamar, y le ordenó que hablase con J. Briceño Maldonado, Guillermo Power, doctor Manuel M. Chacín y general Maximiliano Durán. Y le dijo, además, que si estos amigos daban los recursos que se necesitaban, seguirían a Panamá.

Febricitaba Urbina cuando pocos días después se aparecen Briceño Maldonado y Machado: traían 500 pesos con que aquellos amigos contribuían a la causa de la libertad. Briceño, al ver a Urbina, se le echa en los brazos y le dice:

—Tu nombre ha sonado de extremo a extremo del mundo con la toma de Curazao, pues no ha habido periódico que no haya hablado de tí.

De Calamar siguió Urbina y con él sus compañeros a Cartagena. Sólo con Machado y Smith siguió para Colón y en la clínica del doctor Wendehake comenzó la curación de su brazo. Allí en la clínica de Wendehake, asilo de todos los buenos venezolanos y mesón para los miserables que en el exterior siempre fueron lo que en su tierra: rémora del trabajo y asilos espirituales de la concupiscencia, no pudo permane-

cer Urbina: Wendehake le daba techo y comida a treinta y cinco venezolanos, y además los vestía!... Resolvió Wendehake llevarlo a un hospital particular y le operaron la mano.

Le dije al doctor Wendehake que me iría a Panamá. Aquí estuve en la casa de mi generoso amigo doctor Américo Valero. Comía con este amigo y habitaba una habitación de la casa de la señora Robles, pero como en esta casa la señora Robles acostumbraba a comer con perros en la mesa, los consideraba como sus hijos y como yo le diera una patada a uno de estos animales, la vieja se enojó, puso el grito en el cielo y yo tuve que tomar las de Villadiago con mis compañeros los hermanos Hernández. Y fue entonces cuando dispuse mi viaje a México en compañía del doctor Valero y de Raúl Smith. Los medios para el viaje fueron ofrecidos por el doctor Wendehake que me entregó cien dólares, Amadeo Lupi doscientos y Luis Felipe Nava cien.

Con cuatrocientos dólares venidos de manos puras, de gente noblemente trabajadora y que deseaba la restauración de la dignidad nacional, íbamos de nuevo a emprender la obra del ideal y de la libertad”.

Pienso, ahora, aquí en esta Cárcel Modelo, donde me esperan veinte años, que Rafael Simón

Urbina era incansable. Con cuatrocientos dólares quería seguir guerreando!!

¿Cómo hacía este hombre para asimilar con tanta facilidad los golpes recibidos?

Yo venía también con mucha seguridad en mí mismo cuando el avión aterrizó en Maiquetía aquel 5 de noviembre de 1950. Eran como las seis de la tarde y me fui con mi maletica hacia la línea en busca de un taxi. Le pregunté a un chófer si conocía en Caracas algún hotel llamado Falcón.

Muchos años atrás, el abogado Riverito me había llevado a un Hotel Falcón y todo salió bien.

El chófer me dijo que sí conocía el HOTEL FALCON.

—Entonces lléveme allá, señor. —Y nos desplazamos por la vieja carretera llena de abismos y de curvas. Había hecho bien en venirme rápidamente. En Punto Fijo mucha gente sabía que se estaba preparando un golpe militar contra Delgado Chalbaud. Y la gente no hablaba de un movimiento contra el gobierno, sino de un golpe para sacar a Delgado. Si alguien delataba allá en Falcón y se descubría la cosa, podían desconfiar de mí, por eso fue mejor trasladarme a Caracas, me repetía yo mismo, mientras el carro avanzaba por la carretera. No te-

nía mucho interés en volver a la capital, aunque la ciudad me gustó la primera vez que la ví, pero ahora dos cosas ocupaban toda mi atención: el golpe militar y conocer personalmente a Rafael Simón Urbina.

ZAMUROS CORIANOS SE DESAYUNARON  
CON CARNE MEXICANA



Faltan dos días para el 13 de noviembre. Urbina se muestra aparentemente tranquilo. Habla del valor de los mexicanos. Yo insisto en recordar las cosas que desde muy niño me contaba papá.

El general León Jurado, Presidente de Falcón, le dio cuenta al general Gómez de la derrota de la invasión con un lacónico telegrama: "Zamuros corianos desayunáronse con carne mexicana".

Urbina cuenta así lo ocurrido:

#### HACIA VENEZUELA EN EL VAPOR "SUPERIOR"

—Invertí el dinero del general Aranguren en cartuchos y pistolas; la gente estaba lista y el flete del buque cancelado. Preparé los rifles de la manera siguiente: en cajas largas fueron acomodados y rotulados como si fueran machetes dirigidos a la Compañía de Chicleros, de Payo-

bispo, en Yucatán; las municiones fueron rotuladas como hachas; las ametralladoras iban en nuestras maletas junto con la dinamita; además embarqué veinte y nueve tanques de petróleo consignados a la misma compañía de chiclería de Yucatán. Y todos los bultos tenían la dirección del ingeniero Carlos Martínez que era yo mismo...

Era necesaria la previsión y la fe de este hombre para llegar a tanto; era necesaria la paciencia de este hombre para obtener todo lo que obtuvo; y era preciso la astucia de este hombre para solucionar todas las dificultades y solucionar todos los problemas. Al fin se encuentra, el 29 de setiembre de 1931, en el puerto de Veracruz acompañado de toda la gente. Y como el dueño del barco le hiciese ver que el mar estaba bastante picado, entonces Urbina dijo que tenía que pagarle los días que su gente permaneciese en el puerto, a lo cual no se opuso.

—Nos embarcamos pues el 30 de setiembre, después de despedirme con un cordial abrazo del administrador de la aduana de Veracruz y del general Miguel Acosta, jefe de las fuerzas del puerto que me dijo: —Va usted mal armado, compañero, pero luche usted como luchamos nosotros contra Porfirio Díaz, a veces con cho-

po de piedra y con rifles viejos, pero siempre tuvimos la protesta latente contra el tirano que nos vejó treinta años... El dueño del barco nos quitaba el dinero por simples servicios; hasta mi reloj que me había regalado Virgilio Capriles me lo embargó por el embarque de los barriles de petróleo.

A la salida del vapor "Superior", cuando ya Urbina iniciaba esta segunda y nobilísima aventura, Diego Córdoba, Egea Mier e hijo, Humberto Tejera y otros venezolanos que se hacían pasar como revolucionarios, protestaron contra la empresa que sólo un espíritu tan bien templado pudo realizar. Creían estos amigos del alcohol que la charlatanería bastaba para derribar a Gómez, y en eso se ocupaban: hablaban y chismeaban.

Es de hacer notar que, unos días antes de emprender el viaje a las costas venezolanas, llegó a Panamá procedente de Venezuela la señora Carmen González, esposa de José Angel Cano, quien tenía diez años separada del marido. Enseguida le participó a Cano que saldría para Méjico. Cano, débil de carácter con la señora, luego el deseo de ver a su pequeña hija, la hizo ir a Méjico. Urbina, malicioso por esta visita inesperada de la señora Cano, quien es-

taba de inteligencia con los Gómez desde su residencia en La Victoria, llamó a Cano y le dijo: —Usted no va para Venezuela con esa señora. Cano se sorprendió y le dijo a Urbina: —Es mi mujer y es insospechable. Urbina respondió: —Ella nos va a delatar, pero usted va para Venezuela si ella se embarca con nosotros.

Cano accedió a que su señora fuera a bordo con los revolucionarios; sentimental, culto y valiente no pensó jamás en que su esposa los traía para entregarlos al gobierno de Gómez. Señora sin escrúpulos, había ido desde Maracay a Méjico para tener al tirano, basada en la bondad de su marido, al corriente de todo el movimiento revolucionario. Estaba echada la suerte, y viajarían aquellos hombres con la delación por compañera.

El trato en el barco no era de lo mejor; y aunque en apariencia los mejicanos estaban contentos y lanzaban “vivas!” a los valientes que murieron en la revolución pasada, arrugaban la cara cuando observaban que el alimento lo recibían de pie. Y como uno de estos bravos aztecas preguntase al ingeniero Martínez (Urbina) que hasta cuando se les daba de comer en aquella forma, éste contestó: —Cuando llegemos a Yucatán comeremos mejor.

Y empiezo, agrega Urbina, a combinar el modo de hacerme dueño del buque: era la una de la tarde del 2 de octubre de 1931, cuando dije al general Preve que aquel era el último almuerzo de pie, que tomaríamos el buque, y que cuando bajase el telegrafista al comedor estuviesen alertas al lado del capitán, y que las órdenes eran las siguientes anunciadas para su ejecución con tres pitazos: el general Preve con el comandante de navío Caroti, apresarían al capitán; el capitán Campos y el coronel Julio Ramón Hernández tomarán las máquinas, pues Campos conocía de eso; ordené a Cano estar en proa con varios hombres y al coronel Ojendis lo dejé en proa también acompañado; instruí a un ayudante para que todos estuviesen en primera clase comiendo junto con el telegrafista y que me avisaran...

A las 12:30 se me acercó el ayudante Arturo Mujica y me dijo que cumplía mis órdenes, que ya estaba el telegrafista en el comedor con todos los de primera...

Todos aquellos "chicleros" estaban pendientes de Carlos Martínez: bajé la escalera con Mujica y llegué a la puerta del comedor donde estaban como doce personas encantadas de la buena alimentación y de la bebida mejor; tiré de

mi pistola 45 y apuntando al telegrafista, le dije: Nadie se mueva!...

Todos se miraron al rostro con asombro, mientras que yo con la mano izquierda sacaba un pito y daba la señal convenida: instantes después se oye un estruendo en el barco: era México que entraba en acción!... El barco quedó dando bandazos a la deriva pues mis compañeros habían cumplido su deber: Preve me trae al capitán y junto con el telegrafista y los pilotos se les puso en bodega. Y fue entonces cuando los mejicanos llenos de alegría victoriaban a la revolución venezolana y a México; enseguida lanzaron "vivas"! al general Urbina y no sabían muchos que éste era el ingeniero Carlos Martínez...

Ordeno a mi Corneta que toque llamada de oficialidad y la música marcial enardeció el ánimo de todos: inmediatamente se presentaron el coronel Torres Guerra, ex-ayudante de Pancho Villa, general José Preve, coroneles José Angel Cano, Julio Ramón Hernández, Amador Ojendis, mayor Solórzano, teniente coronel Reyes, quien me abraza por lo bien que habíamos salido.

Ordené subir el parque a cubierta para repartirlo y comenzar la organización; indiqué

rumbo hacia Venezuela y luego hice los siguientes nombramientos: jefe del estado mayor del ejército revolucionario, general José Preve; segundo jefe del estado mayor, coronel Torres Guerra; jefe de la sección de ametralladoras, coronel José Angel Cano; coroneles Amador Ojendis, Julio Ramón Hernández y Reyes, jefes de tres pelotones. Reyes ocupó la proa y Ojendis la popa; Hernández y Solórzano quedaron en el centro del barco con un pelotón, y todo el resto de la gente a la disposición del estado mayor.

Luego nombré mis ayudantes a Arturo Mujica, Manuel Hernández y José Aguilar y se inició de una vez la instrucción militar de los pelotones; hice que el buque fuera pintado de rojo y negro en vez de amarillo y azul y enarbolamos la bandera argentina..., aunque adentro, a la hora deliciosa del rancho, cada uno de aquellos hombres tenía a su lado una bomba para defender la bandera argentina y gritaba alborozado: —Viva México, chingado!...

El barco siguió rumbo hacia Venezuela y cada uno de aquellos hombres tenía la consigna de que si se acercaba un buque, sea el que fuere, debería izarse la bandera blanca y al estar cerca del buque tratar de volarlo con las bombas que cada quien debía tener a su disposición. Y

advierde Urbina: —Nadie sabía para dónde íbamos concretamente; estaban ciertos de que navegábamos hacia las costas de Venezuela, pero mis intenciones eran dirigirme a Puerto Cabello, libertar los presos, tomar la ciudad y seguir para Maracay a combatir al tirano.

A los cinco días de navegación, se le descompone la caldera al "Superior" y apenas camina ocho millas por hora; los días se alargan y el petróleo que era el combustible que usábamos, ya comenzaba a agotarse. Ordeno entonces al capitán Caroti que dirija el rumbo hacia las costas de Falcón, y aunque ya se agotaban los recursos, debo declarar, para honor de mi gente, que abordo había 60.000 pesos mejicanos en mercancías que estaban dirigidas a Yucatán: estas mercaderías fueron respetadas y sólo dispusimos de algunos víveres, pues no podíamos morir de hambre...

Amanece el 11 de octubre y divisan las costas de Venezuela, y como Urbina no supiese si verdaderamente las bombas servirían, tiró una al mar y cuando estalló, el "Superior" por un momento se enterró de proa a lo que los mejicanos gritaron: "viva Urbina! chingado. Allí está Venezuela, pronto peharemos...".

Pero la suerte protegía a Gómez o había ol-

vidado a Urbina: eran las 4 de la tarde y el capitán Caroti avisa a Urbina que el petróleo estaba agotado; llega la noche y ya el barco sigue con los últimos fragmentos de combustible que se escapan en forma de llamaradas por la chimenea: —Las olas nos empujaban hacia la costa; ordeno al capitán que haga encallar al “Superior” en donde pueda; había el entusiasmo por un próximo encuentro y hasta se disgustaron el coronel Julio Ramón Hernández y el coronel José Angel Cano porque cada uno quería la vanguardia para su pelotón. Me acerco y les digo que para todos alcanzará; les hice observar que el enemigo estaba en la playa porque se veían las luces de los camiones en la carretera.

Llega el momento deseado y Urbina así cuenta los hechos: —Ordené al jefe del estado mayor que hiciera bajar dos botes y que mandara por el flanco derecho al coronel Julio R. Hernández con treinta hombres, y al coronel José Angel Cano por el flanco izquierdo, con la consigna de “Viva Urbina” como santo y seña. Preve manda con el coronel Hernández al coronel Torres Guerra llevando cada uno en la proa de los botes una ametralladora. Salen hacia tierra y el gobierno estaba atrincherado, y los mexicanos que oyeron la primera descarga, querían

desembarcar a nado. Yo los calmé y les dije que tenía fe en los coroneles y soldados que teníamos en tierra en donde el fuego estaba prendido y hasta el "Superior" llegaban los proyectiles.

Y cuando llegan los botes de tierra y ordeno al mayor Solórzano y al coronel Reyes que bajen con 30 hombres más para reforzar a los primeros, me doy cuenta de que el gobierno iba en retirada! Mando a tocar que cesen los fuegos y se me dice de tierra que interrogados unos heridos, éstos decían que en Capatárída estaba el general Borregales con 300 hombres bien armados. Instruyo al general Preve de que Capatárída está como a seis kilómetros, que bajara y dirigiera la toma de esa plaza y que me enviara todos los camiones que encontrase para yo seguir con el resto de la gente. Preve se despide de mí y me dice que primero muerto antes que regresar derrotado...

A las 4 de la madrugada se rompen los fuegos en Capatárída; luego distingo en la lejanía que mi Corneta toca "fuego y adentro" para hacerse el silencio poco después; pensé enterrar el parque en la playa para unirme a los compañeros; eran las seis de la mañana y creí distinguir ruido de camiones que poco más tarde comprendí que los manejaban mis hombres: en tres ca-

miones venían Hernández y Guerra para llevarse el parque y yo con ellos; me abrazan y me dicen: —General, somos dueños de Capatárida; Borregales ha corrido hacia Coro a solicitar protección en su jefe León Jurado y los soldados de éste están en bancarrota. Al mismo tiempo recibí un mensaje de Preve en el que me decía que disponía de las mejores posiciones de la ciudad.

Nos pusimos en marcha y a las doce y media estábamos festejando el día de la Raza: era el 12 de octubre y en los rostros de aquellos fuertes soldados que me acompañaban yo sorprendí algo como la presencia de los antepasados valientes que “no dieron descanso a su brazo hasta no acabar con el último baluarte de la opresión”. Yo recité con fervor las palabras de Bolívar en el Monte Sacro. Inmediatamente hice llegar la orden al capitán del barco para que se fuese.

Dispuso Urbina entonces el plan para seguir a Coro; Julio R. Hernández, como conocedor del terreno le pide la vanguardia. Y dispone entonces que Hernández, con Torres Guerra, Reyes y Solórzano sigan hacia Urumaco, con la consigna de no pelear si topaban al enemigo, sino retirarse; pero en caso de tomar el pueblo, devol-

vieran los camiones para seguir el resto de la gente.

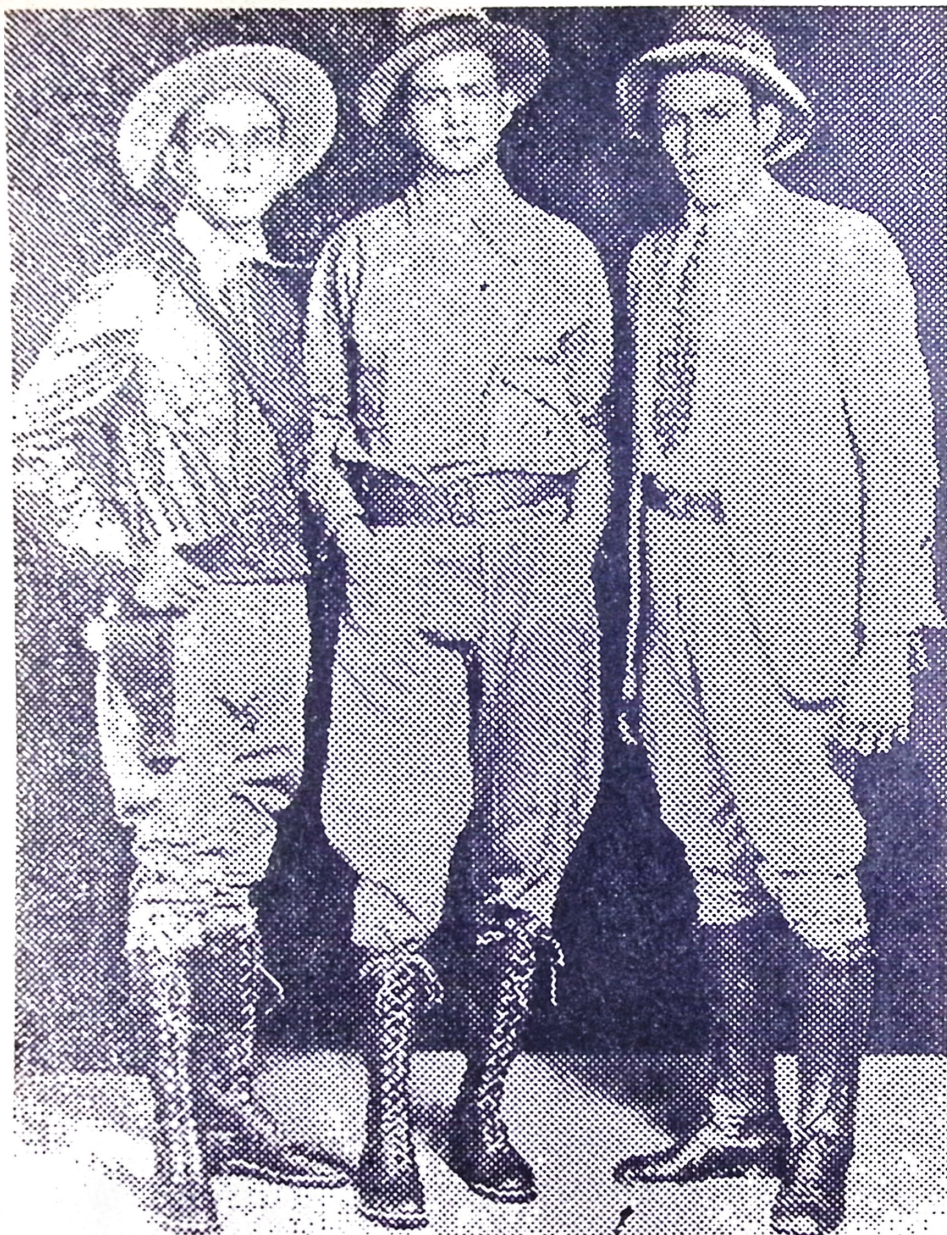
Dice Urbina: —Estábamos en marcha y sin señal de que volvieran nuestros compañeros y estaba inquieto por no saber nada de ellos; pasé la noche sin dormir, en la carretera, al lado del río Zazárida y como amaneciese y no tuviéramos noticias, dije a Preve: nuestros compañeros han sido muertos; vamos a prepararnos porque el gobierno debe estar encima; y así fue: hacia la lejanía de la Sierra divisamos luces como de cuarenta camiones; llamé a todos los oficiales del estado mayor y les dije: —Hay que vengar a nuestros valientes compañeros; allá viene el gobierno; son muchos pero no importa.

Y enseguida preparé el plan: al coronel José Angel Cano lo hice esconder con 20 hombres a la orilla de la carretera y ocupaba una extensión como de diez cuadras; el general Preve hizo lo mismo con igual número de soldados, y lo mismo hizo el coronel Ojendis; cada grupo tenía dos ametralladoras, y lo mismo hice yo con el resto de la gente.

Dí la consigna de que dejaran pasar los camiones sin hacer un tiro hasta que llegasen hasta mi puesto: pretendía poder encerrar en aquel círculo no menos de 30 camiones: a las 4 de la

mañana los vehículos del gobierno comienzan a entrar, y cuando llegó el primero donde yo estaba, le volé con 10 hombres, les descargué y grité “viva la Revolución!”; mis compañeros respondieron con un fuego trancado y quedaron así rodeados 20 camiones cargados ahora de heridos y muertos; los jefes del gobierno, Graterol, Palencia y Primera empujan con los últimos camiones y entran en combate y estamos echándonos plomo hasta las 6 de la mañana en que se retiró el enemigo con ánimo de ponernos una emboscada: cae herido el general Preve y se desangraba mucho.

Y cuando salgo a recorrer el campo, no había menos de 200 entre muertos y heridos, pues sólo en el sector de Cano se habían destruido ocho camiones! Organizo la gente y mis bajas eran de 35 hombres entre heridos y muertos; sólo nos quedaban 50 hombres para batir un numeroso ejército que se nos venía encima. Pero mi ánimo se oprime al saber de labios de un herido enemigo que habían muerto Julio R. Hernández, Solórzano y Reyes y que estaba preso Torres Guerra!... Organizo la gente, nombro jefe del estado mayor a Cano en sustitución de Preve gravemente herido quien se suicidó para no caer en poder del enemigo, no sin antes ha-



Julio Ramón Hernández, Rafael Simón Urbina (centro) y José Solórzano, días antes de la expedición de "El Superior".

ber arengado a los companeros a la pelea.

Y seguimos hacia Urumaco. Caminamos un kilómetro, notamos que el enemigo estaba atrincherado en la montaña. Cano inicia el fuego, me pide refuerzos y le mando al capitán Campos, pero éste encuentra a Cano caído como un valiente, despedazado por las tropas contrarias: lo habían vuelto picadillo! Al saberlo reuno los 25 hombres que me quedaban y los excito a la pelea, aunque el cuadro que tenía por delante era desconsolador: Guillén había desertado con 11 hombres y debajo de un camión estaba Isidro Núñez espantado!

Y en tanto que yo con una ametralladora en la mano distraía al enemigo, ordené a uno de los mejicanos que se adueñara de un Ford que estaba por allí; subimos todos y luego dije al chófer: rompa tunas y cardones que es la única salvación que nos queda hacia la playa...

Anduvimos como dos kilómetros y cuando marchábamos entre la playa y el río, Manuel Hernández me avisa que se acerca gente!... Allí mismo estaban emboscados como 300 hombres que nos miran pero no disparan y estaban como a una cuadra de distancia... Me convencí de que tenía amigos entre ellos; sin hablar nos permitieron salir hacia la Sierra. La persona que pu-

do dejarnos seguir había sido un encarnizado perseguidor mío; dijo a Regino Burgos: deje pasar a Urbina porque no merece que se le mate! y para despistar a la gente mandó disparar algunos tiros al aire.

Entrada la dispersión, caído Cano, ya un automóvil, puesto a la disposición de la señora de aquél, de orden de Gómez, la estaba esperando con indicaciones especiales de pasar a Maracay con todas las consideraciones y prerrogativas. La señora Cano llamó a Urbina, antes de marcharse, le pidió dinero y éste le entregó quinientos bolívares que era cuanto quedaba en el desastre. La señora Cano recibió la noticia de la muerte de su marido con la mayor indiferencia. Como pasara cerca del cadáver ya hinchado y en vías de descomposición, se expresó mal de aquel hombre cuyo valor e inteligencia eran dignos de admiración. Volvió el rostro hacia el montón putrefacto y prefirió el automóvil del gobierno a inhumar el cadáver del marido, que fue sometido con otros valientes compañeros a ser incinerado.

Y continúa Urbina la narración de este nuevo éxodo hacia la Sierra: En el camino observé que falta Isidro Núñez: había desertado y se había presentado a Pérez Soto y eso le valió que

se le nombrase, seis meses más tarde, jefe civil de San Lorenzo.

Cuando íbamos hacia la Sierra, empezó a pasar el enemigo en cien camiones! Caminé los días 15 y 16 y uno de los compañeros se muere de insolación y de hambre y Zúñiga y Hernández se quedan agotados en una casita; los demás vamos hacia Pedregal en donde todo estaba sitiado por el gobierno, y como llegásemos a una casita a pedir alimentos y agua, nos descargaron y se nos persigue: el general Palencia era el encargado de seguirnos y no tuvimos otro remedio que internarnos en la montaña...

Era la noche del 19 de octubre, me encontré sobre un río seco y de pura arena y dije a mis compañeros: Vamos a caminar al revés en vez de marchar para adelante y así el enemigo nos sigue las huellas que lo van a desorientar. Así se hizo y como a la una de la mañana encontramos un charquito y allí chupamos el barro desesperadamente. A las cinco de la mañana ordené que se descalzaran; empezamos a subir el más pelado de aquellos cerros poniendo los pies de piedra en piedra y de ese modo evitamos el que vieran el rastro...

Ya en las alturas, observé con mi binóculo que la treta de caminar hacia atrás en las are-

nas del río había dado resultado. Pero como tuvimos necesidad de ocultarnos detrás de los peñones, allí comíamos tunas y bebíamos nuestros propios orines que nos producía vómitos. El hambre había menguado mucho la voz de mis compañeros todos; yo hablaba como si sufriera de laringitis; pero lo que más me admira al recordarlos es el caso de un italiano y de tres mejicanos por el valor para soportar y para sufrir aquellas terribles condiciones de vida que nos exigía la persecución.

Pero como a las 5 de la tarde, tres días después, observé que se retiraban las últimas columnas enemigas: entonces dije a mis compañeros que fuéramos a comer y beber a cualquier parte, aunque nos mataran!

Todos se pararon sin fuerzas, íbamos gateando por no ser posible sostenernos parados y así marchamos dos leguas... Llegamos a un manantial, y nos parecía mentira ver el agua y tal era el estado de nuestros estómagos, que la primera que bebimos la arrojamos. Y cuando ví un mapire con papelón y una gallina asada le caí encima a pesar de que los mejicanos me advirtieron que aquello podía estar envenenado... Pero al fin se decidieron a "envenenarse" como yo y comieron con gusto... Eran las 11 de la no-

che y oí cantar el gallo, pero no era el gallo que anunció la traición de Pedro, pues allí no se encontraba Fossi: seguí en la lejanía y al despuntar la aurora el canto que se acercaba..., y llegamos al fin a la casa en donde el gallo le cantara a sus hembras obedientes y alharaqueras...

En la casita, el panorama coriano: tunas y cardones, escasamente un poco de agua y muchos chivos en el corral reseco y sin árboles. Y como Urbina se acercase a la puerta, un señor de apellido Sierra se negaba a sacarlos a Pedregal; aquél le dijo: —Usted me va a llevar de cualquier manera, a mí, Rafael Simón Urbina!... Estoy a su orden... Y siguió la pequeña caravana con Sierra vigilado por dos mejicanos y provistos de chivo asado y de taparas de agua...

Al fin de dos días de caminar, llegan al pueblito de Cabure del llano no lejos de la sabana de Tupure que era por donde Urbina deseaba pasar... Lluève y el vaqueano Sierra aprovecha y trata de evadirse; corre hacia donde estaba el gobierno y éste rodea a los pocos compañeros que tenía Urbina; éste logra zafarse del cerco y llega hasta donde su fraternal amigo Regino Burgos Ferrer y éste le asegura que allí no lo agarrarán, y así es la verdad, porque a la hora Urbina disponía de 40 hombres armados de re-

vólvér, escopetas y machetes, y de a caballo.

Y cuando se dirigen al hato de la montaña, penetra el gobierno de Tupure y a la vanguardia el misterioso amigo de Capatárida quien pregunta a Burgos por Urbina... Este se niega y dice que hace tiempo no le ve... —No mientas; sé que ustedes se quieren como hermanos; dile a Urbina que lo salvé en Capatárida y lo voy a volver a salvar. E inmediatamente le trasmitió un telegrama a León Jurado diciéndole que Urbina no se encontraba por aquellos lados..., y se devolvió con sus tropas.

En tanto Urbina y los suyos seguían en los montes y sufriendo de malaria. Y como su estado era deplorable, propuso a Regino y a su hermano Helimenas que lo sacaran hacia un lugar propio para salir al extranjero. Ellos no querían por temor al gobierno, pero el 15 de diciembre de 1931, acabados por la fiebre pidió a Helimenas un par de mulas ensilladas y despidiéndose de sus compañeros, se hizo acompañar por Trinidad Rodríguez, alias Chipilín.

En la montaña de Avaria, bajo la vigilancia de los hermanos Burgos Ferrer, quienes habían hecho recoger y trasladar a Urbina a su casa, éste sufría los más terribles accesos de fiebre, hasta el punto de que fue encontrado a la orilla

de un camino casi loco. El doctor Piña le puso varias inyecciones de quinoformo. Una vez amortiguada la fiebre, Urbina le propuso a Piña el que se marchara porque venía gente persiguiéndolo de cerca y podría perecer con él. Le ordenó lo alejara del camino y le acercara las dos pistolas y ciento cincuenta tiros que portaba. Urbina insistía en esto a fin de que se salvara su salvador, pues ya venía cerca el general Palencia con numerosa tropa, cazándolo por todos los vericuetos y escondrijos. Piña, oponiéndose al deseo de Urbina, se lo echó a la espalda y lo trasladó a un corredor de la casa de los Burgos donde había varios peones atacados también de malaria.

Palencia entró como de confianza, y como observara muchos chinchorros, se acercó a varios de los impaludados, con aire compungido fue tocándolos por los pies uno a uno. Al terminar aquella especie de auscultación, murmuró: —Hay que cuidar a estos pobres muchachos; todos tienen fiebre alta. Señalando al chinchorro donde se hallaba Urbina, dijo: —Sobre todo éste, tocándole, todavía está malo! En verdad, Urbina estaba sin conocimiento por lo elevado de la temperatura.

Y con provisiones, tres mulas y otro compa-

ñero más, tiró rumbo por dentro de los montes y después de larga jornada fue a salir al pueblo de las Cruces de Trujillo. Aquí se informó por la vía de la Cuchilla, exigió a un buen hombre, Asencio González, que lo llevara a la Cuchilla, pero éste lo miró con desconfianza hasta que Urbina le dijo quien era: el buen hombre trujillano se ofreció para el viaje, los alojó detrás de su casa. De la Cuchilla, ayudados por Perdomo llegaron donde el general Sancho Román, del pueblo de Hato Viejo; de aquí el general Sancho Román lo hizo conducir hasta Santa Elena donde la señora viuda de Durán, y de aquí se trasladó a Boconó, casa de don Jesús María Perdomo y los Venegas Perdomo.

Se renovaron las bestias para intentar el paso por los estados de Trujillo y de Mérida.

En Boconó se disponían a salir para Niquitao: eran las doce de la noche, cuando las campanas anunciaban en la puebla fría de Niquitao el año nuevo, el año que a todos infundirá esperanzas y será motivo de sonrisa porque la esperanza es una sonrisa cuando no es una lágrima de regocijo.

La primera noche de 1932 y el joven héroe casi invalidado por la fiebre, va pasando cual un fantasma de los viejos tiempos heroicos, por

los Horcones y por la Mesita y por las Piedras, sitios que lo recordaban al hombre que tenía a precio la cabeza, movimientos del ejército Libertador a la orden de su excelencia el señor Presidente de la Gran Colombia!...

Y como Urbina dijese al coronel Trino Rivas que deseaba irse por la carretera, éste le recordó que en todas las alcabalas tenían su retrato o los rasgos esenciales para conocerlo. Y convino Urbina en salir con un concuñado de Rivas hacia el puerto merideño de Palmerito sobre el lago de Maracaibo.

Pero dejemos que sea él mismo quien nos narre las nuevas peripecias: —Anduvimos cuatro días y luego pasamos el páramo de Pan de azúcar y las montañas de Santa Polonia; llegamos a Palmerito. Exigí al compañero enviado por mi amigo Rivas, que consiguiera una curiara; el amo de ésta nos pidió cincuenta bolívars por llevarnos a Chipilín y a mí; nos pusimos en marcha y dos días después estábamos en la boca de Encontrados en donde estuvimos tres días hasta que pasó el “Nuevo Mara”.

Yo era un cadáver y lo mismo el Chipilín; sacamos pasaje de tercera clase para Encontrados sobre el río Catatumbo. Y cuando íbamos a comer los de la tercera clase, el mesonero me

dijo que me levantara de la mesa porque así lo exigían los otros pasajeros, pues estábamos muy sucios y muy hediondos! Comimos en el suelo y alejados de la mesa.

Pero la mayor prueba era la anunciada por una vieja: —Alístense, decía una noche antes de llegar a Encontrados, porque en Encontrados mandan a formar a todo el mundo y viene una guardia a ver los pasajeros para ver si viene aquí Urbina!... Chipilín me ve a la cara y yo respondo a su azoramiento: —Cálmate; no nos pasa nada porque nadie se imagina que yo ande en este estado de suciedad; pero por previsión y por lo que dijo la vieja, cogí mi binóculo y mi revólver que llevaba envuelto en un trapo y los dejé caer al agua...

Amanecemos en Encontrados y como yo lo esperaba, los chácharos abordo mandaron a formar a todos los pasajeros; éramos como cien y esperábamos los acontecimientos... Aparecen dos jefes con sus grandes bigotes, echándose las de grandes detectives y nos miran a todos, y nos dicen “váyanse ustedes”, por lo cual el Chipilín me declara a sotto voce: —Aquí no hay pesquizas, general... Preguntamos a qué hora salía el tren para Cúcuta y nos avisan que enseguida saldría, a las nueve de la mañana; compramos

dos billetes y nos metimos en tercera clase; el tren corría y con nuestros corazones que deseaban latir con más libertad!...

A las tres llegamos a la Boca de La Grita y como la policía colombiana nos preguntara quiénes éramos, dijimos que colombianos y como éramos mendigos nos dejaron pasar sin pasaportes.

Llegamos a Cúcuta a las cinco de la tarde y enseguida me hice conducir donde el doctor Pulido Méndez quien no me conoció por mis andrajos. Pero luego me dio un abrazo y me hizo pasar adentro. Allí fue a verme otro gran revolucionario como Pulido Méndez, Ildefonso del Moral, quien me prestó ayuda para seguir el viaje: nos ayudó a que tuviéramos puesto en un camión y luego bestias para irnos a Gramalote y Ocaña en donde encontré a mi amigo Juan B. Carrillo quien nos lleva a su casa y nos ofrece sacarnos para Barranquilla.

Allí en Ocaña nos atendieron mucho Carrillo, Gonzalo Carnevali y Pedro Rodríguez Barroeta. Seguí con Carrillo y el Chipilín para Barranquilla y me alojé en la casa del amigo Briceño Maldonado. Carrillo me consigue un pasaporte colombiano con el nombre de Juan Crisóstomo Medina y el general Durán me presta

50 pesos; Carrillo nos consigue ropas y emprendemos de nuevo viaje hacia Panamá; pero yo sólo porque dejé al leal mejicano en la casa de Briceño Maldonado.

El destino me iba a ofrecer la oportunidad de mirar otros horizontes y de hablar con otros hombres de raza y de cultura distintas. —Muchas personas ayudaron a Urbina a escapar y él dice al referirse a quienes le ampararon:

—“En la imposibilidad de nombrar a todos aquellos buenos y desinteresados patriotas que se interesaron en la valiente empresa del general Urbina, éste quiere dejar aquí constancia de su profunda gratitud hacia las siguientes personas que le tendieron su mano fraternal, ya ayudando con el abrigo de sus hogares, ya eliminando la acción de la garra enemiga o pres-tándole los medios para evadirla: Estado Falcón: Rafael Molina Franco, Jorge Chirinos, José Ordóñez, Rómulo García, Enrique Hernández, Luis Hernández, Néstor Arcaya, Dimas del Moral, Raúl Smith, Guayo Schoborg, Amenodoro Morles, Regino Burgos, Helimenas Burgos, Carlos León Ferrer, Carlos Pereira, general Francisco Ferrer, Félix Ferrer, Jesús Medina, Pedro Hernández, Hermanos Chirinos, Pablo García, Edmundo Ruiz Soto, Urbano Jiménez,

Nazario Chirinos, José García, Marcelino González, Inocencio González, Fernando Schirpa, Francisco Pachano, Andrés Zárraga, Miguel y Eliodoro Medina, Benito Pachano, Pablo Lugo, José Miguel Atienza, Rafael y Horacio Reyes, Ramón Romero, Luis Romero y Cecilio Romero. Estado Lara: Andrés Rodríguez, Andrés Rodríguez, hijo, José Isidro Sánchez, Antonio Prieto, Fermín Escalona. Estado Trujillo: José María Perdomo, general Sancho Román, Asencio González, familia y viuda de Durán, don Jesús y José María Perdomo y Eloy Venegas Perdomo. Estado Mérida: Trino Rivas y Salomón León”.

Carlos Emilio Fernández cuenta que los prisioneros mejicanos fueron conducidos a Miraflores, en donde el propio general Juan Vicente Gómez ordenó que les dieran dinero y que los llevaran a pasear en automóvil por las calles de Caracas, “para que vieran el progreso”. Dice Carlos Emilio Fernández que él escuchó cuando Gómez dijo: “Eso es para que ustedes vean que no soy como me pintan los enemigos”.

¿Y el hombre que fue el motor de todo esto qué se hizo? Ahora, cuando faltan 48 horas para el 13 de noviembre de 1950, está como un buen padre de familia en la Quinta Luzant y quiere hablar con nosotros...



UN HOMBRE ALTO VESTIDO  
DE GRIS



El Hotel Falcón —entre Cipreses y Hoyos— era pequeño, pero limpio. Después supe que muchos otros conjurados habían llegado allí. Sin embargo, cuando yo entré no encontré a nadie conocido.

Llamé de inmediato a la casa del general Rafael Simón Urbina.

—Oiga, es un señor amigo de la familia que está aquí en el Hotel Falcón y viene a hablar con Domingo. Dígale al general Urbina que es Pedro Díaz desde el hotel Falcón.

Domingo estaba ahí y me contó después que Urbina le dijo:

—Mira, ¿a quién le diste tú el número?

—Puedes estar seguro que si lo tiene algún elemento es porque es amigo mío —replicó el compadre—. Y los amigos míos son hombres.

Entonces me comunicaron por teléfono que me quedara en el Hotel Falcón, que me irían a buscar esa misma noche.

Muy poco tiempo después, quizás como a las nueve, llegó Domingo al hotel. Mi compadre entró primero, para convencerse de que era yo y estaba solo. Luego llamó a Rafael Simón.

—Primo, pasa; éste es un amigo... —Entonces el caudillo se bajó del carro y Domingo le repitió:

—Mira, primo; éste es un amigo, en quien puedes confiar... —El recién llegado era un hombre alto, delgado, muy bien vestido y yo diría que a lo sumo aparentaba tener unos cincuenta años. Me tendió la mano y me dijo:

—Urbina... —Llevaba sombrero y traje gris. Sonreía con facilidad, con una risita breve. Me trató con mucho cariño y con una gran decencia. Me costaba trabajo imaginarme a ese hombre tirando machete en la Sierra, cortando cabezas o haciendo preso al gobernador de Curaçao. No decía groserías; le observé su chaleco tan bien cortado, y me acordé de sus aventuras cuando invadieron por La Vela y mataron al general Laclé. El hombre, no sé si adivinó mis pensamientos, pero me hizo volver al presente con una frase, pronunciada muy suavemente, pero que evidentemente era una orden:

—Bueno, nos vamos para la casa, Díaz...  
—Venía manejando el hijo del general, de nom-



El recién llegado era un hombre alto, delgado, muy bien vestido. Me tendió la mano y me dijo: —Urbina...

bre, también, Rafael Simón, pero a quien llamaban familiarmente Mon. Me presentaron al muchacho, quien tendría unos 18 años, y nos fuimos todos hacia la Urbanización El Bosque, para la Quinta Luzant, en donde vivía Urbina a todo lujo.

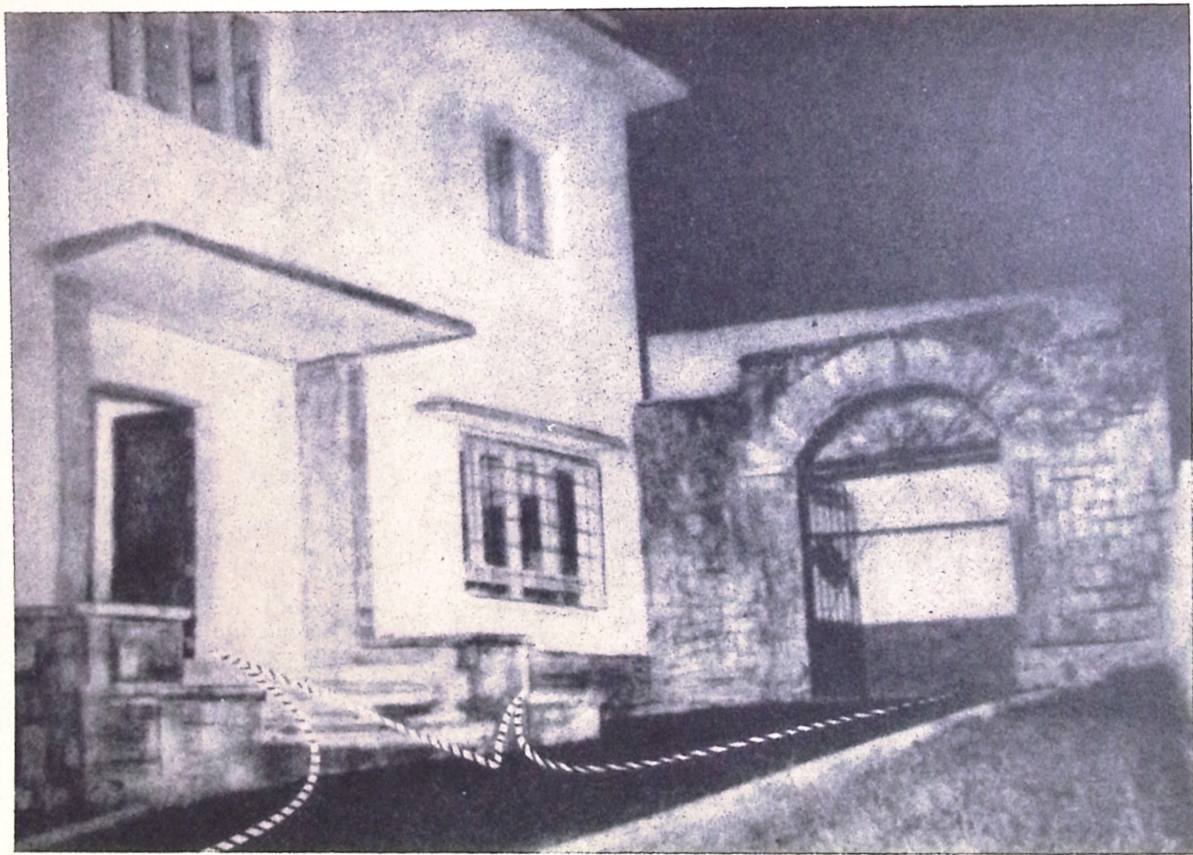
La fastuosidad de la casa me sorprendió. Es una de las quintas más lujosas que yo he visto.

—¿Será bueno que Díaz se quede aquí o lo llevamos para allá donde están los otros muchachos? —preguntó el general a Domingo.

—Sí, hombre —contestó el compadre—, vamos a llevarlo con la gente y así él los controla...

Después que el general me presentó a su esposa y a su hija, salimos hacia la Quinta Maritza. Iba manejando Mon.

Llegamos a la casa en donde estaba la gente. Era una quinta nueva, recién construida; se veía que no había sido habitada por nadie. Me encontré allí con Angel Medina Medina, Cipriano Medina y Antonio Medina, tres hermanos de Santa Cruz de Bucaral; Osorio de Jesús Ollarves, también de Santa Cruz; Antonio Paulino Reyes, de San Luis, en la Sierra de Coro, y Pedro Medina Túa, también de la Sierra. Los acompañaban Máximo Paz Colina, nativo de La Guaira, pero con mucho tiempo en Falcón, y Hono-



Salimos hacia la Quinta Maritza. Llegamos a la casa en donde estaba la gente. Era una quinta nueva, recién construida; se veía que no había sido habitada por nadie.

rio Gutiérrez Betancourt, de Churuguara.

Ver a toda aquella gente fue para mí una sorpresa, ya que yo no sabía con quiénes se había venido Domingo.

Esa noche me quedé ahí con los muchachos.

Recuerdo la Quinta Maritza como una casa grande, color marfil, de dos pisos, aislada por un muro no muy alto. Esta pared termina en una construcción de piedra en donde hay una puerta de hierro muy ancha. Después viene un patio grande. La entrada principal de la casa está a pocos metros de este patio. En aquel entonces había pocas viviendas en Las Mercedes. La quinta se levantaba casi en el fondo de la urbanización, en un paraje virtualmente solitario; después lo que venía detrás —a pocos metros— era el cerro. Se llegaba a la casa por una calle no muy ancha que se llamaba La Cinta. Es difícil hoy imaginar cómo era entonces la urbanización. Había muchos árboles. Las calles estaban ya trazadas y tenían sus faroles, pero las construcciones no habían comenzado todavía. Cerca de la Quinta Maritza había unas tres o cuatro casas.

En algunos terrenos se veían máquinas de construcción, materiales, andamios y fosos. Cuando uno entraba a Las Mercedes, distin-

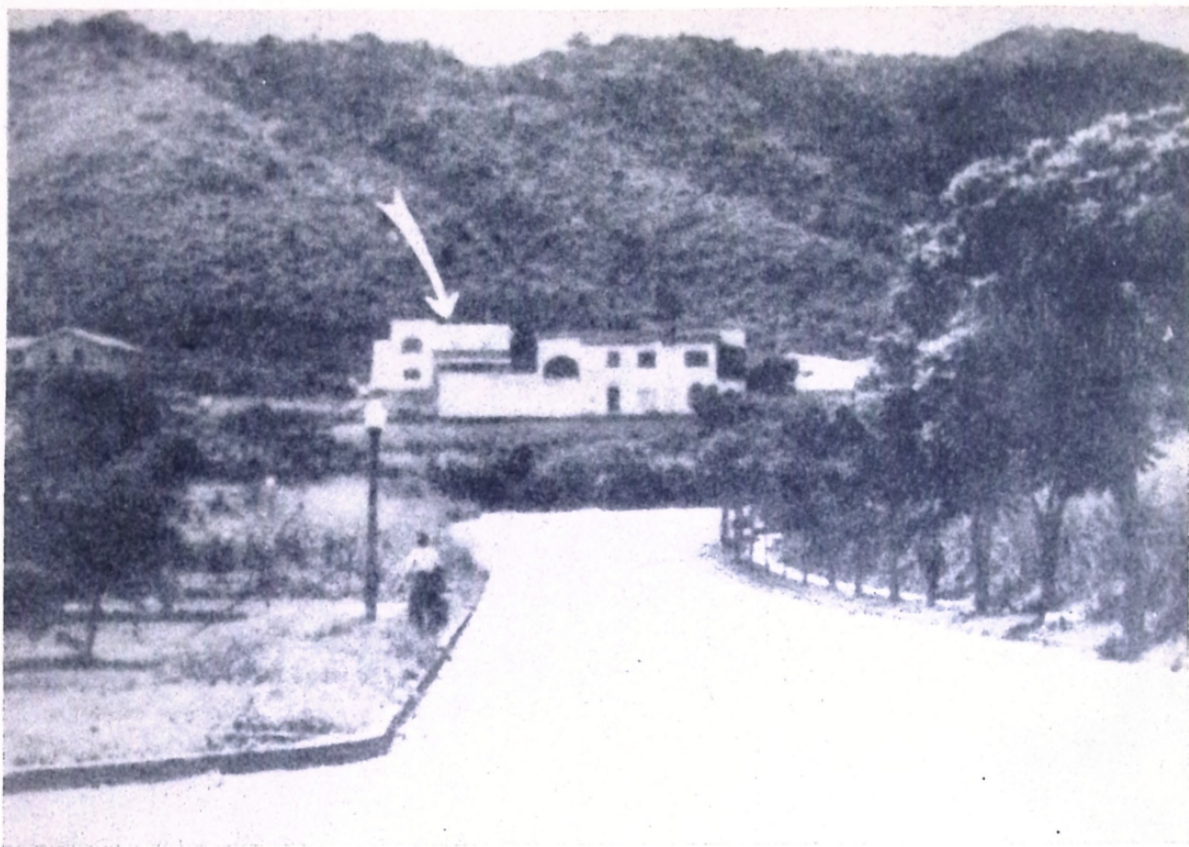
guía el fondo de una casa inmensa y mucho más allá la Quinta Maritza.

Al otro día, 6 de noviembre, llegó muy temprano el general con Domingo Urbina y salimos entonces a dar una vuelta. Rafael Simón había advertido a Domingo que no debíamos hablar *nada de nada*. Y en efecto: me mostraron la ciudad, almorzamos, pero no nos atrevimos a preguntar, conociendo la consigna de *nada de nada*.

Al otro día me dijo Rafael Simón:

—Díaz, voy a contratar un chófer para que ande con ustedes en el carro y así no se fastidien.

El día 7 llegó un negrito, me lo presentaron. Era Carlos Mijares, el chófer. Como no teníamos nada que hacer y sólo esperar, nos dedicamos a conocer la ciudad. Fuimos a Lídice, donde Domingo tenía una novia. Regresábamos en la tarde y en la noche dormía en la Quinta Maritza. El ocho llegó Carlos Mijares a buscarnos en el carro. Ese día nos fuimos para Caricua. Entonces había por allá potreros y haciendas de caña. Allí, en una de esas casitas que estaban por esos lados, tenía Domingo, en una negrita, una hija. Después fuimos a la casa de Urbina y cuando llegamos encontramos a la gente de la Maritza que se había venido para la residencia



En aquel entonces había pocas viviendas en Las Mercedes. La quinta se levantaba casi en el fondo de la urbanización, en un paraje virtualmente solitario.

del general. Ocupaban una pieza, un poco apartados de la familia.

El general nos había dicho a mí y a Domingo que cualquier cosa rara que viéramos se la participáramos directamente a él y resulta que en ausencia mía llegaron a la casa de Las Mercedes tres elementos que iban a revisar las instalaciones eléctricas. Rafael Simón dijo que él no había ordenado a nadie esa revisión. Estuvo muy molesto, indagando quién había impartido esa orden y por qué habían ido de la Electricidad a ver la casa. Era un hombre muy astuto. Y dijo, refiriéndose a los muchachos que estaban en Las Mercedes:

—A esta gente es mejor traerla para la casa.

Había un cuarto y allí les puso una mesa de dominó y les dio brandy para que tomaran y no se fastidiaran.

—Usted se viene también para acá, Pedro Díaz —me dijo, y desde entonces me quedaba a dormir en la Quinta Luzant.

Todos los días salíamos. Y nadie hablaba de lo que se preparaba, al menos entre nosotros.

El coriano es muy disciplinado y respetábamos lo que se nos había dicho de mucha prudencia y no estar preguntando tonterías.

El día diez salimos Honorio Gutiérrez Betan-

court, Domingo Urbina, Mijares y yo. Volvimos a Lídice.

Recuerdo muy bien que ese día Honorio Gutiérrez empezó a jugar billar con unos elementos y nosotros nos sentamos a tomarnos una cerveza. Por cierto que nos causó mucha admiración que el dueño del bar se puso a hablar con nosotros y entonces nos dijo:

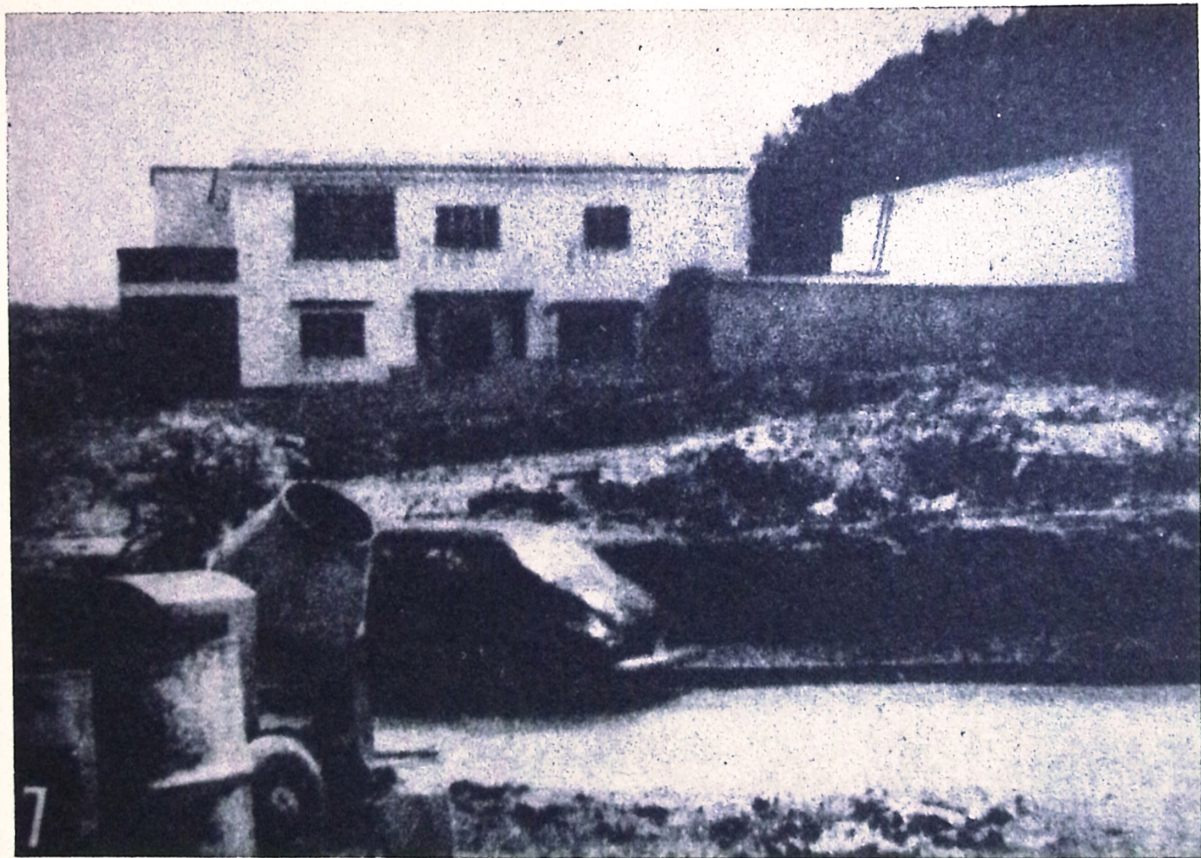
—Acuérdense de mí cuando estén en su reino... —Y sonrió dando a entender algo, que según él, debíamos saber.

—Bueno, ¿pero a qué se refiere usted? —le preguntó Domingo, sin alzar la voz y haciéndose el tonto, para darle confianza al hombre.

—Ustedes creen que yo soy inocente —dijo el viejo, todavía con su sonrisa maliciosa—. ¿Ustedes no son de aquí, verdad?

—Nosotros no somos de aquí, pero andamos en viaje de negocios. —El otro no dijo más nada, pero después comentábamos de dónde habría sacado ese viejo eso. No sé. Yo creo que él estaba enterado de algo...

El otro día, el once de noviembre, salí yo a visitar a las amigas que eran de allá de Santa Cruz de Bucaral y quienes vivían en El Paraíso. Llegamos a donde había un kiosco, un rancho, con un negocito y paramos el carro frente



En algunos terrenos se veían máquinas de construcción.  
Cerca de la Quinta Maritza habían unas tres o cuatro  
casas.

al establecimiento ese, porque había que subir unas escalinatas para llegar a la casa donde vivía la familia. Pero, cuando estábamos cerrando la puerta del carro, sale un señor del kiosco y nos dice que ahí no podemos parar el automóvil. Mijares le pregunta por qué y él dice que está prohibido estacionar allí.

—Me quitan ese carro ya!! —grita el hombre. Yo le digo que no hay ningún aviso que prohíba parar aquí.

—Pero, yo quiero que me quiten el carro... —insiste.

—Ya nos paramos aquí y no podemos quitarlo. Lo quitamos cuando regresemos.

—Me quitan ese carro de ahí!! —gritó insistente el hombre furioso.

—Pues no lo vamos a quitar!! —replico yo con voz fuerte.

—Ah!!! con que no lo van a quitar...!!! —Entra y sale inmediatamente con un machetón. Brinca por una ventana grande y cae ante nosotros con el machete en la mano. Ni Domingo, ni Mijares andan armados. Saco rápidamente mi revólver y le digo:

—¿De modo que entonces nos va a planear?  
—Pero cuando ese hombre vio el revólver, voló hacia atrás, se metió y cerró la ventana.



Don Antonio Aranguren, el dueño de la Quinta Maritza era el mismo que había financiado, virtualmente, la expedición de Urbina cuando invadió Falcón con el vapor "Superior" y más de 200 mejicanos.

—No, no se meta paisa —me dijo Domingo en ese momento—; mire que tenemos una misión que cumplir y no la vamos a echar a perder...

—Bueno —dije yo cerca de la ventana para que el hombre escuchara—. Vamos a dejar el carro aquí; si algo le pasa, él responde!

Nos fuimos. Estuvimos hablando allá como dos horas, regresamos y al automóvil no le había pasado nada.

Después, cuando yo estaba preso le decía a Mijares:

—Mijares, si aquel hombre se hubiera metido a darnos unos planazos nos hubiera salvado de esta broma que nos llevamos, porque si se mete hubiéramos tenido que tirarle y la cosa hubiese sido más llevadera...

Rafael Simón de vez en cuando conversa con nosotros. Cualquier detalle le sirve para recordar alguna de sus extraordinarias historias. Un día habla del valor y dice que todos sentimos miedo y que eso es natural; lo que hay que hacer es saber dominarlo. Yo lo escucho con atención. Todo lo que este hombre habla, es para mí la Biblia. Me recuerdo de mi padre. Ahora, el hombre a quien admiran y respetan los falconianos, está delante de mí y me refiere cosas

del pasado. Yo me siento feliz! Recuerdo las historias de Urbina cuando invadió Falcón con el vapor "Superior" y más de doscientos mejicanos.

Eso fue en septiembre de 1931. Urbina describió la aventura con lujo de detalles. Don Antonio Aranguren, el dueño de la Quinta Maritza, era el mismo que había financiado, virtualmente, aquella expedición.



URBINA PREPARA COMLOT  
CONTRA TRUJILLO



En aquellos días de noviembre, nuestro jefe, general Rafael Simón Urbina, vive en constante actividad. Nosotros nos mantenemos en expectativa. En algunos momentos, Urbina, siempre cordial y decente, recuerda episodios de la historia reciente de Venezuela, cuenta anécdotas de personalidades del país y goza de nuevo los episodios de sus gloriosas campañas. La Sierra, el valor de los corianos y nuestro paisaje, con sus médanos y sus cerros, más propios para chivos que para humanos, apasionan a Rafael Simón. Habla mucho con Domingo y conmigo. Un día retorna al pasado, cuando los militares y los adecos derrocaron a Medina. Dice que aquel gobierno cayó por falta de bolas y que en muchas oportunidades se le acercaron amigos para proponerle conspiraciones contra Medina. Hubo alguien que hasta le pidió estudiara un plan para hacer preso al Presidente Medina en una ternera.

—Yo no delato a nadie —dijo Urbina—, pero en esa vaina no me meto! —Parece que Rafael Simón había empeñado su palabra de lealtad con el gobierno del Presidente Medina, pero cuando vino el alzamiento del 18 de octubre de 1945 y cayó el medinismo, fue perseguido, pues el pleito entre Acción Democrática, Partido Comunista, grupos anti-gomecistas y Urbina venía desde 1928, aunque ya él para esa fecha estaba cuadrado contra la dictadura de Gómez.

Urbina, se puso a las órdenes de Jóvito Villalba en aquel entonces y el caudillo falconiano estaba enterado de la conspiración militar del 7 de abril. López Contreras acabó con este complot presentándose al Cuartel San Carlos, mientras los estudiantes tomaban las armas por primera vez, en un movimiento universitario-militar.

Jóvito Villalba era también enlace de la gente que más tarde vendría en el Falke. Y él fue quien mandó a Armando Zuloaga Blanco a la expedición. Urbina estaba enterado de todo esto y Jóvito lo envió a que trabajara en la Aduana de La Vela pues Rafael Simón le aseguró —como más tarde lo hizo— que prepararía allí un alzamiento contra Gómez.

Pero todo esto es una historia apasionante

y larga, y nunca la terminaríamos, por lo que prefiero contarles a ustedes de cómo Rafael Simón nos explicó que pese al odio que le tenía el gobierno revolucionario de octubre, cuya Junta integraban Rómulo Betancourt, Presidente; mayor Carlos Delgado Chalbaud; Dr. Raúl Leoni; capitán Mario Vargas; Dr. Gonzalo Barrios; Dr. Luis B. Prieto F. y Dr. Edmundo Fernández, no pudieron ponerle la mano.

La policía rodeó la casa y hubo una plomazón, pero espectacularmente logró escapar vestido de cura, según nos dijo a mi compadre Domingo y a mí.

“Cuando llegó el 18 de octubre de 1945, al tener conocimiento mi esposo de los acontecimientos, se dirigió a las cuatro de la tarde a la casa del general López Contreras, llevándolo yo misma, en nuestro automóvil. Al día siguiente a las tres de la mañana, regresó mi esposo acompañado del coronel Murillo y dos personas más que no supe quienes eran.

“Me contó que la señora del general López Contreras lo había mandado a buscar a éste, lo que trató de hacer sin lograrlo. Cuando mi esposo oyó por radio que el movimiento era de militares y que figuraba en la Junta de Gobierno el mayor Delgado Chalbaud, a quien aún no co-

noía, pero de cuyo padre había sido amigo, le mandó una tarjeta poniéndose a sus órdenes y solicitando una entrevista. Esta tarjeta la envió con el Manquito Ledezma, que antes había manejado el carro de mi esposo y que se había presentado para ponerse a las órdenes de mi esposo.

“Al poco rato volvió Ledezma en un automóvil para llevar a mi esposo a Miraflores, donde éste fue, se anunció y estuvo esperando hasta que apareció un oficial de color negro, quien le dijo que lo acompañara, y que en lugar de llevarlo hacia el interior lo llevó hacia fuera, dejándolo en la esquina de Miraflores y le dijo que se esperara ahí, pero mi esposo cogió rápidamente un carro y se vino a la casa, donde pudo saber por los periódicos que Rómulo Betancourt era el Presidente de la Junta de Gobierno; diciéndome al saberlo que se había salvado, porque Betancourt lo hubiera mandado a matar en esa esquina.

“Mi esposo se quedó en su casa, sin tratar de hablar más con el mayor Delgado. El Manquito Ledezma se fue, pero volvió en la noche con cuatro o cinco hombres armados, con rifles del mismo gobierno, diciendo que iban a cuidar la casa porque estaban saqueando.

“Muchos amigos de nosotros fueron a visitarlo y le dijeron que debía esconderse, porque Betancourt no le perdonaría. Entre esos amigos recuerdo a don Antonio Aranguren, el Dr. Luis Gerónimo Pietri y el doctor Carlos Alberto Velutini, el Dr. Pedro Manuel Hidalgo Rodríguez y su hermano. Mi esposo no quiso esconderse ni huir, porque no había sido atacado ni creía que el gobierno lo atacara, porque lo que tenía con Betancourt era un asunto personal.

Sin embargo, el 23 de octubre de 1945 fue atacada nuestra casa por tres camionetas llenas de soldados y civiles con la insignia de A.D. en el brazo. Hubo un tiroteo muy fuerte, al cual contestó mi esposo con su revólver, hiriendo al parecer a alguno de los atacantes, provocando la huída de las camionetas por el momento, lo que aprovechó para meterse en casa de un señor Paredes, trujillano, amigo suyo y luego a la casa del señor Juancho Gabaldón, donde durmió esa noche; el día siguiente Gabaldón lo llevó a la casa del doctor Domínici en El Paraíso y éste logró comunicarse con el mayor Delgado Chalbaud, quien le dijo que no tenía noticias de que se persiguiera a Urbina y que mandaría una guardia a cuidar la casa de éste, cosa que no se hizo, a pesar de que mi esposo durmió dos no-

ches en ella.

“Viendo esto, la esposa de don Antonio Aranguren le consiguió asilo en la Embajada de Haití, a donde lo llevó don Antonio Aranguren.

“En la Embajada estuvo como dos meses, mientras se lograba el salvoconducto, y estando allí, en una ocasión en que yo llevé para visitarlo al Dr. Pedro Manuel Hidalgo Rodríguez, oí que éste le decía a mi esposo: “No te lo dije yo que agarráramos a Medina dos meses antes del 18 de octubre, aprovechando una de sus fiestas en la Urbina. Ya tú ves lo que hizo Acción Democrática”. Mi esposo le contestó —confirmó la señora de Urbina— que él le había prometido tanto a López Contreras como a Medina ser leal con el gobierno. Conseguido el salvoconducto pudimos salir al extranjero, primero a Barranquilla y después a Santo Domingo, llamados por Trujillo”.

Rafael Simón Urbina siguió explicando aquella noche, que se fue para Santo Domingo en busca de apoyo para continuar haciéndole la guerra al gobierno.

En la Isla se encontró con muchos oficiales venezolanos y viejos jefes exilados. No recuerdo los nombres de todos los oficiales que nos citó, pero sí estaban León Jurado y Vincencio

Pérez Soto, antiguos enemigos de Urbina, quienes le persiguieron con saña en época de Gómez, pero ahora la desgracia les había unido, pues la Junta Revolucionaria los metió a todos en un mismo saco: gomecistas y anti-gomecistas.

El nuevo gobierno, 22 días después de instalarse en Miraflores confiscó los bienes de quienes habían desempeñado cargos en regímenes anteriores y esta congelación duraría, “mientras que el tribunal que se creará con tal fin no dictamine sobre su responsabilidad en el manejo de los fondos públicos o enriquecimiento indebido por abuso en el ejercicio de cargos del Estado, o indebida influencia de quienes los ejercían”.

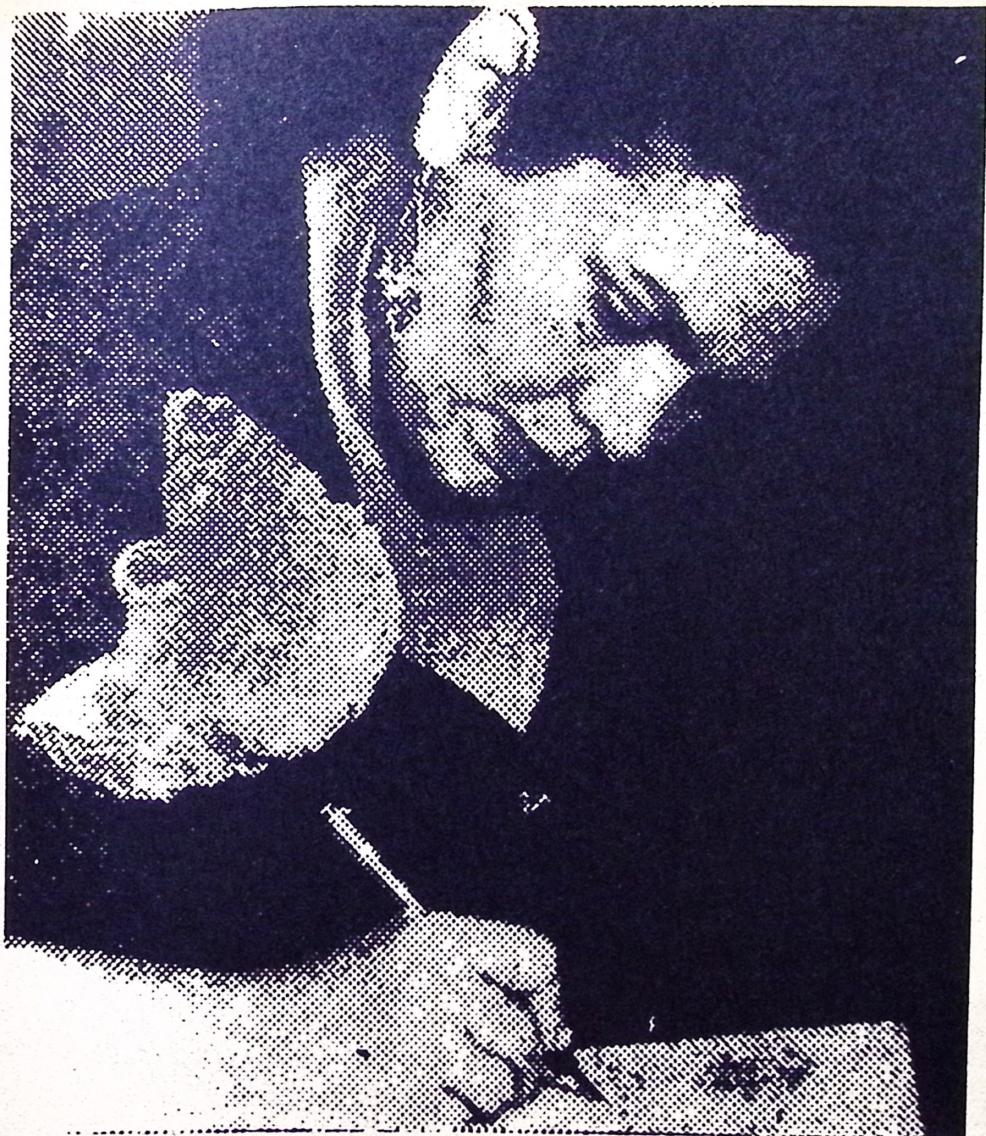
En aquella lista de presuntos acusados de peculado estaba, en la “LETRA U”, Rafael Simón Urbina junto con el doctor Arturo Uslar Pietri, Dr. Enrique Urdaneta Carrillo, Dr. Carlos Urdaneta Carrillo y Uzcátegui Baldomero.

Los bienes de algunos familiares de Gómez fueron expropiados, por no presentar su declaración a tiempo y Rafael Simón, quien ahora, por esas cosas raras del destino, recibía el mismo castigo que los gomecistas, presentó declaración de bienes por 67.000 bolívares, ocupando

el penúltimo puesto en una lista que entregó la Comisión Sustanciadora a los periódicos en donde figuraba el Dr. Pedro A. Arcaya con Bs. 1.112.840,75; general Elbano Mibelli —viejo pensionista de La Rotunda— con Bs. 1.741.431,65; Juan Bautista Pérez, Bs. 1.625.044,20; Dr. Henrique Toledo Trujillo, Bs. 1.455.100; Dr. Arturo Uslar Pietri, Bs. 339.518,95 y muchos otros nombres que por largos años habían sido clientes fijos de las primeras páginas de los diarios y también de las crónicas sociales, entre ellos el propio general Eleazar López Contreras, condenado luego por peculado...

Sobre la situación económica de su esposo, la señora de Urbina declaró el 4 de enero de 1951, lo siguiente:

“Después de la muerte del general Gómez, mi esposo solicitó la entrada al país, pero el general López Contreras le dijo que tenía que arreglar primero un juicio que tenía en Coro, lo cual había dado motivo al gobierno para pedir la extradición a Colombia, donde fue detenido y se fugó de la cárcel cuando lo iban a enviar. Por ese motivo, mi esposo no pudo regresar a Venezuela sino ocho meses después de la muerte de Gómez, dejándome a mí en Panamá con mis



“Cuando llegó el 18 de octubre de 1945, al tener conocimiento mi esposo de los acontecimientos, se dirigió a la casa del general López Contreras”, recordó la señora María Isabel Caldera de Urbina.

hijos y una tía que me acompañaba, mandando por nosotros después de un mes de estar en Venezuela.

“El general López Contreras le ofreció entre otras cosas a mi esposo la Gobernación del Territorio Amazonas y la Administración de una gran hacienda de Gómez, me parece que la del Trompillo; y hasta llegó a enviarle veinte mil bolívares con el Dr. Carbonell. Todas estas cosas fueron rechazadas por mi esposo; pero después, a instancias nuevamente del general López, por cuanto éste le había dicho que había recibido un anónimo en que le decían que pensaba hacer un “nuevo Curazao” en Venezuela, mi esposo aceptó la Gobernación del Territorio Amazonas, a cuyo frente estuvo por espacio de trece meses, fecha en la cual le renunció a la Gobernación; y desde esa época no estuvo más empleado.

“Se dedicó entonces, primero a trabajar en las haciendas de la familia, comprándole a los demás poco a poco la parte que en ellas tenían; luego compró un terreno en Petare e instaló una vaquera, que al principio fue pequeña y después llegó a tener hasta sesenta vacas de ordeño. En esa vaquera tenía como a doce corianos que comían en nuestra casa de habitación.

“Después, en el mismo terreno, empezó a fabricar casitas que estaba vendiendo por cuotas cuando llegó al poder Acción Democrática. Un mes antes de haber llegado al poder Acción Democrática, mi esposo vendió la mitad del ganado que tenía en la vaquera y con el producto de esa venta, compró a nombre mío una casa en Los Caobos, la cual tuvo que ser hipotecada a la Panamerican para completar el precio de la venta”.

Los oficiales gomecistas, pues, y Rafael Simón Urbina, según nos contó éste, al encontrarse exilados en Santo Domingo se pusieron a conspirar contando con el apoyo de Rafael Leonidas Trujillo, quien desde la muerte del general Gómez, en 1935, sentía odio hacia todo lo que olierá a libertad en Venezuela. Parece que “Chapita” —pues así también llamaban al dictador sus opositores— presentía que Venezuela se convertiría en un porta-aviones contra la dictadura trujillista, sirviendo de cabecera de puente para invasiones a República Dominicana. Además, Trujillo sentía también miedo ante el poder económico venezolano y la influencia internacional que, gracias al petróleo, los gobiernos de Caracas tenían todos los días más.

Los primeros problemas trujillistas fueron

con el gobierno del general Medina. Usando como pretexto un incidente en un juego de beisbol Venezuela-Santo Domingo, amenazó en una oportunidad al gobierno venezolano con despachar aviones y volar los pozos petroleros!

Cuando Pérez Jiménez subió al poder, Chapita vio el cielo abierto y fue entonces usado Santo Domingo —por el eje Chapita-Pérez— como trampolín para impulsar de allí comandos de gente lista para matar, que se encargaban de perseguir a todo líder anti-trujillista y anti-perezjimenista en el Caribe.

En el sumario sobre la muerte de Delgado Chalbaud, alguien dice que Trujillo, después de ofrecer apoyo a Urbina, lo había traicionado.

Aquella noche, en su casa, pues allí seguíamos viviendo, el caudillo nos aclaró lo que ocurrió.

Rafael Simón me dijo, que al llegar a Santo Domingo había sido muy felicitado por los exilados venezolanos, pues él era el único a quien el gobierno adeco no pudo lograr poner preso. A todos los demás los habían detenido y luego de la cárcel fue que salieron para el exilio.

Urbina siguió contándome que él se puso a estudiar la situación militar de Trujillo y se dio cuenta que aquella dictadura no era tan impene-

trable como lucía, pues parece que desde el frente interno, y pese al terror, había sitios muy vulnerables. En pocas palabras, Urbina me dijo a mí que él propuso a un grupo reducido de exiliados venezolanos tomar la isla de Santo Domingo y les planteó cómo iban a hacerlo para luego apoderarse de un auténtico arsenal y venir a Venezuela a hacer la guerra.

Esto puede provocar risa y tomarse como el delirio de un idiota, si no conociéramos quien era Rafael Simón Urbina y no recordáramos la toma de Curazao y la invasión de los mejicanos, aparte del golpe contra Delgado en el cual estábamos metidos. A Rafael Simón no se le aguaba el ojo para nada! Además, no tenía miedo a nadie!!

¿Qué ocurrió con el plan para tomar Santo Domingo?

Rafael Simón Urbina refirió lo siguiente:

—Al otro día, después de la conversación muy secreta, Pedro, yo recibí una de las sorpresas más grandes de mi vida: a las ocho de la mañana me llamó Rafael Leonidas Trujillo, a mí sólo, y me comunicó en una entrevista muy breve, que tenía 24 horas para que le desocupara la isla. Estaba muy serio y me dijo, ya cuando me despedía:

—Oiga bien, Rafael Simón Urbina, no lo mando a fusilar porque yo no le voy a hacer ese favor a Rómulo Betancourt! Váyase de aquí!!!

Era ésta la segunda vez —y Urbina lo sabía— que “Chapita” estaba a punto de liquidar a un guerrillero anti-gomecista. La primera vez fue en 1932 con Emilio Arévalo Cedeño.

El general Arévalo llegó a Santo Domingo —Ciudad Trujillo como llamaban entonces— en agosto. Hacía escala para continuar en busca de recursos económicos para una nueva invasión a Venezuela. Trujillo admiraba mucho al general Gómez y copiaba bastantes cosas del hombre de La Mulera, lo que ocurría es que Gómez era un dictador serio y Trujillo se volvía loco por una payasada; eso que muchos ahora llaman “show” y que los más jóvenes designan como “pantalla”.

Trujillo era “pantallero”. Gómez no se hubiera puesto nunca un sombrero de esos de dos picos, con plumas, llamado bicornio, ni hubiera lanzado jamás su candidatura para el Premio Nóbel de la Paz, ni hubiese tampoco proclamado a Doña Dolores Amelia, como “la primera mujer moralista de América”. Menos aún se le hubiera ocurrido bautizar a uno de sus hijos con el nombre de Ramfis y de Flor de Oro. Jamás!!

Sus defectos eran otros.

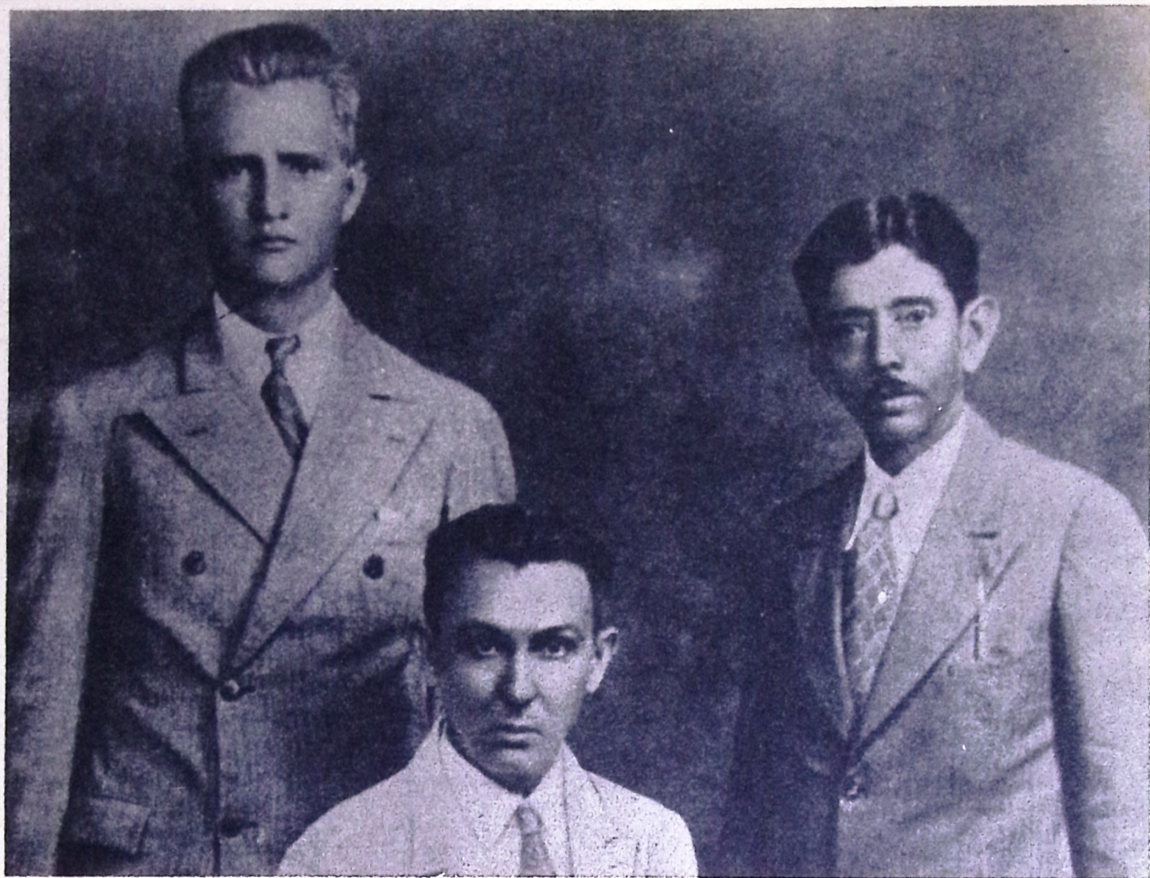
Basta ver los títulos que llevaban los dos. Juan Vicente Gómez era El Rehabilitador y Benemérito.

Trujillo, en cambio, tenía más calificativos que el Rey de Reyes:

Meritorio Hijo de San Cristóbal; Benefactor de la Patria; El Primero y más Grande de los Jefes de Estado Dominicanos; Restaurador de la Independencia Financiera; Comandante en Jefe de las Fuerzas Armadas; Padre de la Nueva Patria; Leal y Noble Campeón de la Paz Mundial; Candidato Permanente al Premio Nóbel de la Paz, mientras existan hombres justos; Principal Protector de la Cultura Dominicana; Máximo Protector de la Clase Trabajadora Dominicana; Guardián Fiel del Caribe; Padre de la Música Dominicana; Luz y Faro de América.

Pero Trujillo sentía respeto y admiración por Gómez, como ya hemos dicho, y en un pueblo llamado San Cristóbal puso su Maracay. Le gustaba hablar con sentencias breves, como nosotros los hombres del campo y cuando se enteró de la misión de Emilio Arévalo Cedeño, lo mandó a la cárcel de inmediato.

Arévalo nunca en su vida había estado pre-



El general Rafael Simón Urbina, el general Emilio Arévalo Cedeño y el doctor Wendehake, en Panamá.

so, pues Gómez no logró ponerle la mano jamás. El llanero demostró ser defenso y taimado como Rafael Simón.

El Libertador de Río Negro —como también solían llamar a Arévalo—, fue secuestrado al siguiente día de la llegada a Santo Domingo, en los sótanos de la Torre del Homenaje. La idea de Trujillo era matarle y enviarle “como obsequio especial” la cabeza al general Juan Vicente Gómez.

El propio general Emilio Arévalo Cedeño contó lo siguiente:

—“El plan de Trujillo era entregarme a Gómez, pero aquel miserable no contó con que yo era un hombre que tenía el respaldo de personalidades de verdadera autoridad moral en el mundo, y fracasó en su criminal intento.

“El compatriota Juan Montes, avisó al Perú el atentado de Trujillo contra mí e inmediatamente Sánchez Cerro puso dos cables averiguando sobre mi detención; así también otros amigos se movieron, obligaron a Trujillo a detenerse, dando tiempo a nuestro honorable compatriota, ilustre médico y eminente hombre público doctor Francisco H. Rivero, urgentemente fuera a “Las Matas”, en el interior del país, villa en donde se encontraba imitando a Gómez

el mulatico Trujillo y le pidiera con su gran autoridad moral, mi libertad, “extrañándose” de mi detención.

“Trujillo accedió a la solicitud del doctor Rivero, quien me salvó de la muerte, porque en aquellos quince días que estuve preso hubo muchos asesinatos en la Cárcel de la Torre del Homenaje y en Nigua, otra prisión del tirano. Recuerdo que una de aquellas noches en que estuve preso asesinaron al general José Ladislao Guerrero y seis compañeros más que estaban presos junto conmigo y junto con otros meritorios dominicanos, hombres de ciencia, comerciantes y de todas las clases sociales que se encontraban en la cárceles de Trujillo”.

En sus treinta y un años de poder absoluto, Rafael Leonidas Trujillo no daba tregua a su obsesión de tomar parte en las diferencias domésticas venezolanas.

En la cárcel Modelo me hice muy amigo del capitán Morales Luengo, todo un señor. El estaba preso, como ustedes saben, por el atentado contra Betancourt. Morales Luengo, de quien me siento orgulloso por la amistad que siempre me brindó, era muy prudente al hablar en relación con los sucesos que lo llevaron a la prisión. La misma actitud la seguía con respecto a mi

caso y nunca me hacía preguntas impertinentes; esto me obligaba a respetar su silencio.

En una oportunidad me dijo en broma el capitán Morales Luengo:

—Oiga, Díaz, usted está aquí por matar y yo por no matar...

Trujillo fue la esperanza para mucha gente que adversaba al gobierno adeco, pues ayudaba a todos los enemigos de Betancourt. Un escritor norteamericano, Robert D. Crassweller, dice en una biografía de Trujillo que cuando los conjurados llegaron a Santo Domingo se discutió el alzamiento de Caracas en la propia casa de Pipí Trujillo, hermano del tirano. Crassweller recuerda: "Johnny Abbes, —siniestro jefe de la policía secreta— dijo a Morales Luengo y a los demás: "Por si les puede interesar, dispongo de un aparato, que es electrónico, trabaja a base de microondas y tiene un poder explosivo de 65 kilos de TNT". Más adelante revela que el propio Trujillo se presentó a la conferencia y le habló a los venezolanos de este modo:

—Al enemigo hay que darle fuerte, pues si no lo hacemos, lo hará él con nosotros.

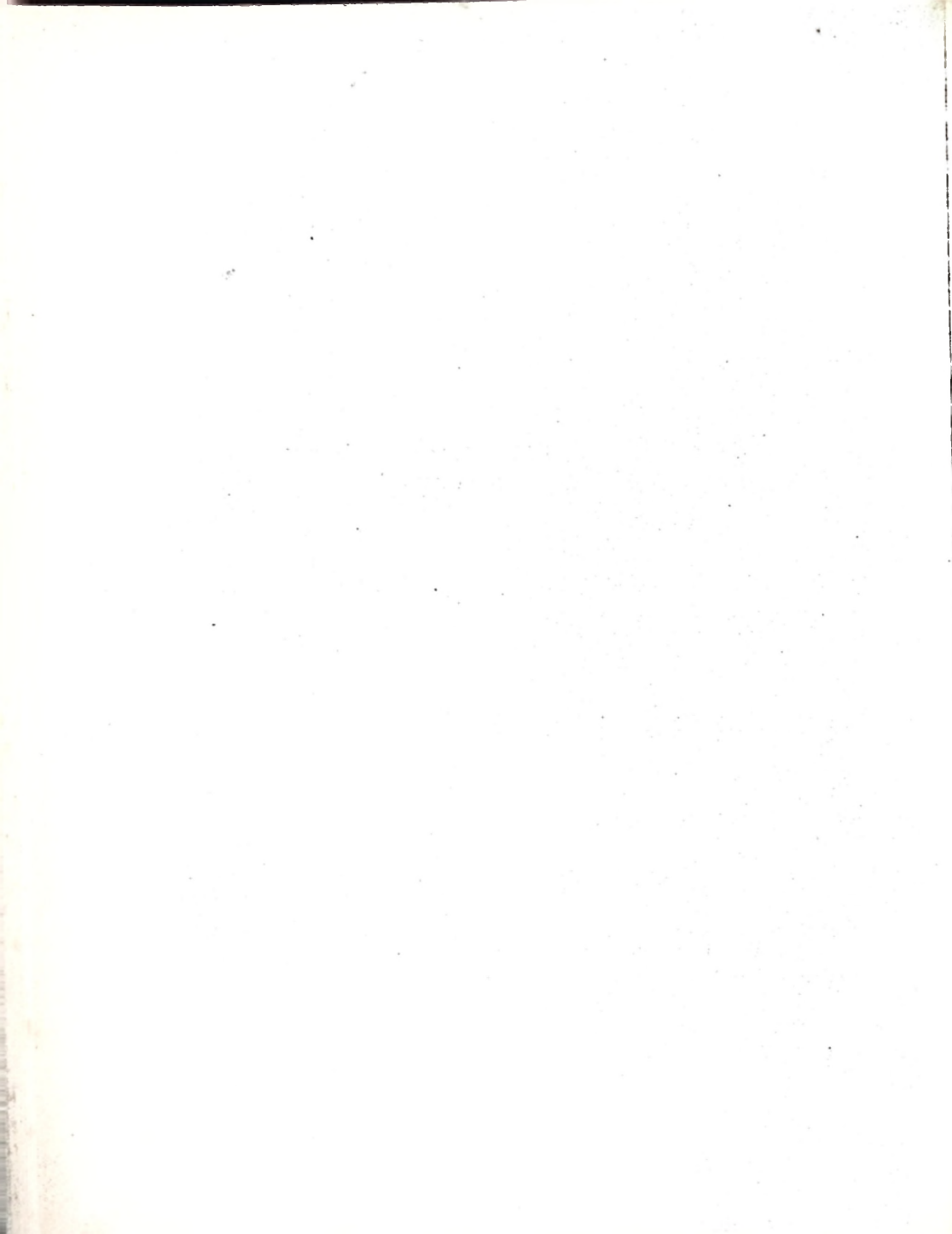
Yo nunca le pregunté nada de estas cosas a mi amigo Morales Luengo, ni a Cabrera Sifontes, por lo tanto no me consta si lo que contó el

escritor norteamericano es verdad.

Ya teníamos una semana en la casa de Urbina. El día 12 de noviembre salimos a dar vueltas por Caracas y regresamos temprano. Yo quería hablar con él y sabía que me llamaría en el momento oportuno. Siempre estábamos reunidos, pero de *aquello* no se hablaba nada, hasta que Rafael Simón me dijo:

—Bueno, Díaz, ya mañana es la cosa...

FASSMAN LEE EL PENSAMIENTO  
Y CARACAS CANTA "QUE MALA SUERTE"



En aquellos días de noviembre, Caracas era un pueblo con pretensiones de gran ciudad. La capital de Venezuela tenía unos ochocientos mil habitantes y debido a la censura los periódicos publicaban informaciones de artistas y otros asuntos que no tuvieran nada que ver con la política. Aparecían muchas reinas de belleza en los diarios.

Yo siempre me recuerdo que cuando llegué de Punto Fijo la gente vivía pendiente del "5 y 6". No se me olvida que aquel día que conocí a Urbina en el Hotel Falcón, hubo más de 300 cuadros con seis caballos ganadores y cada cuadro pagaba unos dos mil bolívares.

Todo el mundo andaba loco con César Girón; ese era el torero de moda y los periódicos publicaban grandes fotos suyas.

El "patón" Carrasquel estaba en su época de oro y en un juego de Cervecería-Magallanes los caraqueños le dieron una paliza a los nave-

gantes por 13 a 2 y al "patón" hasta lo sacaron en hombros.

Yo como muchacho de campo me sentía deslumbrado por todas estas cosas. La moda era vestir con saco cruzado y pantalón ancho en el ruedo. Casi todos los hombres llevaban sombrero. Por los lados de la Plaza Bolívar se veían muchos señores de edad conversando y me decían que estaban allí hasta altas horas de la noche cruzando ideas y contando los chismes de todo lo que ocurría.

La radio daba noticias sobre la guerra de Corea y se hablaba del Censo Nacional de 1950. En los periódicos aparecían planos de la ciudad y listas completas de las escuelas en donde se impartirían instrucciones a quienes iban a trabajar en esa operación.

Cuando íbamos para Lídice, para El Paraíso o para Caricuao a visitar paisanos y amigos, nos encontrábamos con que en casi todas las casas estaban escuchando música de la orquesta de Rafael Minaya por Radio Cultura, que parece era transmitida desde un sitio en donde la gente bailaba. Y también los radioescuchas aprovechaban para bailar. Los caraqueños eran muy guachafitosos. Esas ventas de arepas fritas, con queso, siempre estaban llenas y muchos,

después de tirarse unos tragos, se iban a comer allí. La comida era barata y en los teatros siempre estaban entrando hombres y mujeres.

Me recuerdo de una pila de nombres de películas que pasaban entonces en los cines y la gente hablaba mucho de ellas: “El Circo”, de Cantinflas; “El Príncipe de la Selva”, con Sabú; “Winchester”, que era de tiros desde que comenzaba hasta que terminaba, y “Arroz Amargo” con la italiana Silvana Mangano, quien aparecía retratada por todos lados. Era una mujer bonita y con una buena fachada.

Pero lo que tenía a la gente de Caracas vuelta loca era un mago llamado “Fassman”, quien se había hecho virtual dueño de la ciudad. El hombre trabajaba en el Teatro Nacional todas las noches con lleno total. Adonde uno iba, le hablaban de lo que hacía.

Fassman se presentaba —según nos contaron— con mucha seriedad, en compañía de una señora que parece era su esposa. Entonces se sometía a toda clase de pruebas mentales. Hacía sumas astronómicas, sin anotar nada; adivinaba lo que damas y caballeros llevaban en los bolsillos y en las carteras. Esto provocaba muchas veces situaciones embarazosas entre los asistentes, pues este hombre leía con los ojos

vendados nombres y números telefónicos que tenían anotados en sus libretas hombres y mujeres.

Hipnotizaba también a grupos completos de quince y veinte personas y los pobres que se prestaban para las pruebas, quedaban hasta en ridículo porque comenzaban a contar cosas muy privadas y después la gente les tomaba como gafos y se reía de ellos y bajaban del escenario sin recordar nada de las imprudencias cometidas.

Hubo periódicos que protestaron de las cosas que el tal Fassman hacía, pero eso no prosperó ante las autoridades, pues el mago prestaba también servicios a la alta sociedad. A mí me dijeron muchas veces —pues esto era secreto a voces— que grandes damas iban a consultar al Fassman, quien también dicen que adivinaba el porvenir y daba buenos consejos para tener suerte. Se hablaba mucho de que altos funcionarios, como Ministros y Embajadores, se entrevistaban con el mago en secreto. Este parece que cobraba un realero por esas consultas.

De México llegó también en aquellos días un director de cine muy famoso, creo que de apellido Contreras Torres, quien traía una película sobre la vida del general Juan Vicente Gómez.

“En los Tiempos del General Gómez” se lla-

maba la película y eso trajo un gran lío con un señor de nombre Juan Vicente Ladera, hijo del Benemérito, quien amenazó públicamente con demandar al mejicano Contreras Torres si en la película difamaban u ofendían a su padre. Yo, pues, no sabía quién era este señor Ladera, pero cuando oí la historia por la radio, me gustó mucho, pues creo que todo hombre de bien, una de las cosas que debe hacer es guardar fidelidad al papá y a la mamá, pues al fin y al cabo ellos son los que nos mantuvieron y defendieron, cuando éramos unos indefensos. Desconfío mucho de la gente que no ayuda a los padres.

Como en Caracas, la gente siempre se queja, se murmuraba también del problema de la leche en polvo. Parece que había una gran escasez y casi todas las mujeres decían que así no se podía vivir, porque no sólo la leche era cara, sino que no se conseguía en ningún mercado.

Se hablaba por todos lados de una película venezolana, "Olimpiadas Musicales", donde el muchacho iba a ser este artista que tiene una voz muy sabrosa, llamado Héctor Monteverde, quien había ya trabajado con mucho éxito en otra película criolla llamada "Yo quiero una Mujer Así". Parece que en aquella época se hacían muchas películas aquí, porque si mi memoria no

me falla, recuerdo otra cinta nacional, con un título que a mí me daba mucha risa, se llamaba “Tentetieso”.

Ahora, fuera de Venezuela, la cosa estaba muy seria porque tanto los periódicos como la radio comentaban constantemente sobre la guerra de Corea, en donde los chinos, los americanos y los rusos estaban peleando muy fuerte. Se creía que la cosa se podía complicar y que de un momento a otro estallaría una guerra mundial. Y se comentó mucho en todos los sitios que el Ministro de Relaciones Exteriores de la Unión Soviética, fue a visitar al norteamericano en Washington, para discutir cómo evitar que la guerra se extendiera por todo el planeta.

Un personaje muy célebre, de quien armaron escándalo los periódicos también, en aquellos días, fue “El Cumanés”, un hombre que parece que con las barajas hacía todo lo que le daba la gana y le tenían mucho miedo, pero como los jugadores son unos viciosos, él buscaba quien no lo conociera y se ponía a jugar, haciéndose en los primeros tiempos el perdedor para inspirar confianza, pero luego lo que venía era eneas, pues el adversario de “El Cumanés”, si no se avisaba y se retiraba, perdía hasta los pantalones. Este “Cumanés”, quien salía en los pe-

riódicos muy bien vestido, fue apresado en Caracas por la Seguridad Nacional. Había entrado clandestinamente, pues se encontraba en México, en donde creo había hecho fortuna.

Una muchacha muy bonita, llamada Ligia Parra Jahn, estaba presa entonces, por haber matado a un señor, quien parece había ofrecido casarse con ella, pero después que abusó de la mujer no le hizo más caso. La joven se quitó de malos ruidos y le metió unos tiros cuando supo que el hombre pensaba casarse con otra y dejarla burlada. Esto causó conmoción en toda Caracas y la gente se dividió en dos bandos, quienes le daban la razón a la mujer y pedían que la perdonaran y los que decían que había que imponerle un fuerte castigo, porque de lo contrario muchas mujeres iban a salir por ahí matando hombres... Me recuerdo muy bien que en aquellos días salían publicadas listas de gente que solicitaba el perdón para la joven. Pero ya se me ha olvidado en qué terminó todo, por las cosas que vinieron después.

Mucha atención prestó también la prensa, al nuevo Embajador de Estados Unidos, un hombre muy importante, llamado Norman Armour.

Cuando daba vueltas por el centro de Caracas, me seguía llamando la atención el cine. Los

teatros se veían muy limpios y bonitos con sus carteles grandes, con fotos inmensas de los artistas. Se hablaba excesivamente de Pedro Infante y de una película llamada "También de Dolor se Canta". Y aparecían incontables propagandas de otras películas como "La Hermanita de su Criado", "Muñequita Linda" y "La Ciudad Perdida".

También me despertó interés una cosa que leí uno de aquellos días en las "Últimas Noticias". Era un señor, creo que de apellido Rojas, quien pedía al comandante Carlos Delgado Chalbaud que le indemnizara, porque su familia había perdido todo debido a la invasión del gran caudillo Juan Pablo Peñaloza, cuando desde Colombia se vino por el Táchira. Parece que Peñaloza pernoctó en la hacienda del padre del denunciante y eso bastó para que el general Juan Vicente Gómez acabara con todas las propiedades de la familia. El señor le decía al Presidente de la Junta que debía intervenir y arreglar el caso favorablemente, pues él, hijo de otro hombre que se había sacrificado por la patria, como el general Román Delgado Chalbaud, bien sabía los vejámenes que soportaron los enemigos de Gómez.

La gente sigue hablando mucho del Censo y

el gobierno dice que ha invertido cuatro millones en su preparación.

Creo que fue por esa misma época, cuando yo estaba en la casa del general Urbina, que se armó un gran escándalo en Caracas y la “mamá de gallo” fue de pronóstico, porque el gobierno anunció que se mandarían a la India semillas de un palo que da leche, para aliviar la desnutrición en aquellas tierras. Esta mata que produce leche no es mentira y la gente que trabaja la tierra conoce su existencia, por eso daba risa pensar que muchos caraqueños creyeran que era nuevo eso del árbol que se puede ordeñar.

Muy pocos días antes del golpe del lunes 13 —creo que fue el jueves anterior— el Embajador de Colombia condecoró a los miembros de la Junta Militar de Gobierno con la Gran Cruz de Boyacá y hubo una gran fiesta en la embajada. Yo lo sé, porque las fotos aparecieron en todos los periódicos y durante algunos días se habló mucho de esta recepción.

Pero nada en la calle daba idea de lo que iba a pasar. Por todos lados, en las bodegas y en las casas la gente estaba pendiente de los discos, del “picó” y de la cervecita. Y estaba muy de moda una canción de Bobby Capó llamada “Que

mala suerte", que la tocaban exageradamente en los botiquines y en los billares. Y la canción tenía un pedacito en donde Bobby Capó decía:

Juego el siete cero uno

sale el siete cero dos.

Juego el cuatro veinte y uno

Sale el cuatro veinte y dos.

Mala suerte!!

Esto si le zumba el mango

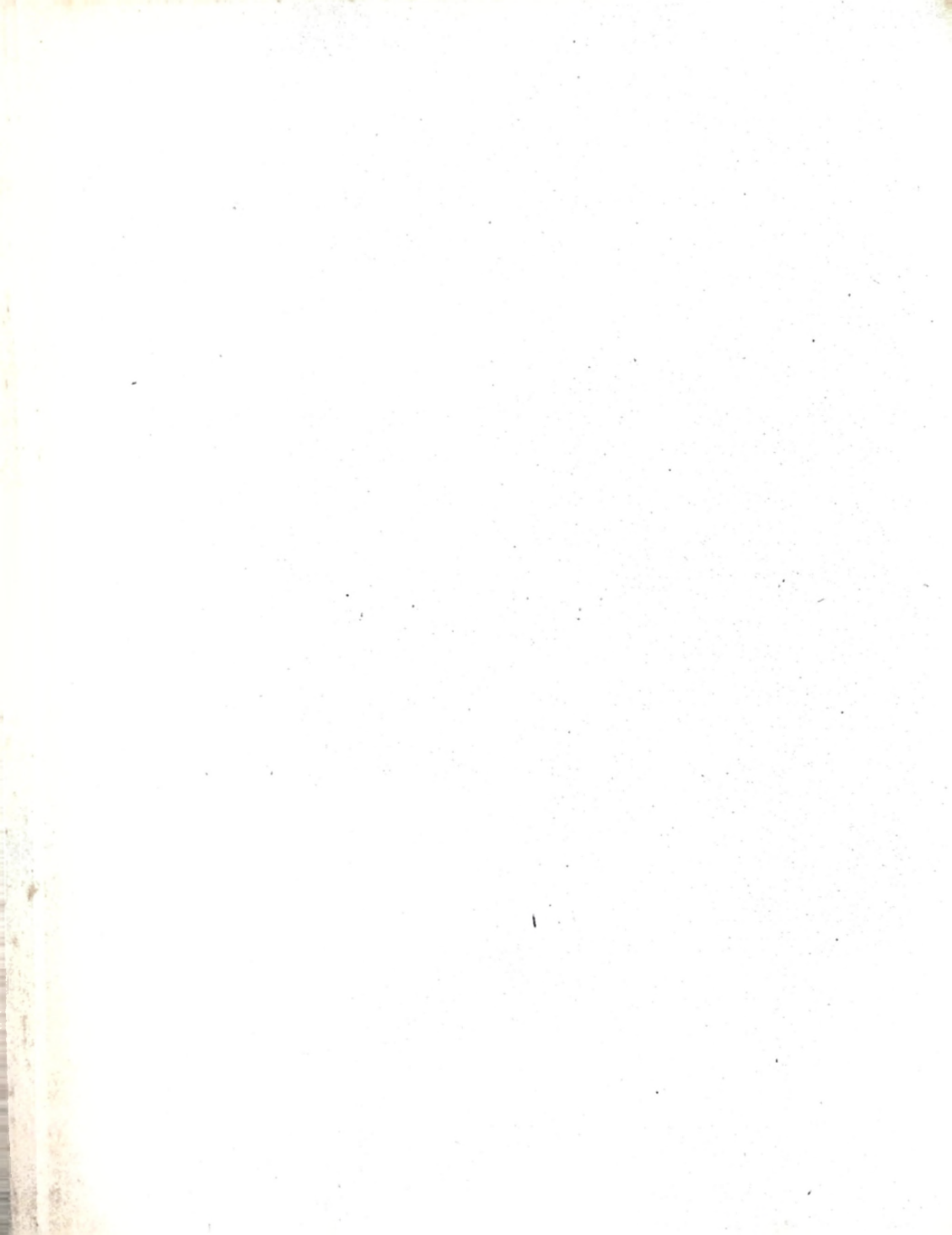
que hasta el bate se rompió.

La gente de Caracas agarra las cosas con furia y hasta en la sopa aparecía la cancioncita esa.

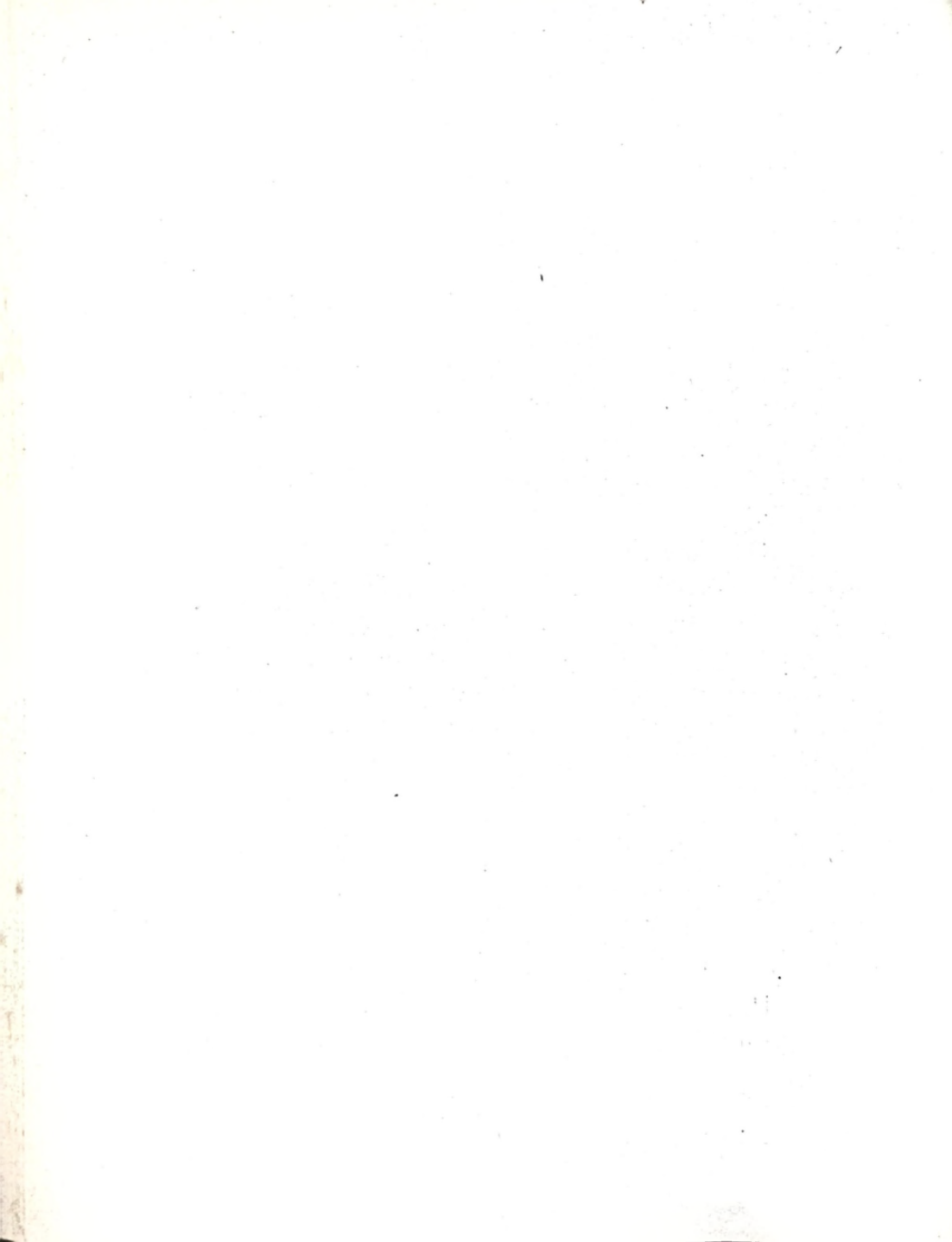
El domingo doce, diez cuadros con seis caballos dieron más de 67.000 bolívares cada uno y hubo un escándalo en el hipódromo porque un señor se murió de repente en plena tribuna cuando un caballo cruzó la línea. Le había pegado al 5 y 6!!!

Yo estaba pensando en todas estas cosas locas y ridículas cuando me acosté esa noche. Yo sabía que la noche del lunes sería distinta. ¿Dónde estaría yo? No me habían ofrecido nada. Ni yo había pedido nada. Guardaba sí la esperanza de que el nuevo gobierno, fruto del golpe que íbamos a dar al siguiente día, mejoraría la situación de la gente del campo.

Yo estaba pensando también en mis tierras de Mapararí, pero hice un gran esfuerzo para dormirme, porque si uno se pone sentimental en un momento de esos, se fuñe.



CONFESION DE URBINA  
ANTE EL NAZARENO



Urbina tenía en su casa un altar con un Nazareno que era del mismo tamaño de Rafael Simón.

Nos encerramos a hablar en el oratorio los dos solos.

—Bueno, Díaz, —repitió— ya mañana es el asunto...

—Bueno, general, yo quisiera saber cómo va a suceder... Si vamos a quitar a uno y quedan los otros ahí, ¿qué papel vamos a desempeñar nosotros? ¿Va a seguir la misma cosa?. —Me escuchó en silencio y dijo:

—Pérez Jiménez está comprometido. El doctor fulano de tal es el enlace que hay entre Pérez Jiménez y yo. —A mí se me ha olvidado el nombre de este doctor que me citó Urbiná. Sé que es un hombre de Caracas y muy conocido. Ignoro si vive o no.

—Pero a Pérez Jiménez y a Llovera Páez los vamos a sacar también. Porque Pérez Jiménez

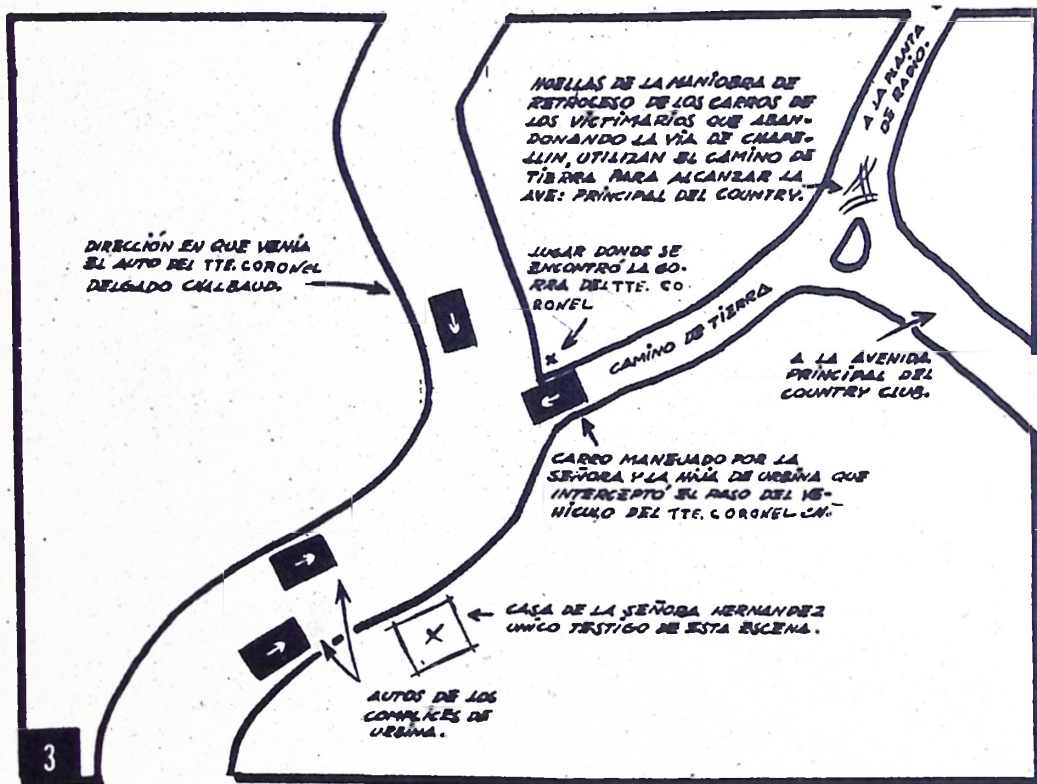
nez está confiado y cuando él llegue, ya yo lo tengo ubicado. El jefe de la custodia de Pérez también está comprometido. Lo mismo le pasará a Llovera...

—Bueno, ¿y entonces con quiénes va usted, general?

—Yo tengo unos oficiales que me están respaldando. —Me dijo. Uno era Castro León y el otro Félix Román Moreno. Esos son los dos que él me nombró. Yo no acuso a nadie, sino que por primera vez en mi vida estoy contando lo que él me comunicó. Total, que la combinación entre Marcos Pérez Jiménez y él era ese doctor, abogado, de aquí de Caracas. Repito que no me acuerdo ni el apellido, ni el nombre que me dio Urbina.

Luego habló muy mal de las dictaduras:

—Yo estoy contra todas las dictaduras, porque yo fui una víctima de Juan Vicente Gómez y mis familiares sufrieron por culpa de ese bandido. Si éstos —en abierta referencia a los comandantes— se mantienen en el poder será Venezuela una dictadura eterna, porque esta gente es muy inteligente y no tienen los mismos intereses que tenía Juan Vicente Gómez. Ellos quieren hacer elecciones, pero a esta dictadura hay que quitarla temprano, antes de que coja



Plano publicado por una revista de la época. Se señala allí que la señora y la hija de Urbina interceptaron el carro del Presidente. Esto es falso. Mijares fue quien atravesó su automóvil.

más fuerza, porque cuando esta gente se afinque no existirá quien nos los quite de encima... —Después me explicó todo el plan que había para el otro día. Ya la noche anterior, salí yo con él, Domingo Urbina y la señora, quien iba manejando el carro. Llegamos hasta la calle donde vivía Delgado:

—Mira, aquí es donde se va a hacer esto. —A las ocho de la mañana del día doce, cuando Mijares no había llegado todavía a buscarlo, yo recuerdo haberle preguntado a Urbina si era necesario matar al hombre.

—Si el hombre muere —contestó con voz grave— fracasamos. A este hombre no hay que matarlo; si se mata, fracasa el plan...

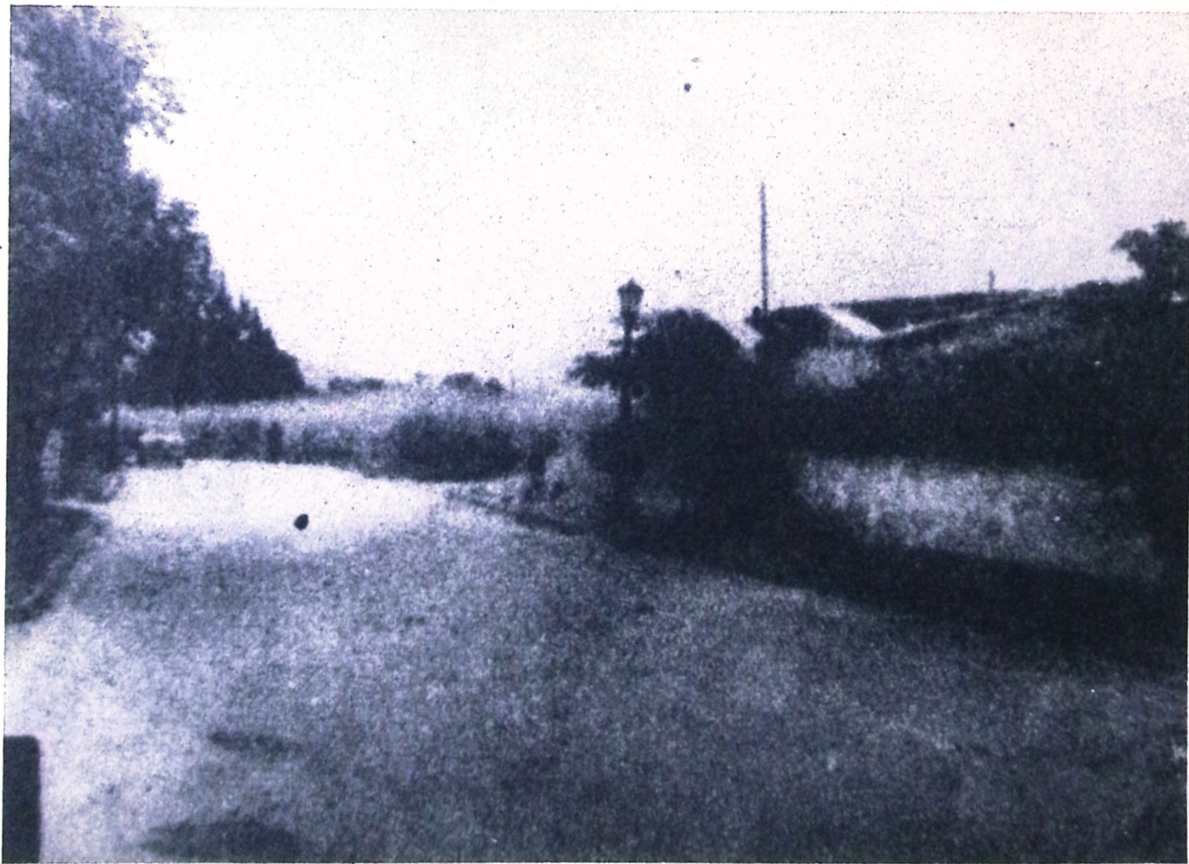
—Bueno —le dije—, y si este hombre saca un arma para nosotros, ¿qué hacemos?, ¿nos dejamos matar?

—No, eso es distinto, porque “en las puertas del cielo primero yo que mi padre”. Pero para eso somos nosotros, para no dejarlo sacar esa arma. De modo que no le vamos a dejar sacar esa arma. Tenemos que tratar por todos los medios de cuidar a ese hombre... Que no le suceda nada!!!

Después le iban a expatriar para Francia. Lo iban a sacar por avión por La Carlota, pe-

ro lo que no sabían ni Pérez Jiménez ni Llovera, es que a ellos también los iban a expulsar. Todos iban a caer, cuando creyeran que sólo Delgado estaba caído y fueran a hablar con él y con los militares comprometidos con Urbina, para ponerse de acuerdo. Da la impresión de que había dos grupos. El grupo de Pérez, que según me dijo Urbina, y no me cansaré de repetir que no estoy acusando a nadie, quería secuestrar a Delgado para obligarlo a renunciar y expulsarlo del país; y el otro grupo, que también estaba usando a Urbina y que de acuerdo con el mismo Urbina, daría otro giro a los acontecimientos alzándose contra el resto de la Junta y sacando del país a los otros dos comandantes. Inclusive, me dijo Urbina que ya estaban listos unos volantes y unos folletos, que tenía preparados Pérez Jiménez y que decían: "nos hemos visto obligados a sacar a Delgado Chalbaud de la Junta Militar de Gobierno porque el pueblo de Venezuela no lo quiere". Según expresó Rafael Simón, esos papeles circularían inmediatamente después de cumplida la primera acción del golpe: alzamiento militar, luego del secuestro y extrañamiento del Presidente.

Otro día, volvimos a salir con la señora de Urbina manejando; Rafael Simón, mi compadre



Llegamos muy rápido a Chapellín y después, esperábamos tranquilos, en un caminito de tierra, cerca de la casa del Presidente.

Domingo y yo y seguimos inspeccionando el sitio en donde el Presidente de la Junta sería secuestrado. Como a las ocho y pico de la mañana salió Delgado Chalbaud en su automóvil; iba en el asiento de atrás leyendo un periódico y adelante el chófer y el edecán. Urbina sonrió y me dijo:

—Díaz, este hombre no es para matarlo. Si este hombre fuera para matarlo yo no necesito estar buscando tantos hombres... Yo voy solo y lo mato. ¿No ves? ¿Qué problema hay aquí...? Pero no es para matarlo...

Delgado seguía en su carro en la lectura del diario. Nosotros lo observamos desde nuestro auto, detenido a unos cuantos metros de la casa. Llegamos a la Quinta Luzant y nos desayunamos. Era un hombre agradable y ameno en su conversación. Nunca lo ví con mal carácter. Domingo Urbina y él se trataban también con cariño. El caudillo era un compañero más. No era como un jefe. Urbina juraba que con Delgado Chalbaud agarrado, agarraba a los otros dos. Lo demás lo iban a hacer los militares comprometidos en el alzamiento. Pérez Jiménez creía que la conspiración iba a ser para él, pero estaba engañado.

Urbina fue muy claro conmigo: la misión de

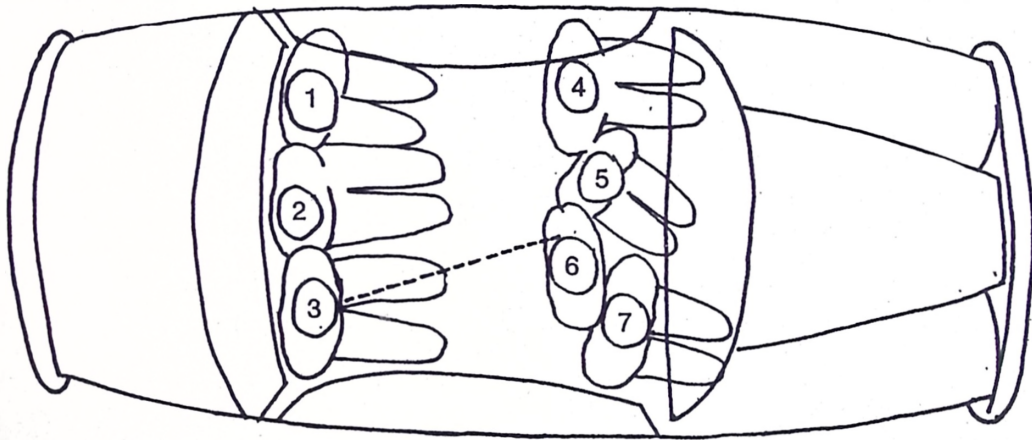
nosotros era sólo agarrar a ese hombre y custodiarlo, hasta que el plan militar entrara en acción. Se pensaba que al tener a Delgado preso, ciertos militares se alzarían. Era el propio Delgado Chalbaud quien tendría que llamar a sus dos compañeros de Junta...

El doce de noviembre en la noche llegamos temprano a la residencia de Urbina, porque queríamos acostarnos rápido. Teníamos que madrugar. Los muchachos, como siempre, estaban jugando dominó y echándose unos palitos. En eso llegó una cantidad de gente, vestida de blanco, con unos carros.

Rafael Simón Urbina había contratado unos automóviles "para un matrimonio" y esa gente creía que venía, pues, para una boda, porque estaban bien vestidos, bien arreglados. El me presentó a algunos de ellos.

Había un negro llamado Jesús Rafael Acosta. Un negrote. Alto, las manos grandísimas; era un negro que se le quedaba viendo a uno y le infundía un gran respeto. Llegó temprano y estaba hablando, pero hablaba muchas tontorías, de que si había hecho esto, de que era muy guapo, de que tenía su cementerio particular y yo no sé cuantas estupideces más... Entonces me acerqué a Rafael Simón y le dije:

- 1 PABLO EMILIO APONTE
- 2 DELGADO CHALBAUD
- 3 RAFAEL SIMON URBINA
- 4 CHOFER: CARLOS MIJARES
- 5 BACALAO LARA
- 6 PEDRO ANTONIO DIAZ
- 7 DOMINGO URBINA



Entró Mijares en el carro; el edecán Bacalao Lara, al lado de Mijares; yo al lado de Bacalao Lara y Domingo Urbina al lado mío. En la parte de atrás entra el motorizado Pablo Emilio Aponte, Carlos Delgado Chalbaud y Rafael Simón Urbina. (La línea de puntos señala la trayectoria del disparo accidental).

—Mire, general, ¿ese negro tendrá coraje?, porque habla mucho...

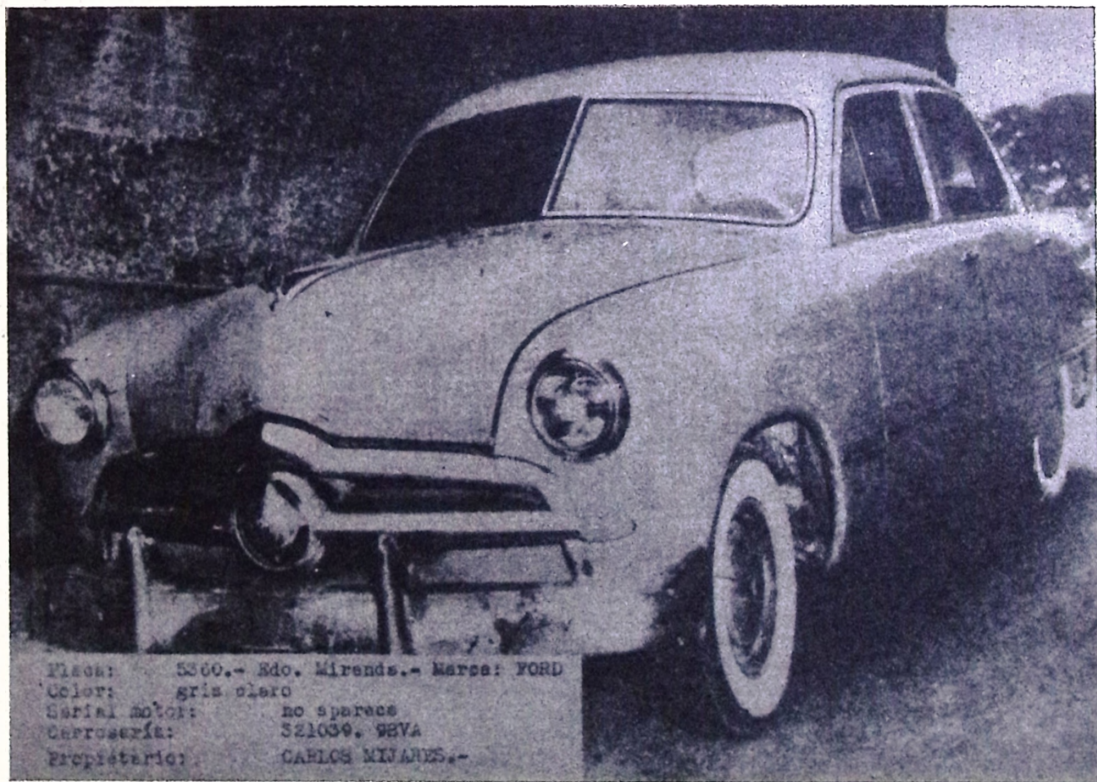
—No, que va, ese es más haragán que todo el mundo... Pero, ¿sabes tú la impresión que da ese hombre delante de diez elementos, con un machete en la mano? Fíjate bien, la impresión, Díaz, que recibirías tú de un negro de esos con una peinilla.

Y tenía razón, porque el hombre infundía respeto. Yo desconfío mucho de la gente fanfarrona y eso me ha enseñado a descubrir los cobardes.

Los "invitados" se quedaron toda esa noche y Urbina les dijo que el plan que había era secuestrar a Delgado Chalbaud, de acuerdo con Pérez Jiménez; que no tuvieran miedo; que nada sucedería. Unos comenzaron a decir que se iban y Rafael Simón se encaró con ellos:

—No, de aquí no se puede ir nadie. Nosotros tenemos un compromiso.

—Nos levantamos como a las cinco de la mañana. Ya Urbina estaba en pie. Mucha de la gente casi no había dormido, pero allí no había ninguna borrachera como dijeron después. Las botellas que estaban vacías era de la gente que tenía más de una semana allí jugando dominó y echándose los palitos. Cada quien, de acuerdo



El carro de Carlos Mijares en donde llevamos al comandante Delgado Chalbaud, al edecán Bacalao Lara y al motorizado Pablo Emilio Aponte.

con las instrucciones, agarró un arma. Se explicó muy bien lo que se iba a hacer. Entonces nos fuimos.

Y en el carro en el que íbamos a esperar a Delgado Chalbaud estaba Mijares con Domingo Urbina, Rafael Simón Urbina y yo.

Llegamos muy rápido a Chapellín y después, esperábamos tranquilos, en un caminito de tierra, cerca de la casa del Presidente. Todos los falconianos complicados estaban ocupando su sitio.

Rafael Simón primero se fue con la señora; después la señora siguió sola y él se metió en el carro con nosotros. Abrimos el "capó" del auto como si tuviera una falla mecánica, y así nos quedamos.

Los demás carros estaban parados a unos cuantos metros, por si venía alguna patrulla. La misión de ellos era hacerle frente a la policía y cubrirnos para no entorpecer la labor de nosotros.

Yo me fui con cinco de Santa Cruz hacia un lado del camino. Domingo se quedó con otro grupo y creo que Rafael Simón Urbina también.

La señora de Urbina pasaba y pasaba; en una de esas tocó la corneta tres veces. Ya nosotros sabíamos que el hombre venía...

Bajó el “capó” Mijares y cuando vino el hombre atravesó el carro.

Nosotros salimos.

—Qué negro pa’bruto!!! —dijo Delgado Chalbaud cuando Mijares le cruzó el auto en el camino.

Nosotros lo teníamos ya rodeado.

Los primeros que llegamos fuimos Osorio, Pedro Díaz, Domingo Urbina y Rafael Simón. Cuando Urbina llegó ya nosotros habíamos bajado a Delgado Chalbaud del carro. Les ordenamos al presidente, al edecán y al chófer que descendieran con las manos en alto.

El comandante, con las manos alzadas, me pregunta:

—¿Qué pasa aquí?, ¿qué pasa? —Y nos veía a todos. Entonces Rafael Simón Urbina le dijo:

—Es conmigo, comandante, que se va a entender, con Rafael Simón Urbina... —Le ordenamos que se metiera en el carro de Mijares. Entró Mijares en el carro; el edecán Bacalao Lara, al lado de Mijares; yo al lado de Bacalao Lara y Domingo Urbina al lado mío. En la parte de atrás entra el motorizado Pablo Emilio Aponte, Carlos Delgado Chalbaud y Rafael Simón Urbina. La demás gente sigue pendiente para ver si vienen patrullas. Osorio ve a dos po-

licías que se aproximan y los desarma. Le quita también el arma a Pablo Emilio Aponte, el motorizado.

Por cierto que en el expediente figuraba un policía y yo sé que eran dos policías: dos policías municipales y el motorizado del presidente.

Ollarves se fue entonces con el chófer del Presidente y los dos policías.

Todos los caraqueños se van en los carros, así llamábamos nosotros a los muchachos que fueron contratados aquí y que no eran de Falcón.

Todo el mundo se fue y quedó Ollarves solo con el carro presidencial, estacionado a un lado, el chófer y los dos agentes. Entonces les ordenó entrar al carro; él se sentó detrás en el puesto del presidente y les dijo:

—Si me dejan ver una intendencia militar o policial los mato. Así es que sigan!! —Y el vehículo se desplazó por la vía por donde íbamos nosotros.

Hubo un disparo que se le fue a Antonio Medina, pero no pasó más nada.

Delgado Chalbaud habla con Rafael Simón Urbina y le dice:

—General Urbina, ¿qué pasa? Nosotros no entendemos... Dime lo que está pasando.

—Comandante, conmigo no tiene usted nada que hablar. Usted va a hablar ahorita con el comandante Marcos Pérez Jiménez.

—Maldita sea!!! —gritó Chalbaud y le cayó a patadas al espaldar del asiento delantero. Entonces Bacalao Lara le dice:

—Siéntese, mi comandante, siéntese... —Delgado siguió hablando:

—Pero, ¿cómo es posible, Urbina, esto? ¿Por qué no hablamos tú y yo?

—Usted se va para Francia. Usted no va a mandar más en Venezuela. Quédese quieto! —Y le puso la mano en el pecho. Delgado trató de levantarse otra vez, Urbina volvió a ponerle la mano en el pecho, como empujándolo:

—Nada. Nosotros no tenemos que hablar nada. No vuelvas a insistir; sigamos tranquilos... —Esa era la conversación que llevaban. Bacalao Lara no declara eso.

Cuando vamos llegando a la Quinta Maritza, nos paramos en la reja del frente, para mirar el carro. Domingo Urbina se baja y cuando yo me moví para bajarme, se oyó un disparo.

Es conveniente que presten mucha atención a esto: el carro estaba parado frente a la reja que da a la entrada del otro lado del traspatio de la quinta. El traspatio daba con el primer



La moto de Pablo Emilio Aponte quedó abandonada en el camino, cerca de la residencia presidencial.

piso del inmueble y había unas ventanas de vidrio.

Yo todavía llevo la pistola por dentro del paltó y estoy sentado en el carro. Yo sé que tengo la pistola montada, pero le tengo el seguro puesto. Yo no sé si involuntariamente se bajó el seguro y se fue un disparo. Delgado Chalbaud y Rafael Simón Urbina son los que quedan a espaldas mías. Y yo recuerdo que todavía estoy empuñando mi pistola. No he movido para nada mi brazo y mi mano sigue con el arma tapada por el paltó.

Cuando siento el disparo saco la pistola y veo que es a mí a quien se le ha ido el tiro.

—Me han herido!!! ¿Quién fue? —grita Urbina indignado.

—Mi general, a mí fue que se me fue un tiro. —Digo angustiado.

—Y esto parece adrede... —musita Urbina haciendo un gran esfuerzo para contener la furia. La cólera de aquel hombre iba a estallar de un momento a otro.

—No es adrede, general Urbina. Pero si usted cree que es adrede, que yo soy un traidor, aquí está mi pistola. Máteme!!! Los traidores no tenemos derecho a vivir —y extendí la mano con el arma para que él la cogiera.

—Primo —intervino entonces Domingo Urbina dirigiéndose a Rafael Simón—, yo le presenté a usted a un hombre, a un amigo, no a un traidor... Y le dije que respondía por él. Ese es un hombre. No un traidor... —Urbina escuchó a mi compadre sin interrumpirlo. Entonces me bajé; se baja Bacalao Lara y Mijares. Yo agarro en los brazos a Rafael Simón, lo siento en una acera, como de veinte centímetros de alto...

Mientras tanto Mijares y Domingo entran con Delgado Chalbaud, Bacalao Lara y el motorizado hacia adentro del traspatio de la quinta.

Me quedo amarrándole a Rafael Simón Urbina, con un pañuelo, el pie. El tiro le pulverizó el tobillo.

Cuando iban hacia el interior, Delgado Chalbaud dijo:

—A ese hombre hay que auxiliarlo! Hay que llevarlo a una clínica.

—Pero, pasen primero... —contestó Domingo Urbina. Yo me quedé viéndole el pie a Rafael Simón. Rafael pone la pistola a un lado y yo tengo la mía. En eso siento voces fuertes adentro; gritos, como de gente discutiendo. Donde yo estoy no se puede ver hacia el fondo.

—Ya vengo, general, voy a ver qué pasa

allá... —Le dije a Urbina y corrí hacia adentro, con la pistola en la mano. Ante mis ojos se presentó un cuadro que me dejó desconcertado, pero apreté con fuerza la pistola para sentirme más seguro...



ESE HOMBRE ESTABA ENFURECIDO

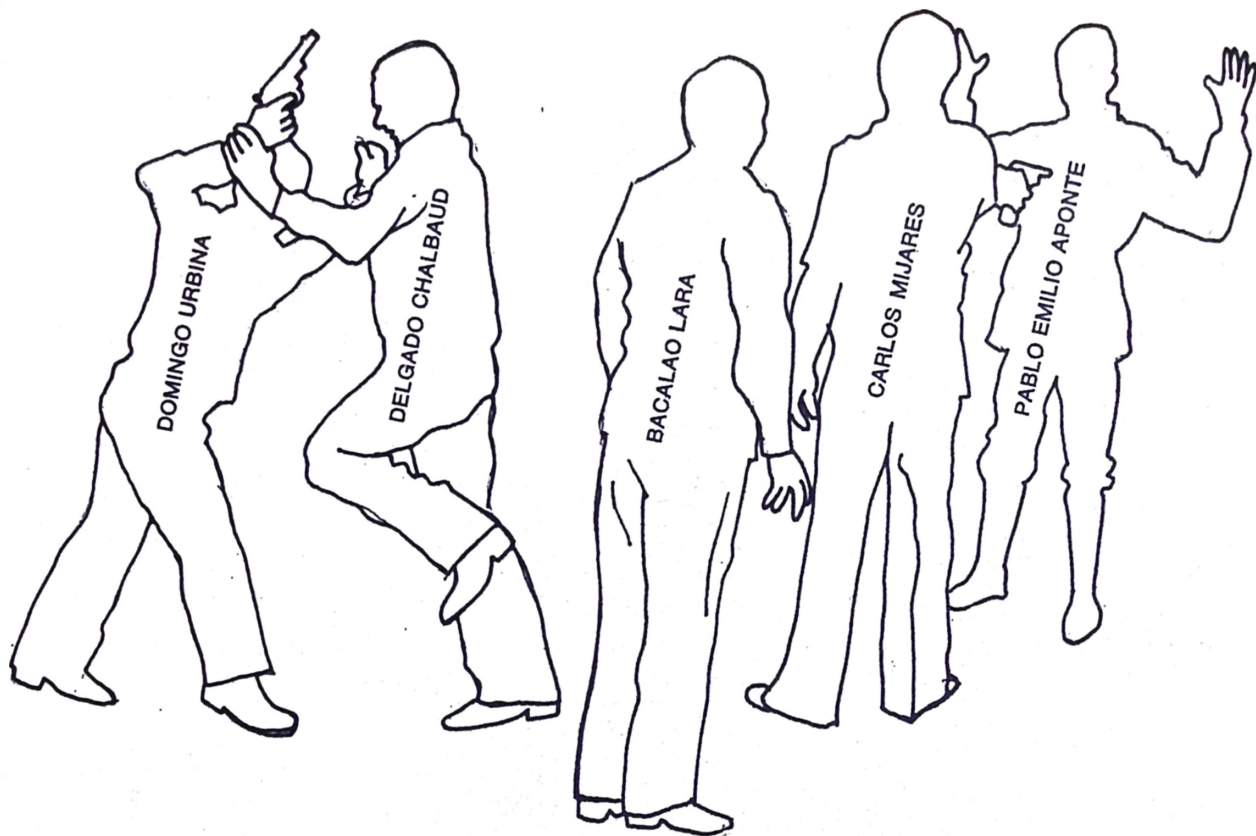


Cuando llego al patio me encuentro con que Delgado Chalbaud tiene agarrado a Domingo. La mano izquierda de Delgado tiene fuertemente sujeta la muñeca derecha a Domingo Urbina, con el revólver hacia arriba y Domingo con su mano izquierda le tiene agarrada la mano derecha al comandante.

Delgado Chalbaud subía y bajaba rápidamente la pierna derecha y tiraba rodillazos muy fuertes hacia los testículos de Domingo, quien se veía obligado a esquivar los golpes tirando el cuerpo hacia atrás.

Bacalao Lara está viendo el forcejeo al lado, sin hacer nada; únicamente temblando.

Carlos Mijares tiene encañonado a Pablo Emilio Aponte, el motorizado, quien también estaba temblando de pies a cabeza. Lo tiene encañonado con la espalda hacia donde está Bacalao Lara y el revólver lo sostiene con la mano derecha y el brazo estirado. Si Bacalao Lara es



Quando llego al patio me encuentro con que Delgado Chalbaud tiene agarrado a Domingo. Bacalao Lara esta viendo el forcejeo, al lado, sin hacer nada. Carlos Mijares tiene encañonado a Pablo Emilio Aponte.

otro le da a Mijares en el brazo y le tumba el revólver. O bien le agarra el revólver, que le tiene Chalbaud a Domingo Urbina, hacia arriba. También podía quitárselo. Tampoco hizo nada de eso. El podía haber dominado la situación.

Yo pensé que Delgado desarmaría a Domingo y lo mataría para hacer fuego luego contra Mijares. Por fracciones de segundo me ví también muerto. Si no se actuaba con rapidez nosotros seríamos los difuntos.

Me acerco donde Delgado Chalbaud y Domingo están peleando y le digo a Delgado Chalbaud que suelte a Domingo. Que lo suelte!! Pero que va, ese hombre estaba enfurecido. No me hace caso. Yo no le iba a dar un pistoletazo, porque sería un vejamen y hubiera sido matarnos nosotros mismos. Si ese hombre queda vivo nos mata a nosotros. Ya el plan está fracasado! Urbina no sabe lo que está pasando porque está herido! Nosotros no tenemos los hilos de la conspiración. No sabemos quién es el gran jefe que está detrás de Urbina representando a Pérez Jiménez!

Estamos huérfanos sin Rafael Simón Urbina!

—Suelte a Domingo! —le vuelvo a gritar.

—Suelte a Domingo, comandante!!!

—Suéltelo, le digo... —Pero el hombre sigue aferrado, peleando, tirando rodillazos, querien-

do quitarle el arma al compadre. Entonces yo le disparé!

Le disparé!

Apoyé la mano en el hombro de Urbina y repetí: suéltelo, suéltelo, suelte a Domingo. Suéltelo o disparo!! El cañón del revólver puesto en el hombro de Urbina. Mi compadre gritó:

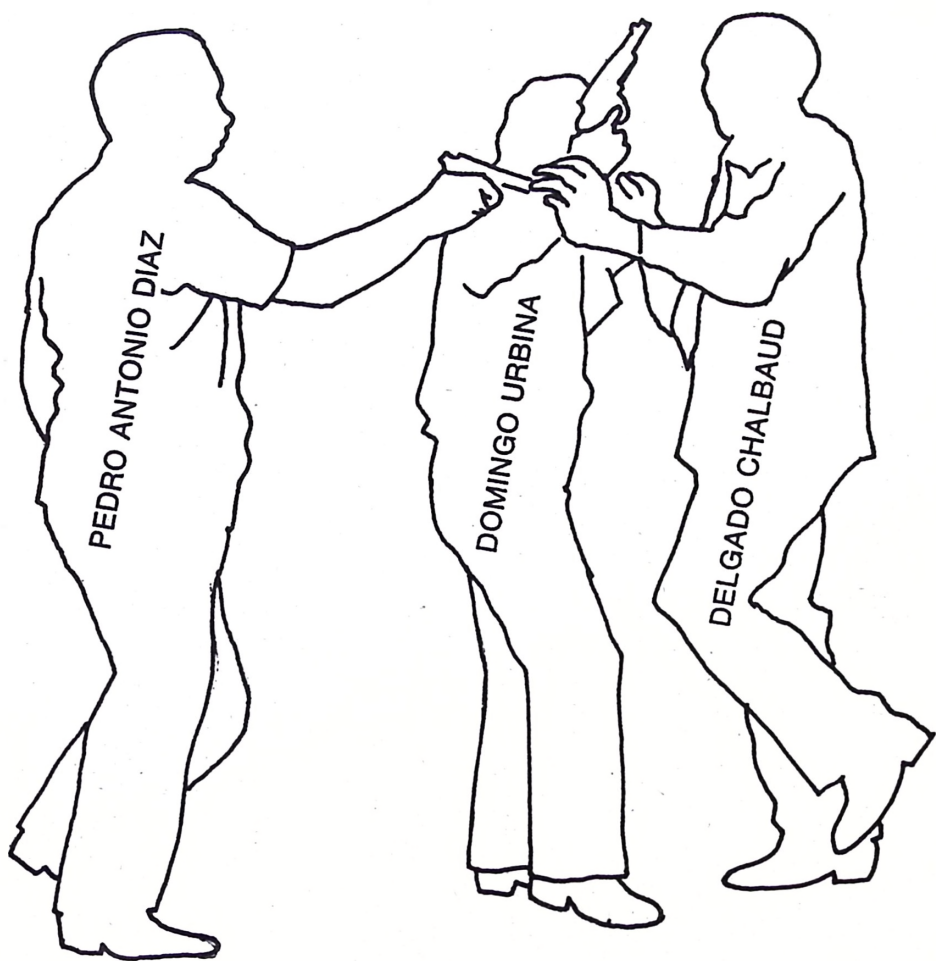
—Cuidado conmigo...!! —Delgado no hacía caso. Yo le disparé. Creo que a la altura del pecho era el tiro. Se desplomó. Cayó, y entonces salí de allí, porque sentí el ruido de unas motocicletas que venían.

Y en efecto vienen dos motorizados, pistola en mano, saliendo del garage de la quinta. Les ordeno que se paren. Rafael Simón Urbina está sentado allí y me grita:

—Pare a esa gente ahí!!! —No se pararon. Salieron. Me pasaron por un lado.

Cuando a mí me llevaron al tribunal yo hablé de esos dos motorizados que salieron armados del garage de la quinta, pero esta declaración no figura en el expediente.

Suenan otros tiros adentro. Escucho más tiros. Ahora pienso: Bacalao Lara... Yo creo que Mijares fue el que le disparó a Bacalao. Esos motorizados pueden haber disparado por la ventana, porque la ventana estaba cerca. Yo no sé



Me acerco donde Domingo y Delgado Chalbaud están peleando y le digo a Delgado que suelte a Domingo. Apoyé la mano en el hombro de Urbina y repetí: suéltelo, suéltelo!. Suéltelo o disparo!!

quién le tiró a Chalbaud después. Yo le dí un solo tiro, yo creo que no necesitaba más nada.

Tampoco entiendo lo de Bacalao Lara. A ese hombre no tenían por qué dispararle, porque ese era un hombre que no hacía nada. Si hubiera hecho algo, salva a Delgado Chalbaud y hubiésemos muerto nosotros o tal vez hubiera habido muertos de parte y parte.

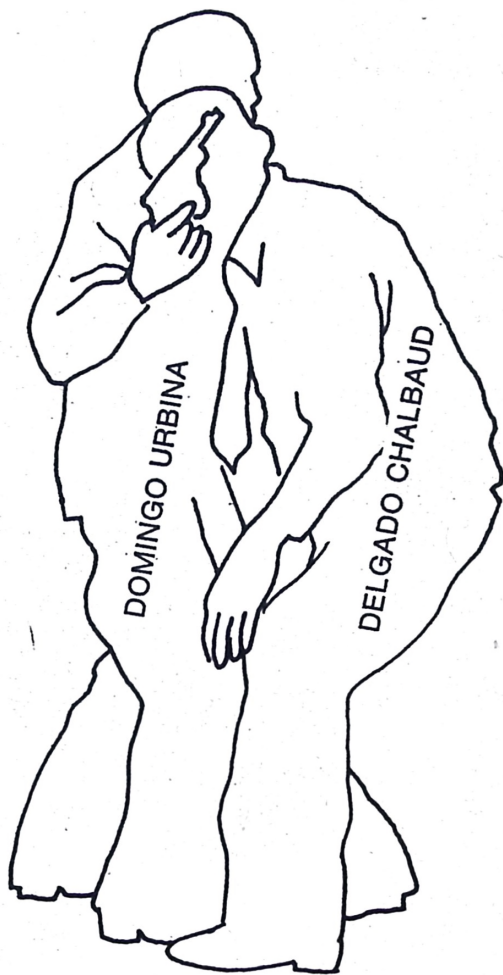
El tuvo en sus manos la salvación de Delgado Chalbaud. El no hizo nada.

Y si a Bacalao Lara, Mijares no comete el error de dispararle, Bacalao Lara hubiese ido a la cárcel como fue Pablo Emilio Aponte, el motorizado.

El mismo delito que tenía Pablo Emilio Aponte lo tenía Bacalao Lara.

Es falso lo que el edecán refirió en el tribunal el 15 de diciembre de 1950, cuando dice que peleó con Domingo Urbina y trató de desarmarlo. Bacalao Lara no peleó, aunque textualmente en su declaración manifiesta:

—“Aquello fue tan sorpresivamente instantáneo que Domingo Urbina tuvo tiempo de virarse y dispararme cuando saltaba sobre él, hiriéndome con disparo de pistola en el pecho, que casi me detuvo en seco. Sin embargo, con nuevo impulso, sin romper la continuidad del movimien-



Se desplomó. Cayó y entonces salí de allí, porque sentí el ruido de unas motocicletas que venían...

to, cuando los otros disparos que me hacía me pasaron por encima del hombro, alcancé a Urbina finalmente, con el brazo izquierdo pasándoselo alrededor del cuello, mientras que con la derecha trataba de quitarle la pistola...”.

Pablo Emilio Aponte no estaba complicado en nada contra Delgado Chalbaud y creo que Bacalao Lara, tampoco.

Pero Pablo Emilio no hizo nada, porque Mijares lo tenía encañonado, pero a Bacalao Lara no lo tenía nadie encañonado.

No podía dejar, pues, que la situación la dominara Delgado Chalbaud.

Entonces le dije a Domingo Urbina:

—Compadre, ¿por qué se dejó agarrar?

—Me dijo:

—Tengo que hacerlo, compadre. Yo no le puedo disparar a ese hombre, porque no tengo orden de matarlo. La orden es de secuestrarlo.

—Pero, bueno, —le dije yo— usted no ve que con esa vuelta que dio el asunto ahí estaba guindando la vida de nosotros. Ya Rafael Simón Urbina está tirado. ¿Qué más iba a hacer yo? Si tiraban a asesinar a Domingo Urbina, tenía que tirar yo también.

Ya lo que estaba en juego era la vida mía y por más que sea tenía que echar pa'lante.

Yo no le podía dar un pistolazo a Delgado; le doy un pistolazo y se lo quito de un golpe, pero esa no era la solución. Si Delgado Chalbaud queda vivo se hubiera presentado el gran plomeo, porque ya él sabiendo que Pérez Jiménez estaba metido no iba a llegarle con buena cara al Ministerio de la Defensa. Entonces se iba a presentar la guerra de todas maneras. Pero tenía que salvar el pellejo de nosotros.

Rafael Simón Urbina sigue sentado donde yo lo dejé, afuera en toda la reja. Por la calle central que da a la quinta entra uno al traspatio. Entonces me preguntó:

—¿Qué pasó?

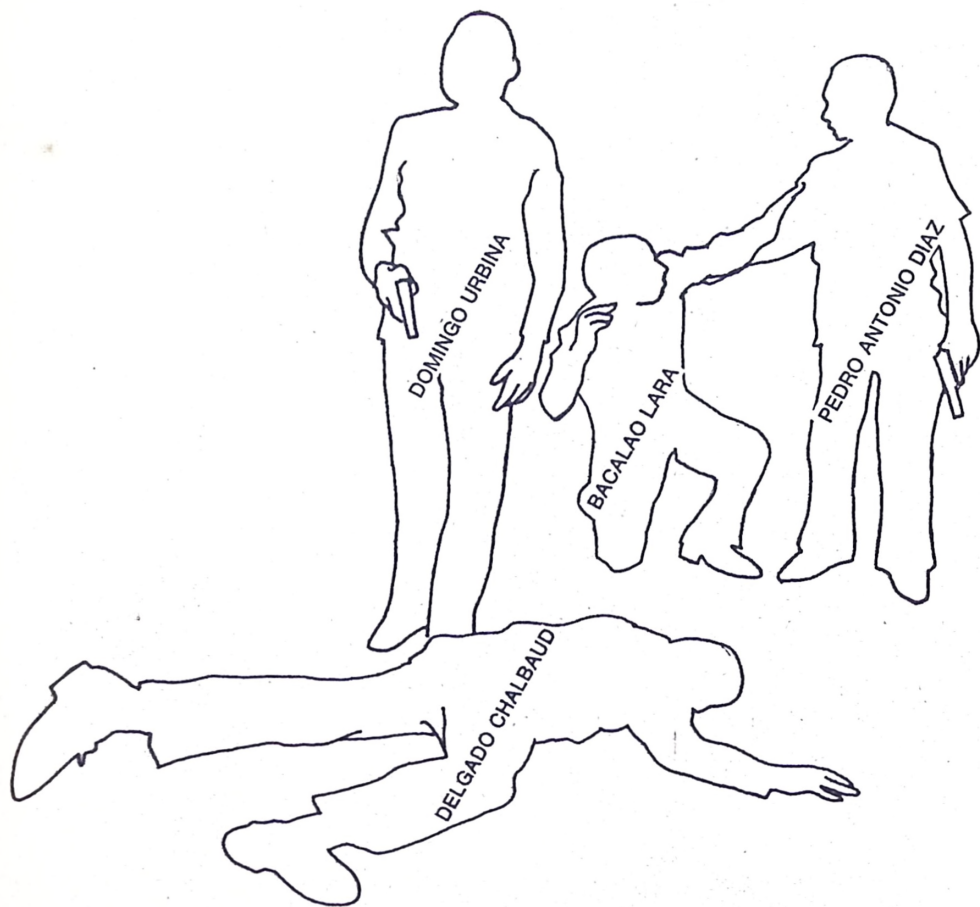
Le dije:

—Bueno, tuve que disparar contra Delgado Chalbaud. Está muerto...

—Caramba, nos fregamos!!! Pero qué se va a hacer... Hay que echar pa'lante. Si murió, pues, nos fregamos. —Yo le dije esto después que encontré a los motorizados que no se pararon.

Entonces cuando regresé siguieron los tiros; cae herido Bacalao Lara, hincado de rodillas y yo lo agarro por el brazo. Lo sostengo para levantarlo. Cuando lo agarro, alguien le pega con la cacha de un revólver. Le dieron en la frente.

—Bueno, ¿qué pasa? No hay necesidad de



Entonces cuando regresé siguieron los tiros: cae herido Bacalao Lara, hincado de rodillas y yo lo agarro por el brazo. Delgado Chalbaud estaba en el suelo.

eso. —Yo no le disparé a Bacalao Lara; si le disparo también, lo mato. Yo le disparé a Delgado Chalbaud, porque Delgado estaba muy bravo y no atendía a nada. A Delgado no se le vejó. No se le golpeó. Lo único fue el disparo que yo le hice. Si le dispararon más, no sé quién lo hizo. ¿Los tiros de Bacalao? Yo sé que Mijares me había dicho que él le había disparado a Bacalao. Yo le dije que no había necesidad de hacer eso.

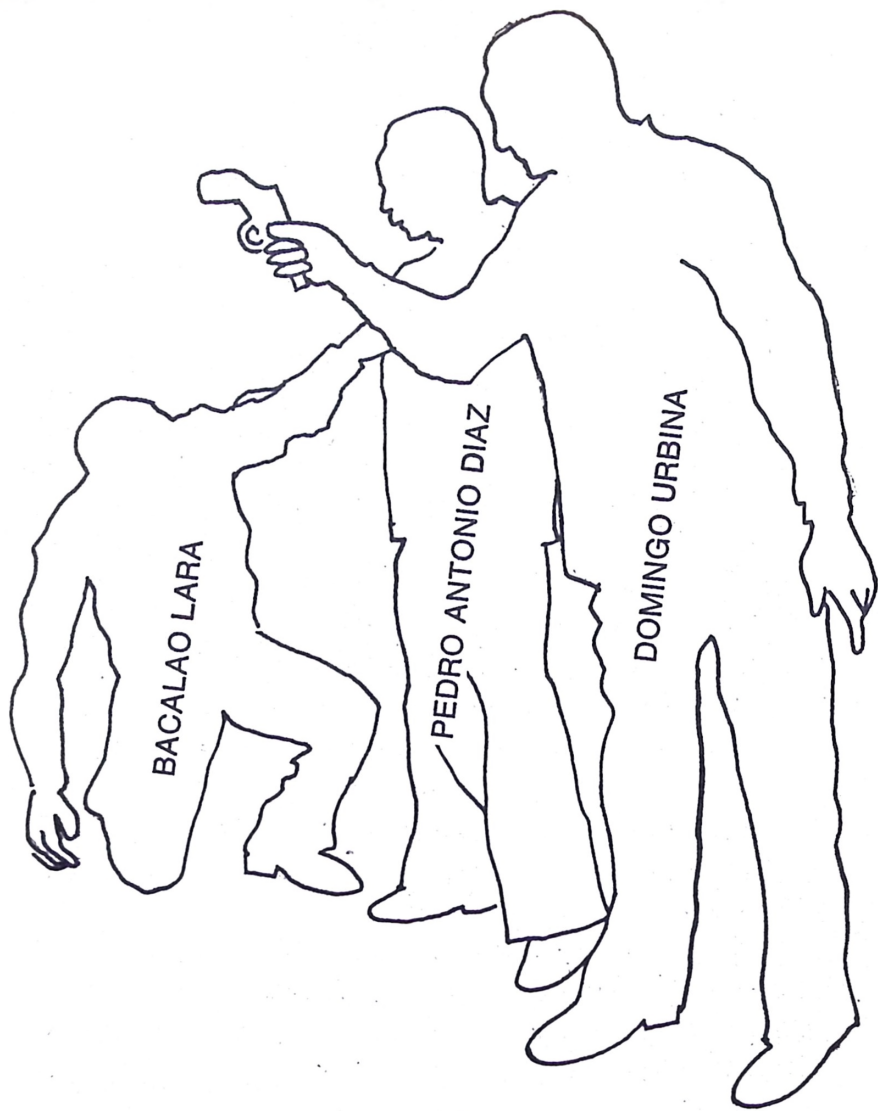
Entonces salimos de ahí Mijares, Domingo y yo. Al motorizado Aponte nos lo llevamos y cuando terminamos de meter a Rafael Simón Urbina dentro del carro, llega una patrulla y le agarra a tiros a un carro por detrás.

Siempre he tenido la incógnita de cómo fue que llegó esa patrulla. Aunque en el expediente se decía que por casualidad.

La patrulla está frente a la quinta y empieza a dispararle al automóvil. Saliendo nosotros oímos la tirería.

Allí quedó muerto en el otro carro, Cipriano Medina y herido Antonio Medina. En ese vehículo iban Nicasio Pereira, los tres hermanos Medina y Honorio Gutiérrez. La patrulla los atacó por detrás y los ametralló.

Logramos salir de la calle La Cinta, donde



Domingo Urbina pega a Bacalao Lara..

está la quinta Maritza, Carlos Mijares, quien va manejando; Rafael Simón Urbina, herido; Pablo Emilio Aponte, el motorizado; Domingo Urbina y yo.

Rafael Simón ordena entonces que fuéramos a la casa del doctor Franco Quijano, en Los Dos Caminos, Urbanización Santa Eduvigis, Quinta Los Sauces.

Llegamos a casa de Franco Quijano y dice el doctor Quijano que no lo puede tener ahí.

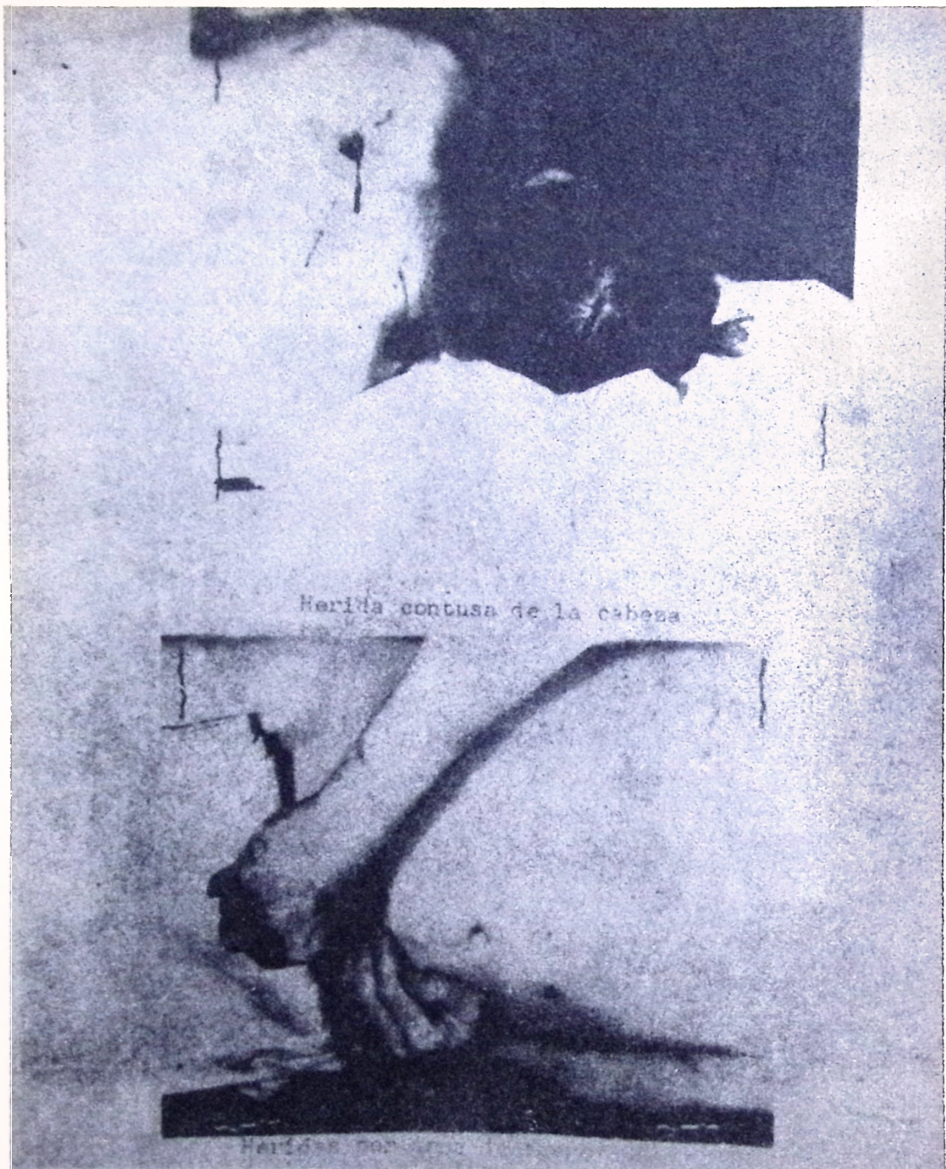
Rafael Simón Urbina tenía el tobillo todo destrozado. La bala 45 le atravesó de parte a parte y le rompió completamente todos los huesos.

En la casa de Franco Quijano estaba la familia de Urbina. Franco Quijano les ordenó que se fueran a la Embajada.

—Caramba, doctor, el hombre murió! Fracasamos!!! —dijo Urbina a Franco Quijano.

—Caramba!! Qué buena broma!!! —contestó el viejo. Yo no sé qué complicidad tendría, porque Urbina no me lo nombró cuando hablamos. Ni me nombró a nadie de los que iban a estar en la nueva Junta Militar de Gobierno. Los únicos que me nombró fueron los dos militares que lo estaban respaldando.

La situación dentro de las fuerzas armadas



El cuerpo del comandante presentaba heridas en la cabeza y en el abdomen.

era muy delicada. Todo indica que Delgado Chalbaud tenía muchos y poderosos enemigos. Para darse una idea de cómo el comandante había alborotado un terrible avispero cuando asumió la Presidencia de la Junta Militar de Gobierno, basta recordar las declaraciones de la señora Lucía de Delgado Chalbaud, suministradas al tribunal el 1° de marzo de 1951, en su casa, en Chapellín:

“Por mi marido supe que tuvo amistad desde la infancia con los hijos del señor Antonio Aranguren; pero después se fueron distanciando por la forma de vida de cada uno; y con respecto al padre, sé que prometió financiar la invasión que hiciera el general Román Delgado Chalbaud, pero no cumplió su oferta.

“En 1949, vino Antonio Aranguren a nuestra casa; cuando mi marido vio que venía acompañado por Urbina, me dijo que me quedara cerca. Habló únicamente Aranguren, proponiendo un negocio absurdo e indigno, sobre compra del ferrocarril de una compañía inglesa y reparto de beneficios. Mi marido le contestó que los tiempos habían cambiado; que él, como gobernante, no aceptaba sino negocios correctos, los cuales debían tramitarse en la forma legal, por los Ministerios competentes. Luego se despidie-

ron en buenos términos; pero después mi marido, indignado, comentó conmigo la forma en que Aranguren concebía el gobierno de un Estado.

“Comentó también que Urbina era un gran enemigo suyo. Mucho después supe que se había celebrado la negociación de los ferrocarriles por una suma infinitamente menor a la señalada por Aranguren y sin ninguna intervención de éste. A principios de 1950, por una cita pedida por la señora Isabel Aranguren de Carbonell, hija de Antonio Aranguren, mi esposo lo recibió, y Aranguren le trató entonces acerca de un hombre que había sido llamado al servicio militar obligatorio. No puedo precisar si fue el mismo día de la entrevista a que me acabo de referir, o si fue al día siguiente, que la señora Carbonell le dijo a mi marido, en mi presencia, que su papá estaba viendo mucho a Urbina, y gastando mucho dinero, que pusiera cuidado no fuera a salir de eso algo malo para mi esposo; a lo que mi marido le respondió, que lo que había que hacer era que la familia pidiera su interdicción. A mí me repitió lo mismo, agregando que Aranguren era un inmoral y un corrompido.

“El día 4 de noviembre de 1950, en una fiesta que dio el comandante Pulido Barreto, acudimos mi marido y yo, y como él viera que yo tra-

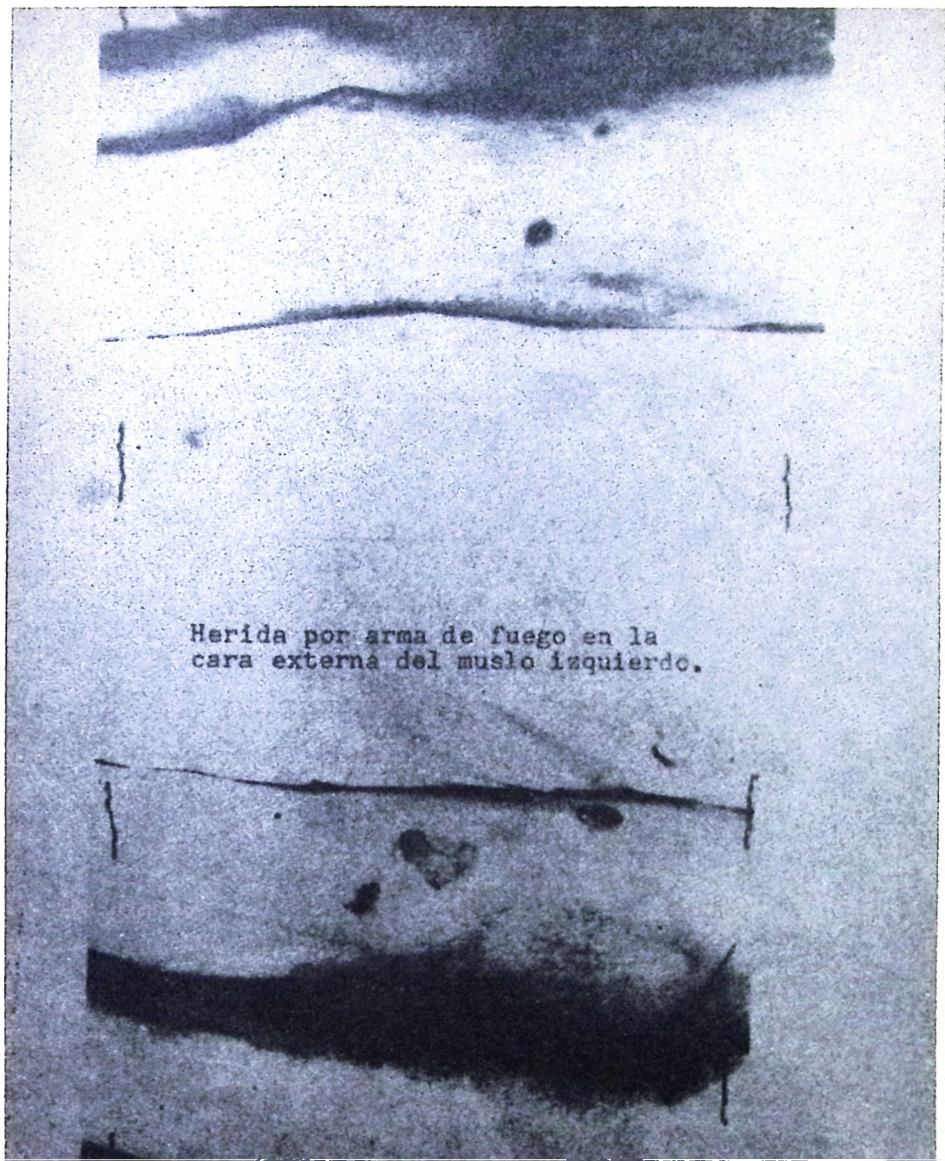


Heridas en el pecho.

taba con amabilidad al comandante Julio César Vargas, mi esposo me dijo molesto, que si yo no sabía que ese señor era su enemigo, que planeaba matarlo.

“Decía mi marido que la enemistad de Vargas se remontaba al 18 de octubre de 1945, cuando mi esposo le impidió ser Ministro en el gabinete formado entonces. Este señor propuso a mi marido que no interfiriera en lo que pudiera ocurrir el 11 de diciembre de 1946, pero mi esposo no aceptó. Habiendo sido comprobada su intervención en el asunto de Boca del Río, se le envió a Bélgica. Con ocasión de una carta dirigida por Vargas a los comandantes Delgado Chalbaud y Pérez Jiménez, se mostraba la clara animadversión que sentía Vargas por el grupo militar del cual formaba parte mi esposo. Por ello fue dado de baja.

“En una fiesta dada por el Concejo Municipal de Los Teques, antes de morir mi marido, el comandante Vargas, en el Concejo Municipal de Miranda, tuvo actuación agitadora en contra de mi marido, delante de personas notables. Tenía negocios con Rivero Vásquez. El día cuatro de noviembre de 1950, cuando fuimos a la fiesta en casa del comandante Pulido Barreto, a que me acabo de referir, para asistir a esa



Herida por arma de fuego en la  
cara externa del muslo izquierdo.

Heridas en las piernas.

fiesta, mi esposo tomó precauciones poco usuales; pidió una camioneta con soldados, y como se retardara en llegar, esperó hasta que vino. En el camino, después del Country Club, había un automóvil accidentado, el de su amigo muy apreciado, el doctor Mijares, y cuando quise hacer parar para ayudar, mi marido me dijo: "Aquí no". Me dijo en esa oportunidad que la camioneta era una formalidad, que su verdadera protección era el capitán Mario Araujo. Este edecán iba con nosotros en el automóvil.

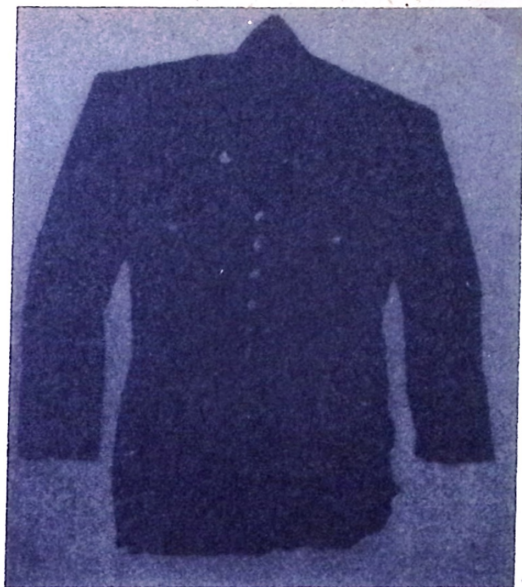
"Sobre el teniente coronel Carlos Pulido Barreto, mi marido me decía que él notaba algo raro en el teniente coronel Carlos Pulido Barreto, últimamente, que antes lo consideraba un buen amigo; pero desde hacía un tiempo creía que sus enemigos lo habían conquistado, que se mostraba muy amigo de Rivero Vásquez, con el cual tenía relaciones de amistad y al cual ayudaba en los negocios, utilizando su influencia de militar. Mi marido me contó con respecto al capitán Pulido Guerrero, que éste tuvo una reunión en Macuto con otras personas, en la cual decía que había que matar al comandante Delgado; esta conversación tuvo lugar en setiembre de 1950, si bien me recuerdo. Mi marido me dijo en muchas oportunidades que Rivero Vás-



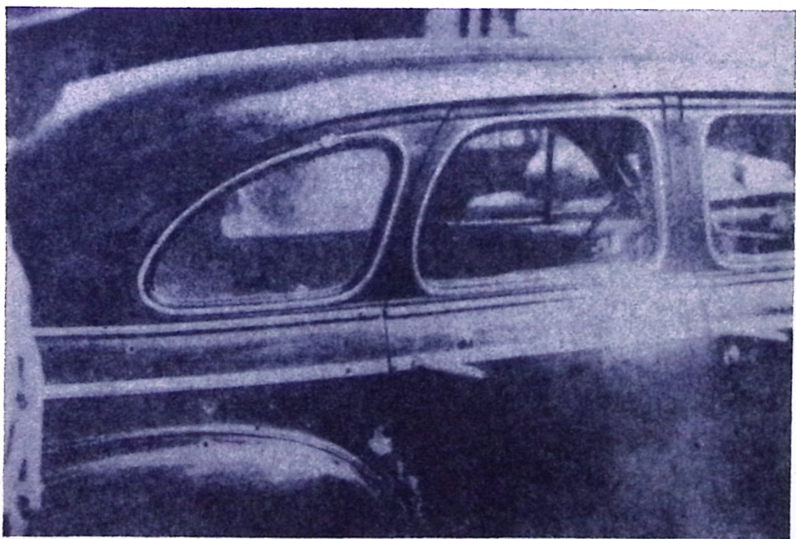
El rostro del Coronel Delgado en la urna, en el Salón Elíptico.

que era enemigo suyo desde el 18 de octubre de 1945. Cuando mi marido resultó electo para la Presidencia de la Junta Militar en 1948, y mientras hablaba por radio, Rivero Vásquez daba una fiesta en su casa de habitación; y al oír a mi marido, rompió los vasos y le dio un ataque de furia en presencia de sus invitados. Desagradó a Rivero Vásquez que se mantuviese el contrato del gobierno con Nelson Rockefeller, porque representaba para él posible competencia en el negocio del pescado; y había hecho gestiones en contra de ese contrato, y contra su renovación, gestiones que fueron rechazadas.

“Mi marido me explicó también, que Rivero Vásquez le odiaba porque le habían sido rechazados créditos para su compañía de pesca, y porque la Junta Militar le negó su apoyo para la Feria Exposición, apoyo que encontró en Julio César Vargas y el comandante Pulido Barreto. Me agregó mi marido que Rivero Vásquez ayudaba a sus otros enemigos, el mayor Tomás Mendoza y el comandante Roberto Casanova; y últimamente, un día que pasamos frente a la Feria Exposición, mi esposo, refiriéndose a Rivero Vásquez, me dijo que era miembro de un complot que había para asesinarlo.



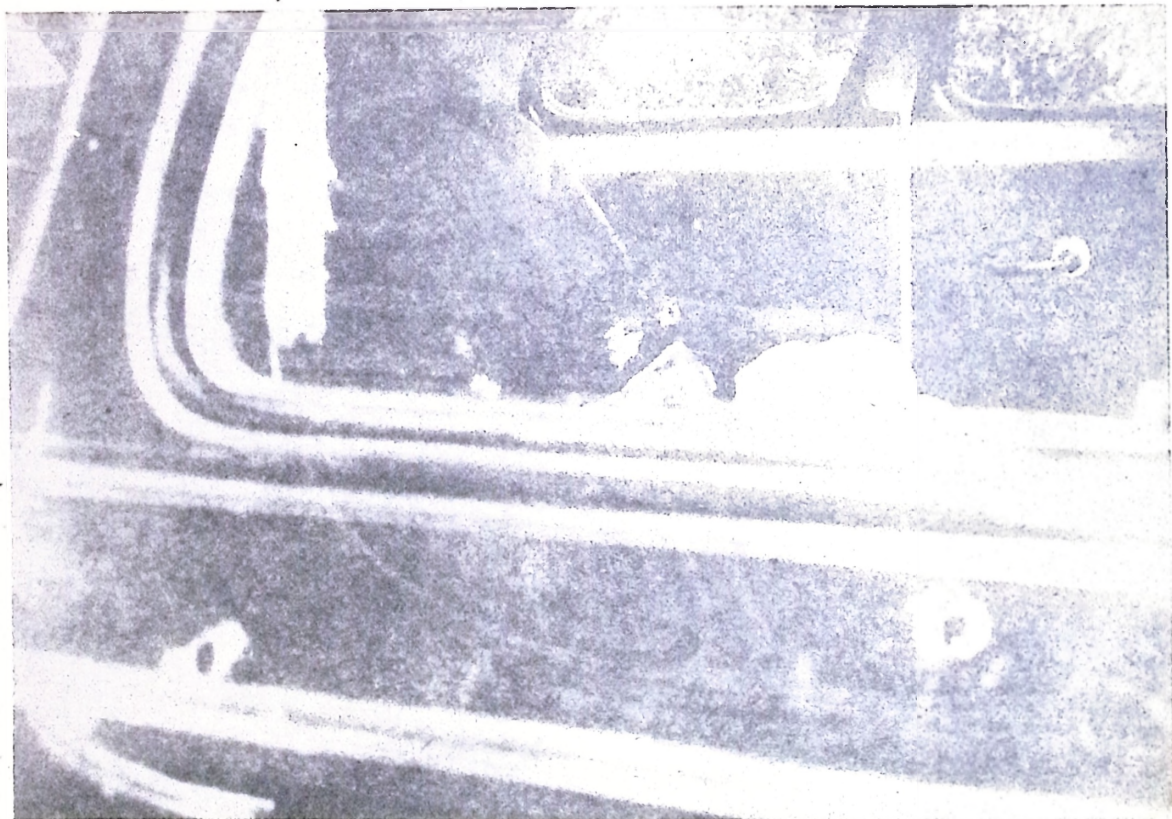
La guerrera del Presidente de la Junta Militar de Gobierno.



...La patrulla está frente a la quinta y empieza a dispararle a este automóvil. Saliendo nosotros oímos la tirería.

“En setiembre de 1950, el comandante Nucete Paoli me pidió que lograra con mi marido que lo cambiara del Territorio Amazonas. Mi marido se negó y me dijo que si no recordaba que en noviembre de 1949, Nucete había tratado de matarlo en Miraflores, y que era capaz de todo. Refiriéndose mi marido al comandante Rincón Calcaño, me dijo que éste le guardaba rencor porque habiendo sido comprobada su participación en los sucesos del 11 de diciembre de 1946, fue sometido a prisión por orden suya y como medida de estrategia, se le obligó a hablar por radio ese mismo día. Fue también sospechoso de tener participación en los sucesos del Cuartel Ambrosio Plaza en 1947 y, sometido a juicio, fue pasado a la disponibilidad.

“Sigo nombrando a las personas que me dijo mi marido que consideraba enemigos activos suyos: comandante Juan Pérez Jiménez, fue líder del movimiento del 11 de diciembre de 1946, en que estuvo de acuerdo con Julio César Vargas y Rincón Calcaño. Fue sometido a juicio y puesto en situación de disponibilidad. Coronel Eleazar Niño: era enemigo de la Revolución de Octubre. Pertenece él y Rivero Vásquez a un mismo grupo político. Ambos eran amigos íntimos, que hacían frecuentes y sospechosos via-



...Allí quedó muerto en el otro carro, Cipriano Medina y herido Antonio Medina. En este vehículo iban Nicasio Pereira, los tres hermanos Medina y Honorio Gutiérrez...

jes, sin propósito aparente, al interior de la República, poco antes de los sucesos del 13 de noviembre de 1950.

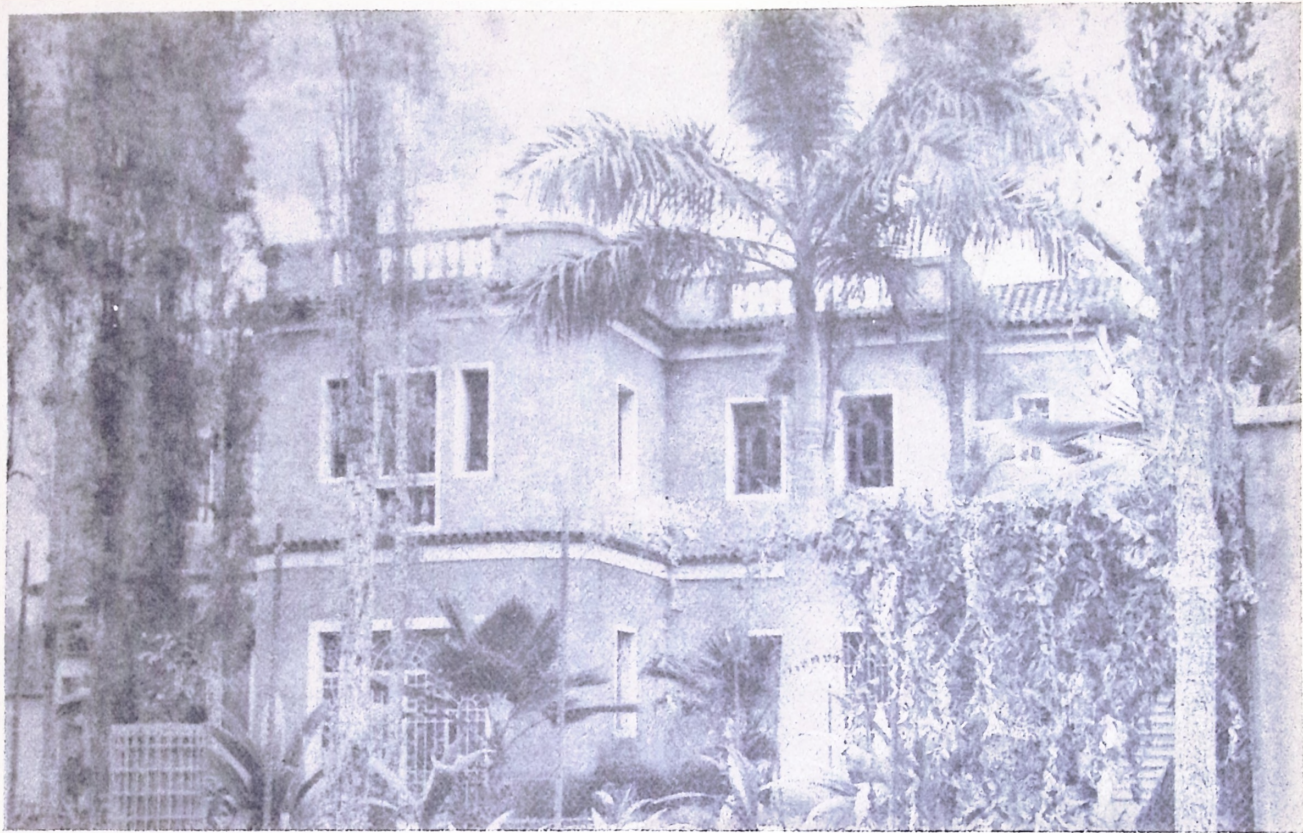
“Comandantes Teófilo y Celestino Velasco: estos señores eran enemigos declarados de mi marido. Cuando habitábamos en El Paraíso, en los años 1946 y 1947, tenían reuniones con el coronel Eleazar Niño, y vigilaban y seguían constantemente a mi marido. En efecto, yo también noté esto. Mayor Tomás Mendoza: en el año de 1950 planeó un golpe de Estado, apoyado por varios militares, de los cuales recuerdo en este momento al comandante Roberto Casanova, financiado por el señor Enrique Pérez Dupuy y un grupo de la extrema derecha. Este grupo comprendía a Rivero Vásquez y a Julio César Vargas. El mayor Mendoza fue hecho preso con motivo de ese plan, y luego enviado al exterior.

“José Marcano, militar de quien no recuerdo el grado: estaba de acuerdo con un grupo de conspiradores; se carteaba con un agente vendedor de armas mexicanas, de nacionalidad norteamericana. Esto sucedió en mayo de 1950, y yo ví una de esas cartas. Mayor Figarella: de éste me contó mi marido que le dijeron que en Maracaibo, en la Sala de Huéspedes del Comando del Agrupamiento Militar, él, mayor Figare-

lla, el capitán de infantería Gamaliel Rodríguez Arveláez y el comandante Jesús María Castro León, y el teniente J.J. Méndez, estaban diciendo que había que sacar de cualquier forma al comandante Delgado de la Junta Militar.

“Opinaron también que era necesario hacer lo mismo, sacar al comandante Llovera. Capitán Ramírez Villamediana: conjuntamente con su hermano, el doctor Ramírez Villamediana, saboteaban, con palabras y hechos, la gestión de mi marido. Juan Francisco Franco Quijano: este sujeto ofreció su colaboración a mi marido y fue rechazado. Tenía amistad con Rivero Vásquez, Urbina, Aranguren y Julio César Vargas, y era considerado por mi marido como uno de sus enemigos. En setiembre de 1950, redactó un proyecto de plan electoral o de gobierno. Allí se señalaban varios partidos existentes, se aconsejaba la legalización de los suprimidos con sus componentes y la creación de otros nuevos con sus componentes. Mi marido le tenía desconfianza al doctor Franco Quijano, y lo hacía vigilar por una persona que no he podido precisar y de la cual obtuvo la copia del proyecto a que me he referido.

“Mi marido me habló mucho sobre la propaganda subversiva y perniciosa en contra de su



Rafael Simón ordena, entonces, que fuéramos a la casa del doctor Franco Quijano, en Los Dos Caminos, Urbanización Santa Eduvigis, Quinta Los Sauces.

gestión gubernamental, y en relación con esto, me habló de Germán Borregales: me decía mi marido que Germán Borregales, en una reunión clandestina, celebrada por individuos de derecha y miembros del Sindicato de Trabajadores del Petróleo del Distrito Maturín, en Punta de Mata, Estado Monagas, a fines del mes de abril de 1950, lanzó la calumnia de que en los puestos claves del Ejército y el Gobierno estaban colocados comunistas; que el país marchaba hacia el comunismo y que el culpable de todo era mi esposo, a quien por tanto, era necesario hacerlo desaparecer.

“Doctor Rafael Pinzón: la enemistad de mi marido y el doctor Pinzón se deriva de Francia, cuando aún mi esposo era muy joven, y según me dijo, continuó el doctor Pinzón, todos estos años, siendo enemigo acérrimo suyo. Siendo embajador el doctor Pinzón en la República Dominicana, mi marido obtuvo informaciones especiales de cómo éste se expresaba mal de su gestión gubernamental. Fue necesario destituirlo de su cargo, por sus constantes viajes a Venezuela, sin previa autorización. En el Estado Táchira, en 1950, utilizó todos los medios necesarios para hacerle propaganda adversa a mi marido, y para esa época se expresó en forma deni-



—“Caramba!! Qué buena broma!!” —contestó el doctor Franco Quijano.

grante para con las Fuerzas Armadas Nacionales. El doctor Pinzón saboteó los esfuerzos que mi marido hizo para impedir la huelga petrolera de abril de 1950, acusando a acciondemocratas, a quienes trataron de apaciguar a los obreros, y haciéndolos detener por las autoridades locales con ese pretexto. Cuando ellos obtuvieron su libertad, después de aclarada su situación, ya la huelga había estallado.

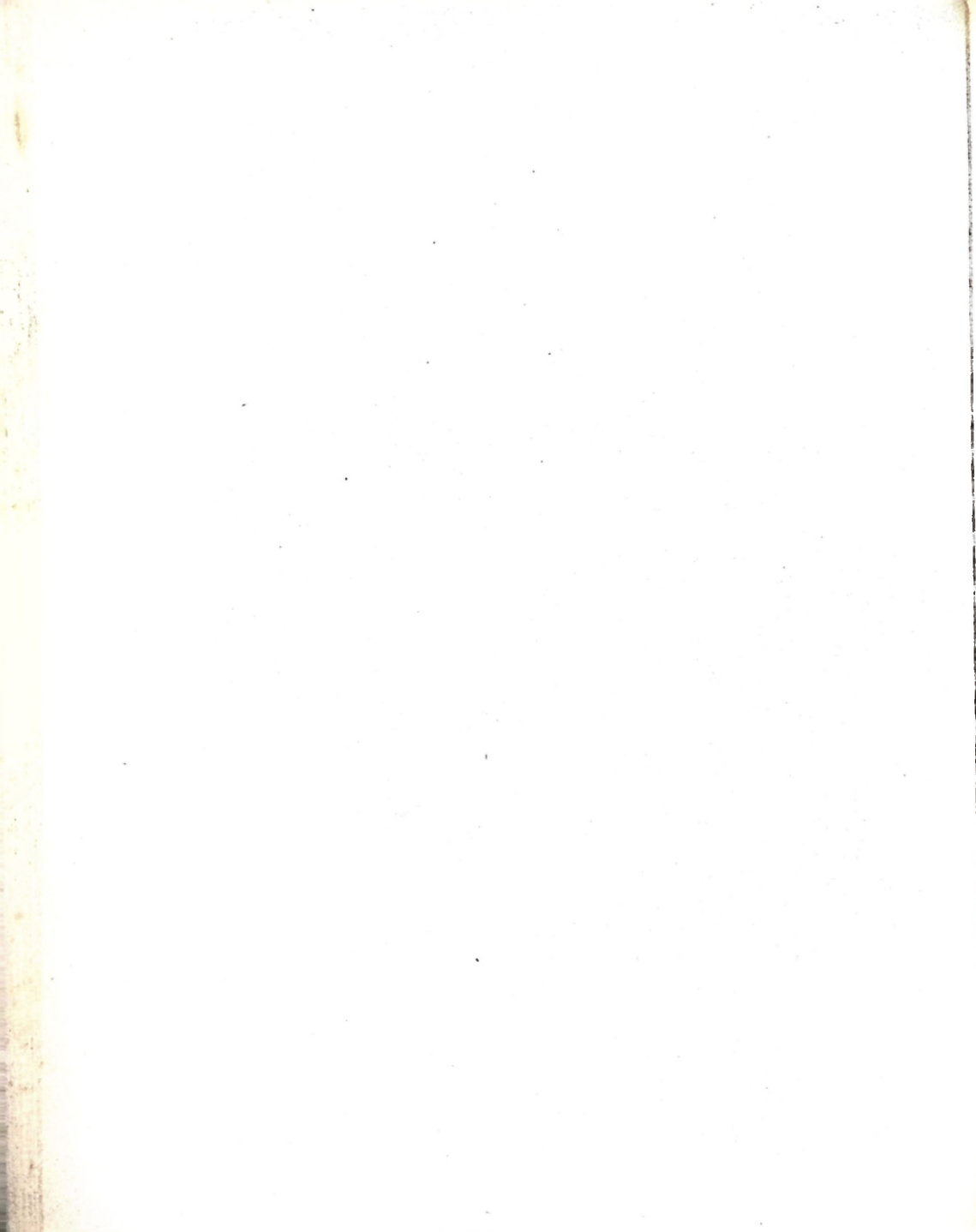
“También provocó Pinzón el conflicto del Instituto Pedagógico e hizo lo mismo en una de las Universidades, sin poder precisar si fue en la de Caracas o en la de Mérida. Mi marido me decía que el doctor Pinzón era el instrumento del doctor Miguel Moreno, quien por medio de él y otros más, obstaculizaba su gestión gubernamental y creaba una atmósfera de discordia. Me decía mi esposo que el doctor Moreno, para sus maniobras, empleaba a unos del “Grupo Uribante”, con el fin de crear una apariencia de discordia dentro de la Junta Militar.

“El sábado once de noviembre de 1950, mi marido indignado, me comunicó la versión falsa de sus planes suministrada por Miguel Moreno. Esto era, que el comandante Delgado Chalbaud planeaba para el 24 de noviembre, según Moreno, hacerse nombrar Presidente Proviso-

rio. Mi marido dijo que eso era peor que un explosivo, me dijo que iba a explicarse con el comandante Pérez Jiménez el domingo siguiente; y no lo encontré”.

Esto era lo que había dicho la señora Lucía de Delgado Chalbaud, pero ahora nosotros estábamos con Rafael Simón Urbina herido en un carro a las puertas de la Quinta Los Sauces del doctor Franco Quijano, listos para ir a la Embajada de Nicaragua...

ECHEN PA'LANTE!!!  
YA LA TROPA DEBE ESTAR  
EN LA CALLE...



—A la Embajada de Nicaragua!! —ordenó Rafael Simón Urbina a Mijares. Daba la impresión de que había discutido con alguien adentro. Le acompañábamos en el auto, Domingo Urbina, el motorizado Pablo Emilio Aponte —a quien llevábamos para evitar que saliera a delatarnos—, Carlos Mijares al volante y yo.

Urbina estaba indignado por la muerte de Delgado Chalbaud, pero confiaba en una acción militar en cuestión de minutos o de horas. Dos cosas le tenían furioso: que hubiésemos fallado en conservar vivo a Delgado hasta que se registrara la entrevista con Pérez Jiménez y el encontrarse privado de toda acción por el balazo que le había destrozado el tobillo.

La estrella que le acompañó en Curazao y en la invasión con los mexicanos, le había abandonado...

Llegamos a la Embajada de Nicaragua, situada en la parte alta de la Urbanización Alta-

mira. Ya la familia de Rafael Simón se encontraba allí.

Entre Domingo Urbina y yo, lo metimos cargado en la embajada y lo colocamos en el piso, en una pieza, en donde estaba la señora y los niños.

Pablo Emilio Aponte entró con nosotros.

La familia de Urbina y el Embajador, se alarman por el estado de Rafael Simón y conversan con el herido.

Domingo Urbina sale con Mijares y me dice:

—Paisa, vámonos!!

—No, yo no me voy!!! Yo no dejo al general solo...

—No, Díaz, no te preocupes... Váyase con Domingo —interviene Urbina.

—No, yo no lo dejo solo, mi general... Cómo lo voy a dejar solo!!! —contesto con un profundo sentimiento, porque sé que sin culpa yo fui quien le dio el tiro. Esto me hace sentirme mal cada vez que lo recuerdo. Luego, por desgracia, me toca también dispararle a Delgado!!

—No, Díaz, no —musita Urbina moviendo la cabeza, como contrariado o confundido—; si aquí está mi familia. Váyase despreocupado. Y echen pa'lante!!! De un momento a otro ya la tropa está en la calle!

—La pistola de Rafael Simón permanecía en el suelo, la agarro y se la paso a Mon Urbina, el hijo del general. Muy cerca estaba Pablo Emilio Aponte. Yo me le quedé viendo y le dije a Mon:

—Este no es amigo nuestro... Tengan mucho cuidado...

Salí entonces con mi compadre Domingo y con Carlos Mijares. Cuando subí al automóvil estaba plenamente consciente de algo. Había que ganar tiempo. De un momento a otro alguien se iba a alzar. El ejército entraría en acción y nosotros tendríamos que ingeniarnos para llegar, a como diera lugar, a las zonas o cuarteles de la gente que estaba comprometida con Urbina. Lo más peligroso eran estas primeras horas, pero estábamos armados, no éramos gafos y necesitábamos mantenernos vivos hasta que se presentara la plomazón en los cuarteles...

¿Qué pasó con Rafael Simón en la embajada?

Entonces, según me contaron después, el general le ordenó a la señora que le hiciera unas letras para Pérez Jiménez y se las entregó al motorizado Pablo Emilio Aponte para que personalmente se las llevara a Pérez Jiménez a Miraflores.

La señora de Urbina explica así la historia del famoso papelito:

—“En ese mismo momento que hablaba con el Dr. Franco Quijano, oí el ruido de un automóvil que llegaba a una velocidad escandalosa, parando frente a toda la casa y en mitad de la calle, porque los otros dos carros de nosotros ocupaban la otra mitad de la calle inmediata a la entrada de la quinta. Cuando oímos este ruido todos dirigimos la mirada hacia la calle, y uno de mis hijos que estaba cerca de la baranda de la calle, gritó: “Es mi papá”. Enseguida todos los que estábamos en la casa, inclusive el Dr. Franco Quijano, nos fuimos hacia la puerta de la calle, en el preciso instante en que mi esposo era desmontado del automóvil en que venía, cuyo automóvil era de un color verde claro.

“A mi esposo lo estaban desmontando Domingo Urbina, Díaz y otra persona que después supe en la embajada de Nicaragua que era el motorizado que iba detrás del comandante y no lo reconocí en ese momento porque no estaba uniformado. En el momento que iban a desmontar a mi esposo y al abrir la portezuela del automóvil en que venía, cayó un poco de sangre hasta el pavimento de tierra de la calle, como si hubiese estado detenida por la portezuela del



La Embajada de Nicaragua minutos después de llegar la policía. La censura perezjimenista tachó la foto para que no fuera publicada en los periódicos.

automóvil. Cuando yo ví a mi esposo en el momento en que lo desmontaban del automóvil, me dio la impresión como estaba todo manchado de sangre, las manos y el vestido, que estaba herido por varias partes, saliéndole como un chorro de sangre por la pierna a nivel del tobillo derecho, en donde anteriormente tenía unas heridas de unos balazos que le habían dado en La Habana en el año 1934, cuatro meses después de nuestro matrimonio.

“Todos gritamos en el momento de verle, los niños empezaron a llorar, sobre todo los mayorcitos, y él se puso furioso conmigo porque habíamos hecho aquel escándalo a su llegada. Inmediatamente me dijo, cuando lo llevaban cargado hacia adentro las tres personas que ya he nombrado, que me fuera con los niños para la Embajada de Nicaragua y que él se quedaba allí donde el Dr. Franco Quijano; yo traté de seguir detrás de él, como mi hija y mis tías; al vernos que íbamos detrás me devolvió mi marido, diciéndome con carácter: “yo no tengo nada, lleve inmediatamente a esos niños y a la familia a la Embajada de Nicaragua y dígale al Embajador que ahí se van a resguardar porque en Caracas están peleando”.

“Entonces yo acomodé la familia, incluyen-

do a mis tías y al servicio, en los dos automóviles de nosotros, habiendo tenido que llevar al carro a mi hija Julieta, de ocho años de edad, su hermano Rafael Simón, en vista de que a dicha niña le había dado como un ataque nervioso. El carro de mi hija fue manejado por ella misma, y el otro automóvil, o sea el que yo estaba manejando, tuvo que conducirlo mi hijo Rafael Simón, porque yo no podía hacerlo por el estado nervioso en que me encontraba, llevando yo en mis brazos a mi penúltimo hijo llamado Bolívar Ramón.

“Nos dirigimos a la Embajada de Nicaragua, tomando la carretera principal, luego la Avenida Principal de Altamira, donde cruzamos a la izquierda, recorriendo cuadra y media, hasta llegar a la casa de la Embajada. Al llegar a la casa del Embajador, este mismo me abrió la puerta en el momento en que yo iba a tocar, y entonces le comuniqué lo que mi esposo me había dicho, informándole también que mi esposo estaba herido y que había quedado en casa del Dr. Franco Quijano. El Embajador nos recibió muy bien y mandó a acomodar a los niños en el bar de la casa, donde había unas sillas.

“Yo calculo que llegué a la Embajada más o menos a las nueve y diez minutos de la maña-

na. Cuando yo le informé al Embajador de los sucesos, él me dijo que iba a preguntar qué era lo que estaba pasando y enseguida se fue para su oficina, la cual queda en la misma casa. Media hora después, poco más o menos, de encontrarme en la Embajada, llegaron por la parte de atrás de la casa, entrando por el garage, Domingo Urbina, Díaz y el otro señor que en ese momento supe por mi esposo que era el motorizado que iba detrás del carro del comandante Delgado, cuando nosotros nos encontramos con el carro del comandante Delgado en el punto de Chapellín que antes he mencionado; esos señores, o sea Domingo Urbina, Díaz y el motorizado traían cargado a mi esposo.

“Como quiera que la parte por donde traían a mi esposo estaba interceptada por una reja que estaba con llave, para llegar al lugar donde nosotros nos encontrábamos, o sea en el bar, ellos pidieron que les abrieran y entonces el servicio de la casa fue a buscar al Embajador, y el servicio regresó y abrió la puerta; entonces pasaron a mi esposo y lo colocaron en el suelo acostado, cerca de la puerta de la cocina. Noté que la hemorragia había disminuido, porque ya no era un chorro como el que le noté cuando llegó a la casa del Dr. Franco Quijano; también me

dí cuenta que la pierna estaba amarrada con dos pañuelos, atados con mucha fuerza. En el momento en que estaban colocando a mi esposo en el suelo, mi esposo le dijo a Díaz: “Ud. es un traidor y un cobarde”. —Esto es mentira. Si Urbina hubiera tenido la firme creencia de que yo era un traidor, me mata. A lo largo de toda la existencia de Rafael Simón vemos cómo es implacable con los traidores y cobardes. La Sierra de Coro está llena de historias de la suerte que corrieron quienes trataron de engañarlo. Muchas veces arriesgó la vida él mismo para ir a cualquier pueblo, a liquidar con sus propias manos, a quien le había vendido a las fuerzas de Gómez.

El diálogo con mi general Rafael Simón Urbina, en la Embajada de Nicaragua, ocurrió tal como lo conté. Además, yo fui quien le dio el revólver...

Urbina era todo un hombre. No insultaba a los traidores. Los ejecutaba. Como debe ser.

La señora María Isabel Caldera de Urbina, sigue diciendo:

—“Enseguida Domingo Urbina se fue con Díaz. Yo no sé en que carro llegaron porque nosotros no divisábamos ni el garage ni la calle y no ví que a esos señores los acompañara el

chófer de color negro que iba manejando el carro cuando llegaron con mi esposo herido a la casa del Dr. Franco Quijano, donde sí lo ví perfectamente, aun cuando no se bajó del carro. Este señor Díaz, es el mismo Díaz a quien me he venido refiriendo en el curso de esta declaración; y el chófer de color negro que menciono, no le sé el nombre ni el apellido, pero sí lo puedo reconocer si me fuere presentado.

“El motorizado se quedó al lado de mi esposo, desde que llegó a la Embajada, como sentado encima de una de sus piernas. Después que mi esposo insultó a Díaz, le vino un vómito abundante y un síncope; entonces yo le puse una inyección de aceite alcanforado por encima de la camisa, apartándole un poco el paltó. Estas ampolletas, así como la inyectora, siempre las cargaba mi tía Adela, que estaba enferma de cuidado y el médico le había recomendado que cargara eso así como otras medicinas, y del maletín donde las cargaba mi tía fue de donde las tomé para inyectar a mi esposo. Una vez que mi esposo volvió en sí, fue cuando habló el motorizado por primera vez y me dijo: “Lo he traído hasta aquí porque me salvó la vida”. Entonces en esos momentos me dijo mi esposo: “Cuando tú me dejaste en casa del doctor Tejera era



El automóvil de Rafael Simón Urbina. El general estaba indignado por la muerte del coronel Delgado Chalbaud, pero confiaba en una acción militar en minutos u horas...

porque iba a hacer preso al comandante Delgado Chalbaud"; me explicó también que dos carros que él tenía preparados para tal efecto habían simulado como un choque y entonces el comandante había parado su carro y fue ese el momento en que lo hicieron preso. Después me explicó: "Lo hirieron gravemente al comandante sin poder yo evitarlo". Dijo entonces el motorizado: "El primer muerto iba a ser yo". Después mi esposo me siguió explicando: "Cuando hice preso al comandante, íbamos conversando sin haberle hecho yo ni un rasguño".

"En ese momento de la relación de mi esposo, entró a la embajada don Antonio Arangueren, yo me levanté inmediatamente, estaba llorando, y le dije: "Compadre, mi esposo está herido", él lo vio y se acercó con tristeza, en silencio, sin decir nada. Después de un momento, don Antonio me dijo: "Comadre, llame al Centro Médico al Dr. Sánchez Vegas y dígame que venga en mi nombre a la Embajada de Nicaragua". Cuando yo me levantaba para ir al teléfono, pasando por encima del cuerpo de mi esposo, también se levantó el motorizado que ya se iba, y mi esposo le dijo a éste: "Espérese un momento", diciéndome a mí también que buscara un papel, entonces inmediatamente me pasaron un

papel y mi esposo me dio una pluma y me ordenó escribir exactamente lo que él iba dictando; yo escribí arrodillada al lado de él y apoyando el papel sobre una cartera que cargaba, lo que él me dictaba y que poco más o menos fue lo siguiente, porque escribía casi mecánicamente: recuerdo que se dirigía al comandante Marcos Pérez Jiménez y de que las primeras palabras fueron:

“Desde que llegué al país siempre deseé que usted fuera el Presidente, el comandante Delgado Chalbaud está gravemente herido y yo también me encuentro mal herido en la Embajada de Nicaragua, donde le pido protección”.

“No recuerdo si escribí algo más, ni puedo asegurar si éstas eran las palabras exactamente empleadas, pero sí eran más o menos lo que él quería explicar.

“Una vez que hube terminado de escribir, mi esposo me pidió el papel que había escrito para firmarlo, lo cual así hizo apoyándose en la carterita y siendo sostenido su cuerpo por el motorizado mientras firmaba. Ese papel se lo entregó mi esposo al motorizado, diciéndole que se lo entregara personalmente al comandante Marcos Pérez Jiménez y que le dijera también que en Caracas estaban peleando. El motoriza-

do se fue y entonces al preguntarle a mi esposo quién era el motorizado, me dijo que era coriano y que estaba al servicio de Marcos Pérez Jiménez”. —Ahora estoy recordando algo al leer estas declaraciones de la señora de Urbina: la misión que su esposo le encomendó ante el señor Rivero Vásquez:

—“Mi esposo, al verme llegar, inmediatamente se fue para donde yo estaba estacionada y me dijo que no apagara el motor porque yo me tenía que ir para donde el Dr. Franco Quijano, ya que no había podido hablar con el Dr. Tejera, que él esperaba un rato más y que se iría en un carro de alquiler. En ese mismo momento me recordó lo que me había dicho la noche anterior, o sea que pasara por casa del señor Rivero Vásquez que vivía en la tercera Avenida de Los Palos Grandes, cerca del Coney Island, insistiéndome que lo hiciera y que cuidado se me iba a olvidar. Debo advertir que la noche anterior, cuando estaba terminando de arreglar las maletas que él me había ordenado, mi esposo me dijo: “Mañana cuando vayas hacia donde Franco Quijano vas a pasar por donde el señor Rivero Vásquez y le dices que el hombre está preso para que se lo comunique al teniente coronel Marcos Pérez Jiménez”. Entonces yo le

pregunté que quién era el que estaba preso y mi esposo me contestó: “Uno de los corianos que por andar sin documentos manejando, se lo llevaron preso”.

Nos miramos las caras en el automóvil.

—Vamos rápido!! —gritó Domingo.

—Vamos para Carimao!! —dijo Mijares. Y salimos raspando hacia unas haciendas de café que quedaban más allá de Petare. Allí vivían el padrastro de Mijares, un señor llamado Máximo Torres y un cuñado de nombre Carlos Ortega, casado con la hermana de Mijares.

—No, ustedes no pueden quedarse aquí —nos dijo esta gente.

Salimos entonces con el carro y lo metimos por allá en un monte. Lo dejamos escondido y regresamos. Ya era de noche. Dormimos cerca de la hacienda y nos despertamos temprano.

Domingo nos dice a Mijares y a mí que debemos regresar a Caracas.

—Yo no!! Si regresamos a Caracas eso debe estar muy feo... —pero mi compadre responde:

—No, que va, a esta hora ya las tropas deben estar en la calle... —Domingo confiaba en que el respaldo que tenía Rafael Simón Urbina iba a salir pa'lante. Total que Domingo insiste

y yo para que él no fuera a creer que era cobardía mía, le digo:

—Bueno, vamos, pues... —Cuando salimos a la carretera, Mijares iba delante y Domingo y yo más atrás. Viene una camioneta, la paramos y nos embarcamos Urbina y yo.

Mijares, iba ya lejos, porque nos cogió ventaja mientras nosotros hablábamos. En esto viene una patrulla y ordena al de la camioneta que se pare.

El hombre se para y Domingo saca la pistola y le dice:

—No se pare!! Siga!! —Pero el chófer no ve la pistola de Domingo que lo está apuntando y le dice:

—La pinga, y si me meten un pepazo! —Cuando se detiene el vehículo y la patrulla se acerca, Domingo brinca hacia la montaña. Yo tengo que salir y dar la vuelta, porque había un barranco por el lado donde yo estaba.

Me encañonaron con una ametralladora y dispararon, pero me tiré al suelo y me fui de barriga. Pasó la ráfaga y no me tropezó ninguna bala.

Ahí, desde el monte, nos fajamos a tiros con la patrulla.

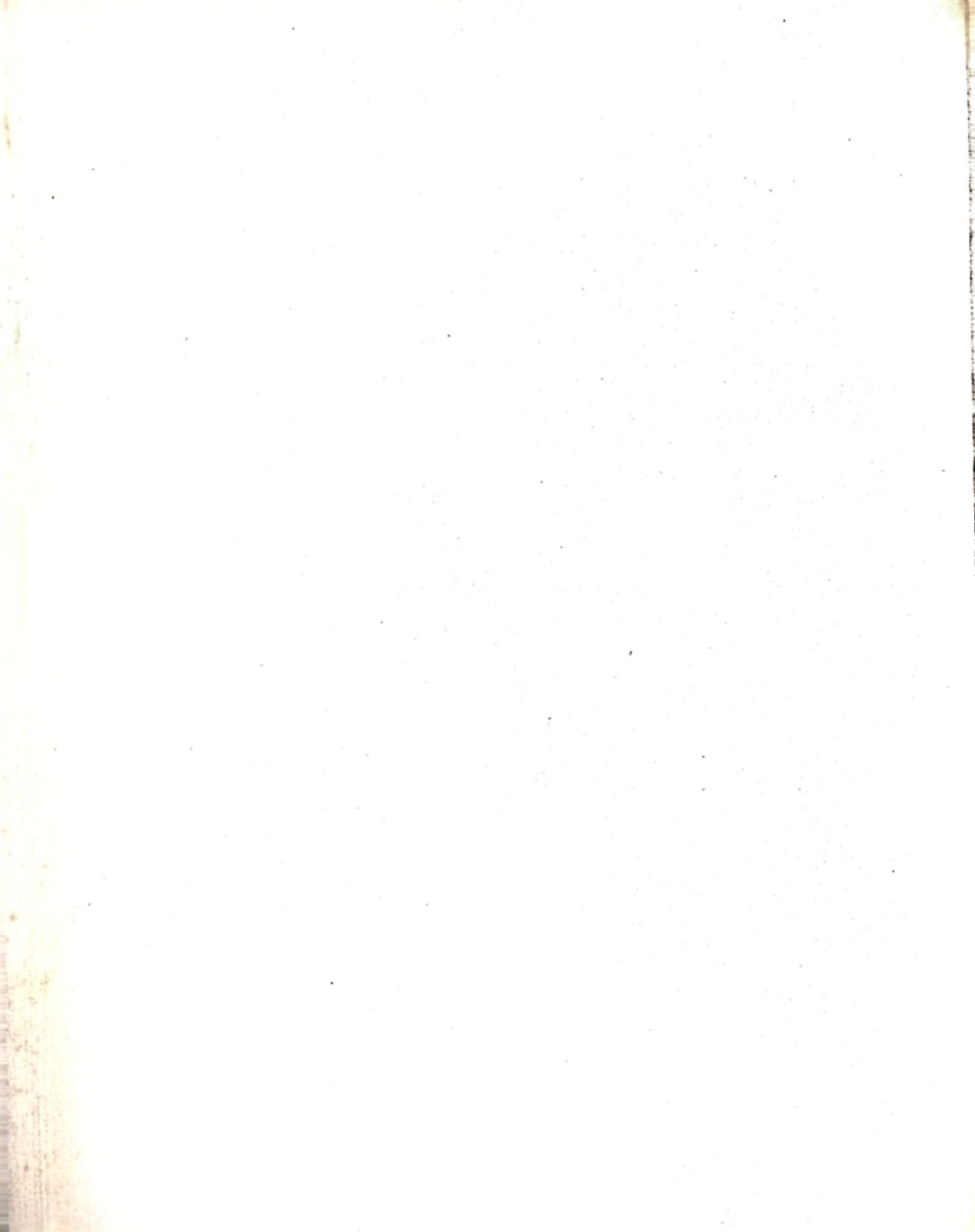
Yo brinco unas piedras y me apoyo en ellas

para coger el cerro, pero no le hablo a Domingo, sino que le hago señas para que él suba mientras yo le meto plomo a la patrulla. Domingo está acostado, tirado en el suelo, disparando, y yo permanezco como a cinco metros de donde está Domingo.

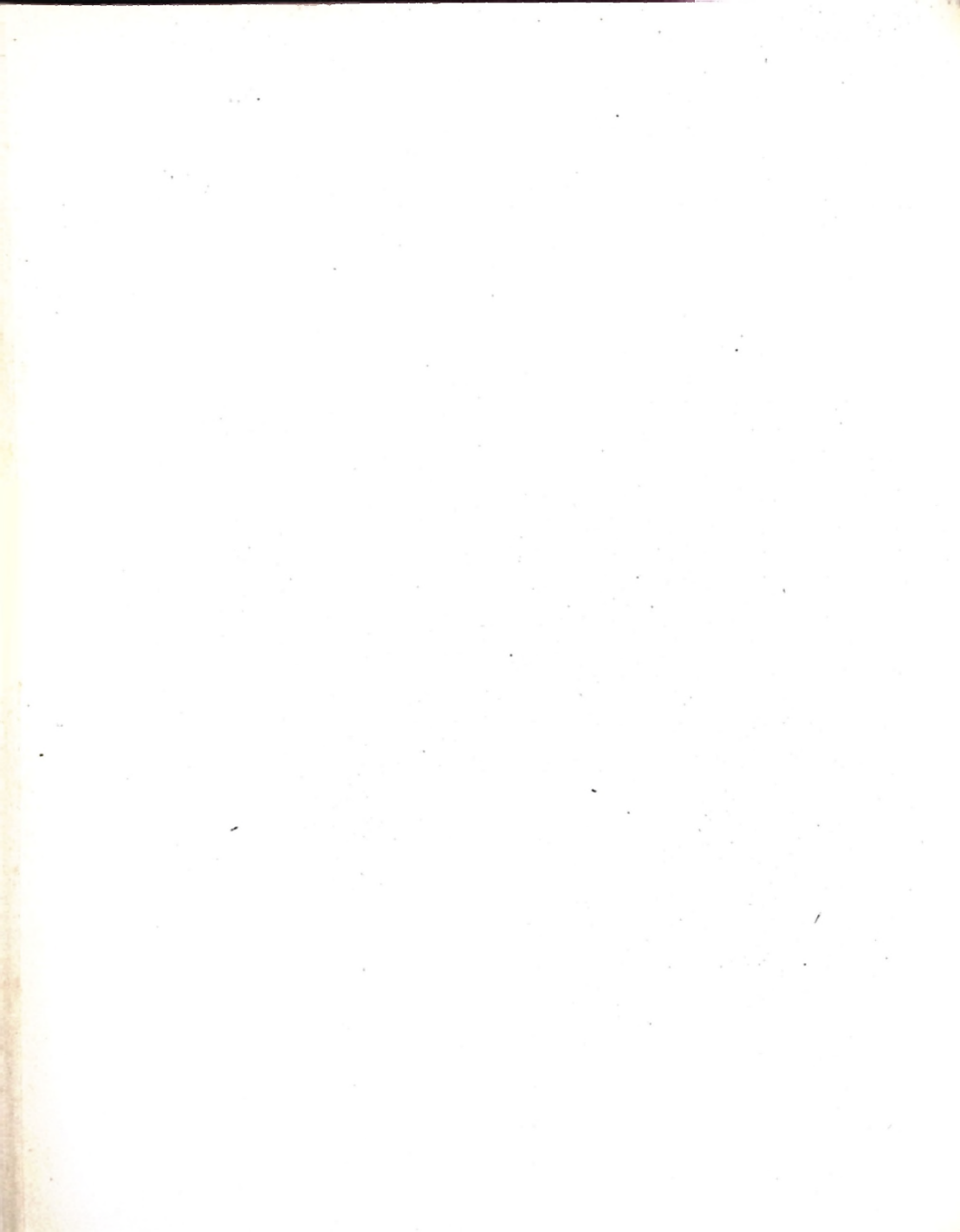
Mi compadre no se mueve y yo esperando que él se mueva para irnos. A mí no me interesa hacerle frente a nadie, porque estamos solos. No nos podemos enfrentar a tanta gente.

En eso, al rato, veo que hay un caminito, por el otro lado, que da a una carretera que va a una hacienda llamada La Lira.

Y entonces decido jugarme el todo por el todo, porque para estar guindando...



ERAMOS TRES HOMBRES ALZADOS

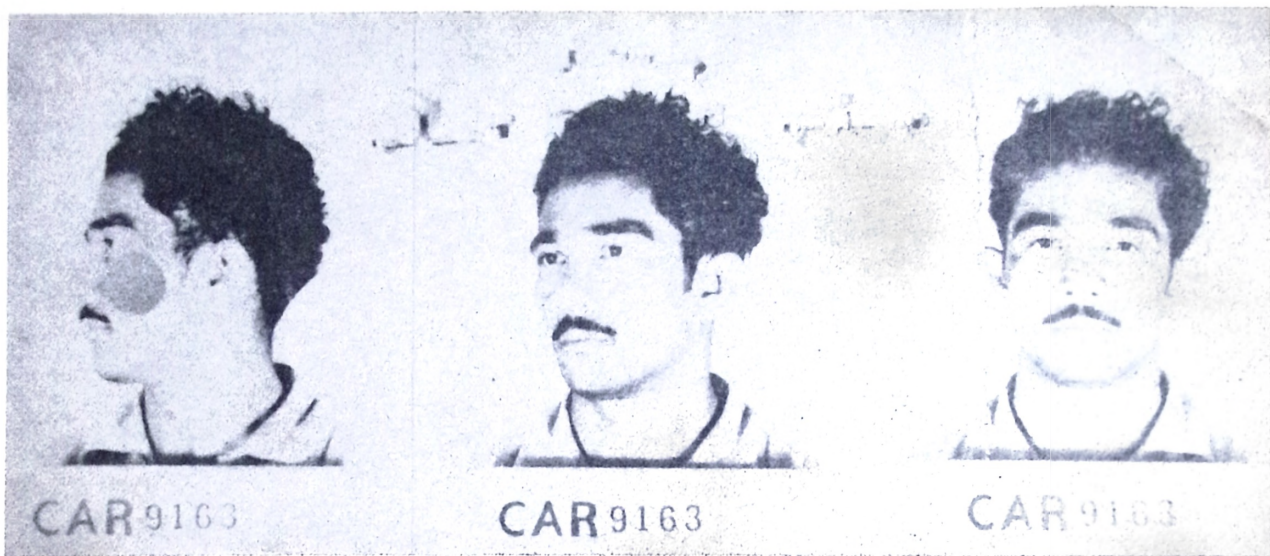


El caminito está lleno de soldados. Entonces no me queda más recurso que echarle pichón y darle el frente a la cosa. O como gallina, o muero arponeado. Comienzo a disparar y raspo al primero. Bueno, ya que estamos fracasados tenemos que echar pa'lante. Sigo disparando, se tiran al suelo y yo me voy arrastrando, como una culebra, hasta muy cerca de donde ellos están. Cuando veo la carreterita les hago más disparos. Me están cazando, pero corro y caigo en el monte, del otro lado. Ya pasé!!

Me lanzo de barriga p'al monte y los soldados empezaron a disparar, pero cuando yo respondo al fuego ellos se tienden en el suelo. No se atreven a meterse.

Me fui por ese bosque y me salí, mientras Domingo se quedó ahí, peleando con esa gente. Cuando iba corriendo yo oía los disparos como truenos. Así se escuchaba esa tirería...

Salí por puro monte. Dejé todas las veredas



—Aquí traemos a un hombre que no sabemos quién es.  
—No, chico, —dice uno— éste es Pedro Díaz. —No sé  
cómo me conocieron.

y me tiré derecho a unos cerros y me deslizaba y bajaba, sin ver, sin dar vueltas para ninguna parte.

Por fin pude encontrar la estación de La Lira, por donde pasaba la línea férrea que va de Petare a Santa Lucía.

Por allí decían que salían muertos. Se hablaba de Juan Cararú. Una especie de fantasma que perseguía a los caminantes con un golpe lejano de redoblante que repetía:

Juan Cararú...

Juan Cararú...

Pero yo con tanto plomo y enemigos encima, no escuché, ni sentí muerto alguno, sino que me veía muy aliviado cuando por fin entré con gran sigilo a una hacienda de café, donde había unas cuantas casas y gente generosa. No estaban asustados los que por allí vivían. Me quité todo lo que llevaba encima, una ropa buena de gabardina, y se la cambié a un señor por un viejo pantalón y una camisa. Le compré un sombrerito de pelo usado y unos zapatos rotos. En un saco llevaba la pistola, con los proyectiles y un machetico que me proporcionó la misma familia.

Vestido, pues, en esta forma, me fui a la estación. Me encontré con que había bastante gen-

te armada; estaba el inspector de allí y otras personas del gobierno. Todos echándose palos.

Yo me acerqué, aparentemente muy tranquilo y me senté. Entonces les oí comentando la cosa de Delgado Chalbaud. Uno de ellos expresó:

—Mano, esos corianos sí que tienen brío... Y que enfrentársele a un Presidente!!

—Coño, esos carajos tienen las bolas cuadradas! —murmuró otro. Y todos seguían tomando aguardiente en un pequeño cuarto. Entonces, uno de ellos, parece que sintió sentimientos de amistad hacia mí y me dijo que si quería un “palo”.

Me tiré un “palito” y me supo muy sabroso. Yo pienso que sería por el frío que tenía y el hambre que llevaba. No había comido nada. Me preguntaron entonces —entre palo y palo— hacia dónde iba. Yo les dije que andaba por allí buscando trabajo.

—Quiero trabajar. ¿Usted sabe dónde pueda ganar algo?

—En Santa Lucía, en la hacienda de caña, hay mucho trabajo. Vé hasta allá...

—Pero, ¿cómo hago yo para irme adonde me dice?

—Usted espere mañana aquí el tranvía que pasa a las ocho y se va para Santa Lucía.



Un campesino negrito me invitó para que me quedara en su casa. Por allí pasa el Guaire; más arriba del río tenía el rancho.

Bueno, me brindaron otro cocuy y al rato me preguntaron si quería más.

Me dieron el otro "palo".

Yo no me atrevo a comprar nada por no delatarme. Cargaba 700 bolívares, que me quedaban de mil que había pedido, pero en todos los líos que me había metido ya había gastado 300. Pero tenía unas ganas de tomar aguardiente...

Eso sí estaba sabroso; primera vez que tomaba ese aguardiente. Bueno, me quedé en la casa del hombrecito ese. Compré una pierna de cochino en el pueblo y mandé a la mujer para que me preparara comida.

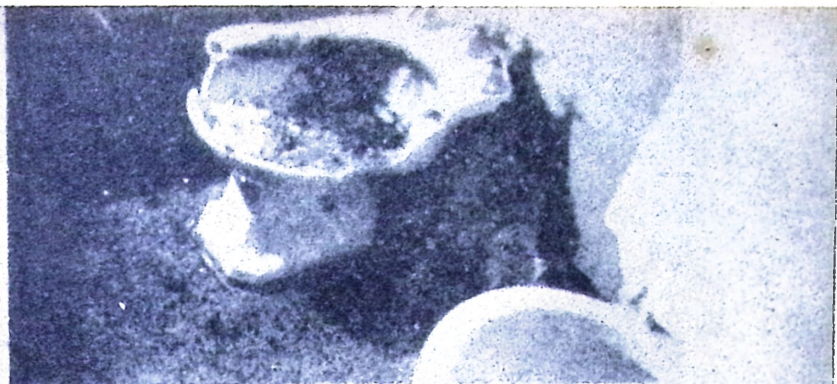
Y en la noche, había en la estación una oficina, y allí me pusieron un encerado. Esa noche me iba matando el frío, pero me dieron una sábana para que durmiera.

Esa gente trabajaba mucho en la estación arreglando todo, limpiando...

Entonces el negrito me hizo una pregunta que me inquietó bastante:

—¿Tú pasas puente?

—Sí, yo paso puente —le dije. El puente era por donde iba la línea férrea y era muy elevado



Nº 4.- ANGULO DEL BAÑO AUXILIAR SITUADO EN LA PLANTA BAJA DE LA CASA DE HABITACION DE RAFAEL SIMON URBINA. OBSERVENSE EL ESTADO COMO QUEDO EL "BIDE" DESPUES DE HABERSE INCINERADO EN EL MISMO CIERTA CANTIDAD DE PAPELOS.



Nº 5.- VISTA DE LA HABITACION SITUADA EN LA TERCERA PLANTA DE LA DOMICILIO DE RAFAEL SIMON URBINA DONDE SE ENCONTRAN LAS ESCALAS PARA EL GRAN CAMPESINO DE SU...

El baño y un rincón de una habitación de la casa del general Urbina, después de la visita de la policía. (Foto Sumario).

de cerro a cerro. El negrito me dijo que tenía 190 metros de alto. Yo pasé con los ojos cerrados. La madera estaba como cada medio metro y yo calculaba para mover las piernas, pero tenía el buen cuidado de no ver hacia abajo. Así pude pasar el puente, pero cuando estaba por la mitad iba agarrándome con las manos y los pies, caminando en cuatro patas. Así pasé del otro lado. Ese era el día 15. De ahí seguí hacia Santa Lucía, a pie.

En Santa Lucía, cuando llegué a una casa pedí café y me lo dieron sin preguntar nada. Y en una de estas salió un negro.

—Ya vengo, que voy a buscar por aquí unos becerros. —Pero el muy pillo le iba a avisar a la policía. Cuando yo tomo el café y salgo, viene un jeep lleno de agentes, pero más ligero que un venado cogí para el monte.

Se me pegó ese poco de policías atrás, haciéndome tiros, pero ni me alcanzaron, ni me hirieron. Eso era en la tarde, estaba casi obscureciendo.

Por un lado había un cañaveral y la carretera que une a Petare con Santa Lucía y por el otro la vía férrea y la montaña.

Los policías se tiraron por la carretera, por todas partes y cercaron el monte. Yo quedé si-



Policía militar vigila el auto que fue atacado por la patrulla en la Quinta Maritza. (Foto Sumario).

tiado ahí. Pienso: ¿cómo voy a salir, Dios mío?

A las ocho de la noche, estaba la luna clarita; yo llegaba y me asomaba a la línea férrea y veía ese poco de policías, civiles y soldados. Era imposible. Entonces cogí por la carretera y los ví otra vez, però se me ocurrió en la carretera hacerle unos tiros; les hago unos tiros y se enciende el plomeo.

En lo que está ese plomeo me regresé corriendo para donde estaba primero, porque la sed me estaba matando y oía un agua que caía del otro lado. Toda esa gente que está aquí al oír la tirería acudió hacia allá y me les salí...

Agarré un cañaveral. Me fui por una carreterita entre el río y un alambrado de la caña que tenía como ocho "pelos" de alambre. No se podía pasar.

Veo venir una linterna y no encuentro para donde coger: a un lado tengo el río y al otro lado la cerca de caña. Pero hay una casita de un ánima allí, pequeñita, y allí metí el cuerpo. Todo estaba lleno de esperma, por las velas de los creyentes, pero metí el cuerpo y la cabeza me quedó fuera de la casita. Los policías me han pasado por toda la orilla, alumbraron hacia el río, hacia la caña, hacia todas partes, pero no alumbraron ahí. Pasaron...

Yo no sabía nadar y ese río serenito. Yo pensé: bueno, de todas maneras estoy fracasado.

Me fui metiendo poco a poco. El río no estaba hondo. Me dio no más que hasta el pecho el agua. La pistola y el saquito los llevaba arriba para que no se me mojaran. Pasé al otro lado. Eso fue el día 15.

Decidí que lo mejor era ir siempre por el monte, pues el ejército tenía tomadas todas las carreteras.

El día 17 entré a un conuco. Oí “picando”, porque andaban por la montaña. Yo de ahí no cogí más camino, sino el monte, porque por el otro lado se encontraba, como ya he explicado, el ejército.

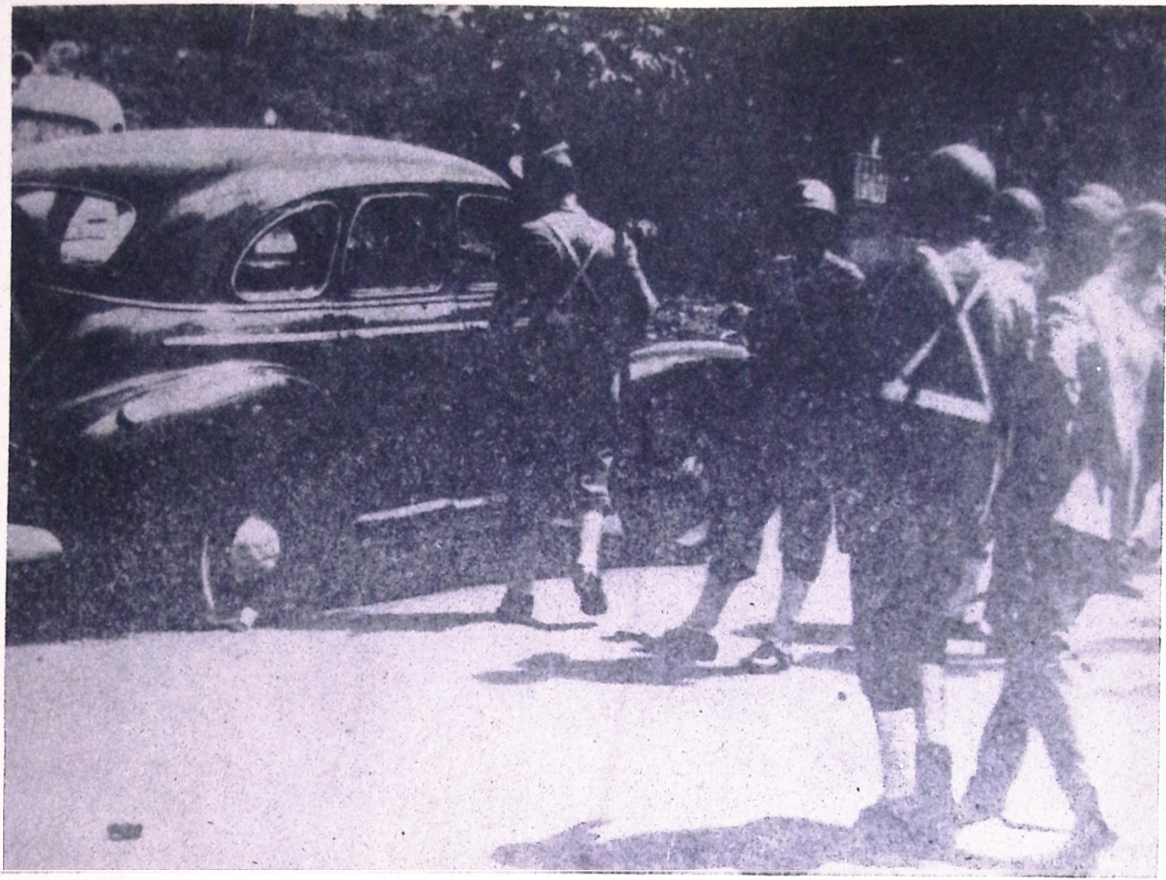
Al día siguiente siento “picar” otra vez, en el bosque. Eso fue el día 18 y voy hacia allá... Me encuentro con un negrito picando palo. Le pregunto:

—¿Qué va a hacer con eso, amigo?

—Esto es para hacer carbón. —Pero se me quedó viendo.

—¿No tiene agua por ahí? Pues, tengo mucha sed...

—Ya le voy a buscar... —Cogió un maizal, se quitó el sombrero y el negrito salió corriendo.



Las Fuerzas Armadas tomaron todo el sector.

Bueno, veo para todos lados y está una marusa guindada, con una arepota grande de maíz amarillo, un poco de carne adentro y una tapara encabullada con agua. Me la tercié y me fui. El negro se ha ido a avisarle a la policía. Estoy seguro de eso, porque uno huele lo malo. Yo sigo por mi montaña pa'lante.

Entonces encuentro unos sembrados y quienes estaban trabajando las tierras eran unos evangélicos. Esos fueron los únicos que no tuvieron miedo de socorrerme.

A mí todo el mundo me corría, pero esos evangélicos me llevaron a un ranchito, me dieron arepas, pero arepas hechas en hojas, que yo nunca había comido. Allá en mi tierra comíamos arepas de maíz tierno. Esta es la arepa pelada, pero hecha en hojas.

Me regalaron como ocho arepas; las eché en el saco y seguí. Me dieron una patilla grandísima y uno de ellos me dijo: "si usted quiere, quédese".

Recuerdo que habló de esta manera:

—Mire, el Señor salva a todo el mundo. Pídale al Señor para que vea cómo a usted no le va mal. Y si usted cometió una falta, tiene que pagar su falta.

Me fui pensando en lo que el evangélico ser-

moneaba, salí del camino y volví al bosque. Más adelante me comí la patilla.

Veo ahora unas casas. Hay unas casitas viejas y una casa grande con una gallera. Salí al camino, pero yo no quiero sino seguir por el monte. Sentí que estaban hablando. Yo pensé que era la policía que estaba ahí.

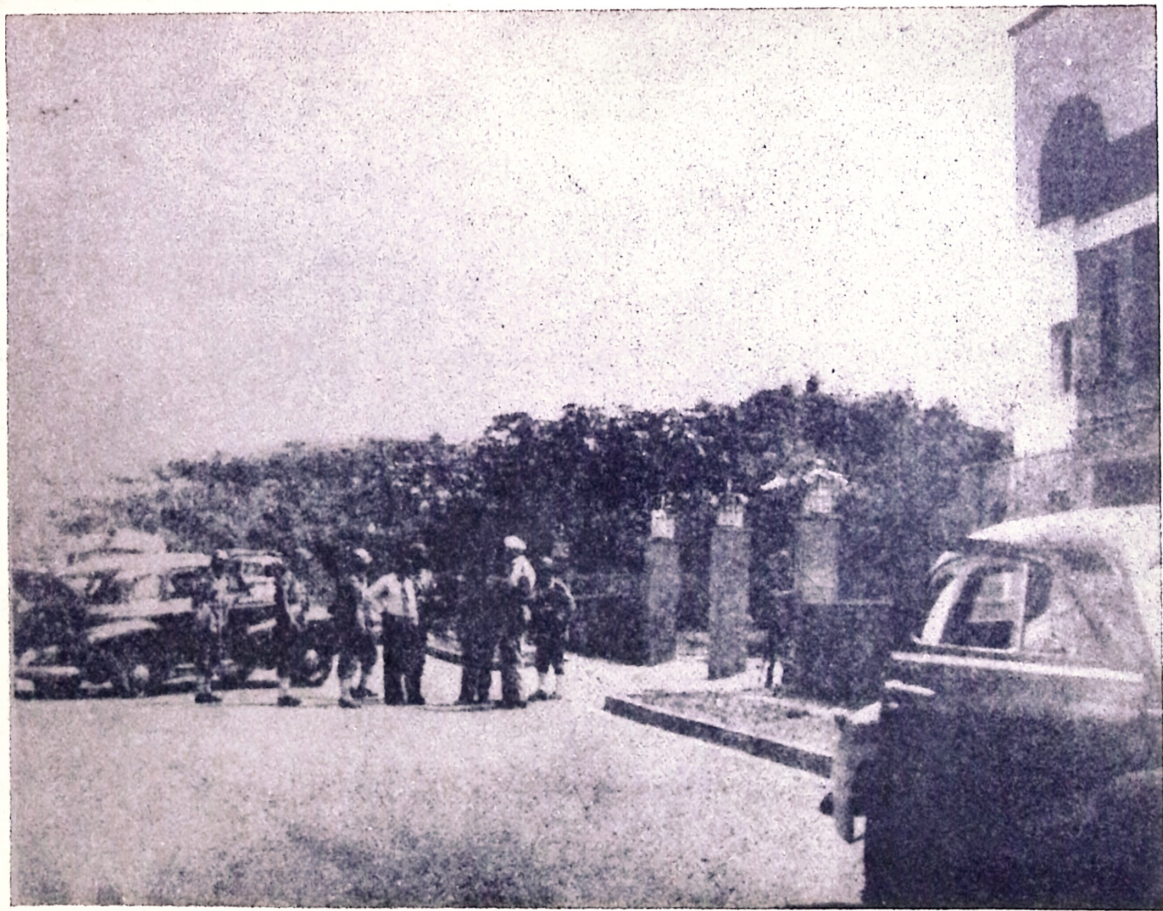
En eso volteo y vienen como cincuenta hombres con machetes, escopetas y fusiles. Me están apuntando!

Yo brinco de la esquina de la casita que estoy viendo. Hacia allá hay un sendero. Salto la vereda y caigo en un retoño. Me quedo agachado.

Me ha pasado la gente otra vez corriendo por un lado, viendo hacia otra parte y con las armas apuntando hacia allá. Cuando pasó el último, me regresé.

Llego a una casa y me escondo. Unas mujeres están hablando.

—¡Ay Dios!!! por allí andan unos salteadores. Esos bandidos forzan a las mujeres y matan a las niñas. Quién se salva de esos malvados cuando mataron a un presidente... —Y las pobres estaban aterrorizadas. Por eso la gente tenía tanto miedo y corría cuando me veía. Salí calladito la boca y por el monte fui a tener, casi en la noche, a la quebrada de Siquire. Hay una



Un comando militar actúa frente a la Quinta Maritza.

casa cerca y entro a pedir un cafecito. Cogí un saco y me acosté entre unas matas, pero lejos de la casa, porque ya no aguantaba las ganas de dormir.

Cuando estaba cogiendo el sueño en el mógote, veo que llega un hombre con una cobija terciada, con las puntas amarradas y un mache-te. No hice caso y me quedé dormido. Despierto cuando me dan con un revólver y me veo cercado. Un elemento que está temblando de pies a cabeza, me tiene encañonado. Yo veo al hombre y en vez de darme miedo lo que me dio fue ganas de reír.

—¿Usted se está burlando de la autoridad?

—De las autoridades no, de su actitud. ¿Qué pasa? ¿Yo como que soy un criminal que me tienen así?

—Sí, usted está complicado en la muerte de mi comandante Delgado Chalbaud.

—Usted está loco, hombre, déjeme tranquilo. Yo voy para una hacienda a trabajar.

—No! Párese!!!

—Pero, bueno, ¿por qué? ¿Qué he hecho yo?

—Párese!! le digo...!

—Está bien, pues. —Y me levanté del suelo.

—Bueno, de todas maneras usted tiene que ir con nosotros a Santa Lucía.



Armas y municiones encontradas. (Foto Sumario).

—Pero, bueno, ¿cuál es el delito que he cometido yo? —pregunto, pero no me hacen caso. Me quitaron un reloj y una navaja alemana. No me encontraron más nada, porque yo había botado la pistola, cuando gasté los últimos tiros en la cercada que me dieron en Santa Lucía. Si me hubieran encontrado la pistola, me matan, porque ellos lo que tenían ganas era de matarme. Yo se los leía en los ojos. Creían verdaderamente que yo era el que estaba metido en la cuestión de Chalbaud, pero como no me encuentran armas, entonces dicen:

—Bueno, puede ser que sea verdad, pero de todas maneras vamos a llevarlo a Santa Lucía.

—Quítenle los botones y la correa —propone uno.

—Pero, ¿por qué? —imploro— ¿Acaso que yo tengo algún delito?

—Bueno, vaya así suelto, pero ya sabe... Si se mueve hacia el monte va a ser un hombre muerto. —Me llevaban con miedo.

—Oye, tú —le gritaron a uno que tenía un machete— si se mueve, quítale la cabeza. Si corre, le disparas —le manifestaron en voz baja a otro.

A las siete de la noche estaba cruzando el río, el mismo río de la noche anterior, pero aho-

ra voy agarrado a la cola del caballo del Inspector para pasar con más tranquilidad.

Cuando llegamos a Santa Lucía estaba la Seguridad Nacional, en la policía.

—Aquí traemos a un hombre que no sabemos quién es.

—No, chico, —dice uno— éste es Pedro Díaz. —Yo no sé cómo me conocieron. Allí mismo me amarraron las manos para atrás y me metieron en una patrulla para traerme a Caracas. La orden que ellos tenían era llevarme a Miraflores; a más ninguna parte. Me dí cuenta que de Santa Lucía a Caracas, de cuadra en cuadra había soldados. Paraban la patrulla:

—Seguridad Nacional —se identificaban y seguíamos.

Llegamos al lugar en donde nos sitiaron a Domingo Urbina y a mí, cerca de Petare. Un vehículo militar nos intercepta y un teniente jovencito pregunta a quién llevan preso.

—Aquí tenemos a uno de los pajaritos que mató al comandante Delgado Chalbaud —le dicen de la Seguridad Nacional.

El teniente se bajó de la camioneta y dice:

—Desgraciado! ¿Usted sabe lo que ha hecho? Desgraciado!!! —repite— Te debían dar una planazón!!



La policía militar en las inmediaciones de la quinta en donde fue encontrado el comandante. (Foto Sumario).

—Bueno, —le contesté— si me vas a dar la planazón mándame a soltar las manos. —Yo le digo esto a ver si me sueltan, porque ya es de noche, está obscuro y allí no hay luz. En lo que me suelten las manos, cojo el monte. Esos no me van a pegar un tiro de noche...

—Suéltelo! —mandó el teniente.

—No, mi teniente. —Respondió el jefe de la comisión—. A este hombre no lo puede tocar nadie. A éste lo llevamos nosotros a Miraflores vivo y salvo, porque es la orden que tenemos. —A mí me hubiera gustado que me soltaran; tal vez me hubiesen matado, pero yo quería irme...

Llegamos a Caracas, pero desde Petare no se veía nada: ni un carro, ni un alma. Las calles solas. Aquella ciudad infundía miedo. El carro corría por la avenida que va a Miraflores. Todo estaba cerrado. No había ni policías. Nada.

Sentí un gran dolor por dentro al pensar que los únicos alzados éramos Domingo, Mijares y yo.

En Miraflores no ví sino pura gente de la Seguridad Nacional y me metieron en los sótanos. Ya los caraqueños estaban ahí. También Honorio Gutiérrez y Medina. Ellos fueron detenidos el mismo día 13.

Me encerraron —la primera noche— en un calabozo donde se encontraba un muchacho que trabajaba en casa de Franco Quijano.

Los calabozos son pequeñitos, tendrán más o menos uno cuarenta por un metro. Me entró un frío que me sonaban los dientes. A media noche estoy temblando y le digo al muchacho:

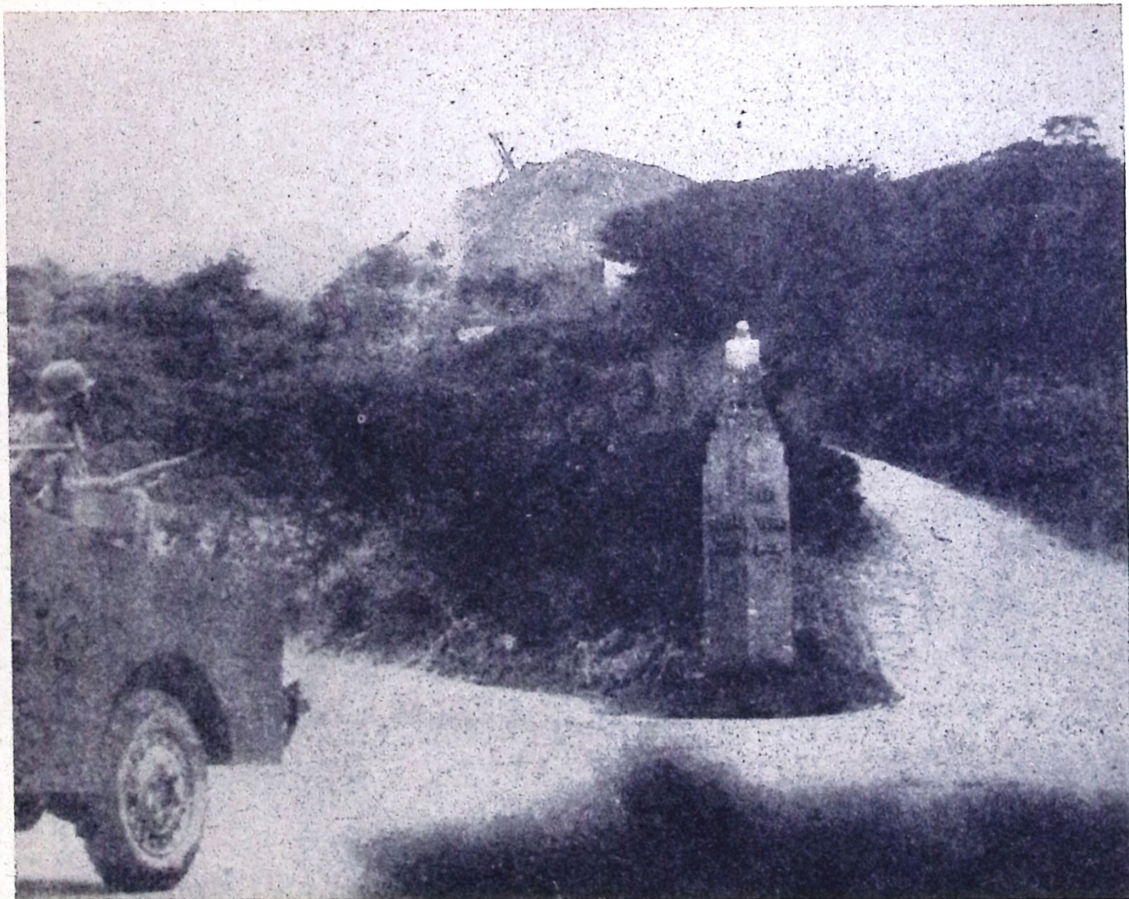
—Cónchale, mano, no aguanto el frío. —Yo lo ví que dormía en una cobijita. Entonces sacó otra cobija, que tenía con unos periódicos y me la dio:

—Tápate con esto. —En los sótanos no se sabía ni cuando era de noche, ni de día.

En la tarde vinieron a sacarnos para los sanitarios. Formaron toda la tropa con ametralladoras, vino un teniente, un sargento y un distinguido. Abrían la puerta del calabozo, salía uno y el distinguido detrás, con la ametralladora pegada a la espalda. Mientras permanecíamos en el baño nos tenían apuntados con la ametralladora.

Sacaban uno por uno para hacer las necesidades.

A las siete de la mañana nos daban el desayuno, a las once y media el almuerzo y a las cuatro y media o cinco de la tarde, la cena. Eran unas celdas totalmente oscuras. Solamente cuan-



Un vehículo militar vigila la entrada de la calle La Cinta.

do prendían la luz se veía claridad; el resto del tiempo era todo negro. Yo sabía que era de día cuando llegaban con el desayuno: una tacita de avena, un pan y café con leche. Cuando salí de allí se me estaban cayendo las pestañas; también observé que cuando fui a declarar a Baruta, no podía ver la luz porque me daba un ardor terrible en los ojos; había una lámpara y tuve que declarar con las manos tapándome los ojos, porque no podía ver. Cada 24 horas nos sacaban del calabozo, pero había veces que pasábamos tres días sin salir. Cuando nos iban a dar el desayuno se formaban los soldados con ametralladoras y entraba entonces un sargento, un distinguido y el que llevaba la comida. El distinguido abría y el sargento se quedaba afuera con una ametralladora. En cada calabozo había cinco o seis personas; nos acostábamos atravesados y poníamos los pies hacia arriba, en la pared. Todos relacionados con el caso de Delgado Chalbaud.

Una de las cosas que yo sentía cuando salí de la cárcel, era que yo no podía subir cerros. Tengo un sobrino por Catia, quien vivía por Pro-Patria y cuando fui para allá no podía caminar, porque al pisar el dolor era fuerte y parecía que los pies se me iban a partir. Pasé como cuatro o

cinco meses así. Otra cosa fue la vista. Yo veía todo pequeñito. Cuando llegué a Churuguara veía una vaca o un becerro y los veía pequeñitos. Yo decía: “cuando yo me fui estos animales eran más grandes, ahora los veo más pequeños”. Un día me acuerdo que había un muchacho en un caballo, y me dice Domingo Urbina: “es un potro”.

—Pero es muy pequeño.

—No, es un caballo grande. —Yo lo veía pequeño. También el oído. Me acostumbré al bullicio; cuando uno estaba hablando con alguien, todo el mundo estaba hablando. Yo oigo, pero no puedo educar el oído. Cuando usted me habla lo estoy oyendo, pero si me habla otra persona no le atiendo porque no he podido educar el oído. Los pies, ya con veinte años caminando en un solo sitio y en partes completamente planas, creo que se me han atrofiado. La vista pienso que es por ver siempre cerca, nunca veía lejos.

Cuando me llevaron directamente a los sótanos de Miraflores yo pensé que nunca saldría de allí, porque como sé lo que tengo encima... Yo esperaba la muerte. No esperaba otra cosa.

El 19 de noviembre en la noche me llamaron. La policía militar estaba formada. Un capitán, un sargento y un cabo me sacaron del ca-

labozo. Cuando ví todos los soldados en formación pensé que había llegado mi última hora. Me van a fusilar! Sentí una gran resignación. Siempre he pensado que algún día nos vamos a morir. ¿Qué podemos hacer? Nada nos salvará de la muerte. Ricos y pobres. Seguí caminando con los militares, pero ¿para dónde me llevan? Me doy cuenta que caminamos hacia las oficinas del Palacio de Miraflores. Yo nunca había estado allí, pero ahora no me preocupaba tampoco ver las cosas. Nunca sentí curiosidad por conocer Miraflores.

Entramos a un gran salón muy iluminado. Los militares se cuadraron. Era impresionante aquello: el comandante Pérez Jiménez, sentado con todo el Estado Mayor. Había gran cantidad de oficiales parados. Parecía un gran tribunal.

Hay una silla vacía y trato de sentarme.

—Párese!! —dijo Pérez Jiménez.

LA ENTREVISTA CON PEREZ JIMENEZ  
Y LA MUERTE DE URBINA



—¿Cómo es posible que hayan hecho eso con el Presidente de la Junta? —preguntó Pérez Jiménez—. Voy a hacer un escarmiento con ustedes para darle un ejemplo al pueblo.

—¿Cómo se llama usted?

—Pedro Antonio Díaz.

—¿Dónde nació?

—En Mapararí, Distrito Federación del Estado Falcón, el 18 de noviembre de 1922.

—¿Por qué asesinaron al Presidente de la Junta?

—¿Qué Presidente? Yo no sé quién es el Presidente de la Junta.

—¿No conocía usted a Delgado Chalbaud? —preguntó incómodo.

—No, no lo conocía.

—¿Nunca lo había visto?

—No!! Nunca lo había visto porque yo vivo en un monte y allá no hay periódicos, ni nada. Yo vine aquí a buscar un carro porque tenía un

negocio, —dije así por el telegrama que me había puesto Domingo Urbina— pero yo no sé nada. —Y comenzó a preguntar tantas cosas y yo decía que no sabía nada.

—Bueno, ¿y qué le dijo Urbina a usted?

—Bueno, la demás gente vino a buscar un trabajo que le habían ofrecido por Oriente y yo vengo a buscar un carro que negocié, un camión, pero Urbina no me dijo a mí nada. A eso es que vengo. —Y seguía la preguntadera.

—Yo no sé nada. Yo no sé nada... —Y de ahí no me sacaba nadie. Me estuvo preguntando como una hora. Yo siempre muy humilde, tranquilo, sin subir la voz. Me preguntó varias veces, pero con distintas palabras, cuál era el motivo que nos había metido a nosotros en eso.

—Bueno, ninguno —le decía yo, también con palabras distintas—. Nosotros estamos inocentes de todo. Nosotros no sabemos nada.

—¿Y quién más sabía esto?

—No, yo no sé... Si yo no sabía nada, ¿cómo puedo saber quién más? —Entonces le dijo a la gente:

—Llévenselo —y manifestó en voz baja: “ese es inocente. Ese no sabe nada”. Yo escuché y pensé que la cosa no estaba tan mala, porque yo creía que me iban a matar, como les ex-

plicaba al comienzo. Yo estaba desprendido de todo y tampoco me arrepentía de aquello que había hecho, porque yo lo hice por mi espontánea voluntad. Haya o no haya fracasado, nunca me arrepentía. Y pagué 20 años preso y no me he arrepentido nunca.

Me daba lástima, sí, la muerte de Urbina y me impresionó mucho cuando supe lo que le había pasado.

Yo me enteré de la tragedia el 15 de noviembre en la mañana, en la Estación La Lira. Ví un periódico que decía que Urbina había sido muerto por la Seguridad Nacional cuando trataba de escapar. Le llamaban cabecilla de banda de asesinos. Nos insultaron y nos calificaron a todos los hombres de guerrilleros, de bandidos, hampones y borrachos.

El mundo se me vino abajo. Yo guardaba todavía esperanzas, pero...

Ya de nuevo en el calabozo del sótano, todos los pensamientos volvieron hacia Rafael Simón. Mi padre me contaba que cuando Urbina se alzó con las armas de la Aduana de La Vela, se fue con unos cuantos elementos a tomar a Coro en un carro, pero el chófer cogió miedo y dijo que el vehículo estaba malo. Entonces se bajó la gente para empujar el carro porque no prendía

y en eso prendió el hombre el camión y se fue y los dejó a todos. El chófer dio parte a las autoridades en Coro y Urbina tuvo que coger el monte. Papá no conocía personalmente a Rafael Simón, pero mi abuelo, quien era guerrillero en la época de Ceferino Castillo, era amigo del abuelo de Rafael.

Mi viejo recordaba siempre cuando Urbina asaltó San Luis con veinte hombres armados de machete. Todas las tropas lo estaban esperando. El prefecto de allí creo que era Pompeyo, me parece que Pompeyo Lampe —no recuerdo bien el apellido— y era compadre de Urbina. El guerrillero le hizo una cartica a Pompeyo donde le decía que desocupara el pueblo, que saliera, porque no quería hacerle nada. Y este hombre, lejos de hacer eso, le contó a las tropas el plan que tenía Urbina.

Y estaban todos los soldados esperándolo. Pero el hombre llegó a media noche y esa vez y que se alumbraban con lamparitas, pues no había luz eléctrica. Se desnudaron como siempre lo hacían, para no maltratar a los amigos, y le echaron machete a todo el mundo. Bueno, después Rafael Simón prendió una vela y vio la cabeza del compadre Pompeyo separada del tronco.

—Bueno, compadre, yo te lo mandé a decir.

—Se lamentó Urbina.

También estoy pensando en mi hermano, que yo no quería que él viniera, porque yo decía que a mi hermano en cualquier acción lo podían matar, porque era un hombre más sereno. Y creo que puede ser más hombre que yo, pero me parece que es más indefenso que yo en esa cuestión de tiroteos.

Cuando a Cruz le sucedió lo que le sucedió en Santa Cruz de Bucaral, él cargaba dos revólveres y no sacó ninguno; no peleó con revólveres, sino que con un cuchillo se defendió de la gente, de los enemigos, teniendo dos revólveres cargados: el mío y el suyo.

Si hubiese sido yo, me defiendo mejor; en vez de sacar el cuchillo, saco el revólver. Y yo decía que no, porque como él estaba tirado, tirado en la pierna, yo sabía que él iba a caer de eso y que después desde el suelo podía entonces proceder con el revólver. Mientras estuviera parado no lo sacaba. Yo consideré, pues, que él tiene un gran valor y que yo soy un poco medio cobarde y me defiendo mejor así, porque los cobardes para defendernos sacamos el arma y tratamos de correr.

En la cárcel había un hombre —después de la caída de Pérez Jiménez— que no me hablaba

y que cuando yo pasaba volteaba la cara para otro lado, era el tal Useche, uno de los que mató a Rafael Simón. Yo nunca traté, tampoco, de hablarle.

Rafael Simón Urbina tuvo la mala suerte de morir sin poder defenderse. A los hombres valientes les gusta morir peleando, con el arma en la mano, pero al general lo liquidaron cuando no se podía defender y lo llevaban en una camioneta de la Seguridad Nacional por la subida de la carretera esa del oeste de Caracas, llamada Atlántico. Eso fue en la noche del 13 de noviembre. Lo sacaron de la cárcel del Obispo como a las once de la noche y lo mataron —minutos después— los oficiales de la Seguridad Nacional, Ramón Nonato Useche Vivas y Miguel Antonio Soto.

Los agentes de la Seguridad Nacional encargados de custodiar a Urbina en el Obispo: Lozada, Morgado y Monterola, atribuyen a Urbina frases que no pronunció. Calumnian al general cuando expresan que él me acusa a mí de haber querido matar al comandante Delgado Chalbaud en el propio automóvil y de resultar herido en el pie cuando trató de salvar al Presidente de la Junta Militar de Gobierno.

Rafael Ignacio Monterola, de la Seguridad

Nacional, contó lo siguiente:

—“Yo estuve el día 13 de noviembre de 1950, en comisión de la Seguridad Nacional, durante el día. Como a las ocho de la noche fui enviado desde las Oficinas del Paraíso junto con los Oficiales Lozada y Morgado, al Obispo, con instrucciones de cuidar a Rafael Simón Urbina, guardarlo y custodiarlo y especialmente para evitar que fuera a suicidarse.

“Cuando llegamos a la Receptoría del Obispo, depositamos nuestras armas en la Oficina y fuimos pasados al calabozo donde estaba él; ese calabozo no tenía luz adentro, pero por la puerta, que estaba abierta, entraba claridad suficiente. Yo no conocía a Urbina de vista, aunque sí lo había oído nombrar bastante, de tal manera que yo creía que era un hombre chiquito, y me encontré con un hombre más alto que yo y más doble que yo. Urbina estaba acostado en una cama, y me dí cuenta que tenía el pie derecho como quebrado, y le ví encima del pie hacia el tobillo una herida de bala grande, posiblemente de calibre 45; ese pie, que le dolía muchísimo, pues se le veía los esfuerzos que hacía para aguantar; ese pie lo tenía sobre una tabla amarrado a ella por dos pañuelos y de la herida salía muy poca sangre. El herido nos pregunta-

ba si se le estaba hinchando, porque él no podía verse el pie, nosotros le dijimos que no. Como le ví el pelo negrito, yo le pregunté si él se pintaba el pelo, y me contestó: “me pinto el pelo y también el bigote, pero este último me lo quité”. —Más adelante inventar esta historia y se la atribuyen al mismo agente de la Seguridad Nacional:

—“Después de esto se calló un poquito, se quejó de los dolores que sufría, y como a los cinco minutos, nos dijo: “Yo no hice un disparo contra el comandante Delgado; mi pistola está sin disparar. A Pedro Díaz que iba en el asiento adelante del carro, se le fue un tiro y me hirió a mí que iba atrás, porque Díaz quería matar al comandante Delgado dentro del mismo carro; y yo tuve que darle en la mano y entonces, se le fue el tiro que me hirió. De todas maneras, yo soy el responsable de esto, porque yo soy el cabecilla; de todas maneras, yo duro poco en la cárcel, porque tengo treinta abogados amigos míos, entre ellos un compadre”.

Rafael Ignacio Monterola agrega:

—“Debo hacer constar, que los tres que estábamos de guardia pusimos mucho interés en evitar que el hombre se fuera a romper la herida para desangrarse, porque teníamos que

evitar que se suicidara, pues esas eran nuestras instrucciones, de vigilarlo y que no se fuera a suicidar. Como estábamos incómodos dentro del calabozo, porque no había donde sentarse y hacía mucho calor, no estábamos los tres simultáneamente adentro, porque alguno de nosotros se salía a coger un poco de aire, cerca de la puerta del calabozo, ahí mismito, quedándose dos adentro.

“Después de cierto tiempo, manifestó Urbina que le cerraran la puerta, porque se quejaba del frío en el pie y como que tenía fiebre; y entonces nosotros la cerramos, no del todo, sino entrejunta, quedándonos dos adentro y el tercero del lado de afuera, vigilando la puerta. Así pasó el tiempo hasta las once de la noche aproximadamente, momento en que se presentó una comisión de la Seguridad Nacional a buscar al herido y nosotros se lo entregamos a la comisión, y ayudamos a bajarlo cargándolo hasta meterlo en la camioneta que estaba fuera; y a nosotros nos ordenaron que pasáramos por la Oficina en El Paraíso, lo que hicimos en una camioneta que nos vino a buscar. Precisamente, cuando cargué a Urbina fue que me dí cuenta de lo alto, fuerte y macizo que era, aún siendo yo una persona alta y fuerte”.

Para el gobierno de Pérez Jiménez era fácil poner declaraciones en boca de Urbina la noche del 13 de noviembre, porque ya se había decidido su ejecución.

Rafael Simón Urbina quizá presumía que estaba condenado a muerte, si Delgado Chalbaud parecía en el secuestro. El insistía mucho en aquello de que “si el hombre muere, fracasamos”.

Delgado Chalbaud, vivo y en manos de los conspiradores, era la clave del triunfo del golpe militar.

En el sótano de Miraflores me devanaba los sesos tratando de descubrir cómo diablos hicieron para sacar a Urbina de la Embajada de Nicaragua.

El tiro le hizo perder facultades y eso favoreció a los enemigos, para poder llevarlo bajo engaño.

Uno o dos años después, ya preso en la cárcel, escuché la historia de la señora María Isabel Caldera de Urbina:

—“Debo advertir que cuando mi esposo llegó a la casa del doctor Franco Quijano, —dice la viuda— cuando lo llevaron herido los señores Domingo Urbina, Díaz y el motorizado, daba la impresión de estar herido en diferentes pun-

tos del cuerpo debido a que tenía manchado de sangre el saco, los pantalones, las manos, de las cuales le corría la sangre, debido todo esto a que traía el pie en alto y apretaba el pie herido tratando de contenerse la hemorragia con las manos.

“Inmediatamente que escribí el papel a que he hecho referencia y el cual se lo había llevado el motorizado, fui en busca del Embajador para decirle que si era posible trasladar a mi esposo en su automóvil a una clínica que estaba situada en Chacao, porque mi esposo necesitaba hospitalización. Entonces el Embajador se dirigió, por primera vez, hacia donde estaba mi esposo, diciéndole: “Qué es esto, mi general, yo no logro comprender lo que le ha pasado, explíquemelo”. El Embajador no lo dejó contestar nada, sino que inmediatamente le dijo: “Hay que llevarlo inmediatamente a una clínica”. A esto mi esposo le respondió: “Si usted no puede tenerme aquí, yo me voy inmediatamente de aquí al terminar de llover”, y efectivamente estaba lloviendo fuerte. El Embajador le contestó: “No se moleste, general, no es que lo quiera sacar de aquí, sino que usted necesita una hospitalización inmediata. De aquí nadie lo va a sacar, si usted no quiere”.

“Don Antonio Aranguren, quien oyó y presenció todo lo que allí pasó, me llamó y me dijo que llamara al Centro Médico, y así lo hice, y cuando salió al teléfono el doctor Sánchez Vegas, le pasé la bocina a don Antonio Aranguren, pero como él no oyera porque es muy sordo, me volvió a pasar la bocina, diciéndome que le dijera al Dr. Sánchez Vegas, que en su nombre fuera a la Embajada de Nicaragua inmediatamente. El doctor Sánchez Vegas me contestó que le diera la dirección de la Embajada para ir inmediatamente, preguntándome qué clase de herida era, pues yo le había dicho que era para atender un herido, sin decirle quien era; contestándole al Dr. Sánchez Vegas que era una herida en el tobillo, y que parecía haber desbaratado el hueso porque el pie le daba vuelta. Yo me informé allí en la casa, con el servicio, de la dirección exacta de la Embajada y se la dí al Dr. Sánchez Vegas.

“Antes de terminar de hablar yo por teléfono, pasó el Embajador por mi lado, solicitado por una comisión del Gobierno que había llegado en ese momento; igualmente, casi con el Embajador, salía don Antonio Aranguren, diciéndome: “yo mismo voy a buscar al médico”. En esos momentos estaba llegando la policía a los

alrededores de la Embajada, cercando la Embajada y situándose en los terrenos de las otras casas colindantes con la casa de la Embajada, así como en las calles adyacentes; los policías podían divisar perfectamente a mi esposo acostado en el suelo, pudiendo yo a mi vez divisar a los policías a través de los vidrios que estaban en el bar.

“Durante el tiempo que permaneció mi esposo en la Embajada le dieron cuatro desmayos, acompañados de vómitos, poniéndole yo otras tantas inyecciones; antes del segundo desmayo, mi esposo les dijo a mis dos hijos Rafael Simón y Manuel: “vayan a reemplazarme, están peleando, yo empecé muy temprano”. En esos momentos, estando mi hija María Isabel en su cabecera, sosteniéndole la cabeza y limpiándole el sudor; mientras yo le sostenía el pie, apretádoselo con uno de los pañuelos que tenía aflojado, pues había aumentado la hemorragia, mi esposo rápidamente sacó la pistola que cargaba, la cual era una pistola grande, cache blanca, la cual no se la conocía, pues él siempre cargaba un revólver parecido a los que cargan los policías, con el Escudo Nacional grabado, revólver que me dijo mi esposo se lo había dado el comandante Pérez Jiménez, recién llegado noso-

tros al país, el nueve de diciembre de 1948. Mi esposo me mostró también en esos días un permiso de portar armas expedido por el Ministerio de la Defensa Nacional, autorizándosele en ese mismo permiso para hacer detenciones. Yo no leí ese permiso, pero mi esposo me explicó lo que decía cuando me lo mostró.

“Cuando sacó la pistola mi esposo, se la dirigió en dirección a la cabeza, como para disparar; a lo cual en ese momento mi hija María Isabel se la arrebató, luchando un poco con él y entonces mi esposo le dijo a ella: “Me iba a matar y tú vas a ser la culpable de que me hagan preso”. Esto lo presenciaron el chófer del Embajador, la cocinera y otra persona del servicio de la Embajada, cuyos nombres no los sé. Mi hija inmediatamente cogió la pistola y se la llevó al Embajador, quien se encontraba en la sala y creo que se la entregó en presencia de las personas que integraban la comisión del Gobierno que hablaba con el Embajador. Yo me quedé al lado de mi esposo, habiéndole venido a éste uno de los desmayos a que hice referencia. Enseguida vino una de las muchachas del servicio nuestro, la llamada Francisca Sánchez, creo que enviada por mi hija María Isabel, y se situó a la cabecera de mi esposo, sosteniéndole la cabeza

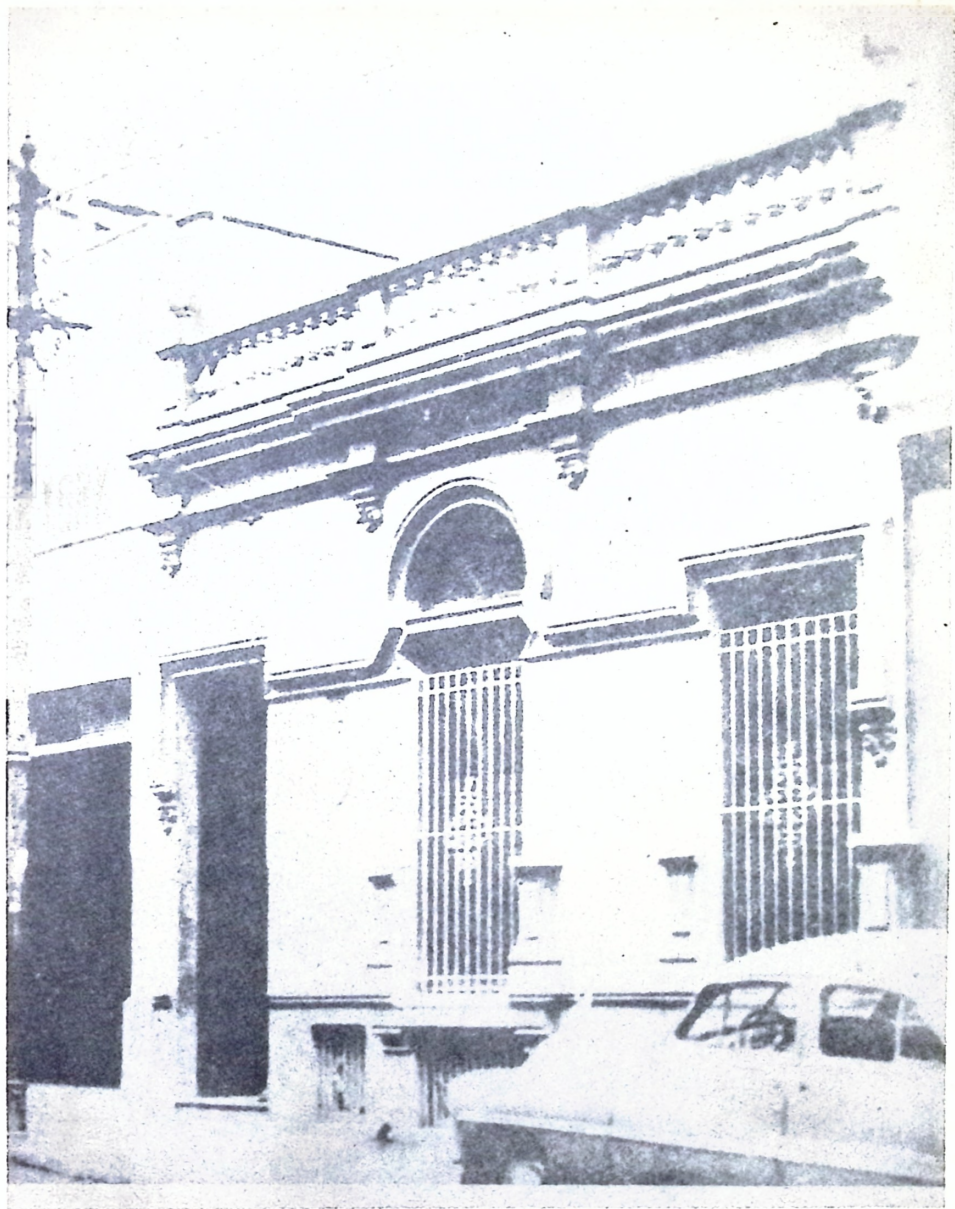
y limpiándole el sudor.

“En esos momentos el Embajador se acercó hasta donde estaba mi esposo, para decirle que la comisión del Gobierno que había llegado deseaba hablar con él, que querían llevarlo a una clínica, garantizándole que no le pasaría nada. Mi esposo aceptó que entraran; y entonces el Embajador llevó al mayor Morales y al señor Gabaldón. El primero que se acercó a mi esposo fue el señor Gabaldón, quien lo saludó, dándole unas palmadas en el hombro y diciéndole: que lo que ellos iban a proponerle se le cumpliría y que recordara que él (Gabaldón) era tío de Juancho Gabaldón. Este Juancho Gabaldón es padrino de mi hija Julieta. El mayor Morales, inmediatamente después, se acercó hacia mi esposo a saludarlo y le dijo: “Venimos a garantizarle la vida y a llevarlo a una clínica”. Mi esposo les contestó que nadie lo sacaba de ahí.

“El mayor Morales y el señor Gabaldón se retiraron a la sala, y estando allí, el señor Gabaldón habló con mis hijos María Isabel, Manuel y Rafael Simón, quienes estaban parados en una de las puertas de la sala y les dijo de la conveniencia de llevar a mi esposo a una clínica, contestándole mis hijos que cómo hacían ellos, pues su papá no quería ir. Entonces el se-

ñor Gabaldón le pasó el brazo por el hombro al mayor de mis hijos, diciéndole a éste que quería hablar con él, entonces el niño se resistió, echándose para atrás, no queriéndose mover de donde estaba. Entonces llegó nuevamente el Embajador donde estaba mi esposo y le dijo: "Pero, general, yo no quiero que usted se me vaya a morir aquí, lo que es médico no dejan pasar". Contestándole mi esposo al Embajador que si uno de los mismos que había llegado en la comisión no podía pasar al médico. El embajador entonces se dirigió nuevamente a donde estaban los señores de la Comisión, posiblemente a consultar con ellos, porque yo esta vez no me moví del lado de mi esposo y no pude saber de qué trataron.

"En ese momento le vino a mi esposo un nuevo desmayo, el más fuerte y el más largo que le dio durante su permanencia en la Embajada, del cual quedó con un estado como somnoliento, a pesar de la inyección de aceite alcanforado que nuevamente le puse. Después de ponerle la inyección a mi esposo, fui a la sala donde estaba el Embajador con muchas personas y pedí de caridad un médico y en mi angustia no pude precisar si estaban todavía allí el señor Gabaldón y el mayor Morales; pero el Embajador me dijo



Oficina de Antonio Aranguren.

que ya se había ido a buscar el médico. Eran poco más o menos entre tres y tres y media de la tarde. Casi inmediatamente volvieron a entrar el mayor Morales y el señor Gabaldón quienes hablaron nuevamente con mi esposo haciéndole ver la necesidad de que se trasladara a una clínica para detenerle la hemorragia e instándonos a nosotros para que lo convenciéramos.

“Nosotros no quisimos intervenir, diciéndole que lo que él decidiera se haría inmediatamente. Entonces el mayor Morales y el señor Gabaldón insistieron nuevamente ante mi esposo de la necesidad de trasladarlo a una clínica y mi esposo convino en ello, poniendo condiciones que se le trasladara al Centro Médico y que yo le acompañara. Inmediatamente entraron dos médicos, vestidos de civil a quienes no conocía. El Embajador les exigió a los médicos que certificaran que era absolutamente necesario el traslado de mi esposo a una clínica, haciéndolo éstos así, firmando una nota que el Embajador llevó escrita de su oficina.

“Yo inmediatamente me arreglé para salir con él; y a mi esposo lo entablillaron los médicos con dos tablitas que consiguieron allí. Entre varias personas levantaron a mi esposo y lo llevaron hasta el carro donde debía ser trasla-

dado; yo seguía detrás de él con el objeto de acompañarlo, como él lo había pedido. Al meterlo dentro del carro, se acomodó delante un señor vestido de negro que no sé quien es y como atrás no quedaba puesto para mí, porque mi esposo iba acostado a todo lo largo del asiento trasero, sosteniéndolo dos hombres que no conozco y que después me dijeron que eran de la Seguridad Nacional, quienes lo sostenían uno por la cabeza y otro por el pie, yo les dije que si no me podía acomodar adelante; entonces el señor de negro me dijo que no. Y al decirle algo el mayor Morales, el señor de negro le contestó: de esto me comisionaron a mí; y arrancaron inmediatamente el carro, quedándome yo en la mitad de la calle. En ese momento y al ver mi reloj, me dí cuenta que faltaban veinte minutos para las cuatro de la tarde.

“Yo me puse a llorar y entonces los médicos me llevaron para adentro de la Embajada, cuando ya se habían ido los demás miembros de la Comisión y dichos médicos me dijeron que a mi esposo lo llevaban al Centro Médico y que lo vería el mejor especialista; así como también que ellos (los médicos) me llevarían informes más tarde. Yo me estuve allí en la Embajada, muy nerviosa, junto con mis hijos, tías y el servicio;

también se quedaron los médicos, creo que porque el Embajador temía por mi estado; y como a las cinco y media de la tarde, ya un poco calmada, yo me dirigí al Embajador diciéndole que como ya mi esposo se había entregado a las autoridades, yo me iba para mi casa con mis hijos, por no tener ya objeto nuestra estadía allí, y que lo único que pedía era que como mi esposo me había dicho que estaban peleando en Caracas, nos resguardaran en la casa por lo que tenía muchos niños. El embajador me contestó que por qué no dormía esa noche en la embajada, para que descansara y pensara bien lo que yo deseaba, hasta me dijo vamos a mandar a buscar comida suficiente para los muchachos, pues durante ese día no habían comido, por no tener tiempo para ello.

“Yo le dije al Embajador que era una molestia estar allí, porque los niños lloraban y que ya lo había pensado bien y que no tenía motivos para estar en una Embajada. El Embajador seguidamente se fue a su Oficina y seguramente llamó a la Cancillería, porque después como a una hora más tarde llegó el mayor Morales. Antes de llegar el mayor Morales, el Embajador me avisó que estaba allí una persona que era empleada de la Embajada Americana

que quería saludarme. Salí y atendí la visita, y el señor con quien hablé, que no lo conocía, me dijo que lamentaba lo sucedido, luego en son de pregunta me manifestó que el Embajador le había dicho que yo había pedido irme para mi casa; le contesté que sí era cierto puesto que mi esposo “estaba entregado”, rectificándome en ese momento el Embajador: “no, la Embajada no lo ha entregado, ha sido la necesidad urgente de hospitalizarlo”. Yo también rectifiqué que mi esposo, voluntariamente, había aceptado ser sacado de la Embajada.

“Yo me retiré y el señor quedó conversando con el Embajador. Después como a las siete de la noche se presentó el mayor Morales en la Embajada, habló con el Embajador un rato en la Oficina, luego el Embajador me llamó a mí diciéndome que el mayor Morales quería hablar conmigo, salí inmediatamente a la sala y entonces el mayor Morales me preguntó que si era cierto que yo había pedido que me llevaran a mi casa, contestándole que voluntariamente por dos veces le había pedido al Embajador el deseo que tenía de regresar a mi casa, manifestándole también lo que le había dicho a todos, de que no había motivos para permanecer en una Embajada. Al preguntarme el mayor Morales cuán-

tas personas éramos por todo, para disponer los automóviles, yo le manifesté que allí estaban los dos carros nuestros en los cuales podíamos irnos, pero él me dijo que no, que esos carros no se podían utilizar porque estaban a la orden de la Seguridad Nacional.

“El dispuso el traslado en la siguiente forma: a mí y a los niños pequeños, así como a mi hija María Isabel, nos acomodó en el carro de él, del mayor Morales; a mis tías, al servicio y a otro de los niños, los acomodó en otro carro, que me parece era de la Radio-Patrulla; y a los dos hijos mayores, Rafael Simón y Manuel, los acomodó en una Radio-Patrulla, acompañados de tres policías. Antes de partir, yo le entregué las dos llaves de los carros nuestros al mayor Morales; y también me bajé del automóvil, donde me había acomodado el mayor Morales, y fui hasta donde el automóvil donde se encontraba mi hijo Rafael Simón y le entregué la llave de la casa; entonces el mismo mayor Morales se la quitó y me la llevó nuevamente al automóvil. Allí comprendí que a mis dos hijos mayores los llevaban detenidos. Y me convencí de esto porque el automóvil donde ellos iban tomó una vía distinta a la que nosotros llevábamos y porque tampoco llegaron a la casa.

“Al llegar a la casa nuestra encontré que las puertas estaban destrozadas y algunas en el suelo, y tanto interior como exteriormente estaba custodiada por muchos policías militares y de la Investigación, vestidos de civil. Como los cuartos de mi esposo, el de la niña, el de los niños y el mío, todos situados en el segundo piso, estaban trancados, yo acosté a dormir a los niños en la alfombra que había en el hall, a la entrada. Uno de los oficiales de la Investigación, viéndome llorar, me dijo que reposara, a lo cual le contesté que cómo iba a reposar puesto que por donde quiera había soldados que se paseaban de un lado para otro. Y que los cuartos estaban cerrados y no se sabía donde estaban las llaves.

“Enseguida que yo acosté a dormir a los niños y los demás nos habíamos sentado en el hall de la entrada, alrededor de los niños, llegaron dos oficiales del Ejército, a quienes no conocía, solicitando hablar conmigo; los hice pasar a la sala que queda a la mano derecha entrando, para ver qué deseaban, me dijeron solamente que iban a interrogarme si era verdad que yo había atravesado mi carro donde hicieron preso al comandante Carlos Delgado Chalbaud, y que si era verdad que yo había tocado la corneta del

carro. Me negué en ambas acusaciones, diciéndoles que yo me había limitado a llevar a mi esposo donde él me había ordenado, o sea donde el Dr. Tejera; me dijeron que más nada tenían que preguntarme, se levantaron y se fueron.

“Media hora más tarde, más o menos, después de esto, se presentó una Radio-Patrulla y me solicitaron dos agentes de Seguridad, diciéndome que los acompañara para una declaración junto con mi hija María Isabel. Mi tía, que se encontraba allí, llorando, cuando vinieron por mí, les dijo que cómo iban a dejar a mis hijos solos; ellos le contestaron que era nada más mientras declaráramos. Inmediatamente después salimos mi hija y yo acompañadas de los dos Agentes y fuimos traídas directamente a la Comandancia de Policía.

“Nos pasaron directamente a la habitación que ya nos tenían preparada. Al día siguiente, se presentó el mayor Morales y me dijo que perdonara, que él lo que me había ofrecido lo había cumplido, o sea que me había llevado a mi casa de habitación, pero que la detención allí en la Policía obedecía a órdenes de la Seguridad Nacional. Mi hija inmediatamente le dijo al mayor Morales que por qué a los niños (refiriéndose a los dos mayores) los habían traído directa-

mente a la Policía y no los habían llevado a la casa, como le había prometido, contestándole el mayor Morales que era porque habían desobedecido al Prefecto. Desde esa fecha he permanecido en la Comandancia de la Policía, con excepción de una noche, sábado siguiente a mi detención, en que fui llevada a la Seguridad Nacional para rendir declaración, como en efecto la rendí, en forma rápida”. —La señora Urbina fue enviada a la Cárcel Modelo en donde yo la veía con frecuencia en la enfermería.

—¿Por qué el gobierno perseguía con tanta saña a los Urbina y ni los niños eran perdonados?

Evidentemente que se les quería extinguir; desaparecer de la tierra.

¿Si Pérez Jiménez era inocente por qué no conservaron la vida de Urbina para que él hubiese confirmado la inocencia del comandante?

¿Quiénes eran los otros altos oficiales comprometidos que no echaron pa'lante?

Todas estas preguntas me atormentaban en mis primeros años de cárcel.

El Prefecto del Departamento Libertador del Distrito Federal, Hernán Gabaldón y el mayor Carlos Morales, recordaron también ante el tribunal los hechos ocurridos, según ellos, en la Em-

bajada de Nicaragua.

El Prefecto Gabaldón dijo.

—“El día 13 de noviembre de 1950, como a las nueve de la mañana, al tener conocimiento por mi superior, el general Juan de Dios Celis Paredes, Gobernador del Distrito Federal para ese entonces, de que había habido un atentado contra la vida del coronel Carlos Delgado Chalbaud, me trasladé a Miraflores, acompañando al general Celis en mi condición de Prefecto del Departamento Libertador, cargo que es el mismo que actualmente desempeño. Inmediatamente después de mi llegada a Miraflores llegó el comandante Luis Felipe Llovera Páez, Ministro de Relaciones Interiores, quien de seguidas me ordenó que me trasladara sin pérdida de tiempo al Cuartel de Policía y pusiera todas las Radio-patrullas del Servicio a buscar al coronel Carlos Delgado Chalbaud cuyo paradero se ignoraba en ese momento. Al llegar al Cuartel de Policía me informó el comandante de la misma, mayor Carlos Morales, que el coronel Carlos Delgado Chalbaud había sido asesinado, que se presumía que el asesino era Rafael Simón Urbina de quien se tenía noticias de que se había refugiado en la Embajada de Nicaragua. Inmediatamente mandamos una comisión de la Po-

licía para que custodiara la zona en que se encuentra la Embajada de Nicaragua, situada en la Urbanización Altamira, permaneciendo en la Comandancia de Policía porque el comandante de ella hubo de trasladarse a la Clínica donde se encontraba el teniente Bacalao Lara, quien según se me informó quería hacer declaraciones antes de morir. Momentos después recibí instrucciones del general Celis Paredes de que despachara inmediatamente al capitán Guerrero, Instructor de la Policía, para la Gobernación donde recibiría órdenes.

“Poco después llegó la noticia, creo que transmitida por el capitán Guerrero, de que en la zona sospechosa se encontraban Urbina y por lo menos veinte de sus secuaces, razón por la cual decidí trasladarme personalmente junto con el mayor Morales al lugar de los sucesos, lo que hicimos acompañados de varias personas. Al llegar frente a la Embajada, el capitán Guerrero, que comandaba las fuerzas policiales destacadas en la región, me informó que dentro de la Embajada se encontraba Urbina y algunos de sus secuaces, y pude observar que el inmueble ocupado por la Embajada tenía las puertas cerradas. Yo me acerqué a la puerta de entrada de la Embajada en compañía de Morales y de Gue-

rrero y tocamos a la puerta, siendo recibidos inmediatamente por el Sr. Embajador de Nicaragua, doctor Sequeira, quien, una vez que me le presenté en mi condición de autoridad y le presenté a mis acompañantes, nos invitó a pasar adelante, entrando todos a la sala de recibo.

“Inmediatamente pregunté al señor Embajador si era cierto que en su Embajada se había refugiado Rafael Simón Urbina con un grupo de sus compañeros, contestándome el señor Embajador que sí se había refugiado allí Rafael Simón Urbina, quien estaba herido en una pierna, y que además de él se encontraban dentro de la Embajada la señora de Rafael Simón Urbina, dos mozos, hijos de éste y algunas damas, miembros de la familia, y personas del servicio de Urbina. El mayor Morales le preguntó entonces al Embajador si Urbina y sus dos hijos estaban armados, contestándole éste que eso era de presumirse.

“Yo le pedí al Embajador que me pasara a la presencia de Urbina para hablar con él. El Embajador fue a la pieza donde se encontraba Urbina regresando inmediatamente con la noticia de que Urbina se negaba a recibirnos. Yo entonces me acerqué hacia la puerta que daba a la habitación en donde se encontraba Urbina

y desde allí le dije a éste en alta voz que yo era Hernán Gabaldón, el Prefecto de Caracas, primo de Juancho Gabaldón, su amigo, y que necesitaba hablar con él. Y como observara que los hijos de Urbina a cada momento abrían y cerraban la puerta para ver dónde estábamos nosotros, me acerqué más a la puerta y sacando mi pistola, dije, mientras la colocaba en un mueble de la sala: "Yo necesito hablar con Urbina; entro sin armas donde está él". Esto lo hice de manera que los hijos de Urbina vieran que yo había dejado el arma sobre el mueble.

"Inmediatamente el Embajador volvió a entrar al sitio en donde se encontraba Urbina atendiendo al ruego que yo le hiciera de que nuevamente me gestionara una entrevista con Urbina, regresando enseguida con la noticia de que Urbina estaba dispuesto a recibirme. El Embajador me advirtió al oído cuando íbamos hacia el lugar donde estaba Urbina que le tuviera cuidado a la pistola "45" que tenía Urbina en la mano. Seguimos, y ví a Urbina acostado en el suelo en un pasadizo, con el saco arrollado como de cabecera y con la mano armada de la pistola colocada entre la cabeza y el saco que le servía de almohada. De inmediato le dije a Urbina: "¿Cómo ha hecho usted eso?", contestán-

dome Urbina con voz normal: “Delgado Chalbaud me la debía y me la pagó”. Pude darme cuenta en este momento que Urbina tenía una herida en la pierna; que una dama que yo no conocía, pero que me dijeron que era la esposa de Urbina, le restañaba la sangre con un pañuelo, sentada o arrodillada a los pies de Urbina, dándome cuenta de que era muy poca la sangre que salía de la herida y de que no había ningún pozo de sangre en el pasadizo en que se encontraba Urbina. También estaban presentes allí un grupo de personas que me dijeron eran familiares de Urbina; y ví al mayor de los hijos de Urbina en actitud como de defender a su padre.

“Yo le dije a Urbina: “Venimos por usted”, y éste me contestó molesto: “Antes de entregármelo me suicido, yo estoy en una Embajada y ustedes tienen que respetarme”. Yo le hice una serie de reflexiones, pero él insistió en su negativa; entonces dirigiéndome al Embajador quien también estaba presente, dije: “Señor Embajador, permítame que le haga una pregunta para que me la conteste aquí delante de Urbina: “¿habiendo muerto el Presidente de la Junta Militar de Gobierno y siendo el autor de esa muerte el señor (e indicaba a Urbina), podrá usted,

señor Embajador, darle asilo a éste?”. El Embajador se puso las manos en la cabeza y exclamó: “¡Cómo es posible, han matado al Presidente Delgado Chalbaud!”. Urbina entonces exclamó rápido: “Yo no fui quien lo mató; quienes lo mataron fueron otros”.

“Entonces yo le dije: “¿Y ese tiro que usted tiene en la pierna no lo acusa?”, a lo que Urbina contestó: “Este tiro me lo dio uno de mis mismos compañeros”. Entonces intervino el Embajador y dirigiéndose a Urbina, dijo: “General Urbina, el Sr. Prefecto tiene mucha razón, yo no le puedo dar asilo” y le oí decir algo de que ese caso era un caso de tribunales y no de delito político. Los familiares de Urbina nos pidieron a mí y al mayor Carlos Morales, quien durante el curso de la conversación, había entrado al mismo sitio en donde se encontraba Urbina, procurando sin éxito que éste se entregara, que les trajéramos un médico para que asistiera al herido. Pasado algún tiempo durante el cual se continuaron las tentativas para convencer a Urbina, les pedí al mayor Carlos Morales y al mayor Sosa Puccini, quien también había llegado, que hicieran venir a un médico del Hospital Militar.

“Después de cierto tiempo durante el cual

continuaron las gestiones, llegaron dos médicos del Hospital Militar, a uno de los cuales conozco y sé que es el doctor Morales Rocha y pasaron a examinar a Urbina. Momentos antes me había dicho Urbina: "Ud. no ha visto nada Gabaldón, esto sigue" y agregó que el tiro que había recibido no tenía importancia porque en ese lado del cuerpo, anteriormente, había recibido tres o cuatro más. Estas expresiones de Urbina fueron las únicas que no se refirieron estrictamente a su decisión de no abandonar la Embajada. Urbina quería que los médicos le curaran allí mismo, pero éstos le manifestaron que la naturaleza de la herida requería cuidados que no se podían prestar satisfactoriamente allí. En vista de esto Urbina resolvió entregarse, y llamándome por mi apellido, me dijo: "Bueno, Gabaldón, yo me voy a entregar, pero ya sabe".

"Entonces procedimos a llevarlo hacia la calle en brazos de varios funcionarios del Gobierno; y lo colocamos en una Radio-patrulla, situándome yo adelante de él en otro vehículo, acompañado del mayor Morales, del mayor Sosa Puccini y del capitán Mario Araujo. Inmediatamente después de la Radio-patrulla que conducía a Urbina, situé otro vehículo en el que iban, Jorge Maldonado Parilli, jefe de la Segu-

ridad Nacional, José de Jesús Gabaldón, Inspector de la Seguridad Nacional, Juan José de Lima y otros funcionarios de Policía y Seguridad. Además, iban otros funcionarios y Agentes de Seguridad en varios vehículos, para asegurar el traslado de Urbina. Fuimos directamente a la Receptoría del Cerro del Obispo, y allí entregamos a Urbina al señor don Cristóbal Araujo, Receptor de este Instituto.

“Una vez entregado Urbina y cumplida la comisión que me había confiado el general Celis Paredes, Gobernador del Distrito Federal, procedí de inmediato a dar cuenta del cumplimiento de la comisión a la Junta Militar de Gobierno y al Gobernador del Distrito Federal. Es todo lo que tengo que declarar”. Fue interrogado así: Sírvase informar si vio en la Embajada de Nicaragua, durante el tiempo que estuvo en ella, al señor Antonio Aranguren? Respondió: “Yo no conozco al señor Aranguren. Supe antes de salir de la Comandancia de Policía, que era un señor mayor que salía de la Embajada y me informaron que el nombre de ese señor era Antonio Aranguren”. Otra: ¿Vio usted siempre a Urbina con la pistola en la mano, tal como lo vio al entrar en el lugar en que él se encontraba? Respondió: “Yo ví a Urbina con la pistola en la ma-

no, tal como he dicho; pero esa pistola la ví, cuando nos íbamos, en manos del mayor Sosa Puccini. La pistola a que me he referido, era una pistola grande, calibre 45, y con cacha blanca". —29 años después, el ex-Prefecto Gabaldón, en una entrevista que aparece en un diario, recordó cómo había salido con Urbina de la Embajada y dijo que fue durante el velorio de Delgado Chalbaud, que se enteró de la muerte del guerrillero. Reveló también que el entonces Director de la Cárcel Modelo, teniente Cisneros, se negó a recibir el cadáver, pero que Llovera Páez lo llamó para hacerle ver la conveniencia de que el cuerpo de Urbina permaneciera allí esa noche hasta la mañana siguiente, cuando fue llevado al Hospital Vargas para la autopsia.

El Comandante de la Policía de Caracas, era entonces el mayor Carlos Morales. Y éstos fueron los detalles que él suministró sobre la detención de don Antonio Aranguren, en la Embajada de Nicaragua:

—“Enseguida de tener la novedad ocurrida en la Urbanización Las Mercedes, que me la dio la Radio-patrulla de guardia en aquel sector, la trasmití de inmediato al Gobernador y al Ministro de la Defensa Nacional. Como a la media

ESTADOS UNIDOS DE VENEZUELA  
MINISTERIO DE RELACIONES INTERIORES

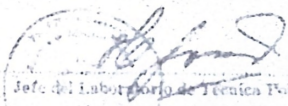
JEFATURA DE SEGURIDAD NACIONAL  
LABORATORIO DE TECNICA POLICIAL  
RECORD POLICIAL

APELLIDOS LEAZ NOMBRES J. J. ANGLADE  
HIJO DE ARTE DE... Y DE...  
LUGAR DE NACIMIENTO CAUQUERARA MUNICIPIO PALCOE  
EDAD 32 AÑOS NACIONALIDAD VENEZOLANA PROFESION  
ABILECER DOMICILIADO EN MACARAL (PALCOE) DIRECCION

La persona cuya filiacion y fotografia figuran en este documento, valido sin ninguna enmendatura, posee en el ARCHIVO CENTRAL DE LA SEGURIDAD NACIONAL los antecedentes que se anotan extractados al reverso de este certificado.

EXTIENDE ESTE RECORD POLICIAL EN EL LABORATORIO DE TECNICA POLICIAL  
DE LA JEFATURA DE SEGURIDAD NACIONAL.

Caracas, 13 de diciembre de 1980

  
Jefe del Laboratorio de Técnica Policial



C. I. N. 401144

FORMULA

DACTILOSCOPIA

La ficha que me levantó la Seguridad Nacional.

hora, recibí órdenes del general Celis Paredes, Gobernador del Distrito Federal, de trasladarme a la Embajada de Nicaragua, para detener a Rafael Simón Urbina. En el Comando estaba conmigo el Prefecto Hernán Gabaldón, a quien invité que me acompañara en esta misión. Yo llegué a la Embajada, rodeándola con la policía y tomando las precauciones del caso, en la impresión de que también acompañaran a Urbina algunas personas cómplices del asesinato del coronel Delgado Chalbaud. Antes de entrar a la Embajada, encontré en la puerta a un señor anciano, que intentaba entrar también y le pregunté que quién era él, contestándome que era el "General Aranguren" y que venía a visitar al Embajador, porque era muy amigo de él. Enseguida toqué la puerta de la Embajada y nos salió el señor Embajador, quien nos mandó a pasar adelante, al Prefecto Gabaldón y a mí.

"Le pregunté al señor Embajador que si era verdad que era amigo del señor anciano, Aranguren, y me contestó que no lo conocía. De inmediato ordené que trasladaran a Aranguren en una unidad patrullera, a la Jefatura de Chacao, hasta segunda orden. Al entrar y hablar con el Embajador, le manifestamos que veníamos en solicitud de Urbina, quien había come-

tido el asesinato del Presidente de la Junta Militar, manifestándonos el Embajador que ignoraba tales hechos. De inmediato llamó por teléfono al Canciller Gómez Ruiz, parece que sobre el procedimiento para entregar a la Policía al mencionado Rafael Simón Urbina.

“De allí en adelante, por espacio de dos o tres horas, estuvimos tratando de convencer a Urbina de la necesidad de que se entregara, porque no tenía derecho a la protección diplomática. Por último convino en dejar la Embajada, habiendo sido conducido a la Cárcel del Obispo, donde quedó a la orden de la Seguridad Nacional. Debo observar que Urbina convino en dejar la Embajada después que los médicos lo examinaron, uno de ellos de apellido Morales Rocha y otro a quien no conozco, le hicieron ver que su herida no podía ser tratada en la Embajada, sino en un instituto adecuado y con toda urgencia, de acuerdo con los dictados de la ciencia médica. Además de Urbina, estaban con él en la embajada, su señora, que demostraba estar muy afectada, y los hijos de Urbina, quienes estaban en actitud correcta; es posible y lo recuerdo vagamente, que estuvieran otras señoras junto con la familia Urbina.

“Cuando entramos a hablar con Urbina, éste,

acostado en el suelo, tenía el brazo derecho bajo la cabeza y en él una pistola grande, cacha blanca; esta misma pistola la ví luego sobre un mueble en un saloncito de la Embajada, y después en manos, no recuerdo si del capitán Mario Araujo o del comandante Sosa Puccini, a quien se las pedí, preguntándole al Embajador si era de él, contestándome negativamente, por lo cual me incauté de ella, entregándola luego a la Seguridad Nacional.

“Pude notar que Urbina hablaba con voz normal; y en relación con los sucesos, lo único que dijo fue que él no había matado al coronel Delgado Chalbaud, sino que había sido un compañero de él; que el tiro que tenía él se lo había dado uno de sus compañeros; y que si él moría habrían muchos más muertos. Posteriormente, en ese mismo día, volví a la Embajada de Nicaragua a hablar con la señora de Urbina sobre su permanencia en la Embajada. Después de un largo rato, habiendo también intervenido el Embajador de Nicaragua, convino la señora de Urbina con todos sus familiares, en dejar la Embajada, y fue llevada a su casa de habitación, Quinta “Luzant”, donde esa misma noche fue detenida”.

Cuando yo estaba en los sótanos de Miraflo-

res ignoraba todas estas cosas, pues no fui testigo de ninguna de ellas.

A los tres días de estar encerrado me llevaron otra vez al Palacio. Ya no estaba Pérez Jiménez, sino otros oficiales. Entonces expresaron:

—Tú eres un santico. Tú lo que estabas era mintiendo y que no sabías nada. Y antes de verte para Caracas le manifestaste todo al Jefe Civil de allá. —Yo dije que era falso.

—Yo no he hablado con ningún Jefe Civil. Yo no sabía nada de lo que iba a suceder, ni de los planes que había contra el Presidente de la Junta Militar de Gobierno.

—Sí, tú eres un santico. Tú no sabes nada. A Juan Bautista Morillo tú le contaste todo!

—Eso es incierto. Juan Bautista Morillo no sabe nada de esto. Es muy amigo mío, pero yo no le he dicho nada. —Un buen día me sacaron del sótano y me llevaron a otro sitio. Allá comenzó a investigarme un Inspector del FBI. Historia también desconocida hasta hoy.

En el Sumario aparece sólo un peritaje de armas realizado por el FBI y que es el siguiente:

“Informe del Laboratorio FBI Oficina Federal de Investigaciones, Washington, Distrito Columbia. 15 de marzo de 1951. Al señor D.L.

Nicholson, jefe de la División de Seguridad, Departamento de Estado, Washington, D.C. A continuación se haya el informe del Laboratorio FBI, que expresa los resultados de los exámenes efectuados sobre los elementos de prueba personalmente suministrados por el señor E.H. Adkins, Jr. el 10 de marzo de 1951. J. Edgar Hoover, John Edgar Hoover, Director. Asunto: Asesinato del Coronel Carlos Delgado Chalbaud, Presidente de la Junta de Gobierno, 13 de noviembre de 1950. Expediente de origen: N° SY: LMD; expediente del FBI: N° 95-39827; Laboratorio: N° PC-29750 EX. Examen solicitado: por el destinatario. Referencia: carta recibida del Departamento de Estado el 10 de marzo de 1951, con carta del Director de la Policía de Seguridad de Venezuela, fechada el 3 de marzo de 1951. Examen pedido: armas de fuego (armas y municiones). Muestras: Nota: la Q significa por averiguar, la K conocida).

Q1 Bala sacada del cuerpo del Coronel Carlos Delgado Chalbaud, Presidente de la Junta de Gobierno.

Q2 Bala de automática de calibre .45 encontrada en el lugar del crimen.

Q3 Cápsula de automática de calibre .45 encontrada en el lugar del crimen.

K1 Pistola automática de calibre .380, Fabrique Nationale, número serial 05700, con peine.

K2 Pistola automática Colt, de calibre .45, Número serial C236929, con peine.

K3 Pistola automática Colt, calibre .45, Número serial C197230.

K4 Revólver Smith & Wesson Especial, calibre .44, Número serial borrado.

También fueron presentadas seis cápsulas de calibre .380, del peine de K1.

Resultado de los exámenes: la muestra Q1 es una bala con cubierta de cobre, aproximadamente de calibre .32 (diámetro de .318 de pulgada), con un peso de 119.5 granos. No ha sido posible identificar esta muestra respecto del tipo de calibre ni del lugar de fabricación. Las características físicas indican que no es un producto de fabricación nacional corriente, de venta en los Estados Unidos. Esta bala fue disparada de un arma que tiene las características espirales generales de seis zonas y ranuras, con enroscadura a la derecha. A causa de la apariencia y ubicación de ciertas señales que aparecen en la bala, hay indicios de que pudo haber sido disparada por un revólver. Sin embargo, las señales observadas no son lo suficientemente caracteri-

zadas como para eliminar completamente otros tipos de arma. Se determinó que Q1 no pudo haber sido disparada de K1. Esta arma tiene una cámara del tipo de cartucho que se denomina de .380 o de 9 mm, corto. Como se indica más arriba, la muestra Q1 fue disparada con un arma de calibre .32, aproximadamente.

La muestra Q2 es una bala con cubierta de cobre, del tipo conocido como de .45 automática, y pesaba aproximadamente 229.5 granos. Esta bala fue disparada con un arma con las características generales de espiral de seis zonas y ranuras, con enroscadura a la izquierda. Estas mismas características de rayado se usaron en la fabricación de K2. El cañón interior de esta arma estaba muy oxidado y las señales que se encontraron en las balas de prueba no eran adecuadas para una comparación microscópica con las señales halladas en Q2. En consecuencia, no fue posible determinar si Q2 fue disparada con esta arma o no.

La muestra Q3 es una cápsula de .45 automática, fabricada por la Western Cartridge Company. Con fundamento en las marcas halladas en la impresión dejada por la aguja de percusión en el pistón de esta cápsula, se determinó que esta muestra no pudo haber sido dispa-

rada con K2, a menos que se hubieran substituido partes del K2 con posterioridad al disparo.

El número serial de la muestra K4 se halló que era 32391.

La pistola automática Colt, de calibre .45, K3 no parece haber sido disparada desde que fue limpiada por última vez. Esta determinación se basó en la presencia de una ligera capa de aceite en la cara de la recámara, la aguja de percusión, la rampa de cargar y las superficies interiores del deslizador cerca del orificio de expulsión. No se hicieron tiros de prueba pues los disparos habrían removido las capas de aceite.

Se investigaron los números seriales de las armas presentadas en el índice de Bienes Nacionales Robados; sin embargo, no se encontró indicación anterior de la pérdida o robo de armas con estos números seriales. Este índice contiene una lista de los bienes denunciados como perdidos o robados a la Oficina Federal de Investigaciones.

Las muestras de prueba recibidas del señor E.H. Adkins, Jr., le serán devueltas personalmente.

Certifico que éste es el Informe Oficial del Laboratorio FBI y que, constante de dos páginas, expresa los resultados de los exámenes di-

rigidos por mí sobre las muestras de prueba arriba enumeradas. (Firmado) Marion E. Williams, Marion E. Williams, Agente Especial, Oficina Federal de Investigaciones, Departamento de Justicia de los Estados Unidos, Washington, Distrito Columbia. Jurado y suscrito ante mí, hoy, día 15 de marzo de 1951. (Firmado) Helen E. Dunaway, Notario Público para el Distrito Columbia. Mi comisión expira el 13 de septiembre de 1951. (Hay un sello que dice: Helen E. Dunaway, Notario Público, Distrito de Columbia”).

Un agente del Federal Bureau of Investigation interrogó a cada uno de nosotros y me hizo una severa advertencia.

INTERVIENE EL FBI  
Y ME AMENAZAN CON LEY DE FUGA



Carlos Mijares, había sido hecho preso en una hacienda del Estado Miranda llamada Caño de La Palma. Fue llevado al sótano.

Apresaron también a tres negros y un viejito, que trabajaban por aquellos lados. Los jóvenes se volvieron locos y vivían gritando que “Mijares había llevado la mala suerte a Caño de La Palma”.

Lanzaban terribles alaridos y decían:

—Ese hombre es el diablo!!! Ese hombre es el diablo!!! —El único que conservó la razón fue el viejito.

El Inspector del FBI que vino a investigar el caso Delgado Chalbaud, habló conmigo. Era un hombre alto, blanco y con una marca en la nariz. Antes de ir nosotros a declarar en el Tribunal de Baruta, estuvo el norteamericano preguntando de todo y después dijo que tuviéramos mucho cuidado con lo que confesábamos en los tribunales.

—Declaren sin perjudicarse ustedes y sin dañar a nadie. No compliquen a nadie y no se compliquen ustedes, porque si alguien sale perjudicado, se les aplicará la ley de fuga. —Yo escuché todo aquello en silencio y comprendí que lo mejor era llevarse por los consejos del gringo. Además, ya se veía que nadie tenía interés en aclarar nada y que como dicen ahora, parece que la línea era “hacerse el loco”, pues no presionaban tampoco a ninguno para buscar más datos. Cada quien podía contar las cosas como le diera la gana y así pasó... Entonces nosotros lo que hablamos —y no me canso de repetirlo— fue pura mentira. Sabíamos por el americano que no teníamos que decir la verdad.

Era muy peligroso citar nombres, porque cualquiera de los aludidos podía ordenar nuestro asesinato. El americano habló muy claro:

—Sólo ustedes pueden salvarse si saben callar... —Al único que llamaron a declarar a los tribunales de Caracas se llamaba Osorio de Jesús Ollarves y manifestó al Juez que nosotros habíamos venido al secuestro de Delgado Chalbaud de acuerdo con Marcos Pérez Jiménez. Cuando regresó de los tribunales lo metieron en un calabozo y le estuvieron echando agua toda la noche.

El 24 de marzo de 1951 nos pasaron a la Cárcel Modelo. Volvimos a ver la luz, después de cuatro meses y medio.

Ollarves quedó en Miraflores por espacio de unos veinte días más. Entonces lo llamaron a Baruta y el Inspector del FBI le dijo —antes de que fuera al tribunal— lo que tenía que hacer: lo mismo que hicimos nosotros... Entonces él cambió su declaración y por el mes de abril lo llevaron a la Cárcel Modelo de Caracas. Por cierto que no sé qué intereses tenían los americanos en el asunto de Delgado Chalbaud, pues si ustedes recuerdan, la señora Urbina cuenta también que cuando estaba en la Embajada de Nicaragua fue a visitarla un empleado de la Embajada de los Estados Unidos...

¿Dónde están los papeles con los interrogatorios del FBI?

El Director de la Modelo era un capitán retirado de apellido Becerra. Nos llamó a todos y explicó cómo era la vida en la cárcel. Advirtió que si uno se portaba bien, estaría bien, pero quien se comportara mal, sería duramente castigado.

Nos destinaron una letra en el pabellón número 1; la letra D. Cada uno estaba solo en un calabozo. A mí me tocó el número 10.

Al otro día de estar allí, pasaron por todo el frente de mi calabozo a Juan Bautista Morillo Romero. Lo llevaban para una celda, creo que la número uno. Yo estaba inocente. No me imaginaba que a Morillo podían haberlo hecho preso.

Así permanecimos alrededor de dos años. Trancados. Nos abrían cuando nos iban a dar la comida y eso uno a uno. El repartidor se presentaba acompañado de dos guardias.

Al mediodía podíamos ir a los baños. Teníamos que tener una lata para hacer las necesidades, puesto que no nos permitían salir a los sanitarios sino a la hora del almuerzo. Nos fijaban un minuto para ir al baño y regresar. El tiempo sólo alcanzaba para botar lo que teníamos en la lata y lavarla.

Setecientos treinta días sin hablar con nadie!

Ni con quienes llevaban la comida podíamos cruzar una palabra, porque los guardias lo impedían!!

Después —a los dos años— nos abrieron las puertas en el día y podíamos tomar un poquito de sol, pero sin asomarnos a las rejas de las demás letras, porque castigaban a los otros presos. Eramos como unos leprosos. Nadie se podía acercar.

Los guardias nos hicieron una raya de donde no podíamos pasar. Era una raya blanca, pintada a unos diez metros de la reja por donde se salía.

Así estuvimos dos años más, con la raya y abriéndonos los calabozos sólo en el día.

Las horas eran muy largas. Los días no se terminaban nunca. Yo me acordaba de mi gente y de la Sierra. Pensaba en los trabajos que había pasado Urbina. Y seguía interesándome por la vida del caudillo. Ahora más. Por eso leía mucho. Me cautivaron entonces las acciones de Urbina de años anteriores a la toma de Curazao y los fracasos que tuvo que soportar cuando el alzamiento de la Aduana.

Las historias publicadas por el mismo Rafael Simón me servían de compañía.

### PRIMEROS PASOS DE URBINA

Francisco Senior ofreció a Urbina algunos recursos para trasladarse al extranjero a donde logró irse después de muchos otros tropiezos en su tierra: de Puerto Cabello se dirigió a Porlamar; de aquí tomó pasaje de 3a. clase en el vapor "Venezuela" y viajó hasta Cristóbal Colón: descendió a tierra el ciudadano Manuel Arias.

En Cristóbal Colón el Gobernador nególe un pasaporte, pero el Secretario, un bachiller que como tal era civilizado, consiguió que se le expidiera de tránsito para Ciudad Bolívar, y este ecuánime bachiller Rodríguez puso en las manos callosas del joven Arias la cantidad de cinco bolívares para las necesidades más perentorias...

Permaneció en Trinidad algunos días, pobre y hambreado: el general Asunción Rodríguez le toreó un pasaje para Curazao hasta desesperarlo. Igual negativa cuando se dirigió al general Francisco Linares Alcántara, quien a pesar de haberse pasado lo mejor de su vida en West Point, no pudo conocer allí, en la voz y en los gestos del hombre a quien sabe llevar bien atorillados los pantalones.

Ante los compatriotas que le volvían las espaldas, sin saber siquiera decir pan en la jerga inglesa de Puerto España, resolvió enrolarse en la goleta "Hender Prais" y siguió a Curazao en donde le esperaba la prisión... Intervinieron el doctor Félix Montes, Bartolomé Ferrer y Ramón Ayala: lograron que saliese en la goleta Minerva que lo echó en Puerto Padre, de Cuba, y con él iban 200 negros zafreros... Estando en Puerto Padre, la Junta de Inmigración quiso re-

gresarlo a Curazao por su aspecto enfermizo, y Urbina ocurrió entonces al coronel Rodríguez que era el jefe de la Junta y le contó su historia que luego verificada por Rodríguez, lo hizo conducir a la estación ferroviaria de Ocacocun y le puso en las manos cincuenta dólares para que siguiese a La Habana.

Aquí estuvo siete meses en compañía de Nicolás Hernández, hijo del Mocho; pero sin trabajo resolvió viajar a Barranquilla y se llamaba entonces José Antonio Sánchez y Companione. En Barranquilla, Guillermo Power, que es un caballero en la extensión del vocablo, le estableció un negocio de víveres. Luego dirigió un club de juergas y cierto día de carnaval acudieron muchas parejas al baile que ofrecía el gerente don José Antonio Sánchez y Companione mediante la compra de un billete que daba permiso para el jaleo. Pero cuál no sería el espanto del cubano José Antonio cuando se dio cuenta de que los asaltantes del club eran todos maricas!... Se extrañaba Urbina de aquella suerte suya. En una sola noche vendió en el baile, poblado de invertidos, seiscientos dólares!...

El último negocio de Urbina en la ciudad atlántica lo tuvo con Arnaldo Morales Carabaño; las economías de 300 y más pesos las guar-

daban en cédulas del Banco "López" que a poco quebró y las cédulas se volvieron papel de historia, como los viejos millones de reiksmarks!

Se hizo magnánimo el viejo Gómez y decretó la amnistía general en julio del año 25. Urbina se dirigió a Curazao en donde fue muy bien recibido. Y aunque había un expediente contra su persona por los acontecimientos de San Luis, en el año 22, el general Gómez ordenó se echase tierra al asunto y entonces el comerciante en Barranquilla pudo regresar a Caracas.

¿Volvía agradecido a Gómez? —No. Hay la constancia en la respuesta que dio a Power y a Briceño Maldonado cuando le advirtieron que había peligros en su regreso a Venezuela... Urbina les contestó que él seguía siendo revolucionario y que en Caracas continuaría su obra. Y conviene recordar esto para podernos explicar más tarde su aparente aceptación de la tirante situación de Caracas, cuando Urbina tuvo necesidad de colaborar con Fossi que sí era, según Urbina, un auténtico chácharo de la dictadura.

Estando en Caracas, sus gestiones sigilosas eran con el general Elbano Mibelli, doctores Pedro José Rojas y Arminio Borjas y con Bernabé Planas, además de muchos estudiantes con quienes solía cambiar ideas.



Yo creo que ésta era la pistola que cargaba Delgado Chalbaud. El Sumario dice que la tenía Carlos Mijares.

Y fue entonces cuando conoció a Fossi. Son de Urbina estas palabras: "En aquellos días se me presentó un sujeto llamado Fossi que deseaba conocerme: entablamos amistad, pero yo sabía que nadie confiaba en Fossi porque recibía, a menudo, cartas del general Gómez...".

Ya con una amistad de dos meses, un día le exigió que le presentara a Mibelli a quien Fossi le pidió una ayuda de 2.000 bolívares.

Preso Mibelli, ya no había esperanzas de nada y fue en esos días cuando Urbina resolvió meterse bajo el ala de Velasco para así poder ayudar a los estudiantes y a los que deseaban terminar con la opresión del pueblo venezolano.

Urbina se pregunta a menudo que quién habría sido el culpable de la prisión de Mibelli!... Pero no ha podido saberlo todavía...

Ya disfrazado de chácharo, se le ordenó registrar una botica en la parroquia de San José: entró por una puerta y dejó abierta la otra para que por ella se escapasen los que se encontraban entre jarabes y pomadas.

En otra ocasión Fossi fue designado para allanar la fábrica de vidrio y prender a Jesús Corao, cuya orden de prisión se debió a ciertas declaraciones de Fossi. Cuando llegaron los esbirros, Jesús Corao estaba en su oficina; Fossi

quiso vejarlo y entonces Urbina dijo a Corao que escogiera entre los presentes para que lo acompañara el que él designase, y que siguiera a la Gobernación en donde querían interrogarlo. A Fossi no le gustó la actitud de Urbina y entonces le hizo seguir un sumario a Corao por palabras que éste no había proferido: cuando Fossi quiso recoger las firmas de los que estuvieron presentes en la fábrica de vidrio, Urbina se negó a estampar la suya.

Ya en tratos con Jóvito Villalba y con Rómulo Betancourt, los líderes del movimiento del 7 de abril, a las 7 de la noche llegó a la pensión de Urbina el coriano Gustavo Reyes y le informó que Villalba y Betancourt le preguntaban si podían contar con él para esa misma noche. Inquirió la causa de aquella exigencia y Reyes le dijo que con ellos estaban comprometidos el cuartel de San Carlos, el cuartel del Comando en Miraflores y la Escuela Militar. Entonces Urbina le manifestó que podían contar con él y que estaba a las órdenes de sus amigos, y lo primero que hizo fue llamar a Fossi que vivía en la misma pensión: lo puso en cuenta de todo en presencia de Reyes, pero Fossi no le contestó una palabra; le empezaron a temblar las piernas (por frío), pero reaccionó y ofreció su con-

curso... Este concurso, en la mañana anterior se transformó en el allanamiento de las casas sospechosas.

En el tiroteo del 8 de abril en San José, Fossi se vanagloriaba de que uno de los heridos era obra suya porque el calibre de la bala correspondía a su pistola. Por esto y por muchas otras actividades adquirió gran ascendiente en el Gobierno, al extremo de que se le quiso nombrar administrador de la Aduana de Guanta, y como le preguntara a Urbina si era esta Aduana mejor que la de Coro, Urbina le contestó que no se trataba de que fuera mejor o peor, sino que él (Urbina) estaba comprometido con el movimiento de Delgado Chalbaud que tenía sus delegados en Caracas, entre otros Arvelo Larriva.

Fossi ocupó entonces la Aduana de Coro, y estando allí Urbina le exigió dejase pasar por la Aduana a un estudiante llamado Gustavo Ponte, pero se negó porque si lo hacía prisionero adquiriría mayores títulos y lo harían presidente del Estado. Pero al fin lo dejó pasar gracias a la tenaz insistencia de Urbina.

El objeto del viaje de Ponte fue precisar a los revolucionarios del extranjero: Ponte fue a Curazao y de allí pudo cablegrafiar a "Rodelchal".- París.- La respuesta recibida por Pon-



Carlos Mijares cuando fue capturado, 19 días después del frustrado golpe militar del 13 de noviembre.

te anunciaba que todo estaba fracasado y que Delgado Chalbaud saldría, pero más tarde.

En Caracas, una vez ido Arvelo Larriva para Europa, la esposa de éste, estaba encargada de tener al corriente de todas las actuaciones de los revolucionarios en París para la cual Arvelo trabajaba incesantemente acordando el movimiento de allá con los preparativos también revolucionarios de aquí. Arvelo Larriva fue considerado por los comunistas y los ineptos, como espía de Gómez, cuando en realidad no se ha visto espíritu de revolucionario más inquieto. Se atrevió a revolucionar en las propias barbas del tirano.

Al llegar a La Vela, Fossi se echó en brazos de Urbina en el sentido de que le prestara la colaboración de su gente. Así pudo Urbina colocar a Abraham Navarro, Olegario Reyes y Julio R. Hernández y a veinte oficiales más de la Sierra de Coro.

En la Aduana, Fossi se convirtió en una rata; le quitó dinero a los señores Juan Biaggi, Luis Reyes y hermanos Curiel; y a cada goleta que iba a Curazao le hacía encargos que recibía y no pagaba. A los fardos del comercio les sustraía de noche, dos o tres piezas para su propio almacén. Tuvo el cinismo de llevar un día a Ur-

bina a su cuarto para que viera lo que tenía guardado. Y como le propusiera que le buscara venta, Urbina se negó a entrar en tales chanchullos.

Alguna vez el general Gómez ordenó a Fossi le enviara correspondencia sobre teóricos descubrimientos de rebeliones, y que esa correspondencia la enviara con Urbina, y éste al ser interrogado por el padre José (que eso era el doctor José Rosario) dijo él que sí era cierto lo que delataba Fossi puesto que Fossi lo afirmaba, pero que a él, a Urbina, no le constaba personalmente...

Al llegar a Coro lo llamó Azuaje y le preguntó si era cierto que el señor Renato Medina preparaba un plan para derrocar a Azuaje, y como observó que se le tendía una celada, se ofuscó y dijo que sí, pero se ofuscó y quiso emplear las armas; pero reflexionó y cayó en la cuenta de que todo era tramado por Fossi... Salió de palacio y se fue a La Vela; increpó a Fossi por la vaina que había querido echarle dando ocasión a Azuaje para chalequearlo. Y añadió: "Ud. está vendido, porque la gente que tiene en la Aduana es toda mía. Tenemos que alzarnos de cualquier manera". Fossi entonces le aconsejó que se calmase y le ofreció champaña de su alma-

cén formado con el hurto de los almacenes de la Aduana. Rehusó beber y excitó al Administrador para combinar el plan del alzamiento.

Fossi se comprometió, pero exigió a Urbina que esperase unos 15 días, y fijaron el movimiento para el 24 de julio. Pero como advertencia previa y decisiva, Urbina le dijo que si lo delataba, se moría!

Como Fossi inquiriese de Urbina sobre los medios con que contaba, éste le dijo que tenía con él a todo el Estado Falcón de donde no lo sacaría nadie y que, además, del exterior vendrían recursos. Fossi recordole que en la agencia del Banco de Venezuela había 600 mil bolívares; que él podría hacerse de esa plata e irse al exterior para obtener los recursos necesarios... A lo cual contestó Urbina que así no jugaba su gallo, que los aires de la Sierra eran muy saludables.

Llegó el 24 de julio, fecha clásica en los anales de la Emancipación y la más propicia para honrar la memoria santa de los libertadores. Pero Fossi no entendía de esto, y cuando Urbina se presentó a La Vela en la mañana del 24, aquél no tenía nada preparado, por lo cual Urbina llamó a los coroneles Julio R. Hernández, Olegario Reyes, al capitán Eloy Hernández, Fe-

bres García, Ramón Jiménez Mollejas y Justiano Arcila que inmediatamente tomaron la Gobernación de La Vela en diez minutos. Se hizo preso al Gobernador Balza en el sitio de Taratara. En Cumarebo, el coronel Hernández tomó la Gobernación y aprehendió al Gobernador José León Márquez.

Fossi, ante el sitio irremediable de La Vela, le pidió su carro a Urbina y éste confiado se lo cedió: salió Fossi despavorido, paró a medio kilómetro de La Vela y dejó ir al chófer para Coro y a toda velocidad informó a la gente de la capital, que Fossi creía que aquello de Urbina era una locura.

A instancias de Olegario Reyes, Urbina se dirigió a Cumarebo ya de malas con Fossi a quien no fusiló para no dar ejemplo contrario al fin que perseguían. Estando en Cumarebo, Fossi se ocupaba en recoger toallas y perfumes que guardaba en los bolsones y era, por eso, el hazmerreir de los soldados que cuchicheaban: "Le espera la Sierra", los correderos de Urbina que la poseía con 120 hombres.

Al llegar al caserío de Uria, se hizo preso al jefe de este caserío, Raimundo Ortiz Sandoval, y fue ejecutado enseguida porque este hombre en el año 22 sacó a la maternal tía Julia por

unos fangales, anciana, se le hizo marchar hasta siete leguas y se quemó su casa y se le afeitó la cabeza. Además, este Ortiz Sandoval mató a palos a diez o más oficiales y forzó varias mozas, hijas o hembras de los urbinistas de la Sierra!... Hasta el manto de la virgen de las Mercedes, patrona de los Urbina desde los abuelos de la Colonia, en Cumarigua, había sido llevado para adornar la casa de Ortiz Sandoval, espía del Gobierno que jugaba con la piedad religiosa de una familia y con la debilidad y pobreza de unos hombres perseguidos.

Cuando Urbina y su tropa llegaron a la casa de Ortiz Sandoval, sin reconocerle, le ofrecieron café y cuánta sería la sorpresa de Urbina al ver en el plato que sostenía la taza el monograma de doña María de Jesús de Urbina, abuela de Rafael Simón, y que fueron sustraídos para lujo de Ortiz y sus secuaces. La cruel justicia del condotiero era un derecho de revancha.

Salieron Urbina y su gente para el municipio de Curimagua, y en la noche apareció la guerrilla del Gobierno al mando del coronel Graterol hasta con 300 soldados.

Los compañeros de Urbina estaban sobre un picacho de la serranía. Fossi continuaba impartiendo órdenes que calificaba de militares; de-

cía: “Cuando se coge un preso, lo primero es registrarle los bolsillos, y cuando se llega a un poblado, se va a las casas, se solicitan los baúles y se les lleva a los jefes... Estaba bien inspirado en la psicología de los piratas...

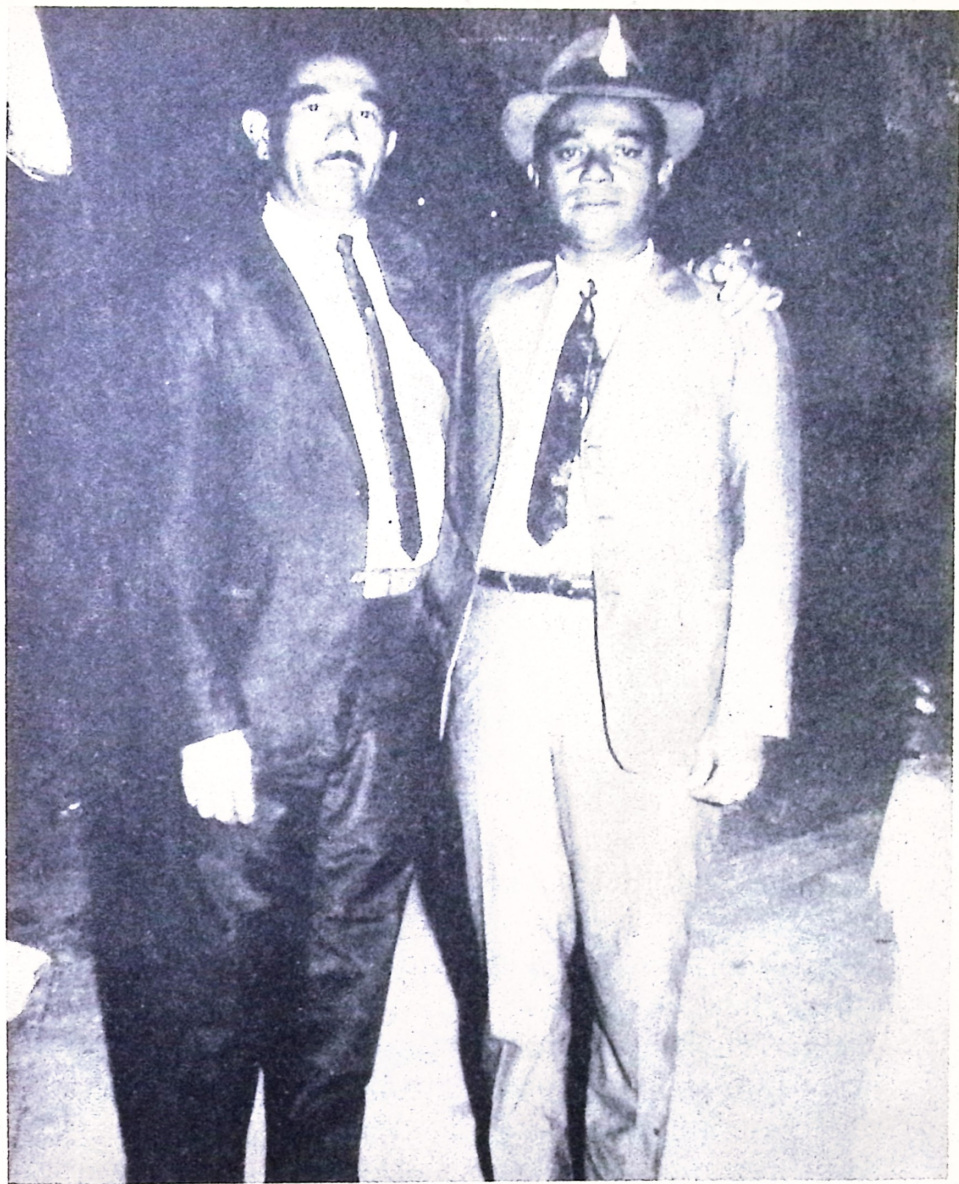
A las 7 de la noche el gobierno atacó el picacho, pero la embestida fue rechazada por el coronel Julio R. Hernández. Este invitó a Fossi a pelear y Fossi acepta: Urbina divide en tres columnas su gente; toma para su empresa personal cincuenta hombres de los 120 que lo acompañan y con él van el coronel Julio R. Hernández y el capitán Eloy; y le entrega a Fossi sesenta hombres con un experto rumbero para que lo conduzca a un punto de menor peligro. El resto de la gente le fue confiada al capitán Chirinos.

Bajando hacia el pueblo donde el ojo del gobierno está vigilando, Fossi resolvió quedarse con su gente, porque él no peleaba, pues Urbina era un loco: se negó a la gallarda invitación que le hizo Abraham Navarro.

Urbina peleó y se defendió como pudo, en tanto que a las 2 de la mañana, el hombre de los perfumes y toallas se desayunaba chupando trocitos de caña de azúcar que descortezaba con el filo amellado de una espada de plomo!...

Con razón que todos aquellos bravos quisieran ajusticiar a hombre de tan poca fe y tan men- guado coraje, pero lo salvó Urbina aunque sa- bía que Fossi era traidor y desertor. Fossi le ro- gaba que le salvase la vida y obtuvo la promesa de que no se le haría mal alguno; obtuvo la pro- mesa de que se le sacaría al exterior, compro- bándole así Urbina que era su amigo y que no se dejaba sugestionar por la gente que intenta- ba asesinarle.

Salieron para el caserío del Carmen y allí pensó Urbina en diseminar su gente: al coro- nel Julio Ramón Hernández lo hizo seguir para San Luis, al coronel Medina Maduro lo envió ha- cia Churuguara y al coronel Olegario Reyes lo pasó para Carimagua. Juntos fuimos, dice Ur- bina, el coronel Reyes y yo a la casa del señor Jesús Medina y allí comimos algo, pues eran mu- chos los días de hambre. Fueron muchos los días en que el alimento era solamente "semeruco", especie de cereza silvestre muy dulce y fragan- te. Si había agua para beber era la que alguna lluvia pasajera dejaba como una misericordia en las huellas hondas que dejaba el paso por las recuas. Muchas veces era deliciosa el agua es- trujada de alguna cobija que fue tendida para guarecer a su dueño del invierno.



Y el mismo Carlos Mijares veinte años después, cuando salió de la Cárcel Modelo. Yo había quedado en libertad unos 15 días antes y fui a esperarlo a las puertas del penal.

Un compañero de Urbina dice lo siguiente: “Es imposible explicar hasta dónde llega la resistencia de este hombre para tolerar el hambre y la sed. Mientras unos se angustiaban con la carencia casi absoluta para calmar la sed, él alentaba a los demás a utilizar los frutos del cardón y de la tuna, haciendo las veces de comida y bebida. Sabido es que en los grandes veranos, tan frecuentes en Falcón, el cardón hace las veces de pasto y de agua para los chivos”.

En cierta ocasión, la sed alcanzó su punto culminante y se bebieron el agua del radiador, agua densa por la suciedad y con la temperatura a que alcanza en una máquina en marcha.

En otra ocasión, uno de sus acompañantes fue en busca de agua a un estanque a una legua de distancia. Se presentó con una lata de querosén llena del deseado elemento. Y cuánta sería la sed de todos que, como si se les despertara la animalidad instintiva, para beber el primero, casi hicieron, en un acto mecánico, uso de sus pistolas para disputarse su porción de agua!!!!

Esa noche, continúa Urbina, Fossi con el temor de que lo matasen, durmió casi debajo de mí, o mejor dicho, no me dejó dormir porque cada vez que uno de mis oficiales se movía o

roncaba, aquél creía que lo iban a asesinar. Apenas quedábamos once personas y entonces le dije a Fossi que se arreglara porque nos íbamos para el extranjero; pero él miraba aquellas disposiciones con infantil horror, pues no se imaginaba que yo fuera capaz de lograr lo que deseaba realizar...

Dí mis disposiciones, a nadie comuniqué mi plan, y nos pusimos en marcha: bajo el sol sahareño de mis queridas tierras falconianas, apenas si encontrábamos en los caminos ardientes la tuna y el cardón. En el marco de un horizonte que se deshacía en fuegos solares, un hombre lloraba y maldecía; llevaba consigo una cobija que le arrastraba, ya no usaba perfumes ni toallas y había que regañarlo como si se tratase de un niño...

Seguimos por espesa selva; los cielos diluviaban y el triunfo ponía en las almas el terror; de pronto un árbol centenario se divide o lo dividen los elementos y el estruendo es sinónimo de catástrofe!... Al ruido sigue la fuga de los animales vecinos y el invencible Fossi grita y pide socorro porque lo han "asesinado"!... Hay que convencerle que no es lo que cree, pues está vivo, y el convoy de los hambrientos sigue su marcha cuando al volver del camino alguien avi-

sa que viene la gente del Gobierno, pero Urbina que está en su tierra, sabe que aquellos bultos blancos son de manadas de chivos!... Fossi había desaparecido pues acaso no le convenciera la explicación...

Después de perder un tiempo precioso en solicitarlo, advierte Urbina, dimos con él metido debajo de un matorral, y a la voz de "sal de allí, Fossi", rogó que no lo mataran, que él se rendía: había creído que eran fuerzas del Gobierno. Y como la gente se burlara de él por lo sucio y mojado que salió del matorral, hubo que darle otra ropa para evitar la rechifla. Y camino andando, muertos de hambre, de sed y de fatiga, llegaron el día siguiente a las puertas de Coro, y acamparon a inmediaciones del Cementerio y la Quebrada de Coro —algunos dicen del Toro—: Fossi vio las luces de la ciudad y oyó las cornetas de los automóviles y preguntó a Urbina: —¿Dónde estamos? —En la ciudad de Coro, acampados en una zanja cerca del Cementerio.

—Pero, ¿qué vamos a hacer?

—Tranquilícese que está temblando y no le comprendo lo que me quiere decir.

—¿Nos vamos a entregar?

—Preferiría que me mataran antes de hu-

millarme al tirano Gómez.

—¿Cómo vamos a hacer para salir de aquí?

—En la disciplina militar no es costumbre decirle al subalterno lo que el jefe piensa hacer.

Al fin se durmió Fossi, sobresaltado a cada corneta de automóvil que pasaba; los otros hombres dormían tranquilos en tanto que el ordenanza de Urbina decía a los compañeros vecinos: —No, su nombre no es Fossi; él se llama Fó! Fó! y Fó!...

Amaneció y empezaron los chivos a pasar cerca de la zanja, en tanto que los vehículos iban anunciando un aligero paso a golpe de corneta... Esperé hasta las 11 de aquel 14 de agosto de 1928. Escogí entre los míos al coronel Abraham Navarro, indiqué el silencio a los demás y les dije: Voy a tomar el primer camión que pase por la carretera para salir en él esta misma noche. —¿Nos abandona, general? —Jamás he abandonado a nadie en mis campañas. Y entonces ordenó Urbina que vigilaran a Fossi, por temor a una delación; y antes de despedirse por breves instantes, aseguró a su gente: —Tengan fe en mí; les traeré agua, comida y un camión para salirnos de aquí, pues estamos en la boca del lobo.

Salieron Urbina y Navarro y ya en la carre-

tera colocaron diagonalmente dos gruesos cardones... Pasó una hora y nadie aparecía y estaban comiendo el fruto de los cardonales cuando se oyó un cornetazo; se escondieron y cuando el camión paró junto a los cardones diagonales, le volaron encima y de revólver en mano.

Como se intimara al chófer para que se tuviese como preso, éste reconoció a Urbina: —Rafael Simón! usted en Coro... Urbina entonces le indicó lo que debía hacer: —Su camión tiene que romper tunas y monte hasta llegar donde tengo la gente. Y así se hizo, y además la gente se hartó con los víveres que traía el camión, y Urbina dio órdenes para que se desvanecieran las huellas o rastros de los cauchos sobre las arenas...

Fossi quedó satisfecho, pero mal de su agrado oyó decir a la gente que no había un jefe en Venezuela como Urbina, a lo cual éste avanzó para detener el entusiasmo: —No me gustan los elogios. Alístense, pues vamos a salir.

A las cinco de la tarde, bajaban chivos y bajaban hombres, y temiendo ser reconocido, Urbina hizo entrar a su gente —como carga en el camión; se tapó con lonas la gente y él junto con Navarro viajó al lado del chófer y ordenó a éste que siguiera hacia Adícora... Cuando sa-

lían ya de la ciudad, los quiso detener un retén imponiendo la voz de “alto”!. Urbina ordenó al chófer diera toda velocidad al carro y que no parara, sucediera lo que fuera! Hubo una descarga de mauser y tres balas pegaron: alguien puja adentro y el ordenanza repite: —Es el señor Fó! quien habla...

Y como la nerviosidad del chófer le hizo perder el camino de Adícora, hubo que recurrir a los servicios de un vaqueano que los sacó a la carretera... Mientras que el presidente Azuaje preparaba toda una expedición para apresar a Urbina, éste seguía hacia Adícora metiendo a todo viajero en el camión para que Azuaje no diese con el paradero de aquel extraño camión que iba lentamente en los médanos calientes y desiertos.

El paso del camión sobre la arena movable de los médanos constituyó una de las más difíciles empresas de los perseguidos, pues el solo peso del vehículo, sin los pasajeros, era lo suficiente para sentir un lento y desesperante hundimiento en los medanales.

Hubo necesidad de cortar ramas de los cujíes o de otros árboles que crecen en aquellos sitios de una sequía y calor irresistibles, e irlos atravesando al paso del camión portador de

aquella carga heroica.

Argenis Azuaje había hecho transmitir el siguiente telegrama: “2 de agosto de 1928.— Jefe Civil de Adícora.— Urgentísimo.— Rumbo a esa pasaron Fossi y Urbina acompañados de otros enemigos del Gobierno.— Haga Ud. retirar inmediatamente todas las embarcaciones surtas en ese puerto a objeto de evitar su embarque y poderse lograr su captura para lo cual ya salió un destacamento armado en su persecución.— Proceda con la mayor actividad avisándome recibo y cumplimiento.— Dios y Federación, Argenis Azuaje”.

A las dos de la madrugada, uno de los oficiales dio la voz de alarma. —General, el enemigo por detrás! —No se preocupe que si nos alcanza lo peleamos, y acelere chófer!...

A las cuatro de la mañana se agotó la gasolina; marcharon a pie y en una casita del camino encontraron una lata de querosén que echaron al camión y siguieron rumbo a Adícora. Marchaba bien el camión, pero se hundía en la arena, y cuando lucharon por liberarlo, apareció la luna y los cielos se iluminaron... Allá a lo lejos, aún sin haber pestañado la aurora, el reflejo de la luna matizaba de blanco ciertas irregularidades de los cerros lejanos que provoca-

ron un espejismo de terror en el alma angustiada de Fossi: —Urbina, el Gobierno está en el frente! —Cállese que usted no sabe nada; hasta cuándo está con tanta cobardía! No está viendo que es un cerro en el que se refleja la luna y así se produce el ejército que el miedo le hace ver!

Sacaron al fin el camión y siguieron: a las cinco y media de la mañana llegaron a Adícora y aún dormía en la Jefatura el Jefe Civil, coronel Gamero. Y cuando Urbina le dijo quien era y que se pusiera a las órdenes, Gamero le dijo que tenía órdenes de atacarlo, pero sólo disponía de tres policías y que por lo tanto estaba a sus órdenes. Urbina entonces desarmó a la policía y rompió los retratos del tirano Gómez y dispuso que Gamero fuera con cinco de sus hombres a buscarle todos los capitanes de goleta que estuvieran en el puerto. Aceptó gustoso el ex-Jefe Civil y a poco se presentó con siete capitanes, todos en calidad de presos. —¿Quién de ustedes se atreve a llevarme a la isla de Aruba?, interrogó Urbina. Pero como nadie contestase, entonces militarmente obligó al capitán Lampe que aparejara para salir cuanto antes...

Llenose de gente el muelle y los hombres de aquella tierra brava, fuerte y varonil le ofrecían acompañarle si se quedaba. Urbina les hizo

saber que no tenía armamento y que salía a buscarlos... Entre tanto, los colores de Fossi habían cambiado; sabía que de Adícora a Aruba no había sino pocas horas de navegación y no tenía palabras con qué elogiarle.

Ya para darnos al mar, dice Urbina, no queriendo llegar sin dinero a Aruba, me dirigí a la casa de mi amigo Joaquín Flores y le exigí prestado 500 bolívares y le extendí un recibo para que Flores los cobrase en Coro. Pero cuando estaba firmando el recibo, estaba abierta la caja en la cual había 60.000 bolívares en oro!... En ese momento entró corriendo Fossi y de revólver en mano reconoció las morocotas y se dirigió a mí para decirme: —No sea zoquete; llevémosnos a Flores con su dinero y en el mar lo haremos desaparecer! —Usted es un miserable; cómo me propone semejante cosa. ¿Qué clase de patriotismo es el suyo? Al verme irritado, Fossi se calmó y no pensó más en su cobarde intento.

La casa Boccardo, en Coro, posee el comprobante de haber devuelto Urbina el dinero, desde Colombia, pedido a Joaquín Flores.

Cuando Urbina quiso despedirse del chófer, éste le dijo que él prefería quedarse preso y suplicaba que le devolviera su faja. Y como Urbina no supiera de qué se trataba, el chófer decla-

ró que estando en la casa de Flores, Fossi se la había quitado revólver en mano... Llamó Urbina a Fossi, le hizo devolver la faja y le advirtió: —Usted ha comprobado que es un cobarde y un ratero; ahora lo voy a llevar al exterior para después desenmascararlo! Y así lo hizo.

La faja del chófer contenía 500 bolívares que le fueron devueltos, con lo cual éste regresó a Coro.

El 16 de agosto, el silencioso pueblo de Adícora presenció un espectáculo consolador: un grupo de hombres se embarcaba y todo el pueblo que presenciaba aquello, contempló a un muchacho casi, alto, delgado, de ojos luminosos y de voz fuerte, de mando, que desde la barcaza del capitán Lampe se despedía de su tierra vitoreando a la revolución y a los estudiantes venezolanos!...

Apenas habían navegado una milla cuando reconocieron la bandera venezolana y los esbirros de la dictadura que gritaban: Viva Gómez! Viva Azuaje! En la goleta de Lampe respondían: Viva la revolución! Viva la Universidad de Caracas! Y hubo descargas desde el muelle... La gente de Azuaje había llegado demasiado tarde.

Tan pronto como se divisó la isla de Aruba,

Urbina dio órdenes de echar al agua todos los rifles, y como se temiera prisión por faltarle a los tripulantes los papeles en regla, el capitán los dejó en la playa, y de allí se fueron a pie a la ciudad.

Ya estaba Urbina en Aruba, isla holandesa, hermana de la otra en donde su valor iba a gestar, para honra de los libertadores, o del valor inconfundible y puro de los libertadores, la empresa más curiosa y atentatoria de que tengamos noticias en los últimos tiempos. Caminando hacia la ciudad, notó Urbina que se acercaban tres camiones policiales, y desde adentro, en su patois incorregible, los soldados negros decían: —Quico vu tay preso quién es sión Urbina? —Yo soy, dijo Urbina, y todavía no terminara la afirmación cuando a él y a sus compañeros les pegaron sendos pares de esposas.

Todos presentaron las manos para que las colocasen, en tanto que Fossi lloraba, pues veía derretidos sus planes de bienestar en el exterior. En la cárcel los acompañó un burro hediondo y mal educado!... y allí, en su compañía, permanecieron dos días...

Amanecía el 18 de agosto; se oye el pitazo de un barco y el pitazo coincide con el abrirse de las puertas de la prisión; una orden del ne-

gro carcelero llega hasta los compañeros del burro: —Que salga sión Urbina! Apareció el preso y como llevaba una grilla en cada mano, fue hasta el muelle con los brazos abiertos: era el reo de los brazos abiertos, como el Cristo. Sus compañeros fueron conducidos con una fuerte escolta...

Como observa Urbina, al llegar al barco que llevaba izada la bandera venezolana, increpó a sus carceleros: —Bandidos! Me van a entregar al tirano Gómez! —No, señor, ustedes van para Curazao, y viajan en el “Sansón”.

Para verificar si les decían la verdad, vigilaban Urbina y el capitán González de acuerdo con las únicas prácticas que tuvieran de náutica: —Si el barco sigue derecho, dijo González, va para Curazao, pero si vira a la derecha toma rumbo para Venezuela... Pero la proa tomó la dirección de Curazao, y mientras navegaban hacia la isla de los corales muertos, nada comieron, pero tenían en su presencia, constantemente, y como Tántalo el agua, las puntas de las bayonetas..., para que se las comieran si eso hubiera sido posible...

A las cinco de la tarde, el buque llegó a Curazao e inmediatamente los presos fueron trasladados al fuerte Willemstad donde se les inco-

municó de cuerpo y sobre todo de estómago... Pero en la ciudad los coroneles Ramón Torres y Simón Betancourt y el joven estudiante Rómulo, del mismo apellido, trabajaban por conseguir la libertad, y como a nada llegaban, sembraron la huelga entre los empleados de la refinería y en son de protesta se hizo la huelga: el 4 de setiembre. 5.000 hombres pedían la libertad de los prisioneros; 5.000 hombres que se alimentaban del oro negro que debían laborar los venezolanos, pero que por complacencia del Gobierno del tirano servía de prosperidad a la isla miserable y traidora...

Poco después de iniciada la huelga, el capitán Barren se allegó a la cárcel y habló a Urbina: —Usted debe hablar con los jefes de la huelga. —No hablaré con nadie hasta no tener la seguridad de que no seremos entregados al tirano Gómez. —Haga usted que sus amigos vuelvan al trabajo. Si Gómez manda en Curazao, yo también mando... Luego se le anunció que S.M. la reina Guillermina había ordenado que no se les enviase a Venezuela sino que se les deportase a otro país, con lo cual volvió la normalidad en la refinería. Y como se puso como condición que Urbina no podía salir sino con uno de sus acompañantes, él escogió a Abraham Na-

varro e inmediatamente fueron trasladados a un vapor inglés que el 10 de setiembre los echaba en Puerto Colombia.

Guillermo Power y Briceño Maldonado fueron sus primeros amigos entre los compatriotas que conoció en Colombia; a ellos narró las peripecias de Curazao, y les dijo: —Consíganse unos revólveres para ir a tomar Curazao; estoy ofendido por el mal trato que nos han dado a mí y a mis compañeros.

Inmediatamente se pusieron a la obra, en tanto que Fossi se dio a la obra de divulgar que Urbina lo había dejado solo en Curazao, pero ya corría la noticia de su cobardía y nadie le ponía bolas...

Cuando Urbina supo que Fossi había salido para Bucaramanga, dio reiteradas gracias a Dios “por haberle quitado cerca de sus pasos a la pava negra”. En tanto continuaban los preparativos para asaltar a Curazao que muchos calificaban de locura; sólo Power y Briceño Maldonado, revolucionarios de corazón, admitían la posibilidad de la aventura. Pero les seguían los pasos: a los pocos días se le hizo preso y a su compañero Abraham Navarro. Pero dejemos que sea el mismo Urbina quien señale los detalles del incidente:

—La prensa me defendió gallardamente y pedía mi libertad; la colonia venezolana se dirigió al ministro Rengifo y su respuesta no fue favorable, por lo cual el doctor Manuel M. Chacín me insinúa la idea de que debía fugarme de la cárcel, lo que hice de la manera siguiente: comencé a hablar a los policías y les interesó lo que les contaba sobre los horrores que cometía Gómez; logré que se estableciera un comentario que los colombianos tomaron a pecho. Luego les dije que tenía mucho calor y que iba a bañarme. Salí pero en vez de ir al baño abrí una puerta que daba a la calle y en la esquina de las Flores me esperaba un carro con el compañero Navarro que toda la noche estuvo conmigo en el hipódromo en donde los mosquitos nos impidieron pegar los ojos.

En tanto que esa noche, otros mosquitos nos acechaban, peores que los chupadores de sangre, los chupadores de la libertad, los agentes a quienes había burlado, a quienes el cónsul Aranda había dado instrucciones emanadas de Caracas. De allí del hipódromo salimos como vendedores de boyo y de yuca; íbamos recomendados por el presidente del partido liberal de Barranquilla, doctor Bozza, a quien en todo momento agradeceré sus atenciones y su amor a la

libertad. Nos dirigimos a Panamá, pero antes pasamos por Cartagena, y Navarro era un comerciante de cacharros y yo vendía ropa vieja; llegamos a Sisypata, entregamos las recomendaciones del doctor Bozza; seguimos a Turbo y de este poblado pasamos a Acandí.

Viajábamos como colombianos y al saberse que éramos amigos del doctor Bozza, todo el mundo nos atendía. Ya en Acandí, en la frontera con Panamá, pregunté si había algún hotel y me señalaron el del doctor del pueblo: este doctor, un hombrecito todo sucio, con unas chancletas de arrastra y con una cachimba de palo entre los labios, nos preguntó que si buscábamos hospedaje, y como le dijésemos que sí, nos llevó a un salón donde el suelo estaba convertido en camas que separaba una gruesa línea hecha con tiza en el mismo suelo. Señaló el doctor las camas imaginarias y nos dijo que habían doce y dos estaban desocupadas. Cuando íbamos a acostarnos, se nos entregó a cada uno una púa para en caso de que el vecino se saliera de la raya que señalaba el límite de cada lecho.

Cuál no sería mi sorpresa cuando a media noche siento un puyaso: entonces me dí cuenta de que me había salido de la raya. Al doctor era necesario pagarle adelantado y eran 20 centa-

vos por puesto, sin comida. En la mañana oímos un escándalo, era el doctor que nos despertaba a todos, y como yo me enojara, él me observó y diagnosticó algún mal extraño, pues me aseguró que llevaba yo un sapo en la barriga. Díjele que esperaríamos unos días para que me hiciese la operación; pero lo que esperábamos era la lancha que debía pasarnos al territorio panameño y tan pronto llegó nos fuimos a Permé, no sin antes haberme asegurado el doctor que yo moriría en el camino.

De Permé nos trasladamos a Puerto Velo y un barco nos llevó a la ciudad de Colón. Aquí ni los hindús querían vendernos ropa, pues era tal nuestro estado de hediondez y el aspecto de por-diosero, que no se imaginaban que pudiéramos tener con qué pagar la ropa. Ya transformados en gente decente, seguimos a Panamá y Briceño Maldonado me indicó la necesidad de hablar con el señor Amadeo Lupi quien junto con Briceño Maldonado me facilitó recursos para seguir a Costa Rica, pues mi presencia en Panamá agradaba poco al Gobierno. En Costa Rica me encontré con Sotillo Picornel que no tenía un maíz que asar...

Marchaba Urbina por la central de San José y sus esperanzas estaban fallidas; pero contem-

plando las vidrieras del comercio, surge a su vista una vitrina con muchas pistolas y rifles de procedencia alemana, y como recordara que para tomar a Curazao, en su cuenta apenas entraba una docena de aquellos instrumentos de muerte, sintió unas palmaditas en la espalda: era su amigo Juan B. Carrillo que lo llevó a su casa, le dio nuevos trajes y le pagó la cuenta del hotel.

Y de una vez resolvieron irse a Curazao para estudiar la situación, dice Urbina. Así fue la verdad: se hizo pasar por costarricense de la provincia de Guanacaste y su pasaporte ahora era del señor Pedro Bonilla.

Era el mes de febrero de 1929; los viajeros salieron de Punta Arenas en el vapor "Acaju-tra"; atraviesan el canal, llegan a Colón y días después estaban rumbo a Curazao y a poco de llegar exponía Carrillo el plan a los estudiantes que allí comían el duro pan del destierro y todos tomaron a Carrillo y a Urbina como un par de locos; se reían de su plan. Pero Carrillo salía a la calle y recogía noticias y se ganaba las voluntades. Urbina vivía de incógnito y recibía el alimento de "la muy querida familia Parra".

Aquellos estudiantes que vivían en Curazao estaban relajados en términos que a excepción del joven Gustavo Ponte, los otros no sabían me-

dir la trascendencia de nuestra empresa y todo lo conversaban. Resolví retirarme, dice Urbina, y salí en el vapor "Rottorua" para Panamá. En Colón me quitaron el pasaporte por no estar visado por el cónsul; en Panamá volví a estar con Navarro y me hago ver del doctor José Rafael Wendehake y trabo relaciones con el doctor Américo Valero y Gustavo Tejera.

EL FANTASMA DE CUMANA  
Y LA HERENCIA DEL COMANDANTE



Cuando Román Delgado Chalbaud invadió Cumaná el once de agosto de 1929, yo tenía siete años. Su hijo Carlos tenía veinte años y acompañaba al padre en el barco expedicionario.

Todos los presos tenemos pesadillas. Especialmente en aquellas terribles noches de los primeros años de encierro en la cárcel. ¿Qué había empujado al general Delgado Chalbaud a traicionar al general Gómez, quien le había colmado de honores? ¿Qué incitó al comandante Delgado Chalbaud a traicionar al Presidente Rómulo Gallegos, quien le trataba como un hijo?

Se dirá que la ambición de poder, pero detrás de toda traición hay siempre otra razón oculta, a veces más fuerte que el dinero y el gobierno.

Carlos Emilio Fernández anota lo siguiente:

“El 11 de agosto de 1929, el joven Carlos Delgado no había cumplido aún los 21 años, pues

nació el 20 de enero de 1909. Estaba señalado por el destino para tener una preponderante pero fugaz actuación en la política del país. Después de la huida de Falke, junto con José Rafael Pocaterra, su primo Raúl Castro Gómez y Carlos Mendoza, desembarca en la isla de Grenada, donde se separan de José Rafael Pocaterra, para seguir éste al Canadá y los restantes a Francia. Una vez en Francia cursa estudios en el Instituto Politécnico de París, hasta obtener el título de Ingeniero Civil. En 1936, fallecido el general Gómez, regresa a Venezuela y recomendado por Pancho Angarita al general Antonio Chalbaud Cardona, entonces Ministro de Defensa, es llevado ante el general López Contreras, quien después de hacerle un caluroso elogio de su padre, le dice que su puesto está en el Ejército y que debe hacer un curso de capacitación para ingresar al servicio activo con el grado de capitán. Organizado el Batallón de Ingenieros Francisco Avendaño, bajo el comando del teniente coronel Esteban Chalbaud Cardona, es designado jefe de una compañía el nuevo capitán Delgado Chalbaud, pasando después a formar parte del personal de la Escuela Militar, donde era Profesor de Matemáticas. Allí le sorprende el 18 de octubre de 1945, en que se suma



El general Román Delgado Chalbaud era un apasionado del espiritismo y en el Falke le acompañaba un medium.

al levantamiento militar que habría de derrocar al general Isaías Medina Angarita. Constituida la primera Junta de Gobierno, se designa para Presidente a Rómulo Betancourt, y le acompañan los capitanes Mario Vargas y Carlos Delgado Chalbaud, quienes se encargan de los Ministerios de Relaciones Interiores y la Defensa, respectivamente, siendo ascendidos al grado de mayor y más tarde al de teniente coronel. Durante la Presidencia de Rómulo Gallegos, éste le ratifica el nombramiento de Ministro de la Defensa, y permanece al frente de dicho Ministerio hasta el 24 de noviembre de 1948.

El comandante Carlos Delgado Chalbaud se mantuvo algún tiempo a la expectativa, hasta que finalmente se sumó al golpe militar que puso fin al gobierno de Gallegos, pasando a ocupar la Presidencia de la nueva Junta Militar de Gobierno junto con Marcos Pérez Jiménez y Luis Felipe Llovera Páez”.

El recuerdo del Presidente de la Junta Militar de Gobierno desplomándose delante de mí en la Quinta Maritza; mi desplazamiento hacia Urbina que yacía con el tobillo vendado con mi paqueño, las carreras de un lado a otro, los tiros... El convencimiento del fracaso... Y aquél otro Delgado Chalbaud cayendo en la Calle Lar-

ga de Cumaná, envuelto en una bandera y musitando un mensaje para su hijo, que es este mismo hombre que ahora veo en mis pesadillas, secuestrado espectacularmente y luego muerto, son escenas fundidas dentro de mi cabeza.

Hay tantos enigmas en la invasión de Cumaná de 1929 como en el golpe de Urbina en 1950. A los Delgado Chalbaud les perseguía la muerte y el misterio.

Los invasores llegan en el Falke y el barco, inexplicablemente, al conocerse la caída del Jefe de la Expedición, se va y deja a todas las fuerzas en tierra firme. El parque lo botan al mar, por orden de José Rafael Pocaterra.

Había otros generales, tan inteligentes y machos como Delgado Chalbaud, pero el buque se fue y abordo se encontraba el hijo del Jefe Expedicionario, quien no hace nada para impedir la fuga.

Las fuerzas de Gómez estaban bajo el mando del general Emilio Fernández, quien también muere en la refriega. El hijo del jefe gomecista, llamado igualmente Carlos, cuenta así lo que ocurrió: "La sangre fría con que mi padre observaba al enemigo, me hizo dominar el temor que me producía el sentir las balas silbar junto a mis pies, por lo que salté a un lado. En-

tonces mi padre, volviéndose hacia mí, me dijo:  
—“Regresa a la ciudad y acompaña a tu madre que debe estar nerviosa”.

Sin contestarle, seguí a su lado, como si nada hubiese oído”.

Carlos Emilio Fernández añade: “Mi padre, que siempre esperaba ser atacado por alguno de los flancos, quiso aprovechar el momento de flaqueza en los contrarios para batirlos rápidamente y quedar en condiciones de enfrentarse a un nuevo ataque. En esos instantes recibió su primera herida, cuando se encontraba fuera de la barricada, ordenando cargar sobre el enemigo”.

“Al verle con el hombro teñido de sangre, sin que intentara retirarse del fuego, corrí hacia él, abandonando la posición al lado del capitán Emiro Hernández, desde donde disparábamos sobre los contrarios y al descubierto me lancé al centro del puente, sin otra idea que el auxiliarlo y hacerle retirar de tan expuesto sitio. No lo logré. Apenas puse mi mano en su espalda y sentí que su sangre corría por mi brazo, cuando una bala de fusil me atravesó el pecho, derribándome a sus pies. Inmediatamente reaccioné y traté de incorporarme, agarrándome a una de las columnas de cemento que for-

maba la baranda del puente. Sentía como si el proyectil, al salir por mi espalda, me la hubiera arrancado; todo empezó a girar en derredor mío y sólo logré decir a los que me auxiliaron: “no le digan nada a mi madre, para que no se angustie”.

Un miembro del Estado Mayor del general Román Delgado Chalbaud, fue testigo de la muerte del Jefe Supremo del Ejército Revolucionario y contó lo siguiente: “Al tener el general Delgado informes de donde está situada la casa del general Emilio Fernández, me dio la orden de ir a prenderlo y enviarlo a bordo con la mayor consideración posible. Con el Sr. T. Graftisux y dos hombres me fui a cumplir la orden. Una vez frente a la casa del general Fernández, dos soldados apostados en el techo nos hicieron tiros”.

“Deslizándome por la alambrada que guarnecía los corredores, situéme en la parte posterior de la casa donde pude ver a cuerpo entero los dos soldados que nos disparaban. Fueron muertos. De la puerta de campo salió otro a nuestro encuentro. Murió también. Regresamos a la puerta principal, y al empezar a forzarla apareció a nuestra izquierda un cuarto soldado que fue matado. Reventamos la cerradura, entra-

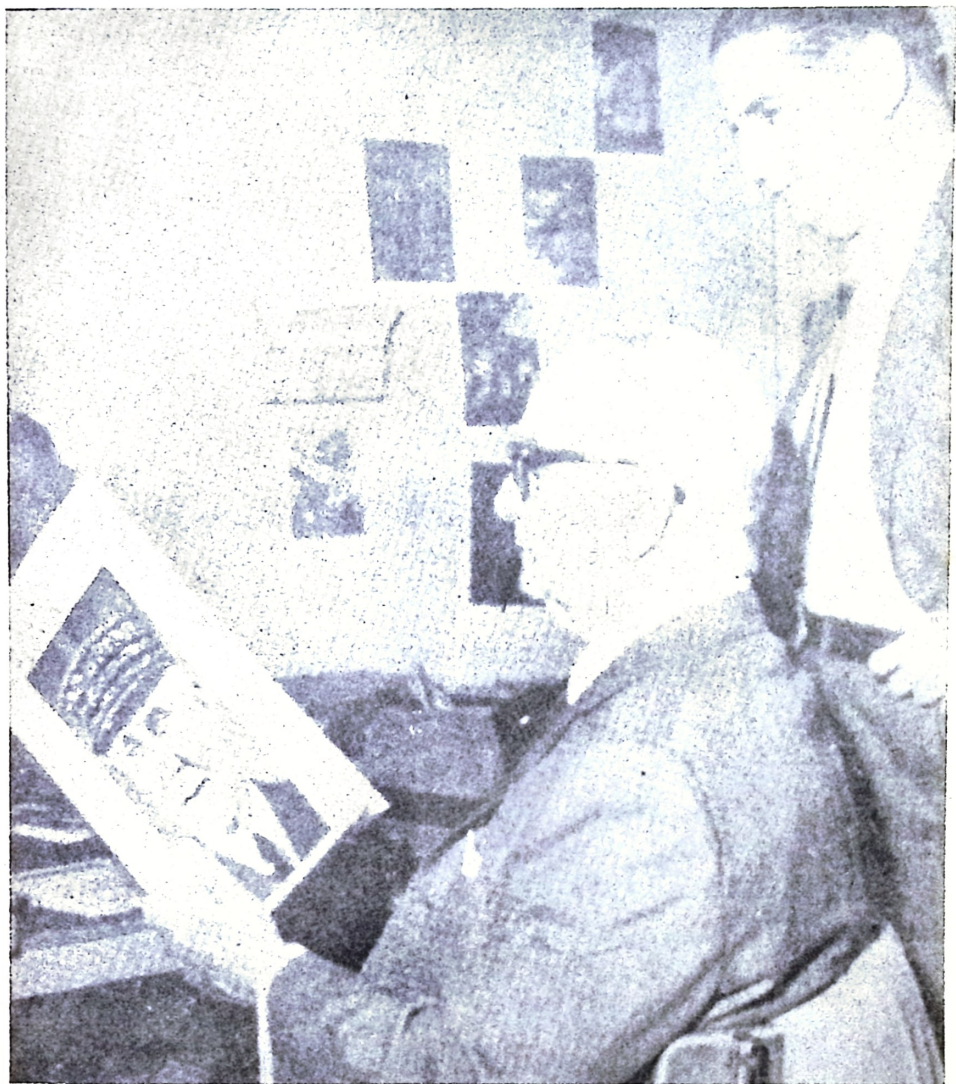


Carlos Delgado Chalbaud (extrema derecha), en el Falke, con Armando Zuloaga Blanco (centro), Rafael Vegas y Juan Colmenares.

mos; no había más nadie en la casa. Hecha una requisita general en el interior de la casa, tomamos los telegramas y papeles del Presidente del Estado, pusímoslos en un cajón y dejando nuestros dos hombres apostados en la entrada de la casa, para evitar el pillaje, me fui con el señor T. Graftisux en busca del general Delgado a quien hallamos en una plazoleta. Le dí cuenta de lo hecho y le entregué los telegramas recogidos. El cajón de papeles fue puesto en el pie de un cujé de la plaza por su orden. Tomóme el general del brazo y con tono viril y enérgico me dijo: Comandante, no tenemos tropa, véngase conmigo, Pancho (se refería al teniente coronel Angarita) va cargando admirablemente. Avanzamos. Lo seguí. Al penetrar a la calle real y estar como a dos cuadras del puente sobre el río Manzanares del otro lado del puente, rompieron nuevamente los fuegos las fuerzas enemigas, con tan nutridas descargas que la mayor parte de nuestros hombres, poseídos de espanto, quedaron inmóviles, unos, no obstante estar en el medio de la calle presentando blanco propicio a las balas enemigas; otros, se escondieron como mejor pudieron, no había forma de hacerlos avanzar; ni siquiera disparaban esos pobres infelices, y como quiera que, el ge-

neral Delgado con un foete en la mano, siguiera solo, avanzando por el centro de la calle hacia la cabeza del puente, me apresuré a tomarle la delantera; atravesé la zona de fuego, me tendí a la entrada del puente y de allí comencé a batir al enemigo como mejor pude. El general Delgado, con un valor temerario, quitóle de las manos a nuestro abanderado el estandarte de la columna (que en ese momento no era más que un insignificante número de oficiales, cuatro o seis hombres alelados). Volvióse Delgado al medio de la calle y desplegando la bandera recibió el primer balazo que le hizo caer sentado sobre el estandarte. Así permaneció hasta que, en un instante de relativa calma, me acerqué a él, le levanté la pierna derecha, ví un pozo de sangre sobre la bandera y cómo le colaba por el pantalón. Le dije: ¿Está mal herido, mi general? El me respondió: “Dí a mi hijo Carlos que si muero de esta herida o me matan, muero con gusto porque es por la Patria”.

“Volvíme indignado contra mi gente y como continuasen estáticos, griteles: Recojan al general, ...ajos... Y tomé de nuevo posición a la entrada del puente, sostuvo el fuego unos minutos y como viera disparar con firmeza y acierto al teniente coronel Raúl Castro, volví donde el



Don Francisco de Paula Aristeguieta y su hijo... La traición en el Falke...

general con intención de arrastrarlo al sitio menos expuesto. Esta vez vi venir de las boca-calles transversales de la derecha al general Flores, oí que pedía órdenes al general Delgado para ir a buscar las ametralladoras, las cuales habían quedado a retaguardia. El general Delgado le contestó con un *sí* tan austero que el general Flores empuñó la carabina y al asomar a la calle para apoyarnos con sus disparos —ya que tampoco tenía gente que lo acompañara (a excepción del valeroso teniente Castro, quien continuaba cumpliendo con su deber)— el general Flores recibió una herida (en el bajo vientre o muslo, no sé) sólo le oí decir: “estoy herido, mi general” y se fue. En ese momento, recibió el general Delgado un tiro en el pecho. Dijo “ya está” y cayó muerto sobre la bandera. Alcancé a ver sobre un árbol al tirador que lo mató, quien nuevamente disparó hiriéndome en la pierna derecha. Volví a mi posición anterior y de ahí logré matarlo y a tres más apostados en las copas de los árboles”.

El doctor Francisco de Paula Aristeguieta, uno de los más distinguidos jefes de la invasión a Cumaná, respondió en 1976 a un cuestionario sobre la traición en el Falke. Las preguntas se las formuló el director de la revista BOHEMIA

y las respuestas de aquel patriarca aportan varios datos en relación con las incógnitas que todavía se tejen sobre aquella acción.

Dice el doctor Aristeguieta:

“Contesto al brillante periodista, el cuestionario que me hace vinculado a la malhadada aunque gloriosa expedición del FALKE, por el aporte humano al sacrificio defendiendo la dignidad de la Patria.

“No lamento los sufrimientos que padecí por amor a la Patria, ni la muerte de mi inolvidable hermano Pedro Elías, ni la de mi madre que murió de dolor, menos la pérdida de mis intereses, tampoco la destrucción de mi hogar de una bella esposa y de cinco hijos que lo formaban, ni la angustia del hambre, y la sed padecida por la persecución constante de las tropas del dictador Gómez, viviendo debajo de árboles acosado también por la plaga, sin ropas para cambiarme y dos meses sin poder comunicarme con mi familia. Sufría resignado por el aporte que ofrecía a mi Patria, humillada y sin honor. Recordaba con infinita tristeza la muerte de tantos amigos que perecieron por la dureza de corazones de los que no tuvieron otro pensamiento que el egoísmo de salvar sus vidas.

“Lo que sí es terrible para mí y que martilla

constantemente en mi alma es la imagen sombría de una cruel determinación, que se llevó las armas y con ellas las esperanzas de un pueblo desesperado y heroico, que soñaba y tenía en sus manos la caída de un tirano, que no debía morir en su cama.

## LA CONSPIRACION

—¿Cómo estableció usted los contactos originales con los invasores del FALKE?

—El año de 1919 el doctor Aquiles Iturbe, preparó un levantamiento en varios Estados de Venezuela para derrocar al gobierno del general Gómez. Vino a Cumaná y puso en Oriente como jefe de sus planes a mi hermano Pedro Elías que ya tenía un gran prestigio y significaba una fuerza revolucionaria. El gobierno se impuso del movimiento del doctor Iturbe y lo puso preso en Guanta, cuando regresaba a Caracas. El general Silverito González, en aquellos momentos presidente del Estado Sucre, como un gesto de amistad le avisó a mi padre Fernando Aristeguieta Sucre, que Pedro Elías debía embarcarse lo más pronto posible y de allí comenzó su exilio. Yo quedé con la responsabilidad del movimiento revolucionario en Oriente, y todos

los amigos de mi hermano me rodearon para esperar con lealtad y patriotismo la invasión posible de Pedro Elías. El año 1928, pude enviar a mi madre y a mi hermana María Josefa, a Costa Rica, a reunirse con sus hijos Pedro Elías y Fernando; mi padre había muerto en el año 1924 y yo quedé con la representación y sostenimiento de las dos familias.

De regreso, mi madre me informó que el general Delgado Chalbaud preparaba una invasión y que Pedro Elías me decía que me organizara con nuestros amigos para recibirla, no tuve más información hasta el momento que Pedro Elías llegó por vía de Trinidad, enviado por el general Delgado Chalbaud unos días antes de llegar el FALKE. El general Francisco Gutiérrez lo envió en un barco a Chacopata (Venezuela) a la propiedad del general Ricardo Fuentes. Este insigne venezolano, noble compatriota, murió en la cárcel, víctima también de la desaparición del FALKE, y con un baquiano Pedro Elías traspuso la serranía de la Península de Araya, para llegar a Guriare que era uno de los lugares de nuestras actividades de pesca.

Yo me encontraba en Margarita (Arestinga), en sociedad de pesquería con don Juan Salazar Fernández, abnegado amigo, con una tri-

pulación de 100 obreros, otros 100 habían quedado en las pesquerías del Golfo de Cariaco (Guariare). En Margarita, recibí una esquila de Pedro Elías, firmada por mi mayordomo Natividad Milano, en donde me decía que tenía los brazos cruzados y que me esperaba. Volé y llegué a Guariare atravesando los arroyos de Laguna Grande, sitio donde más tarde tuvimos la desgracia de retardar nuestra marcha para invadir a Cumaná; eran las doce (12) de la noche, en dos horas que estuvimos juntos en Guariare, Pedro Elías redactó el parte para Delgado Chalbaud después de mis informes. Regresé a Punta de Piedra (Margarita), impuse a mi amigo Chonchón Salazar, leal amigo y gran compatriota, de que llevaba la misión de mandar a la Blanquilla el parte escrito por Pedro Elías y me dijo que su padre don Juan Salazar me daría los medios para que llegara a su destino. Salí en mi carro para San Juan Bautista a besar a mi esposa y a mis hijos y quizás para no verlos más, cuando llegué de nuevo a Punta de Piedra, me esperaba Chonchón Salazar para decirme que su compadre Mateo Salazar y sus hijos estaban listos para rendir la comisión a la Blanquilla ante el general Delgado Chalbaud. Mateo me dijo: "cumpliré la comisión que me

da, yo soy un admirador de Pedro Elías y de usted también". Le entregué a Tomás Centeno, experto de las costas del Guamache, para que condujera el vapor FALKE a Peñas Negras, donde yo lo esperaba con la mitad de mis leales y queridos trabajadores, la otra mitad había quedado en Angoleta, en las Costas del Golfo de Cariaco, preparando las embarcaciones para caer sobre Cumaná con el armamento que íbamos a recibir del FALKE. El 10 de agosto, tengo la inmensa emoción de la llegada del FALKE a Peñas Negras. Las piraguas se dirigen al vapor llevando a varios valientes oficiales que mantenía ocultos en los arroyos de Laguna Grande, junto con Pedro Elías.

### EN EL FALKE

El general Delgado nos recibe impresionado, besa a Pedro Elías en la frente y nos toma del brazo para que su hijo Carlos nos retrate. Delgado y Pedro Elías se dirigen a la cabina, yo lo sigo y le pido armas para irme a tierra a defender las posiciones que estaban indefensas; recibo del general Alcántara las armas con rapidez, son recibidas por los oficiales que se embarcan en cada piragua y me dirijo a tierra

acompañado del capitán Luis Rafael Pimentel y los jóvenes Rafael Vegas y Juan Colmenares. Un oficial me dice que reciba 100 fusiles y 100 marusas más y que el capitán Angarita también me acompañaría con otros dos jóvenes. Como no tenía tiempo que perder le dije al oficial: “el comandante Angarita recibirá este nuevo armamento, le dejo piraguas y hombres suficientes porque tengo que acudir a tierra apresuradamente”; el general Delgado oyó en el puente y en voz alta gritó: ¡Muy bien!”

Pimentel y Angarita aleccionaron la tropa en la mañana, estaba con ellos el joven Mac Gil, que muere en la prisión después de batirse heroicamente en las calles de Cumaná, y otra de las víctimas que no recogió el vapor en su fuga; envié un comisionado a Angoleta para que el capitán Milano, representante de los obreros que dejamos allí, nos enviara 50 hombres para trasladar el parque. Pedro Elías regresó a tierra y a las 2 p.m. fue de nuevo al vapor a recibir las instrucciones del general Delgado. Los acompañaron, Pimentel, Angarita y los otros jóvenes que hicieron ejercitar la tropa. Pimentel regresa de abordó y me da la orden de Pedro Elías que enviara a Angoleta a un comisionado para que prendiera las candelas. Esta era

una señal que en sus partes enviaba Pedro Elías desde el arroyo de Cumaná, significaba el ataque a la ciudad pero yo no estaba enterado; le pregunté a Pimentel: “¿Vamos a pelear mañana?”. Contestó que no tenía ninguna seguridad, esto fue lamentable porque supe después que Delgado le había dicho, “nos abrazaremos mañana en el mercado de Cumaná”. ¿Si yo era el segundo jefe de las fuerzas y él, el Jefe de Estado Mayor, por qué no me comunicó lo que sabía y que estaba obligado como militar? Esto fue un error de este gran patriota y héroe, que cae herido a mi lado cuando atacamos Cumaná. Yo pude preparar la marcha mientras Pedro Elías regresaba de abordó y hubiéramos ganado algunas horas para trasladarnos de Peñas Negras a Angoleta, por los arroyos de Laguna Grande. Como tuvimos que atravesar de noche por arroyos que se bifurcaban y por otra desgracia el baquiano Medardo Martínez se nos había separado porque creía que habíamos continuado el camino después de una parada corta que hicimos para que el capitán Pimentel, que sufría de várices, pudiera descansar un momento. Nos extraviamos cogiendo otro arroyo, fueron estos momentos horribles, pudiendo seguir la marcha del Estado Mayor, porque ya los oficiales

Antonio José Gómez Rubio, Pedro María Yégrez y Francisco Serrano habían llegado con las tropas a la Angoleta a las 2 a.m., con tiempo suficiente para llegar antes de amanecer a las playas de Caiguire. Se había extraviado el Estado Mayor por unas horas.

### UN ESPIRITU MALIGNO

—¿Por qué fracasó la invasión?

—El dictador tenía un espíritu maligno que lo acompañaba para salvarse; el general Delgado Chalbaud llega a Puerto Sucre y desembarca. Toma a esta parroquia sin dificultades y a una sabana que lo separa de Cumaná. El general Emilio Fernández intenta salir de Cumaná para atacarlos en Puerto Sucre, es rechazado por los hombres del general Delgado Chalbaud y es herido su hijo Carlos Emilio. Alcántara ya ha advertido al general Delgado, que Pedro Elías no ha atacado. El general Flores le dice: esperamos aquí y Delgado lo increpa y toma una bandera y avanza por la calle larga de Cumaná, hasta llegar al puente ofreciéndose de blanco al enemigo. El general Alcántara me dijo, cuando nos unimos en la montaña bajo la persecución de las tropas de Gómez, “que aun-

que no hubieran querido matarlo era imposible que una bala no lo llevara a la muerte". Al puente llega el general Flores y dispara desde las murallas, lo mismo hace el capitán Mendoza y Raúl Castro. Al caer muerto el general Delgado Chalbaud, se desmoralizan y Mendoza y Castro se van al vapor y aunque hubo una gran oposición para que no levantara anclas, abandona a sus compañeros que vinieron desde Europa y pueden recogerse sin peligro porque los defensores de Gómez no se atrevieron a pasar el puente Guzmán Blanco por muchas horas, y porque ya estaba muerto el general Emilio Fernández. El general Alcántara, víctima de este hecho deplorable y que no se conoce hecho igual en la historia militar, protestaba conmigo cuando estábamos unidos y perseguidos por las tropas de Gómez. Lo repitió en la obra de Jorge Luciani. Muchos cumaneses vivaban y alentaban a los revolucionarios y los oficiales Manuel Castro y Daniel Silva, se unieron a varios cumaneses y pidieron una orden al general Rafael María Carabaño para dirigirse al vapor a pedirles armas, pero éste no atendió y se perdía en la sombra como una maldición. Dos de nuestros oficiales quedaron a bordo en Peñas Negras, el coronel Alfredo Russián y Mateo Salazar. Estos pedían

a bordo que buscaran a Pedro Elías, que venía atravesando el Golfo de Angoleta a Caiguire y bestaba media hora de navegación para encontrarlo. Russián lo ha declarado en carta pública y el capitán Zipplitt, que comandaba al FALKE, también lo afirmó públicamente “que esa huida era una traición a sus compañeros que habían venido desde Europa” y se opuso directamente a los que le ordenaron la salida del barco que llevaron, a espaldas del capitán, los oficiales subalternos de la marina.

#### EL PLAN ERA PERFECTO

Aquí se concreta el fracaso de la revolución que triunfa en Oriente, derrota en Cumaná y en Santa al gobierno, y cuando los grandes contingentes de hombres comprometidos de todos los Estados vienen a pedir armas, los representantes del FALKE las han botado al mar ignominiosamente. El general Francisco Gutiérrez, que había recibido en la Blanquilla un parque en su barco la Ponema para invadir por Guiria, al conocer la huida del vapor, considera que es el fracaso de la revolución, ordena botarlo al mar y su hermano es asesinado y muchos amigos son víctimas por no contar con armas. El plan revo-

lucionario de la invasión era perfecto y la historia condenará su fracaso y a sus responsables, que frustraron las ilusiones de un pueblo de destruir un gobierno apolillado y podrido.

—¿Quiénes más estaban comprometidos en el movimiento?

—Comprometidos en el movimiento estaban todos los Estados de Oriente y podíamos contar con sus hombres como una unidad, dispuestos a sacrificarlo todo por la Paria; en Anzoátegui; los Marcano, Peran Erminy y otros, los hermanos coroneles Calzadilla en Santa Fe, el general Pánfilo Castro y los coroneles Abreu y Gamboa en Cumanacoa. En Caripito, Miguel Antonio Blanco; el coronel Alejandro Rascanier; en Maturín; el general Elías Rodríguez, en Guiría; general Santiago Bravo, en Carúpano, con el coronel Alfredo Russián, testigo de la huida del FALKE. En Cariaco y Santa María, doctor Ramón Carbonell, Antonio Mundaray y el general Guacharaco. En Mariguitar el general Agustín Rodríguez Córdova y el coronel Matheus; en Nueva Esparta, el coronel Manuel Guzmán, Anselmo Valeiro, Chonchón Salazar, y en Cumaná, todo el pueblo comandado por los Gómez Rubio y Pedro María Yégrez que recibe varias heridas y muere como un valiente en Cumaná.

—¿Qué significa para usted el 11 de agosto?

El 11 de agosto para mí ha sido el martirio más grande en mi vida porque al atacar a Cumaná sabíamos que no teníamos parque y mi hermano Pedro Elías me dijo: “tenemos que atacar por honor”. En ese momento se hundían todos los esfuerzos de mi hermano Pedro Elías, por redimir a Venezuela y todos los años que consagré a la revolución manteniendo un pie en mi casa y el otro en la cárcel. Nunca me degradé a firmar un telegrama para Gómez y en dos ocasiones me expuse, al negarme a ello, a recibir una prisión.

—¿Qué fue lo que hizo cuando vio que todo estaba perdido?

Cuando ví que todo estaba perdido, de acuerdo con mi hermano Pedro Elías traté de salirme al exterior a ver qué podía hacer en aquella tremenda calamidad. Gómez cerró los puertos y entonces me refugié en los montes de Chiguana protegido primero por el noble general Ricardo Fuentes, que pagó con su vida el gesto generoso de protegerme junto con los generales Flores y Alcántara. Cuatro meses sufrimos una cruel persecución, pero la leal amistad de mis amigos del Golfo y de todas sus regiones evitaron que cayéramos en manos del tirano. Se ofre-

cía dinero por nuestra captura.

—¿Cuál fue el papel más importante que jugó su hermano en la operación?

El papel más importante de mi hermano fue llevar al alma de Oriente esa mística devoción por la Patria y todo lo que se hacía era bajo el estandarte de su nombre, hasta que dio su vida en la batalla de Santa Ana, derrotando las huestes del gobierno.

—¿Qué recuerda de la muerte de EMILIO FERNANDEZ?

El general Emilio Fernández era un hombre de grandes merecimientos; muchas veces resentido de las ingratitudes del general Gómez. Mereció morir defendiendo la revolución que lo adversaba.

## LA CRISIS MORAL

—¿Cómo fue la represión GOMECISTA?

La represión Gomecista no fue tan cruel como se esperaba. Vino a Cumaná a representar al gobierno el doctor Antonio Alamo, quien fue caballeroso y magnánimo. No obstante, hubo sufrimientos conmovedores en las prisiones, en los que huían y en el recuerdo de los muertos que sufrían sus familiares. Y los maltratos y

vida deplorable de los que llevaron al Castillo de Puerto Cabello.

—¿Cómo salvó la vida?

Salvé la vida porque mi hermana María Josefa, fiel servidora de la Patria y de la humanidad, consiguió un bote por medio de mis amigos Ramón Sabino, Octavio Rafael Nery, Francisco Antonio Gómez, quien fue a recogerlos al Corral, al lado opuesto de Chiguana, en la Península de Araya. Al recibir la noticia, avisé a mis amigos que nos cuidaban por medio de Matilde Lizardo, la heroína que se mantenía en contacto con las tropas del gobierno y al mismo tiempo nos llevaba el alimento que conseguía, muchas veces del Comisario de Chiguana.

Todo Oriente nos quería y se exponían por salvarnos. El capitán del bote era el margariteño Chemara Velásquez.

Aquellos nobles hombres toda la noche estuvieron abriendo pica para que llegáramos al Corral; parecía milagroso el esfuerzo de aquellos servidores y su práctica de conocer los montes. Después de siete días de navegación que hacía dudar al general Flores de que encontraríamos costas, lo que disentía al capitán, experto lobo de mar, quien decía a mi oído: “Coronel, esté seguro que llegamos”. Y llegamos a Gre-

nada, divisando desde el océano una luz que nos anunciaba la tierra.

Su compatriota agradecido y fiel amigo. (Fdo.) Francisco de Paula Aristeguieta.

—1º) ¿Por qué Pocaterra, muerto Delgado Chalbaud, no esperó órdenes del Jefe de Estado Mayor, general Francisco L. Alcántara?

—2º) ¿A qué hora exacta se alejó el Falke de las playas cumanasas?

—3º) ¿A qué hora exacta se efectuó el ataque a la plaza de Cumaná por las fuerzas que comandaban Pedro Elías Aristeguieta y el Coronel Luis Rafael Agostini?

—4º) ¿Qué motivos tenía el señor José Rafael Pocaterra para dudar de Aristeguieta y Pimentel?

—5º) ¿Por qué arrojó Pocaterra el parque al mar?

El general Francisco Linares Alcántara, Jefe del Estado Mayor de la Expedición del Falke, respondió a estas preguntas que le fueron formuladas por Jorge Luciani.

—1º) En el primer momento atribuí la huida del Falke a la tripulación extranjera, pero luego me enteré con profunda tristeza por el coronel Alfredo Russián, que todo obedeció a nuestro eterno mal: el personalismo. Para algunos

de nuestros compañeros, la revolución la encarnaba un solo hombre.

—2") El "Falke" se dio a la fuga a las 8 y 25 a.m.

—3") A las 12 y 15 minutos del mismo día once, escuchamos las primeras descargas del general Aristeguieta, coronel Pimentel y Agustín Rodríguez. El martes 13 tomaron la plaza después de largos y heroicos esfuerzos.

—4") El señor José Rafael Pocaterra no dudó solamente de Aristeguieta y Pimentel, él dudó del honor y del patriotismo de todos nosotros.

—5") El señor Pocaterra arrojó el parque al mar, porque muerto el jefe del movimiento suponía que ese parque ya no tenía aplicación.

José Rafael Pocaterra se encontraba en el Falke con Carlos Delgado Chalbaud, hijo de Román Delgado Chalbaud. ¿Por qué el más tarde Presidente de la Junta Militar de Gobierno no hizo nada para evitar la fuga? ¿Por qué no trató de ir a tierra firme a rescatar el cadáver de su padre?

—Yo me hubiese jugado la vida. A mí me hubieran matado, pero yo voy adonde está el cuerpo de mi padre. Distinto comportamiento el del hijo del jefe Gomecista, Carlos Emilio Fernández.

—Después del frustrado golpe en la Quinta Maritza, menos puedo entender la actitud del entonces joven Delgado Chalbaud, en Cumaná.

Carlos Delgado Chalbaud no era un cobarde. Yo tengo sobradas razones para decirlo.

Es difícil olvidar al padre y al hijo que cargaban la tragedia en los bolsillos. Al ir por el pasillo de la cárcel veo que viene de la enfermería don Antonio Aranguren, implicado también en el golpe. Todo conspirador anti-gomecista buscaba la ayuda económica de Aranguren para luchar contra la dictadura: Arévalo Cedeño, Rafael Simón Urbina, Román Delgado Chalbaud, Carlos León, Alberto Smith. Leopoldo Baptista... Tenía obsesión de ser Presidente de la República.

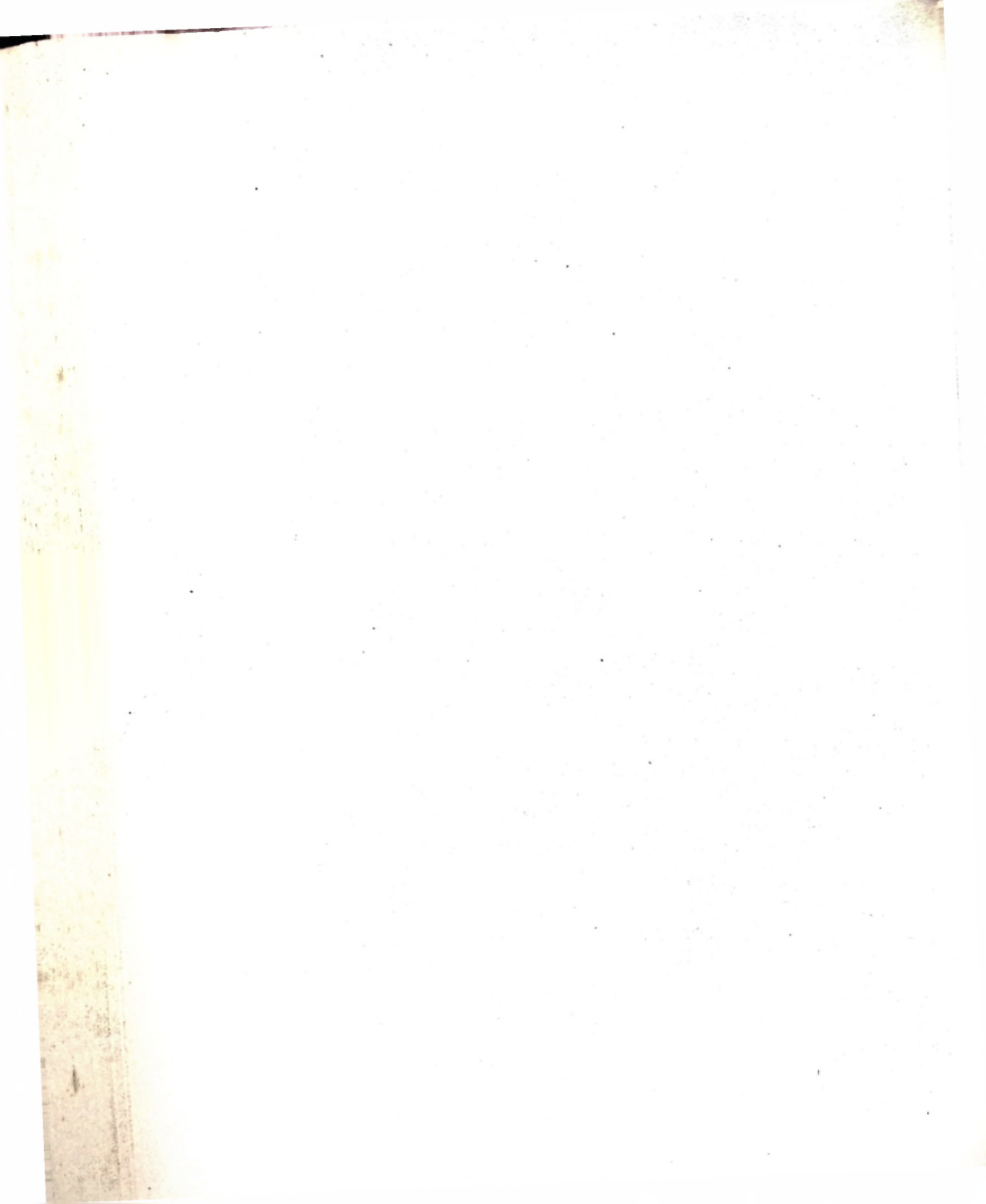
José Rafael Pocaterra, el brillante escritor que lanzó las armas al mar, seguía ahora, cuando la acción de Urbina, acompañando a Delgado Chalbaud. Había sido nombrado Embajador de Venezuela en Washington.

Rafael Simón Urbina, Carlos Delgado Chalbaud, Antonio Aranguren, José Rafael Pocaterra, toda era gente muy sonada. Reunida de nuevo por múltiples intereses, como en un escenario. Parecía que hubieran venido desde otros tiempos a montar una tragedia.

Los desconocidos éramos nosotros...



HISTORIAS DE LA MODELO



Nos abrieron totalmente los calabozos, pero nos dejaron cerrada la reja principal para que no nos comunicáramos con nadie.

De ahí en adelante, como la letra era bastante amplia para nosotros que éramos pocos, comenzaron a meter presos políticos.

Tuve la oportunidad de conocer a muchos dirigentes de Acción Democrática y del Partido Comunista. Me hice muy amigo de Lucas Pérez y tengo mucho que agradecerle, pues yo era muy muchacho para ese entonces y sus consejos fueron útiles para mí.

Una noche me puse a jugar “ajilei” con otros presos que habían metido a la letra. El lo supo y me llamó:

—Hermano, Pedro, supe que estaba jugando “ajilei” con los demás presos. Eso es una cosa “muy buena” que usted ha hecho. Hoy juega “ajilei” con ellos; mañana agarrará un cuchillo y se fajará a pelear con ellos. Y pierde así la

autoridad moral que tiene entre los reclusos. —Y me echó un gran regaño, como que si fuera el padre mío. Yo le agradecí la amonestación, porque fue un buen consejo. Más nunca jugué en la cárcel; más nunca tuve problemas de juego y me aparté de todo. Me concreté únicamente a la lectura, más nada, porque no podíamos hacer nada.

Conocí a Cheito Velásquez, un guerrillero colombiano quien también estuvo en la letra mía; al doctor Arnaldo González, quien fue Ministro. al doctor Arnaldo González, hermano del doctor González, quien fue Ministro. Al doctor Juan Bautista Fuenmayor, fundador del Partido Comunista de Venezuela, historiador, quien me enseñó a jugar ajedrez. Esto es más o menos por el año 56. Ya teníamos más libertad.

De vez en cuando nos vamos escondidos a las otras letras para hablar con los demás presos.

El que más salía era Domingo Urbina a quien siempre le gustaba estar jugando y se iba a meterle al "ajilei". Circulaba mucho la plata en la cárcel en ese entonces. Había mucho orden. No había drogas.

Tomábamos escondidos, cuando podíamos mandar a comprar aguardiente y nos echába-

mos un “palito”. Especialmente en la Navidad. Siempre nos ingeniábamos para tener nuestra caña clandestina.

Al caer Pérez Jiménez en el 58, salimos a vivir en el pasillo: Domingo Urbina, Honorio Gutiérrez Betancourt, José Fermín Ledezma, Osorio de Jesús Ollarves y yo. Teníamos una pieza y había mucha consideración para con todos nosotros.

Ya en ese entonces existía la orden de que las señoras podían estar con sus esposos los domingos. Las visitas de los menores, de los hijos, se fijaron para los jueves. Yo gozaba de la consideración de todo el mundo y empecé a trabajar.

Entró como Director Julio Ramírez, un gran amigo mío, creo que fue el Superior más comprensivo: salíamos a la calle, rendíamos mucho en diversas labores y de acuerdo con mi comportamiento me fueron haciendo jefe. Era el responsable de casi todos los servicios en la Modelo: construcción, plomería, electricidad, aseo, cocina... Todo eso estaba bajo mi control. Custodiaba más de cien reclusos.

Cuando se necesitaba un preso para ir a trabajar fuera de la cárcel, me lo pedían. Yo entonces iba al archivo, buscaba la ficha y si estaba detenido por robo, por atraco a mano armada,

o era un drogómano, no le permitía salir, pero si estaba preso por cuestiones de tránsito, líos pasionales u homicidio, me lo llevaba a trabajar. Era una especie de jefe de mantenimiento de la Modelo.

Cuando nos tenían prohibido trabajar a nosotros los urbinistas, como nos llamaban, un señor Parilli, quien era jefe de producción de la carpintería, me metió a prestar servicios clandestinamente en los talleres.

Parilli me tomó un gran cariño y me dio una gran confianza. Aprendí mucho trabajando con todas las máquinas. Pronto fui un gran ebanista; después dominé la fabricación de colchones y trabajé también en herrería, aunque no soy gran conocedor del oficio. Los guardias nacionales eran muy amigos míos.

Yo hacía en la cárcel dos mil arepas todos los días. Esas me las pagaba la Dirección, aparte, además del sueldo que tenía.

A mí me entraban trescientos y cuatrocientos sacos de maíz pilado, que utilizaba en la elaboración de las arepas.

Me acuerdo que un día llegó un colombiano y me dijo:

—Si usted no sale millonario de aquí es porque no le da la gana.

—¿Cómo puedo hacerme millonario? —pregunté.

—Si usted le mete a cada saco de maíz un litro de ron, que cuesta ocho bolívares en la calle y se vende aquí adentro a cuarenta, se gana unos reales... —Porque la Guardia Nacional lo que era para Pedro Díaz no lo requisaba.

—Precisamente —le dije al colombiano— por eso me tienen confianza. Saben que yo soy incapaz de eso que usted propone. A mí no se me llenan los ojos con ver que voy a reunir un platal. Lo que me interesa es mi conducta y mi comportamiento en la cárcel. Antes de que salga la prensa diciendo que le cogieron a Pedro Díaz una cantidad de ron en el maíz, prefiero vivir así con lo poco que guarde. Yo no pierdo mi prestigio. La avaricia de querer ganar y tener mucho, no conduce a nada bueno.

En la cárcel, en ese entonces, había 1.700 presos comunes.

Los procesados militares estaban en el pabellón tres. Los reclusos corrientes, en los pabellones uno y dos.

Había un pabellón para los políticos, que eran casi todos comunistas.

El gobierno de Marcos Pérez Jiménez, puedo decir que fue la mejor época de la cárcel Mo-

delo para los presos comunes. Se respiraba orden. No había problemas en ese entonces, de drogas. Corría mucho real...

Desgraciadamente, después que vino la democracia, comenzaron los desórdenes, la marihuana y de allí en adelante la Modelo no sirvió para nada. Nadie podía cargar ni siquiera veinte bolívares en el bolsillo, porque trataban de atracarlo.

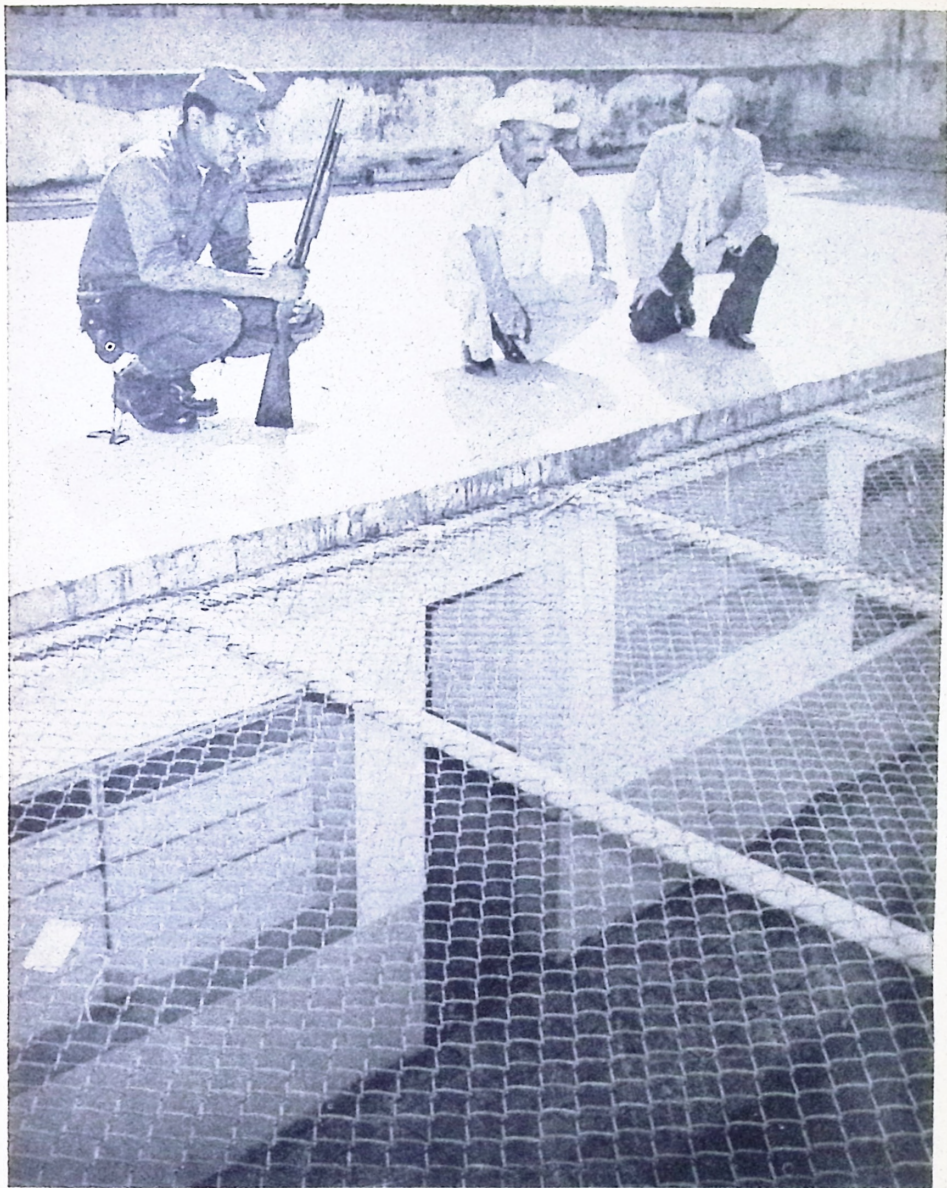
Como yo vivía en el pasillo, me la pasaba en todos los pabellones, tanto de comunistas como de procesados militares. Tenía permiso para entrar a todos.

A los comunistas y a los presos comunes, les suministraba los materiales que necesitaban para los trabajos de manualidades. Todos ellos se hicieron buenos amigos míos. Los rojos tenían un gran orden y eran muy unidos.

Los presos de mala índole estaban en letra aparte. Había elementos aislados en letras especiales. Todos estábamos clasificados, de acuerdo con nuestro proceder, actitud moral y comportamiento en prisión.

Después, pusieron a todo el mundo junto y el ambiente de la cárcel cambió totalmente.

No tuve problemas con las autoridades civiles ni militares. A mí me tenía sin cuidado cuan-



En enero de 1980 fui de visita a la cárcel con Oscar Yanes, para mostrarle la celda donde estaba Pérez Jiménez. También aparece en la foto el teniente Iván Henríquez Montiel.

do veía a los presos fumando marihuana. Yo sabía quienes metían la marihuana, pero para mí eso era indiferente.

Una vez el Director, Juan Bautista Leoni, muy amigo mío también, comentó que yo sabía mucho en la cárcel de la cuestión de las drogas, pero que no les decía nada a ellos.

Le respondí que no estaba allí para delatar a nadie; que yo en la cárcel pagaba un delito y que mi conducta era comportarme bien, no denunciar a ninguno. Allá los empleados que tenían eso a su cargo... El me felicitó.

—Díaz, así es como es —contestó—. Ya veo por qué tú tienes tantos amigos aquí. Funcionarios y reclusos te quieren. Todos te tenemos una gran confianza. —Yo pensaba en las vueltas que da el mundo. Uno nunca debe desesperar en las situaciones más feas, porque Dios aprieta, pero no ahorca.

¿Cuántas veces pensé que me iban a fusilar?

Me recuerdo el día que me llevaron a la quebradita, al cuartel de la Guardia Nacional y estaban los guardias todos con ametralladoras. Y dije para mí mismo: “bueno, aquí es donde por fin nos van a matar”.

Uno siempre debe luchar para conservar el valor. La alegría aleja las cosas malas de la men-

te y da una gran fuerza para soportar la existencia dura. En Miraflores yo le decía a los compañeros de calabozo: “canten, para que esa gente no crea que nosotros estamos afligidos; no demostremos cobardía. Canten, para que vean que no estamos tristes”. Nosotros lo que hacíamos era echar bromas, “mamar gallo”: “hasta aquí llegamos, muchachos!!!”.

En aquella época tenía la muerte pintada en la nariz, por eso ahora sonreía cuando veía la diferencia de trato y la confianza de que gozaba por parte de las autoridades del penal.

De los acusados en el caso de Delgado Chalbaud todos los falconianos estamos vivos, gracias a Dios! De los de Caracas murió Pablo Ledezma, quien era uno de los del barrio “Tiro al Blanco”; Máximo Torres, papá de Próspero Torres el hermano de Mijares, o sea el padrastro de Mijares; Jesús Rafael Acosta, Pedro Tomás Díaz, Pedro Sarabia, Alberto Castro, Luis Ramón Martínez. Cuando uno se ve metido en un lío, como el del frustrado golpe militar, siente deseos de escapar, siempre, porque no aspira a pagar una pena tan larga. Cuando yo estaba en el calabozo número 10, Domingo estaba en el 3 y una vez pasé para el baño. Nosotros casi no podíamos hablar, pero en un descuido del guar-

dia, me dijo: —No se preocupe, paisa, de aquí nos fugamos.

—¿En qué forma nos fugamos?

—Nos volvemos locos, nos hacemos los locos y del manicomio escapamos de alguna manera. —Siempre estaba pendiente de la fuga. Un día yo le dije que si no teníamos afuera a una persona que nos ayudara, era maldad irse porque nos agarraban. Teníamos que estar seguros de tener una persona que nos esperara en un carro y nos llevara a un sitio. Era la única manera. Después salíamos siempre, en permiso, y él seguía pendiente de la fuga, pero yo ahora no quería fugarme. No quería traicionar al Director, quien era amigo de todos nosotros. Entonces le dije:

—Bueno, yo prefiero no salir, pero no traicionar a un amigo quien me ha dado su confianza.

Por cierto que mi compadre se fugó estando Juan Bautista Leoni de Director.

Domingo Urbina no se quería salir sin que me fuera yo. Traté más bien de disgustarme con él, haciendo ver que estábamos peleados para que se pudiera ir.

Yo sabía que él en la cárcel corría más peligro que yo porque a veces discutía con los guar-

días. En cambio, Pedro Díaz estaba perfectamente bien con las autoridades. El se fugó en octubre de 1962.

Una de las veces que le dieron permiso, se fue. No hubo represalias contra nadie.

Yo salía siempre a la calle, pero durante esos días no pedí más permiso. En el mes de diciembre le dije al señor Leoni que él debía saber que yo pasaba todas las Navidades con mi familia. Entonces me dijo:

—Sí, Díaz, con mucho gusto, usted tiene permiso para salir en la Pascua.

El doctor Lusinchi, quien era el médico jefe y el Director Leoni me firmaban siempre los permisos, y me dijo el doctor, quien había sido el mismo que había firmado la salida de Domingo:

—Díaz, sépalo, va a salir a pasar las Navidades con su familia, pero si usted se me fuga, puede estar seguro de que yo voy a salir con la ametralladora a buscarlo donde se meta. —Salí. Hubo protestas contra el Director por haberme dado permiso, sabiendo que se había ido Domingo Urbina.

Entonces Juan Bautista Leoni dijo: yo respondo por Pedro Díaz, ese hombre no se me va. Lo puedo mandar a dormir en cualquier parte. El es un hombre muy consecuente.

Domingo Urbina es muy buena persona, un hombre juguetón; siempre está bromeándose con uno. Un hombre preparado. Un hombre fácil de palabra. Un hombre muy culto. No es un hombre amargado. Usted lo ve a simple vista y cree que es un hombre serio, pero es un gran echador de bromas.

Domingo es mi compadre y siempre hemos sido amigos. Es primo de Rafael Simón Urbina. Muy buen amigo. Hay un primo de Domingo, llamado Pepito Urbina, a quien conozco desde pequeño y tiene unos hijos, pero de todos los hijos de Pepito están Alberto y José Manuel "Chemanen" Urbina, quienes son los que yo trato con más confianza y con más cariño porque me han demostrado siempre gran amistad.

Yo me volqué el 27 de abril del 79 en la camioneta; iba para la finca. Me llevaron al hospital de Churuguara. Al otro día llegaron Beto y Chemanen Urbina y me llevaron a su casa. No permitieron que me quedara en el hospital. Me buscaron el médico y en los días que estuve enfermo no me dejaron solo. Cuando salía uno quedaba otro. Siempre estaba uno de ellos haciéndome algo, pendiente de mí. Ví, pues, el gran aprecio que me tienen.

Carlos Mijares es mirandino, de Araguaita.

Es un hombre campesino, un hombre rústico. Muy trabajador. Un hombre correcto en sus compromisos. Cuando estuvo en la cárcel se concretaba a hacer café y vender arepitas. Una vez fue castigado porque él hacía lo que llaman "chicha andina" y la ponía a enfuertar. Preparaba una gran cantidad de latas de chicha y vendía muchísimo. Pero las autoridades se dieron cuenta de la cola de reclusos que compraba chicha andina, descubrieron que Mijares la fermentaba como hacen los indios y lo llevaron castigado.

Estuvo en el calabozo como tres días por vender chicha que rasca.

En los acontecimientos del 13 de noviembre estuvo también un hombre que reconozco fue uno de los grandes hombres que hubo allí. Se llamaba Osorio de Jesús Ollarves, de Santa Cruz de Bucaral.

Un hombre que se comportó a las mil maravillas en el momento cuando sucedió lo de Delgado Chalbaud y después, como preso, también se supo conducir muy bien. El era analfabeto y desde el instante que lo llevaron a los sótanos de Miraflores, como él quedaba hacia donde daba claridad, se dedicó a estudiar. En la cárcel sacó el sexto grado y estaba aprendiendo comercio.

Se preparó mucho. Salió muy adelantado de la prisión. Trabajó. Aprendió sastrería y cuando quedó en libertad con el primer grupo de nosotros, en 1961, se dedicó a trabajar aquí en Caracas.

Fue a los bloques del 23 de Enero un día y un hombre le dio un golpe y le reventó los lentes. El, con un corta-uñas que cargaba lo hirió por el abdomen y el hombre se murió.

Volvió a la cárcel!

Fue sentenciado a veinte años de nuevo, después de haber pagado once años!!

En primera y en segunda instancia le dieron veinte años. Apeló a la Corte Suprema de Justicia. Yo me hablé con el doctor Chente Beaujon para que lo defendiera, le pagué diez mil bolívares y él pudo lograr quitarle la mitad de la pena y pagó siete años; salió confinado para el Estado Yaracuy a pagar tres años y medio y allí tenía una parcela, un pequeño fundo, donde estaba trabajando la agricultura.

Una mañana se montó en un burro; el animal lo tumbó y se murió. Lo mató el burro! Eso fue en 1973. Yo considero que, en el grupo de nosotros, Osorio de Jesús Ollarves era uno de los hombres más valiosos que había. Un hombre sereno, un hombre que no hablaba. Se dedi-



Las cosas han cambiado mucho en la Cárcel Modelo.

có nada más que a estudiar, a buscar en la cárcel lo que ignoraba. En el momento del asalto a Delgado Chalbaud fue quien se movilizó más rápido, porque fue el primero que desarmó al policía y creo que fue él mismo quien le quitó la pistola a Bacalao Lara.

Conocí en la cárcel a Tarcisio Eljuri, un muchacho de la Sierra de Coro, de San Luis; hicimos una gran amistad. A este muchacho lo acusaban de homicidio perpetrado en la esposa. Creo que era medio pariente de Domingo Urbina. Nosotros salimos a vivir al pasillo y lo llevamos a él. Vivíamos en la misma pieza, Osorio de Jesús Ollarves, Domingo Urbina, Honorio Gutiérrez Betancourt y yo. Un día nos fuimos de permiso Domingo Urbina, Honorio Gutiérrez y Pedro Díaz. Pero como Domingo siempre se la pasaba hablando de buscar la manera de fugarnos, ese día Tarcisio se imaginó que nos íbamos a escapar y que él iba a quedar solo en la cárcel, porque el amparo y el único consuelo que tenía éramos nosotros. El vivía muy triste, pensando en los hijos que habían quedado huérfanos. Cuando regresamos de la calle supimos la noticia de que Tarcisio se había envenenado.

Cuando se anunció la llegada de Pérez Jiménez a la Modelo, se habilitó la enfermería de la

cárcel para celda del dictador. Se le puso un techo de malla para que entrara el sol. Había un patio como de cien metros cuadrados, tenía un saco de arena para hacer ejercicios, un kiosco en donde se sentaba a jugar dominó, una sala, una cocina, su dormitorio y un baño.

Pérez Jiménez llegó preso a Venezuela en agosto de 1962 y le condujeron directamente a San Juan de los Morros, al calabozo donde murió de mengua Alberto Carnevali. Estuvo en San Juan de los Morros nueve meses. Es decir, parte de los gobiernos de Betancourt y de Leoni, pues la extradición se concedió en época de elecciones.

El gobierno encargó de la seguridad de Pérez Jiménez en la Modelo a Pedro Barrios Astudillo, quien había caído preso durante la dictadura en un tiroteo que se registró de Santa Rosalía a Velásquez.

Aseguran que Rómulo Betancourt dijo a Barrios Astudillo:

—Usted me responde con su vida por ese tipo.  
—Treinta hombres fijos, al mando de Pedro Barrios, estaban encargados de la seguridad de aquella zona en donde estaba Pérez Jiménez. Todos los que lo cuidaban eran ex-guasineros, hombres de la absoluta confianza del gobierno.

Dentro de las medidas de protección que tenía el ex-dictador se contaba el privilegio de escoger sus propias visitas. Si alguien manifestaba interés por verlo, no era recibido si Pérez Jiménez no daba su consentimiento. En cuanto a la comida, era preparada allí mismo, pero él nunca la comía.

Tenía un chófer de confianza llamado Juan de Dios Montilla y ese señor le llevaba desayuno, almuerzo y cena. La comida era preparada en la casa de Montilla. No comía nada en la cárcel —quizás temía que lo envenenaran— y siempre estaba con un hombre al lado, uno de los ex-guasineros. Si entraba una visita, el ex-guasinero permanecía sentado allí, escuchando y anotando, pero cuando llegaban los abogados se salía. Se le respetaba nada más que la privacidad de la defensa. Los defensores podían verlo diariamente. Tenían libre acceso.

Un día se le fue un tiro a uno de los guardias, cuando venían de trasladarlo de la Corte, y el tiro dio en una alacena en donde estaban todas las granadas de mano. La bala pasó entre las granadas! Si este proyectil hubiera pegado en los explosivos, vuela el pabellón de Pérez Jiménez, pues las granadas estaban ubicadas como a doce metros de donde se encontraba él.

Chalbaud:

Londres, 20 de febrero de 1954.

Coronel

Marcos Pérez Jiménez

Palacio de Miraflores

Caracas

Venezuela.

“En el destierro que me fue impuesto por su gobierno, he tenido conocimiento de la reanudación del proceso judicial relativo al asesinato de mi esposo, el comandante Carlos Delgado Chalbaud. Y con justificada desconfianza estoy esperando el resultado de esta nueva situación, aleccionada como he sido por las dificultades que sufrí cuando —con mi presencia y mi actuación como parte acusadora— traté de que se llegase pronto al total esclarecimiento de la verdad.

“Tal empeño sigue constituyendo el más importante de mis deberes... Me dirijo a usted, coronel, porque es evidente que en cuanto al asesinato de mi esposo y dentro de la actual realidad venezolana, usted será el supremo inspirador y responsable de la justicia que se haga... Esta se encamina hacia el solo castigo de los simples comparsas y de ciertos directores de segundo orden. Los promotores principales, y entre éstos el eje central de la conjura, permane-

cen incógnitos. El sumario, cuya publicación ha permitido su estudio por numerosos abogados del país y del extranjero, presenta —en opinión de todos ellos— sorprendentes irregularidades. Del conjunto de las actuaciones se deriva la penosa impresión de que el esfuerzo de la investigación no ha querido o no ha podido orientarse hacia la finalidad que en principio le corresponde.

“... En síntesis, sobre usted existen sospechas y a usted se le teme. Esto es lo que se interpone en el camino de la justicia.

“Las sospechas, coronel, no son gratuitas. Se fundamentan, en primer término, en su condición de gran beneficiario del crimen, ya que la categórica divergencia entre los objetivos y métodos de gobierno de mi esposo y los suyos y la existencia misma del comandante Delgado Chabaud eran un tremendo obstáculo moral y práctico para la ascensión suya al poder y para el empleo de los procedimientos que le han permitido alcanzarlo y conservarlo. Se fundan en las declaraciones de algunos de los autores materiales. Se fundan en la protectora benevolencia con que su régimen —tan policial por lo demás— ha tratado a quienes dieron muerte a Rafael Simón Urbina, ya capturado e indefenso, esos

agentes, que —¿por orden de quién?— se apresuraron a destruir el elemento clave de la investigación antes de que ésta se iniciara. Se fundan en la existencia de ese extraño mensaje que el asesino dirigiera a usted después del hecho y cuya difícil ocultación fue juzgada por sus asesores más imprudente que la inevitable publicidad. Se fundan en la presencia a su lado para el momento del crimen, con el cargo de Secretario Privado, en el que aún usted lo mantiene, del abogado Víctor José Cedillo, conocido como amanuense de confianza y consejero íntimo del asesino Urbina y de quien sería ingenuo pensar que no haya establecido vínculos entre éste y usted, y que además ignorara los planes que se adelantaban. Se fundan también en los soeces ataques que la prensa controlada por sus agentes ha lanzado contra mi marido, tratando en vano de manchar su memoria y hacer menos odiosa la tragedia de su desaparición; ataques cuya significación no es desvirtuada, sino por el contrario, acentuada por su coincidencia con sedicentes homenajes oficiales que también formulan y preparan agentes a su disposición. Se fundan, en fin, en mi propio destino personal de perseguida y desterrada porque me constituí en parte acusadora y porque rechacé cuantos hala-

gos, ofertas y amenazas se me dirigieron para que me apartara del juicio...”

Atentamente,

LUCIA DELGADO CHALBAUD

La viuda del comandante vivía llena de temores y sospechas. Debemos recordar con atención la historia que ella contó al Juez Muñoz Rueda y al Fiscal Ramón A. León:

“Como yo llegué a Venezuela el 13 de octubre de 1950, luego de haber pasado diez y siete días más o menos en Nueva York, voy a referirme en primer término, al período comprendido entre esa fecha y el 13 de noviembre de ese mismo año, y los días subsiguientes.

“Para la custodia de su persona, en su carácter de Presidente de la Junta Militar, tenía mi esposo asignada una guardia constituida por ocho guardias nacionales y dos cabos que se turnaban de por mitad. Así lo tengo entendido, que era la forma de turnarse para prestar sus servicios. Esa guardia, en principio, según la opinión de mi marido y de algunos oficiales a quienes oí hablar sobre esto, debería, para su eficacia, ser cambiada con frecuencia, por lo menos cada tres meses. Al llegar de Nueva York, me dí cuenta de que aún estaban los mismos guardias que había dejado a mi salida, quienes ve-

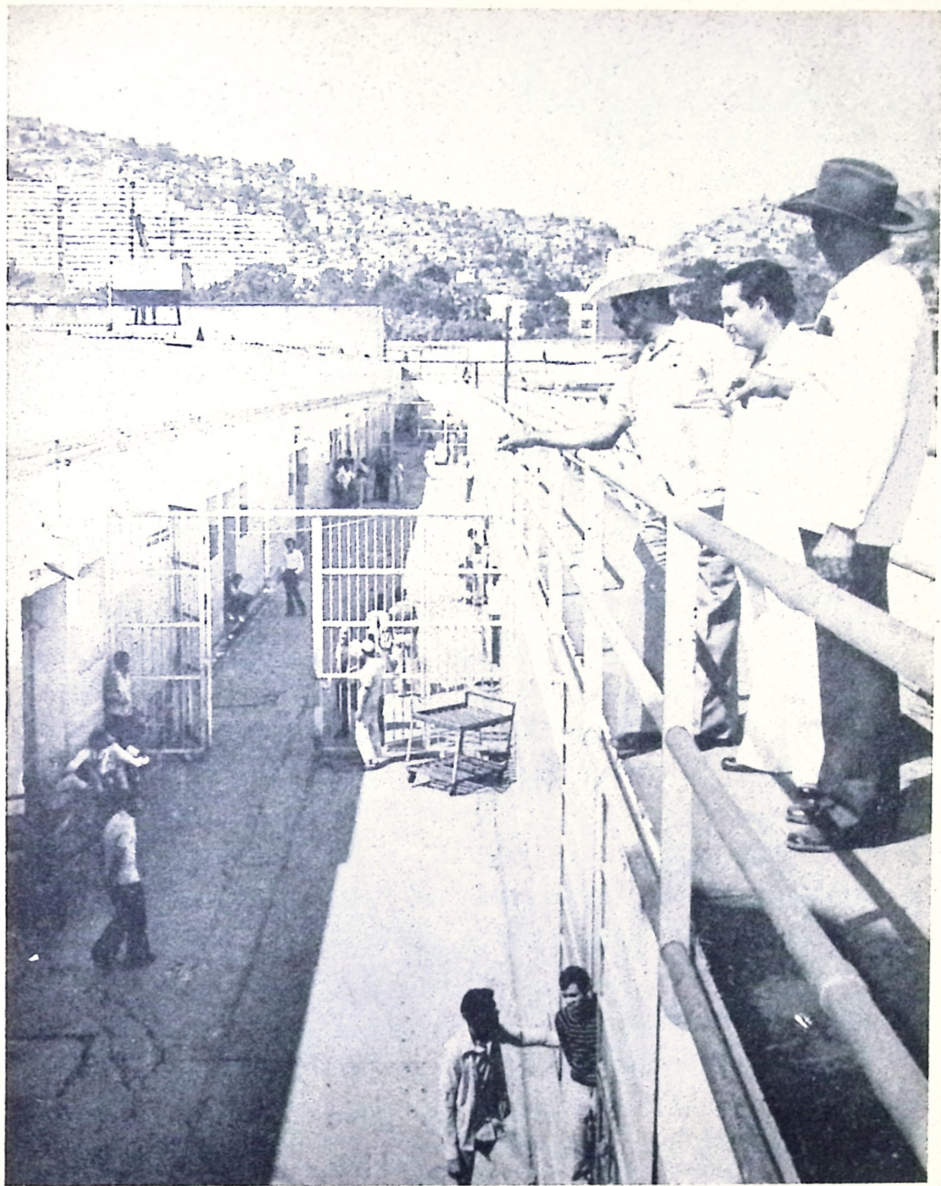
nían prestando el servicio desde hacía más de un año.

“El día 16, yo le hice a mi marido la observación de que aún la guardia no estaba cambiada, en presencia de un Edecán, cuyo nombre no recuerdo. Mi esposo en el acto, le dio orden a ese Edecán, de que fuese cambiada la guardia inmediatamente. El 18 me dí cuenta de que no había sido obedecida la orden que dio mi esposo, y le observé a éste que no había sido cambiada la guardia. Mi esposo se mostró muy molesto y me observó que él había dado la orden en mi presencia. La guardia siguió completa por los mismos elementos hasta el 13 de noviembre de 1950, y aún después. En esos mismos días observé a mi marido que no me gustaba la Casa Militar; y él me contestó que sería cambiada pronto, y que entre otros, el teniente Bacalao Lara ocuparía un cargo fuera de ella, para lo cual tenía previsto el nombramiento.

“También cuando regresé de los Estados Unidos, encontré de servicio en mi casa un joven, nativo de Ocumare de la Costa, llamado José, cuyo padre fue antiguo servidor del general Román Delgado Chalbaud. Mi marido me dijo que ese joven era para cuidar su persona. Yo le observé que ese joven no podía cuidarlo

porque no portaba arma; y también le insinué que era preferible que lo acompañara en el automóvil, para lo cual podía asignársele el oficio de ayudante del chófer, pues consideraba yo que corría más peligro en los trayectos. A ese fin mi marido lo mandó al garage de Miraflores para que obtuviese los conocimientos que le faltaban, para lograr el título de Chófer; y allí estuvo hasta unos días después de la muerte de mi marido, sin que lo hubiera llegado a acompañar.

“También, durante la semana anterior a la muerte de mi esposo, me llamó la atención, la insistencia con que después de haber sido rechazada formalmente, volvió una mujer solicitando trabajo. Esta mujer fue vista entrando a la casa de la señora Duarte, quien es mi vecina, pues habita una quinta enfrente y un poco al norte de mi casa; precisamente después de la cuarta vez que insistió en buscar trabajo en mi casa, y después de esto y antes del 13 de noviembre de 1950, noté que los guardias y policías uniformados iban a esa casa a tomar agua, lo que en realidad no era explicable, porque aquí había orden de darles lo necesario. Es de observar que cuando les llamé la atención a los guardias y policías, no lo hice personalmente, sino por intermedio de un oficial, y que fue éste quien



Mi hermano Cruz, el profesor Rafael Oria y yo vemos desde arriba el calabozo en donde viví largos años.

me transmitió la explicación a que me he referido.

“Como me extrañó y me inquietó el hecho de que mi marido hubiese buscado un hombre, el joven de Ocumare, para que cuidase su persona, medida extraordinaria en él, le pregunté que cuáles eran las medidas efectivas que se tomaban para su seguridad personal. El me explicó que su protección estaba a cargo de la Inteligencia Militar, Guardia Nacional apostada en nuestra casa, Radio-Patrullas que pasaban cada hora y media, y policías, de los cuales uno permanecía en el Puente Chapellín y otro en el Puente del Country Club, lugares ambos vecinos a nuestra vivienda, y que constituyen los dos puntos principales de acceso a la zona donde se encuentra nuestra casa; y que él debía contar con esto.

“En relación con los guardias nacionales destacados en nuestra casa, quiero aclarar que poco antes de mi viaje a los Estados Unidos, fue sustituido uno de ellos, llamado Jorge Medina, por uno nuevo que creo que se llama Argueta. En las primeras dos semanas de mi llegada, vino con insistencia a ofrecer sus servicios como mesonero, un hombre que no tenía referencias de ninguna especie, al cual yo desde el primer mo-

mento rechazé por esa causa y quien, a pesar de esto, volvió a insistir dos o cuatro veces más. Durante la semana anterior al 13 de noviembre, vino varias veces el señor Humberto Lupi a ofrecerme equipo para parques infantiles, en mi carácter de Presidenta de la Sociedad de Damas Bolivarianas, insistiendo, aun cuando le manifesté que no se compraba nada en la plaza, en la segunda visita, habiéndole dicho en la primera que no viniera si no lo llamaba; su última visita fue el domingo 12 de noviembre de 1950, ya no para tratar conmigo sobre parques infantiles, sino con el pretexto de regalar a mi esposo un mapa de Venezuela.

“Ese día me llamó la atención la frialdad no habitual en mi marido, con que recibió a Lupi. Como es natural, durante el mes anterior al 13 de noviembre, se recibieron visitas de familiares y amigos, algunos de los cuales comieron o almorzaron con nosotros y personas representantes de la Asociación de Damas Bolivarianas y de las Hermanitas de los Pobres. El día 13 de noviembre de 1950, me vinieron a buscar a las cuatro y media de la mañana para ir a misa en San Francisco; me acompañaban el chófer Orlando Lampert y el señor Marcos Calderón; llegamos pocos minutos después a la iglesia y allí

permanecimos hasta poco antes de las seis de la mañana, cuando al salir la señorita María Isabel Baptista me invitó a desayunar y yo rehusé.

“Marcos Calderón se separó de mí a las puertas de su casa, diciéndome que iría a Miraflores; llegué a la mía a las seis de la mañana, viéndome pasar el agente civil de guardia Pedro Uribe Hernández. Es de hacer notar que Uribe Hernández debe haberse dado cuenta exacta de la hora de mi llegada porque entonces terminaba su guardia. Entré directamente a la habitación de mi marido y allí estuve hasta las ocho y media de la mañana, aproximadamente, luego fui a mi cuarto y permanecí acostada hasta tanto llegó mi marido, quien vino a despedirse, diciéndome que tenía que marcharse rápidamente porque eran las nueve y cinco minutos. Al decirme esto, miró su reloj y salió seguidamente. Como a los diez minutos más o menos, mi empleada doméstica Graciela Malpica me dijo que el teniente Ramírez, de Miraflores, llamaba por teléfono preguntando si habían matado a un policía al lado de la casa nuestra. Le pregunté a la empleada si había oído algún disparo, ya que yo no lo había percibido, respondiéndome que no. Pasaron uno o dos minutos y entonces volvieron a llamar de Miraflores, el mismo oficial

vara hacia Las Mercedes para seguir a mi marido. Ella se negó porque tenía un chico enfermo. Llamé a varias partes, adonde se me ocurría, entre otras, a la casa de la señora Margot Boulton de Botome, y le referí lo que los guardias me habían dicho, que se habían llevado a mi marido para Las Mercedes en el carro de Urbina. Entre tanto, regresó mi automóvil, contándome el chófer y José Godoy que un americano les había dicho, poco después de salir mi marido hacia Miraflores, que fueran rápidamente hacia abajo porque “estaban matando a un policía”, y los guardias le contestaron que no tenían derecho de abandonar sus puestos en la casa. Continuó narrándome Godoy que él, Lampert y un distinguido de la Guardia Nacional de apellido Ramírez, tomaron mi automóvil, fueron hacia el lugar de los acontecimientos, en Chappellín, y en la curva encontraron una gorra de oficial, sin marcas del nombre de su propietario, y la motocicleta del Fiscal de Tránsito que había salido tras el automóvil en que iba mi esposo para Miraflores. Cogieron la gorra, fueron a Miraflores y allí comunicaron todo al capitán Garrido, volviendo luego a casa donde me expusieron lo antes dicho”.

Necesitaban un recluso más para que estu-

viera con Pérez Jiménez y lo atendiera; la dirección le pagaba un sueldo a ese preso y el ex-Presidente le daba 200 bolívares semanales. Entonces el Director habló con Ciro Landaeta, compadre mío y un gran amigo, para conseguir a un hombre de confianza. Ciro Landaeta dijo que al único a quien él se atrevía recomendar era a Pedro Antonio Díaz.

El Director me llamó para ofrecirme el puesto, pero yo le contesté que no era amigo de Pérez Jiménez y que por lo tanto no me prestaba para eso.

—Así se recomienda a un hombre! —respondió el Director—. Tu amigo confía en tí ampliamente y estoy muy satisfecho de que te haya recomendado, porque si eres otro aceptas y tal vez nos hubieras echado una gran broma con Pérez Jiménez.

Tuve la oportunidad, también, de conocer a Vallenilla Lanz. Todos los días lo visitaba Cabrera Sifontes y el capitán Morales Luengo. A las seis de la tarde nos íbamos a hablar a su pieza que era la misma que anteriormente había ocupado Marcos Pérez Jiménez. Nos tomábamos diariamente un litro de whisky entre los cuatro. Whisky que le llevaban a Vallenilla. Estábamos hasta las ocho o nueve de la noche con

él y después nos íbamos a dormir. Hablábamos mucho; siempre estábamos cordializando.

El capitán Morales Luengo fue un gran amigo mío, como ya lo dije; también Cabrera Sifontes; siempre estuvimos juntos.

Vallenilla Lanz y yo frecuentemente discutíamos, porque yo le manifestaba que Marcos Pérez Jiménez estaba metido en el caso de Delgado Chalbaud y él me decía que su compadre no había tenido nada que ver en eso. Un día le dije: “bueno, ¿y si Pérez Jiménez no tuvo nada que ver con esto, por qué mandaron a matar a Rafael Simón Urbina? Y me respondió: “ese no fue él. Quien dio la orden de matar a Rafael Simón Urbina fue Llovera Páez. Ese fue el error que cometieron; no han debido matarlo”.

—No fue un error; lo que pasa es que ellos sabían que Rafael Simón Urbina conocía a todos los que estaban comprometidos, por eso lo mataron. Y como nosotros no sabíamos nada, no nos mandaron a matar. —Le hablé del papel que le había mandado Rafael Simón Urbina a Pérez Jiménez. Le dije: ¿Por qué Rafael Simón Urbina le mandó ese papel a Marcos Pérez Jiménez? ¿Cuál era el fin?

—“Bueno, el fin quién sabe... El fin sería confundir a la gente”.

También en cierta oportunidad me habló de que cuando Pérez Jiménez salió como primer Senador, Vallenilla Sanz le dijo que viniera a Venezuela y Pérez Jiménez le dijo que él no venía porque lo podían matar. Y él le llevó la contraria:

—No, hombre, compadre, no lo matan. Vaya! Usted es Senador de la República y tiene que ir. —Pérez Jiménez no quiso venir y él le dijo: “pues yo si voy a ir a Venezuela algún día”.

—Vaya, pues. Pero puede estar seguro —contestó Pérez Jiménez— de que enseguida que llegue lo meten a la cárcel...

Vallenilla dijo:

—“No me importa. No me importa que me metan a la cárcel. Yo voy a Venezuela”.

Pérez Jiménez se molestó y argumentó que Vallenilla quería quitarle prestigio. Se disgustaron un poco cuando Vallenilla vino a Venezuela, según refería el propio Vallenilla.

Cabrera Sifontes trabajó conmigo —hice una especie de sociedad— y fabricamos en madera un cuadro donde estaban todas las penas del mundo: la silla eléctrica, la guillotina, la cámara de gas, la horca, la estaca para empalar, el garrote vil, la crucifixión... Ese cuadro medía 1,80 por 1,40 metros. La base era de ébano,

muy cara. La lámina de dos metros por 80 centímetros me costaba, en aquel entonces, 500 bolívares. No tenía ninguna clase de pintura. Lo que era blanco se le hacía con madera blanca. Cada color era una madera distinta y con las letras al relieve se explicaban las penas y en qué lugar existían. Ese cuadro en varias oportunidades ganó el primer premio, en Maracaibo y en Barquisimeto, en exposiciones del Ministerio de Justicia. La Dirección de Prisiones mandaba siempre un autobús con manualidades de las cárceles para las ferias y el cuadro siempre regresaba premiado. La Dirección ofreció dos mil bolívares por él, pero sólo en materiales se había gastado mucho más. Después no supe dónde fue a parar. Ese cuadro era mío. Puede ser que lo tengan los familiares; si lo tienen ellos, sería una gran cosa que lo conservaran como un recuerdo de Cabrera Sifontes.

Cuando yo salí de la cárcel estaba Cabrera Sifontes en el hospital Padre Machado, lo habían operado de un cáncer en la cara. Yo fui varias veces a la Modelo a visitarlo. Al capitán Morales Luengo no lo ví más. Después que Cabrera Sifontes se fugó, no volví a ir al penal.

Cabrera Sifontes era un hombre que trabajaba las manualidades perfectamente; el que

mejor trabajaba era él. Me regaló un Guaicai-puro hecho en madera. Lo conservo todavía como un recuerdo.

¿Cuántas personas salen y entran diariamente de una cárcel durante veinte años?

Una de las cosas que me obligó a irme de Caracas al salir de la cárcel, fue la cantidad de amigos, ladrones, malandros, traficantes de drogas y homicidas, quienes guardaban una gran consideración y aprecio por mí. Esos elementos, al saber que yo estaba en libertad, me iban a buscar y a mí no me convenía que me vieran con ellos en la calle. Esa es una de las causas por las cuales me fui de Caracas. Corría el riesgo de que la Judicial me viera con alguno de mis amigos del penal, pasara cualquier cosa y me involucraran.

La Dirección de Prisiones me ofreció el cargo de Jefe de Mantenimiento en la Modelo o en San Juan de los Morros. Yo no acepté.

A cualquier persona que caiga presa y tenga que estar largo tiempo en la cárcel, yo le aconsejaría lo siguiente: tratar a todo el mundo con respeto; no estar chismeando a nadie; no tener problemas con las autoridades; si se puede ayudar a otro recluso, ayudarlo; mantener cierta distancia y no dar confianza, sin caer en

la pedantería.

Los presos odian a los chismosos. Hay que tener cuidado con no ser, ni parecer chismoso.

A mí en la cárcel nunca llegaron a robarme nada. Me acuerdo que viviendo en la cocina, dejé un día olvidado en la cama un reloj. Lo encontró un malandro, pero alguien lo vio y le dijo:

—Mira, ¿ese no es el reloj de Pedro Díaz?

—Sí.

—Dame acá ese reloj. A ese hombre no se le roba nada.

Entonces fue y me dijo:

—Mira, ¿dónde está tu reloj?

—Lo dejé en la cama.

—Uno se lo llevaba, pero aquí lo tienes. —El hombre que me entregaba el reloj era también otro malandro. Cuando llevaron a la Cárcel Modelo a los presos del Estado Miranda, yo cargaba un reloj Rolex de oro, con pulsera de cochano, que había mandado hacer en Upata y que pesaba 85 gramos.

Un día voy pasando para el pabellón 1 y estaban varios reclusos de los nuevos, de los llegados de Los Teques. Uno de ellos comentó:

—Tronco de reloj tiene ese tipo. A ese reloj le voy a echar pichón!

—Echale pichón, a ver qué te pasa —le con-

testaron algunos de los presos viejos.

—¿Por qué? ¿Es que ese es muy hombre?

—No es que es muy hombre; es que aquí todos somos amigos suyos. Tú le echas una broma y no alcanzas para nada. Te volvemos picadillo...

—Eso me lo contaron después algunos amigos.

Para mejorar la situación en los penales hay que tratar de no tener al preso tan oprimido. Tratar de parar por todos los medios la entrada de la droga. Cuando los presos están drogados, atracan, se alzan y matan.

La vida sexual del preso es otra cosa muy importante. La falta de mujeres le pega a uno mucho.

Yo cambié totalmente cuando tenía mis visitas femeninas los domingos y jueves. Antes vivía amargado.

Una vez trabajando en la colchonería, estaba que no me podían hablar. Todo me incomodaba. Entonces le dije al compañero:

—Yo me voy para el pabellón; no voy a trabajar aquí. Estoy muy incómodo, tengo una cuestión rara: cuando ustedes me hablan lo que me provoca es pelear. Mejor me voy.

—Mira, anda a la enfermería. Hoy viene el psiquiatra. —Seguí el consejo y marché hacia la enfermería. Un señor de apellido Piñero ha-

cía las veces de secretario de la enfermería. El tenía orden de anotar diez reclusos para cada médico. El cupo del psiquiatra ya estaba completo.

—Oye, ¿por qué no me anotas para hablar con el psiquiatra?

—Díaz, está copado. Ya no puedo.

—Mira, pero al menos logra que pueda yo hablar un momentico con el médico. Estoy muy mal. Me está pasando algo raro.

—No, Díaz, eso quedará para la próxima semana.

—¿Y de aquí a la otra semana, qué puede haber sucedido? —pregunté yo.

—Hazme el favor, chico! —añadí disgustado.

—No puedo...

—Ah! ¿Tú lo que no quieres es ayudarme? Ya tú vas a ver lo que te va a pasar. —Me fui corriendo al pabellón y busqué una daga, que sabía que tenía un recluso y se la quité. Volví a la enfermería. Llevaba la idea fija de matar a ese hombre, pero cuando vengo pasando por el pabellón 2, está un muchacho de apellido Navas Dávila, quien se jugaba mucho conmigo y me dice:

—¿Qué hubo, Pedro Díaz, para dónde vas?  
—No le hice caso.

—Y a este zoquete qué le pasa... —murmura el muchacho.

Yo le brinqué de inmediato, pero hay otros compañeros que me agarran y me llevan para el pabellón. No pasó nada.

Yo les dije: “miren, tránquenme aquí”. Esa fue la salvación, gracias a Dios. A Navas Dávila le manifesté después lo siguiente:

—Te estoy muy agradecido, gracias a Dios, por lo que me dijiste. Esa fue mi salvación, sino yo hubiera matado a ese hombre.

Era tanta la tensión que tenía.

Mientras estuve en la cárcel los presos comunes nunca llegaron a pasar de los 1.700, 1.800. Pero estaban los procesados militares y los políticos. Yo tenía el control de los reclusos que había porque yo hacía arepas y comida, conocía a cuánto alcanzaba la población del penal. Un día me sucedió algo: había un negrito que repartía para la letra C la comida, y la vendía.

En la cárcel había restaurantes y el que no quería la comida de la cocina compraba en el restaurante, pero este negrito vendía la comida de la cárcel. Voy a la letra B y me dicen: “mira, ese negrito trae poca comida. Ese negrito está haciendo negocio con la comida”.

Cuando vengo pasando por el pabellón 1, que

voy a la cocina, a ver cómo andaba todo, yo estaba pendiente de todas las letras para que no me llamaran la atención, porque si le faltaba la papa a los presos o era poca la alimentación, me amonestaban de inmediato, está un colombiano sentado en el suelo con un paño y el negrito está cerca. Le digo entonces al muchacho:

—No vendas la comida de los reclusos, me reclamaron que tú les llevabas poca comida porque la vendes. No la vendas, si sigues vendiendo la comida te voy a quitar el trabajo. —El colombiano dice: “Este es un muerto de hambre”. El colombiano estaba recién llegado y no sabía quién era yo. Sigo para la cocina. El colombiano está esperando un vaso de café con leche que ha mandado a buscar. Yo no le hago caso porque ando apurado con mi trabajo. El colombiano se ha ido por el lado mío y yo no me doy cuenta. Cuando entro en la cocina —hay un comedor para los oficiales y los empleados de la cárcel— le traen el café al hombre. Cuando oigo de pronto que dice:

—Déle ese café a él; que se lo tome! El tiene más hambre que yo!

Rápidamente veo que el colombiano tiene un paño y debajo del paño tiene una daga. Ellos le tiran el paño a uno y entonces le meten el cu-

chillo. Esa cuestión a mí, moralmente... Tomarme ese café así, me caía muy mal. Ando desarmado, veo para todas partes. No hay nadie.

—Bébase ese café! —gritó el hombre. El café estaba caliente. Yo agarro el vaso de café y lejos de tomarlo se lo echo en la cara. El se puso a sobarse los ojos porque el café lo dejó ciego, lo agarré y le quité el cuchillo. Entonces llamé a un oficial y lo metieron al tanque.

Después el hombre me mandó a pedir perdón; que lo perdonara; que lo mandara a sacar del tanque. Entonces hablé con el director y le dije: sáquelo.

—Pero, ¿no tuvo un problema con usted?

—No, no, doctor, sáquelo. No, no. No importa. Sáquelo. —Y lo sacaron. Ahí mismo llegó el colombiano a pedirme disculpas; que lo disculpara... Yo no le iba a hacer nada. —Yo creía que usted era más zoquete —me dijo. Después fue íntimo amigo mío.

Las dagas las fabrican en la cárcel, en los talleres de herrería.

Cuando yo entré en la cárcel, la cama del preso era una lámina de acero con colchón, un hueco y una cadena. Para uno cerrar la cama lo único que hacía era encoger la cadena y meterla en el gancho y ya la cama quedaba lista,

y un colchón. Eso era liso, no había dónde esconder nada. Las camas ahora son de hierro, con resortes. Entonces, ese pasador que tiene la cama es un chuzo. La pata de la cama que es triangular, proceden a amolarla y sacan dagas, cuchillos, chuzos y hasta espadas.

Creo que para eliminar las dagas y los chuzos, lo mejor son las camas literas hechas con una lámina de acero y un colchón. Esas eran las camas que había cuando yo entré a la cárcel. Después fue que inventaron las camas de hierro que ponían dos, una sobre otra, porque había mucha gente y entonces así ocupaban dos o tres un calabozo. Antes los calabozos eran individuales. Uno solo, en su calabozo, tranca su puerta y se pone a leer. Pero en una sala colectiva, con tantos presos, siempre hay problemas.

Al preso hay que darle trabajo, porque la ociosidad no es buena consejera. La vagancia agiliza la imaginación y se inventan cosas muy malas. Siempre me recuerdo que cuando estábamos trancados en los calabozos fabricamos una llave con jabón y salíamos para los baños, cuando no pasaba nadie por el pasillo. Nunca llegaron a descubrirnos. Teníamos una lima, compramos una panela de jabón azul y sacamos un molde de la llave auténtica. Con la punta de

una cucharilla fabricamos la llave de jabón y con eso abríamos el candado.

En el 52, algunos presos políticos estaban preparando una fuga y buscaron nuestra colaboración. La idea era irnos todos, a la clandestinidad, a pelear contra Pérez Jiménez. Había mucha gente complicada. Un teniente era uno de los encargados de comandar la operación en la cárcel.

Yo tenía las llaves del pabellón número 1, con las letras A, B, C y D, que era donde vivíamos nosotros los urbinistas; el comprometido en el pabellón 3 tenía otra. Allí residían los procesados militares. En la fuga estaban comprometidos militares, políticos, urbinistas y reclusos comunes, pero de muy buenas condiciones. Se descubrió el plan porque parece que el teniente llegó rascado de la calle y el sargento no le obedeció. Al otro día amanecimos nosotros, cada uno, con dos guardias en cada celda. Ese día las Fuerzas Armadas de Cooperación tomaron la cárcel. El teniente como que estuvo preso.

Pero lo que nunca se supo —al menos no recuerdo haberlo leído— es que todos nosotros al escapar —tanto militares como civiles— nos íbamos a juntar con el capitán Wilfrido Omaña, considerado en aquel entonces como el enemigo

número uno del gobierno de Pérez Jiménez.

El capitán Wilfrido Omaña era quien comandaba la operación desde afuera. Este militar era un hombre bregado. Se había alzado en 1947, por el Oriente, contra la Junta Revolucionaria que presidía Betancourt y fue puesto en libertad cuando Gallegos fue derrocado. Pero cuando comenzó la dictadura trató de alzarse en Boca de Río —por Maracay— en donde fracasó. Nunca le podían encontrar y planificó —según me refirieron en la cárcel— un plan al estilo Urbina para apoderarse del propio Pérez Jiménez y de todo el Gabinete. Parece que al capitán Omaña lo iban a meter disfrazado en Miraflores unos militares que ya estaban en el complot. Y luego, al día siguiente, cuando Pérez Jiménez estuviera despachando con sus ministros, todos serían presos. Si este golpe se hubiera dado y por desgracia, los conspiradores hubieran fracasado pero Pérez Jiménez hubiera muerto, también a ellos le hubiesen calificado de asesinos y bandidos.

Uno de los comprometidos parece que habló y traicionó al capitán Omaña. Entonces Pérez Jiménez se enteró de todo y los oficiales de Miraflores, amigos de Omaña, fueron presos. Sin embargo, él no pudo ser capturado, siguió lu-

chando y tenía otros planes para tumbar al Gobierno.

Tiempo después del fracaso del intento de fuga de la Modelo, el capitán Wilfrido Omaña fue muerto en una emboscada que le tendió la Seguridad Nacional, por Los Chaguaramos, detrás del edificio de Cars. Allí también murió el otro Omaña, Inspector de la Seguridad, quien no tenía ningún nexo familiar, pese al apellido, con el militar.

Me contaron en la cárcel que el capitán Wilfrido Omaña iba a una cita con otro militar, y al bajar de su automóvil lo ametrallaron.

Mucho tiempo después, cuando yo tenía ya como diez y ocho años preso, fueron condenados por complicidad en la muerte del capitán Omaña, una serie de ex-agentes de la Seguridad Nacional, entre ellos Pacheco, Polachini, Soto y otros cuyos nombres se me han olvidado.

Por cierto que Omaña y yo éramos de la misma edad, pues él había nacido el 18 de noviembre de 1922, en Tovar, Estado Mérida.

A nosotros no nos dejaban hablar con los presos políticos, pero los veíamos todos los domingos en la misa e inventamos una fórmula para intercambiar información: una persona designada por nosotros y otra por ellos, hablaban

al llegar al templo y todos los otros presos, nos poníamos alrededor, como si estábamos rezando y los tapábamos. Así podíamos saber qué estaba pasando.

Una sola vez me llamaron a mí a declarar en los tribunales. Mis abogados defensores fueron los doctores Columbo Silva Bolívar y Atilio Rincón.

El doctor Columbo Silva Bolívar era un hombre muy bueno. Los presos lo querían mucho. Un centro cultural en el penal fue bautizado con su nombre. Los dos defensores murieron estando yo en la cárcel.

Después que cayó Pérez Jiménez se hablaba siempre de golpes y conspiraciones. La cárcel estaba llena de rumores. Una noche circuló la bola de que los esbirros pensaban tomar la cárcel y escapar.

El Director, don Julio Ramírez, era muy amigo de todos nosotros. Tenía gran confianza en los urbinistas y nos dio cuatro granadas y cuatro revólveres por si acaso había un ataque a la Modelo.

Nadie sabía que nosotros estábamos armados. Vivíamos a la orilla del tanque, donde estaban los de la Seguridad Nacional. Si esos tipos hubieran intentado escaparse, los hubiéramos

matado a todos. Allí no se iba a mover una mosca.

Hubo un denuncio y la Guardia Nacional se incautó de todas las armas, menos de un revólver, porque cuando yo ví que estaban registrando las piezas, lo escondí.

Cuando don Julio se enteró de que faltaba un revólver, vino con la Guardia.

—Don Julio, aquí está mi revólver —le dije delante de los guardias. El me contestó riéndose:

—A éste, por su cara de zoquete, fue el único a quien no le quitaron el revólver.

Otro episodio que recuerdo siempre es el de un colombiano —uno de esos matones— quien jugando “ajilei” le ganó la mujer a un venezolano. Cuando hubo la siguiente visita, el venezolano le entregó la mujer al colombiano, en su pieza, y desde entonces esta hembra se encariñó con su nuevo “dueño”.

Ese colombiano mató a dos compatriotas suyos. En la mañana uno se levantaba a coger la comida, hacía la cola y el otro compañero se quedaba en el calabozo.

En ese momento entró el colombiano, mató al que estaba en la celda y fue a la cola donde estaba esperando el otro y lo mató también. Entonces señalaron que él había ido a la cárcel

para raspar a esos tipos, porque le habían aseñado a su mamá. No sé si toda esta historia sería un truco para defenderse.

Después, la mujer que se ganó jugando, se enamoró mucho de este hombre y vendió hasta los muebles para defenderlo, Todo lo que ella ganaba —y trabajaba como una burra— era para pagarle al abogado.

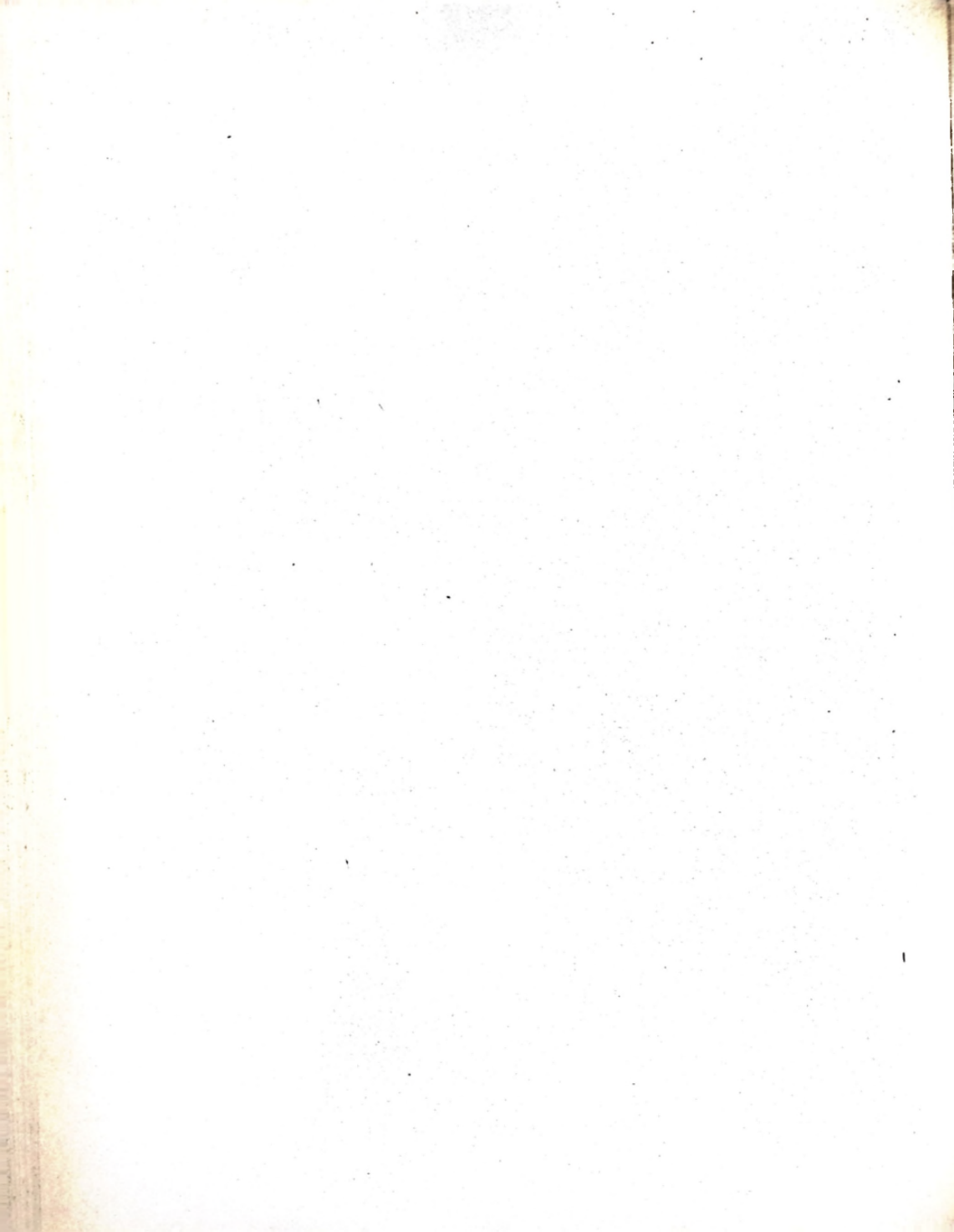
El juicio fue largo, apelaron y en la Corte Suprema de Justicia lo sacó el defensor, argumentando que él había matado a éstos porque lo iban a violar, que por eso había agarrado un cuchillo y los había liquidado.

Entonces salieron los titulares en los periódicos: “No es delito matar, cuando se defiende el honor”.



Con **Ciro Landaeta** y el teniente **Iván Henríquez** doy una vuelta por el célebre pasillo. Los presos de ahora me ven con curiosidad.

VUELVO A NACER



Salí en libertad de la Cárcel Modelo el miércoles 18 de noviembre de 1970, cuando cumplía 48 años.

Había caído preso cuando estaba cumpliendo 28 años, el 18 de noviembre de 1950.

En este año de 1970, cuando dejo la Modelo a las cinco de la mañana, estoy abandonando el pasado, pero entrando con buena memoria y sin odios, en un país nuevo.

Un hijo de mi hermano Cruz, murió el mismo día que me agarraron. Hoy tendría 20 años... Siento una profunda tristeza. Me he inclinado, para salir por una puerta pequeña y al doblarme, he sentido ganas de llorar, porque por fin estoy libre, en un país diferente al que yo dejé cuando entré por esta misma puerta de la Modelo un 24 de marzo de 1951.

Entonces se hablaba de la guerra de Corea; de Mac Arthur, quien anunciaba estar listo para conversar con el jefe de los comunistas chi-



En mi casa de San Gabriel le echo maíz a las gallinas todas las mañanas.

nos. En el Coney Island de Los Palos Grandes, los mozos y las señoritas con muy poco dinero se divertían con unas focas y pingüinos amaestrados.

La dictadura no dejaba hablar de política y la gente pasaba el tiempo viendo “Las Mil y Una Noches”, con María Montez y “Venezuela también Canta”, en el Continental, pero también había otra Venezuela, silenciosa y clandestina que tiraba papeles contra el gobierno, conspiraba y trataba de sacudirse.

En el exterior se llegó a decir entonces —recién preso yo— que la muerte de Delgado había sido el fruto de toda una conspiración internacional. En el Congreso Nacional del Perú, en Lima, un senador denunció que en Barranquilla se había efectuado una reunión de los jefes de la llamada “Legión del Caribe” para acabar con la Junta de Gobierno de Venezuela. Se dijo que el Presidente de Cuba, Carlos Prío Socarrás, había viajado de incógnito de La Habana a Ciudad de Guatemala para adelantar una gran conspiración y liquidar a los dos que quedaban: Pérez Jiménez y Llovera Páez. Se decía también que se estaba recogiendo mucha plata en toda Centroamérica para armar a los adversarios de Trujillo, Pérez Jiménez, Somoza y Perón. El ex-

Presidente José Figueres y el Jefe de Estado de Cuba, Prío Socarrás, desmintieron las noticias, pero de todos modos hubo gran preocupación en todas partes. La vaina estaba revuelta...

Cuando yo terminé de salir de la Modelo y me encontré con mis sobrinos y otros familiares que vinieron a recibirme, yo me acordaba de todas esas historias: Eran como los últimos cuadros de una película que no estaba dispuesto a ver otra vez. Adentro quedaban muchos hombres a quienes yo no podía calificar de ex-compañeros, sino de hermanos. Los reclusos me hicieron una despedida, con una gran fiesta en el centro cultural. Los funcionarios civiles del penal, también me ofrecieron un homenaje.

Un oficial de la Guardia Nacional, al despedirse me dijo conmovido:

—Ven siempre de visita, Pedro Díaz. No necesitas permiso. Tú eres Senador vitalicio aquí.

Entonces no sólo lloraban de alegría mis familiares en la calle cuando me abrazaban, sino que adentro había también gente que sentía la ausencia de Pedro Díaz.

Yo salí de la cárcel sin nada, pues me enteré del día de mi liberación con anterioridad y todo lo que tenía en mi pieza lo fui mandando para mi casa poco a poco. Recuerdo que entre



Después que termino el trabajo en la hacienda, juego ajedrez con los amigos o analizo partidas.

las cosas que saqué estaba un juego de cuarto de caoba, hecho por mí y un escaparate grande. Apenas me quedé en mi calabozo con un traje y una camisa. Hablé con el director, quien era el señor Arturo Ruiz Araujo, gran amigo, y le pedí que me dejara la boleta de excarcelación ya firmada, la noche anterior, pues quería salir en la madrugada para no encontrarme con fotógrafos y reporteros. Yo no quería que me hicieran entrevistas.

Me contaron después que los periodistas fueron buscándome a las seis de la mañana.

Mis sobrinos me dieron una sorpresa: me regalaron un revólver, con permiso y todo para portarlo. No querían que saliera desarmado, pero no lo quise aceptar. Por no desairarlos guardé el arma, pero al siguiente día se las devolví.

Yo no necesito revólver. Me estorbaba. No sabía cómo llevarlo. Me sentía incómodo.

De allí, de la Modelo, me fui al 23 de Enero, en donde tenía a la mujer. Ella estaba embarazada y dio a luz el 16 de enero. Ella es mi amiga, mi compañera; no nos hemos casado.

Unos días más tarde, alquilé una pieza por Lídice y allí estuve tratando de adaptarme a mi nueva vida de hombre libre. Luego viajé a Valencia, a besar y pedirle la bendición a mamá.

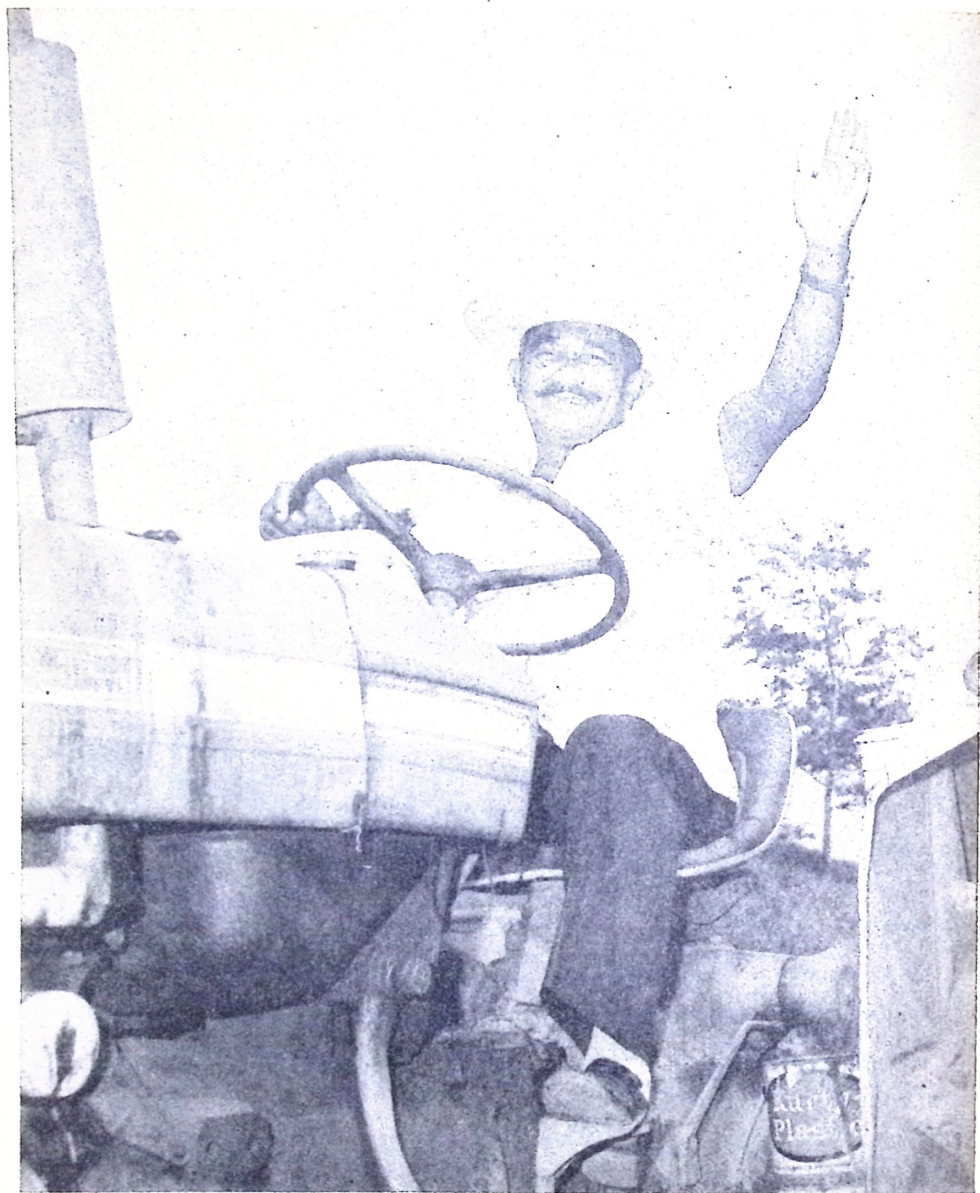
en la cárcel, en el año 1954, le dije que por qué no iba a saludar a Domingo Urbina y me contestó que no iba a saludar a Domingo Urbina porque por él estaba yo preso. Le quité esa idea de la cabeza diciéndole que no era por Domingo, sino por mi propia cuenta que yo estaba ahí, que por el contrario, yo era quien le había pedido a mi compadre que me trajera. Después, quería a Domingo igual que a mí.

Ahora, de nuevo en la calle, leo los periódicos y me intereso por todo. Poder uno ir por donde le da la gana, produce una sensación de felicidad que sólo conocen quienes han estado largo tiempo privados de la libertad. Quien nunca ha estado preso no sabe lo que significa vivir, sin tener que pedirle permiso a nadie.

El Presidente de la República, Dr. Rafael Caldera, ha comenzado su segundo año de Gobierno y ha lanzado la consigna de "crear un clima de confianza, y conseguir que ningún venezolano se sienta discriminado o perseguido".

Ese mismo día que yo salgo libre, el Presidente de la República dice en Maracaibo: "Los venezolanos de nuestra generación sabemos lo que el país ha sufrido y luchado por la consolidación de las libertades de que goza".

Diez guerrilleros ese 18 de noviembre entre-



Allá en Falcón todos me conocen y saben que soy buen trabajador y que no me meto con nadie.

gan las armas y se reintegran a la vida legal, en virtud de la nueva política de pacificación.

Por la superficie de la luna marcha el "Lunokhod", vehículo de ocho ruedas fabricado por los soviéticos, quienes lo manejan a control remoto. 53.000 muertos en Pakistán Oriental por un tifón; más de medio millón de damnificados. Y en México, Cassius Clay dice que despacha al argentino Bonavena antes del cuarto round!

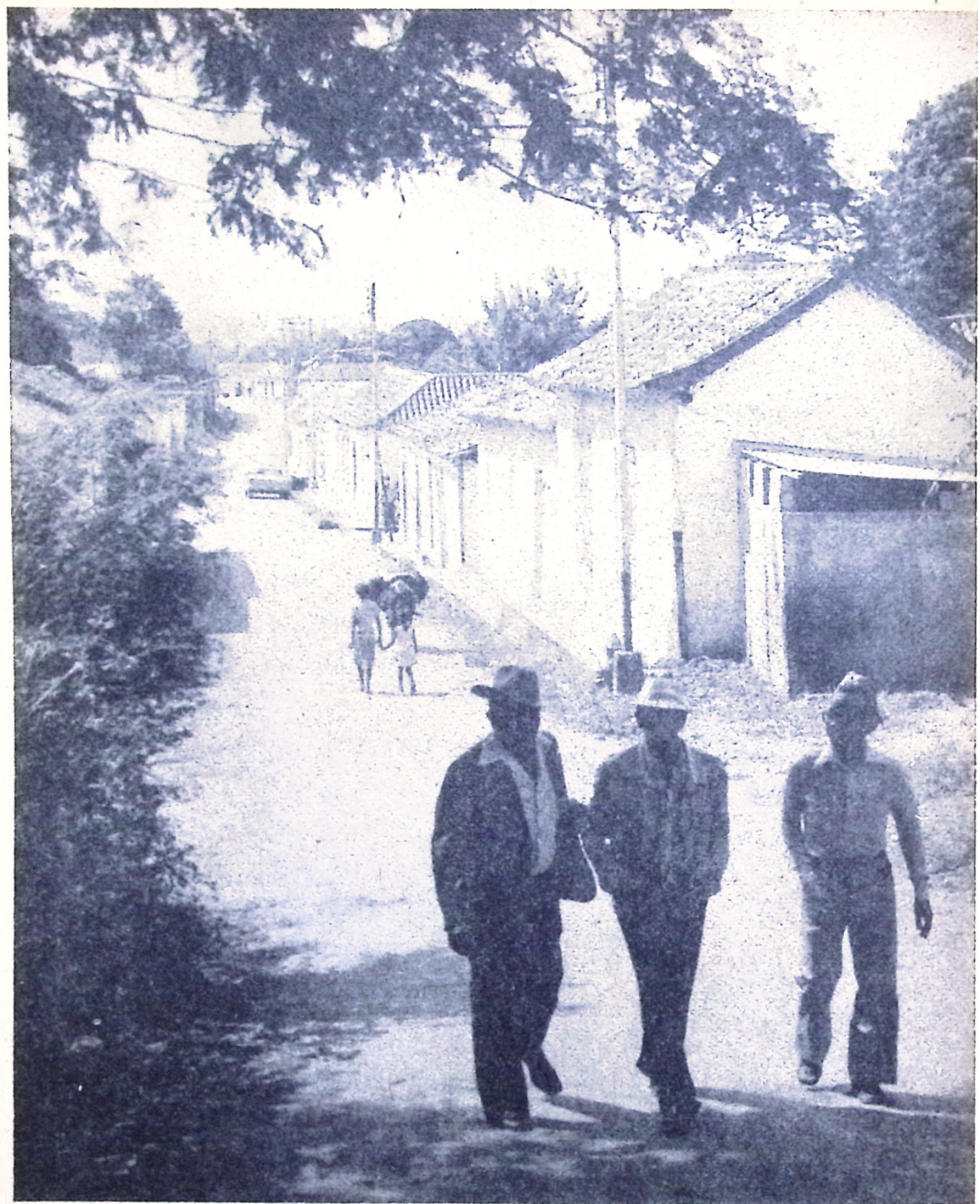
Nuevos hombres están en el gobierno. El canciller doctor Arístides Calvani, en Lima, anuncia que definitivamente Venezuela ingresará en el Pacto Subregional Andino. El Embajador de Estados Unidos, Robert Mc Clintock, visita el Estado Lara y se entrevista con el gobernador, Rafael Andrés Montes de Oca. Parece que firmas norteamericanas están interesadas en hacer inversiones por allá. Se respira desarrollo. Ya todo es distinto.

Hay películas que me gustan mucho: "El Rey del Oeste", "El Botín de los Valientes", "Tora"...

Yo estoy contento! He vuelto a nacer...

Me fui a pasar las Navidades, después de tantos años, a Santa Cruz de Bucaral. Allá estaba mi padre, quien tenía 79 años. Murió un año después de salir yo de la cárcel.

Sentí una gran emoción cuando llegué, des-



Santa Cruz de Bucaral tiene grandes recuerdos para mí.

pués de tantos años, a un sitio llamado Cambuyón y ví esos potreros que tenía 20 años que no los gozaba. Por primera vez conocí la carretera Barquisimeto-Churuguara, pues cuando yo caí preso eso no existía. Había un camino de tierra y uno se echaba hasta tres días de Churuguara a Barquisimeto. Cuando vuelvo, hice el mismo viaje en dos horas.

Subí a El Romero, un alto desde donde se ve Santa Cruz de Bucaral y sentí la brisa de ese valle tan lindo; me dieron ganas de llorar, porque yo nunca me imaginé que algún día me pararía allí de nuevo a ver mi pueblo desde lejos.

Yo me sentía inquieto por el futuro. No sabía cómo empezar. No quería buscar un empleo porque deseaba estar libre; trabajar por mi cuenta. Lo poco que saqué de la cárcel, unos veinte mil bolívares, lo gasté en menos de nada, viajando de una parte a otra. Yo me imaginaba, cuando dejé la Modelo, que los veinte mil bolívares eran un realero, porque yo todavía pensaba como en 1950...

Fue entonces cuando me ofrecieron una casita rural en Santa Cruz. Los amigos me ayudaron. Edmundo Garabán me dio fiada una finca, por cierto muy barata.

También me dieron la mano los Montenegro



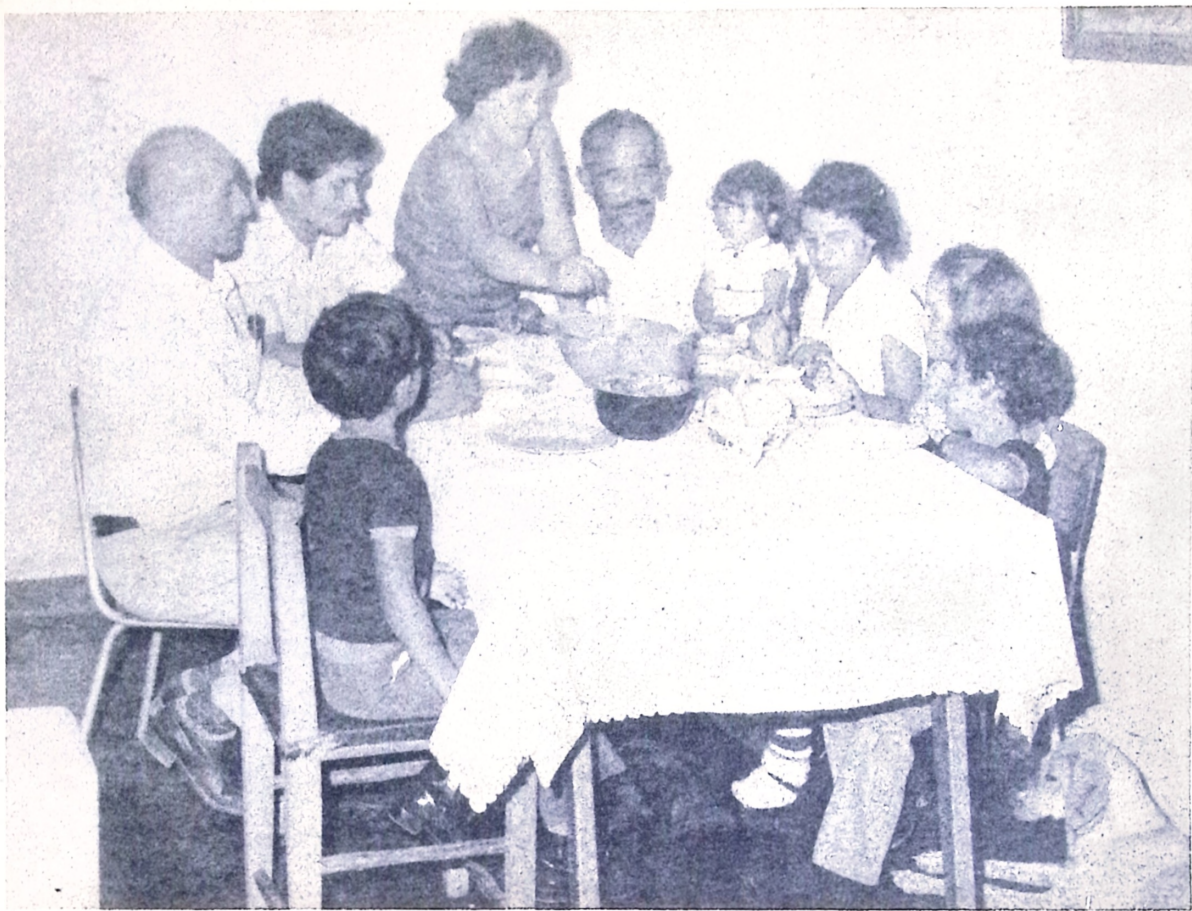
Mi amigo Antonio Medina, quien me acompañó once años en la cárcel. Antonio fue herido cuando la patrulla atacó el auto en la Quinta Maritza. Después lo condenaron. Su hermano Cipriano murió en el asalto.

y Tulio Castillo.

Empecé a trabajar en la finca denominada La Cruz del Medio. Un hijo me ayudaba. Más o menos en el 72 me dio Raimundo Garabán unas cuatro vacas fiadas y comencé a ordeñarlas. Fue una gran emoción para mí, después que estaba ahí, ver que por primera vez tenía unos cuatro animales míos; una yégua que le había regalado mi hermano a mi hija, y comencé a producir, por lo menos, la comida.

Tulio Castillo me dio 50 novillas, fiadas, y toda la plata que fui consiguiendo se la metí a la finca. Pidiendo prestado aquí, pagando allá y me iba defendiendo...

Me preocupaba mucho que cada vez que los periodistas recordaban el caso Delgado Chalbaud, nos presentaban como hampones y bandidos. Y me dolía mucho eso, porque yo estoy en un monte en donde la gente es tan sincera, tan buena y muy distinta a la de la ciudad. Cuando uno vive con gente buena, esas cosas le pegan. Lo único que me consolaba a mí era decir: "bueno, no importa, allá podrán creer que yo soy así, pero en mi pueblo, aquí, saben que eso es mentira. Siempre mi conducta ha sido intachable. Me metí en una aventura militar con Rafael Simón Urbina y fracasé. Eso fue todo. Si ese gol-



Almorzando en mi casa con mi hermano Cruz, la mujer y todos los muchachos.

pe hubiera triunfado yo no tenía miras de pedir nada; solamente quería que se mejorara la vida en el campo, que los agricultores pudiéramos movilizarnos más, que nos dieran oportunidad de trabajar mejor. No vivir oprimidos. Los hacendados tenían que ir a vender un saco de café por veinte bolívares; después el comercio lo vendía a 180 bolívares.

El agricultor tenía que vender el papelón barato, el maíz barato, al gusto del comercio...

Ahorita, pues, gracias a Dios se ha compuesto la cosa, porque no hay ese monopolio como en el 50. Si yo estoy trabajando la agricultura, el banco me da, me paga los gastos, cojo el maíz, vendo y me paga Corpomercadeo. Ahora el campesino tiene facilidades para trabajar. Pero antes, no las teníamos. Trabajábamos muy sacrificados, pisados por el comercio. Y yo el golpe contra Delgado Chalbaud lo ví como una oportunidad para mejorar la vida en el campo. Y gracias a Dios, que por fin todo cambió!

Quien no trabaja es porque no quiere trabajar. El que diga que no hay trabajo es porque es flojo.

Yo todavía estoy en La Cruz del Medio, pegado de sol a sol. Ese era un caserío que tenía ese nombre antes y por eso le dejé como lo men-

taban mis abuelos. Eso está en el Distrito Acosta, Municipio Agua Linda, a 25 kilómetros de Santa Cruz y 20 kilómetros de San Gabriel, en plena Sierra de Coro. En el año 75 se presentó un lluvión y se murieron los becerros trabados por el agua, porque como estoy comenzando no tengo instalaciones especiales. Después se presentó el verano del 77-78 y se me murió mucho ganado. Yo le había comprado a Tulio Castillo 40 vacas a 2.500 bolívares cada una y se me murieron como 15 de esas vacas...

Tengo una finquita también en el Estado Lara, en el Distrito Urdaneta; se llama La Chiquinquirá. Allí siembro hortalizas, maíz, tomates, pimentones, caraotas...

La gente hoy día está muy haragana, no quiere trabajar. Le dan la plata para que se fajen y muchas veces no la pagan; les dan el tractor para sembrar y después salen vendiendo la parcela.

En la Sierra de Coro las tierras son muy buenas para la siembra; son tierras fértiles. El pueblo de Santa Cruz es privilegiado. Lo que usted siembre se le da: café, caña, plátanos, cambur, todo... Son tierras extraordinariamente buenas.

Uno de los lugares de Venezuela que tiene quizás la mejor caña, se llama Santa Cruz. La



En lo que queda del patio de la Quinta Maritza, yo le voy explicando lo que pasó aquella mañana.

única caña que puede competir con la caña de Cuba. Hay grandes extensiones de terreno, no solamente allí sino donde llaman Tapatapa, miles y miles de hectáreas planas con agua para riego.

La gente de Coro es rebelde tal vez por el espíritu revolucionario que llevamos los falconianos. La gente es muy sincera. A los Montenegro, por ejemplo —de quienes ya he hablado antes— les mataron el papá, cuando ellos eran muy niños, un hombre muy poderoso en la Sierra. Ellos crecieron, eran hombrecitos —uno de 18 y otro de 16 años— según dicen, y tiraron a quien ultimó al padre. Se metieron en esos bosques, en donde llaman la Montaña, por el Distrito Acosta, a trabajar, huyendo...

Duraron veinte años escondidos, pero trabajando, comportándose muy bien con todos aquellos que los rodeaban. No los pudieron hacer presos, porque todos los campesinos los protegían. Sentían un gran cariño por ellos.

En aquel entonces llamaban La Nacional a las tropas del gobierno que iban para allá.

—Viene La Nacional!!! —gritaban cuando veían los soldados y sobraba quien fuera en una bestia a decirles. Un elemento que se porte bien, puede estar seguro de que esa gente lo cuida,

pero si echa broma todo el mundo se le voltea. Por eso fue que Urbina no tuvo problemas. Tenía que ser duro para hacerse respetar, porque si no, no llega a ninguna parte. Si un jefe de esos todo lo va a decir a medias, está fracasado. En cambio, el trato y los modales tienen que ser buenos para el semejante y si en una acción un hombre le falla, él tiene que salir pa'lante, porque por algo es el jefe. Los caudillos tienen que hacerse respetar, en la forma que sea, si no a las buenas, a las malas.

Yo respeto las ideologías de cada quien. Yo observo la persona. Lo que piense de política me tiene sin cuidado. Hay un elemento que vive cerca y es amigo mío: Douglas Bravo. Ese es un revolucionario, también de la Sierra de Coro. Él es del mismo pueblo de donde era Rafael Simón Urbina. Las ideologías de Urbina eran muy distintas a las de éste. Urbina nunca quiso estar acogido a ningún partido; él no pertenecía a ninguna agrupación política; él era independiente. Este no. Este tiene su partido y su ideología, pero tiene un gran prestigio también. Ahora, cuando fue a Coro me dí cuenta. Fue a Barinas lo mismo. Es un hombre que también tiene sus méritos.

Una de las cosas más importantes para un

jefe es su trato con los subalternos, porque con mal trato no se llega a ninguna parte. A mí por las buenas me llevan a todas partes, pero por las malas a ninguna.

La leyenda de Urbina, esas historias sangrientas, son propias de aquella época. Ahorita no sucede eso. El Urbina que yo conocí, no era el Urbina que se alzó en Curazao y en la Aduana. El estaba en contra de una dictadura.

Antes, los hombres como que eran más hombres que los de hoy, porque si usted hoy es un caudillo y me dice a mí: "oye, Pedro, vamos a hacer esto". Por un lado me lo dice y por otro voy a delatarlo. En aquel entonces había hombres. En aquel entonces no delataban a nadie. Si no seguían al jefe, puede estar seguro que no lo denunciaban; era muy poco el delator que había. Por eso esa gente siempre salía pa'lante en sus planes. Ahí está, pues, el caso de Delgado Chalbaud. Casi todo el mundo sabía eso en Punto Fijo y nadie dijo que se estaba preparando un golpe militar.

De noche en la casita de mi finca, agarro mis libros y mis periódicos y me pongo a leer.

Hay unas declaraciones de Urbina que aparecen en el libro VICTORIA, DOLOR Y TRAGEDIA y voy a leerles a ustedes algunos frag-

mentos de ese texto. Dice así:

### DECLARACIONES DE URBINA

“Cuando Urbina dictaba las últimas palabras de estas notas autobiográficas, el corrector de ellas se atrevió a insinuarle que cerrase las notas con una declaración final que sintetizara la tendencia que lo ha guiado en la composición de estas páginas. En resumen, aquella declaración fue así expresada:

—Según lo afirman Fossi y Flores, no soy militar ni mucho menos general. Puede suceder que sea así, pero yo, en el año de 13, a la edad de 17 años, tomé la gobernación de Caicara de Orinoco; en el año de 14 tomé al mando de mi tío las fuerzas de vanguardia cuando la pelea en San Luis de las Bocas y en Matapalo; no soy militar ni mucho menos general, pero del 19 al 22 estuve alzado en las montañas de Coro teniendo bajo mi control tres distritos (Bolívar, Petit y Democracia) y sólo con 500 hombres en guerrillas que produjeron muchas bajas al gobierno sin que yo perdiera un solo hombre; no soy militar ni mucho menos general, pero en el año de 28 volví a alzarme en La Vela de Coro y en junio del 29 tomé a Curazao con 50 hombres;

no soy militar ni mucho menos general, pero invadí a Venezuela con una expedición que traje de México en el vapor "Superior"; no soy militar ni mucho menos general, pero en las tres ocasiones en que estuve en campaña, me ví frente a frente con las fuerzas que mandaban las tres fieras del general Gómez y que con todos los defectos que se les imputa hay algo que no es posible discutirles: el valor. Me refiero a León Jurado, Pérez Soto y Eustoquio Gómez. Desde luego que hice todo esto y logré burlar la vigilancia de los esbirros de Gómez porque no soy militar ni general, sino un gran pendejo.

Pero que digan muchos de los que ahora están al lado del general López Contreras gozando de una ínsula pacífica, la barataria que ofrece comodidad y cuartos, si ganaron alguna al lado de Castro o al servicio de Gómez; que digan si no es cierto que los mejores generales venezolanos en La Victoria perdieron ésta con un ejército tres veces mayor que el de que disponía Castro. Desearía que se me dijese en alta voz, esos generales ahora ministros o magistrados de departamentos, cómo es posible que yo no sea un humilde guerrillero siquiera, cuando ellos, los generales, nada hicieron de semejante y como tales!..."

“Y como quien estas páginas arregla preguntase a Urbina cuál era la condición esencial para hacer la guerra en Venezuela o para dominar situaciones difíciles, dijo: —En Venezuela no se necesita ser técnico; lo necesario es saberse amarrar los pantalones. Gómez no tuvo ni siquiera escuela ni Castro tampoco fue un gran leído en cosas militares, y sin embargo el primero subyugó a su país durante 27 años y murió en su cama; Castro gobernó también tiránicamente durante diez años. Lo que es de lamentar y que lamentaremos todos los venezolanos honrados y de buena voluntad, es que aquellos hombres capaces de enfrentarse y de dominar a todo un pueblo, no hubieran sacado de ese pueblo la parte buena de su alma para hacer de ella, con una administración fecunda en bienestar general, el alma nacional que sí la posee el pueblo venezolano en grado excelente”.

“Muchos, repito, fueron sordos a la voz del patriotismo, y cuando un hombre como yo rechazó de plano toda oferta hecha por Rafael María Velasco y Sixto Tovar, y la respuesta fue irme a pelear a Coro, ellos me calificaron de reaccionario y dudaron de mi fe en la Patria”.

—“¿Y en cuanto a usted, general? —No tengo rencores para nadie ni contra nadie; porque si

yo fuera a odiar a todos los gomecistas, me vería obligado a odiar a casi Venezuela entera; el que no sirvió directamente a las órdenes de Gómez, tenía algún pariente cercano que servía en su gobierno. Un ejemplo me es muy ingrato: yo no serví con Gómez pero sí tres tíos míos y dos primos, por lo tanto esos son odios ridículos e indignos de aquellos que impulsando a los venezolanos que se odian, sólo conservan el rencor de no haberle podido servir al presupuesto de la Rehabilitación. Ahora nos toca colaborar con el nuevo gobierno en donde, de la cabeza a los pies, casi todos fueron servidores del antiguo régimen, y si sirvieron principalmente a la causa de la República, no veo yo la razón de esa tendencia a menoscabar la tranquilidad del hogar venezolano”.

“Y quiero que todos los venezolanos sepan que mi único ideal se concreta al bienestar de la patria; que nos unamos todos y contribuyamos a su engrandecimiento. No me llevan a ella ni ambiciones políticas ni orgullos bastardos; sólo quiero sentirme entre los míos, al amparo de la libertad y a la orden de un gobierno que creo merecedor de toda la confianza del pueblo venezolano”. —Esto lo escribió Rafael Simón en 1936. Es un documento para una época, pero hay

una frase que me ha llamado mucho la atención. Es aquella que dice: “Desde luego que hice todo esto y logré burlar la vigilancia de los esbirros de Gómez porque no soy militar ni general, sino un gran pendejo”.

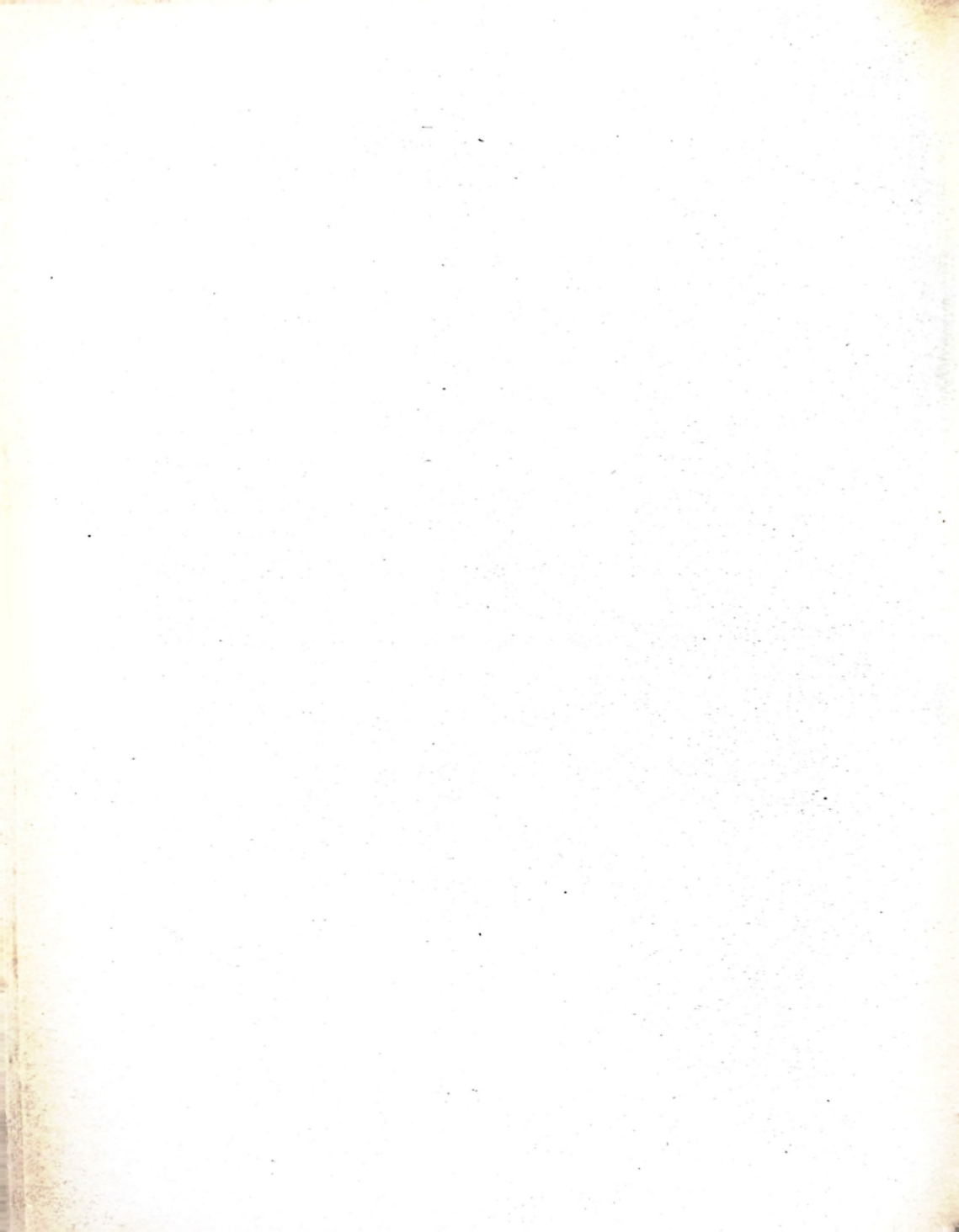
Desafortunadamente para Urbina, ese concepto tuvo vigencia el 13 de noviembre de 1950.

La leyenda negra de este guerrillero no debe hacernos olvidar los grandes esfuerzos que hizo en su lucha contra la tiranía de Gómez; la acción del 13 de noviembre fue un golpe militar contra una dictadura. Todo cambió por mí y las circunstancias que he revelado.

Un día leí que en la tumba de Walter Raleigh están escritas estas palabras:

“Olviden sus defectos y recuerden sus virtudes”.

Carajo!! Me acordé entonces de Rafael Simón Urbina...



## APENDICE

(Documentos relacionados con el general Rafael Simón  
Urbina y el coronel Carlos Delgado Chalbaud)



## APENDICE

(Documentos relacionados con el general Rafael Simón Urbina y el coronel Carlos Delgado Chalbaud)

### LA VIUDA DE DELGADO CHALBAUD, EL EDECAN BACALAO LARA Y LA CONSPIRACION DE DERECHA

JUZGADO PRIMERO DE PRIMERA INSTANCIA  
EN LO PENAL DEL DISTRITO FEDERAL. Caracas,  
veintiseis de febrero de mil novecientos cincuenta y uno.  
141° y 92°.

En esta fecha, siendo el día y la hora señalados para tener lugar el acto de la continuación de la declaración de la ciudadana Lucía de Delgado Chalbaud, se constituyó el tribunal en su casa de habitación, quinta Lois, situada en la Parroquia El Recreo de este Departamento Libertador, en la avenida Puente Chapellín a Country Club. Presente la declarante, señora Lucía de Delgado Chalbaud, ya identificada en autos, y bajo el juramento que tiene prestado, continuó su declaración en los siguientes términos: "Antes de continuar mi declaración, quiero precisar que cuando anteriormente dije que el día de la muerte de mi esposo vi siempre al Comandante Llovera Páez con la guerrera puesta, quise expresar la impresión que recibí al verle llegar a la quinta Mariza, pues en realidad mi atención se concentró en la expresión de su cara.

Después de la muerte de mi marido, sin poder preci-

sar si fue el día anterior o el posterior al del entierro, queriendo conocer cómo habían sido sus últimos momentos y, en especial, si había o no sufrido, fui al Centro Médico y hablé con el Teniente Bacalao, quien me hizo un relato de los sucesos, en el cual me extrañaron dos hechos: Primero su afirmación de que no cargaba balas en su revólver en el momento en que salió de nuestra casa acompañando a mi marido el día del asalto. Busqué la justificación de ese hecho, preguntándole si había tomado ese revólver, por apresuramiento, de entre las armas que tenía mi marido en casa, en el cuarto de los oficiales, las cuales sabía yo que habían sido recientemente limpiadas, y por eso podían estar algunas descargadas. El me contestó que no, que se trataba de su propio revólver. Esa misma afirmación me la hizo hace poco más o menos dos semanas con ocasión de una visita que me hizo, como de despedida. El segundo punto que en mi primera entrevista aludida me ha extrañado, es que me dijera el Teniente Bacalao, que él había estado a raíz del asalto, dispuesto a contemporizar con los asaltantes, con esperanzas de un posible arreglo o pacto, cuando al mismo tiempo me decía que en la cara de mi marido se veía la convicción de la gravedad de la situación y la firme resolución de jugarse el todo por el todo.

“El mismo día de la entrevista, al regresar a mi casa, supe que el Teniente Bacalao, entre las ocho y ocho y media, aproximadamente, de la mañana del 13 de noviembre de 1950, atendió a la única llamada telefónica que hubo esa mañana, antes de que él y mi esposo salieran hacia Miraflores, y habló largamente. Esta información me la suministraron Santos Gozzo, que para ese entonces era mi jardinero, y mi sirvienta de adentro Graciela Malpica. Posteriormente a esta primera entrevista fui nuevamente a visitar al Teniente Bacalao al Centro Médico, y dentro del relato que me hizo en esta oportunidad, me extra-



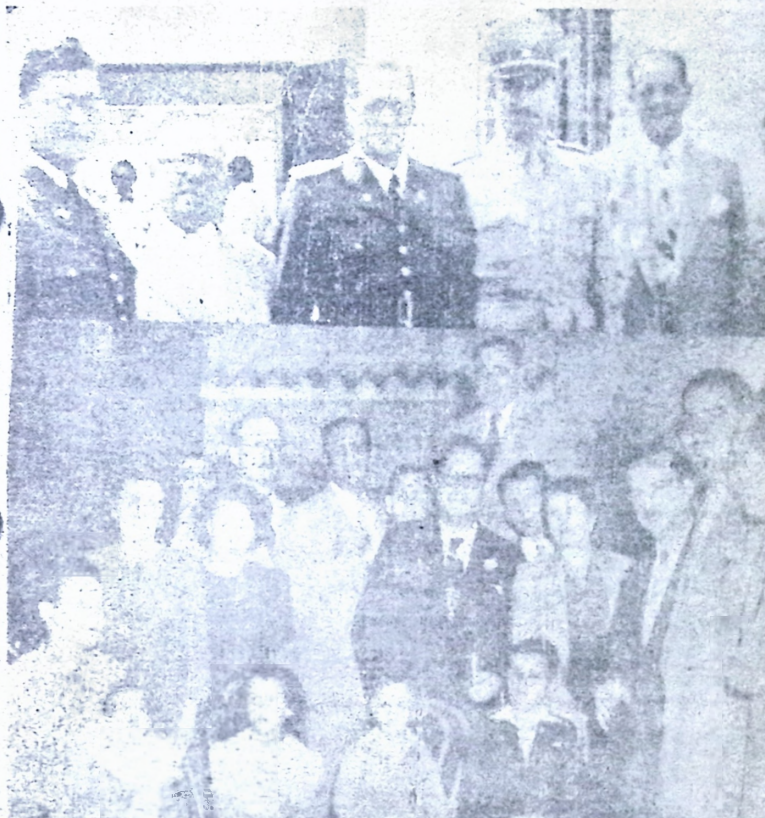
Doña Lucía de Delgado Chalbaud y su hija, el día del sepelio.

ño lo siguiente: Bacalao me dijo que en el trayecto desde el lugar del asalto hacia el lugar de la consumación del crimen, mi marido trató de golpear con los pies para tumbar los revólveres que le apuntaban desde el asiento delantero; y que él, el Teniente Bacalao, pudo voltearse hacia atrás en el asiento delantero donde iba, y agarrar con sus manos las piernas de mi marido, diciéndole: “cálmase, mi Comandante”. Después yo fui una vez a la casa de habitación del Teniente Bacalao, donde hablamos de nuevo sobre los mismos sucesos, notando que no concordaban las diversas versiones que me había dado de aquéllos; y, por último, él vino a mi casa, como he dicho, hace dos semanas.

“En esta oportunidad me contó Bacalao, un hecho de que antes no había hablado: en el momento en que salían del carro en la quinta Mariza, ya herido Urbina y con la pierna sangrante, mi marido, a quien apuntaban revólveres por la espalda, le ordenó a Bacalao que viera y atendiera la pierna a Urbina, y Bacalao tuvo la posibilidad y la libertad necesarias para cumplir esa orden. Habiendo ido yo con posterioridad a los sucesos a la quinta Kismet, próxima a la quinta Mariza, de donde Bacalao, según me han dicho, habló por teléfono para pedir ayuda, tuve oportunidad de hablar con el español, empleado en esa quinta, que atendió al Teniente Bacalao y lo llevó hasta el carro del propietario de la quinta. Dicho señor me dijo que Bacalao le había manifestado que sin la llave del carro, él lo enseñaría a ponerlo directo, a fin de que pudiera llevarlo al Hospital. Al mismo tiempo le preguntó: “¿Dónde está el Comandante Delgado?”. Según me dijo el mismo español, no fué usado el carro, porque en esos momentos llegó una Radio-patrulla, en la cual se fue el Teniente Bacalao. Como durante nuestra vida conyugal mi marido acostumbró comunicarme en breves comentarios sus proyectos, sus preocupaciones y sus actividades, puedo informar al Tribunal sobre algunos de esos comentarios que

DELGADO CHALBAUD,  
ARANGUREN Y URBI-  
NA en una foto de "El  
Heraldo".

Bautizo de los Urbina



Esta foto apareció en el diario "El Heraldo" cuando bautizaron a los hijos de Urbina. La leyenda dice textualmente: "En el hogar de los distinguidos esposos señor general Rafael Simón Urbina y señora María Isabel Caldera de Urbina tuvo lugar el pasado domingo una brillante reunión social con motivo del bautizo de cuatro de los pequeños hijos del general Urbina: Francisco, Julieta, Antonio y Bolívar. Del primero fueron padrinos el doctor Francisco Franco Quijano y su señorita hija Adela Franco Quijano; de la segunda el doctor Juan J. Gabaldón y la señorita Adela Vega Miranda; del tercero el señor general Antonio Aranguren y su hermana señora Carmen de Guillén; y del cuarto el doctor Ramón Ríos González y su esposa señora Petrica de Ríos González. El acto en referencia tuvo lugar en la Quinta London en San Bernardino y a ella concurrieron sus numerosos familiares, amigos y relacionados y un destacado grupo de elementos representativos de nuestro mundo oficial y político. En la gráfica se observan arriba al general Urbina, en compañía del Teniente Coronel Carlos Delgado Chalbaud, capitán Tanayo Suárez, general Aranguren y otros. Abajo, los chicos bautizados en compañía de sus padrinos".

quizás puedan tener relación con los sucesos que se investigan. En primer lugar, al llegar yo de los Estados Unidos el 13 de octubre de 1950, me dijo mi marido, comentando la situación del momento, en esencia, lo siguiente: “Acción Democrática ya no cuenta como fuerza adversa, porque está muy desacreditada. Hay una fuerte conspiración de la extrema derecha, la cual es muy difícil de copar. Este es mi más grande problema actual”.

“Recuerdo que por los años 1946 o 1947, me dijo mi marido que se estaba planeando una invasión desde Centro América, y que él había enviado allí al capitán Carlos Mendoza, para averiguar con Urbina los elementos con que contaba esa Revolución. Con relación al mismo Urbina, me dijo mi marido en una ocasión, que aquel le había dirigido una tarjeta incorrecta, disgustado por no haberlo encontrado cuando vino a nuestra casa a invitarlo a una fiesta; él me entregó esa tarjeta, que yo entregué al comandante Raúl Castro Gómez, después de los sucesos. En esa oportunidad me dijo mi marido que Urbina era uno de sus enemigos, lo que me repitió en otras ocasiones. Entregué también al Comandante Castro Gómez, otra tarjeta, igualmente incorrecta, que dirigió Urbina a mi marido, quien me la entregó para guardársela. Según me dijo mi marido, esa tarjeta le fue enviada con ocasión de devolverle Urbina una suma de dinero.

“Y por último, me contó también mi marido que Urbina se había negado a reclamar sus bienes por la vía legal. En los últimos meses anteriores al 13 de noviembre de 1950, mi marido no mencionó en sus conversaciones a Urbina”. —En este estado, el Tribunal suspende esta declaración, a las siete y treinta p. m., y para continuarla fijará día y hora, por auto separado. —Estuvieron presentes en este acto, el Fiscal del Ministerio Público, Dr. Ramón Armando León, y los Sustitutos del Procurador

General de la Nación. —Terminó, se leyó y conformes firman.

El Juez,

J. E. Muñoz Rueda.

La Declarante,

Lucía de Delgado Chalbaud.

El Fiscal Primero del Ministerio Público,

Ramón A. León.

Los Sustitutos del Procurador

General de la Nación,

José López Borges

Julio Báez Meneses.

El Secretario,

Rolando Mendoza E.

Es copia fiel del expediente.

## TREINTA PREGUNTAS DE LOS URBINA

Después de 29 años de tu muerte, te hacemos esta dedicatoria con el fin de recordarte tal como eras, luchando siempre por la libertad, hombre justo, valiente y honesto, que nunca se doblegó, ni conoció la mentira.

Hoy, a pesar de tantos años transcurridos, aún eres víctima de aquellos que sólo desean oscurecer los hechos de tus grandes hazañas y sufrimientos.

Fuiste producto de una época de violencia, de lucha contra la dictadura, obtuviste la fama de “el más valiente”; “la toma de Curazao”, la llegada del vapor “Superior”, y otros infinitos intentos con el objeto de derrocar la tiranía gomecista, te otorgaron la fama.

Hoy se revive tu historia con tu última hazaña donde sacrificaste tu vida por tus ideales patrióticos. Pero en este momento nadie se pregunta: ¿por qué te quitaron la vida? ¿Quiénes lo hicieron? ¿Quiénes eran tus compañeros en el golpe militar? ¿Cuáles eran las conexiones? ¿Qué había de cierto en las declaraciones de la señora Lucía de Delgado (QEPD) (Copia del expediente respectivo al 13 de noviembre de 1950, página 256): “que el comandante Delgado Chalbaud planeaba para el 24 de noviembre, según Moreno, hacerse nombrar presidente provisional”? ¿Por qué no se habla de las personas que dicha señora expone como sospechosos enemigos de su esposo y amigos del Gral. Urbina (página 256 del mismo expediente)? ¿Por qué quería ella que fueran cambiados los guardias y el propio edecán de su esposo (páginas 243-244)? ¿Por qué su edecán llevaba el revólver sin balas en el momento del secuestro? ¿Por qué el motorizado iba atrás y no delante del automóvil del Presidente? ¿No fue acaso el lla-

mado "Millonario Financista" de este golpe del 13 de noviembre el mismo que colaboró económicamente con varias invasiones contra la dictadura gomecista, entre ellas, según se dice, las del Gral. Román Delgado Chabaud? ¿Cuál era el objetivo de los emisarios enviados por el comandante Delgado al Gral. Urbina a San José de Costa Rica, donde éste estaba exiliado durante el gobierno de Betancourt (en el año 1945). El general Urbina era amigo del Coronel Delgado, incluso iban a ser compadres, el noveno hijo del Gral. Rafael Simón Urbina se llama Carlos. ¿No es cierto que el General Urbina podía entrar y salir de la casa del comandante Delgado sin previo aviso ni antesalas? ¿No es cierto que en el golpe de Estado luego de secuestrado el Comandante Delgado y herido el General Urbina en el pie, se suscitó dentro de la casa un forcejeo entre Urbina y el edecán, quien trató de desarmarlo, y como consecuencia de ello surgieron las heridas del edecán y la lamentable muerte del Comandante Delgado?.

¿Por qué se plantea este hecho como un asesinato a sangre fría? ¿Qué hay del mensaje enviado al famoso industrial pesquero a través de su esposa esa misma mañana del 13 de noviembre, donde le participaba, "el hombre está preso"? ¿Y del mensaje escrito enviado a Pérez Jiménez desde la Embajada de Nicaragua por el General Urbina? ¿Por qué se quiere hacer de un golpe político una venganza personal, sin serlo? ¿Por qué plantearlo como de índole económica, si el General Urbina era dueño de la quinta donde habitaba en la urbanización de El Bosque y de propiedades en Bogotá, Barranquilla, además de todo el dinero que dejó en todos los bancos en dólares? ¿Por qué plantear una impulsividad sin objetivos, siendo como era el Gral. Urbina, luchador contra la dictadura? ¿No estuvo casado durante 17 años dedicado a su hogar, esposa e hijos; a pesar de las cantidades de proposiciones recibidas para conspirar contra otros gobiernos? ¿Por

qué se ha querido dar un cáriz de asesinato a un golpe de Estado donde accidentalmente perdiera la vida el coronel Delgado Chalbaud?.

¿Por qué no pensar en las condiciones en que fue asesinado el Gral. Urbina estando herido en el pie, preso, indefenso, desangrándose, y por lo cual le era imposible escaparse? ¿Por qué no pensar que cuando la viuda de Urbina salió de la Embajada de Nicaragua lo hizo por voluntad propia y porque se consideraba inocente? ¿Por que no pensar que la viuda de Urbina, siendo inocente estuvo 7 años presa e incomunicada en la Cárcel Modelo de Caracas y de Los Teques, en estado de gravidez (7 meses), sólo por lo que ellos llamaron delito de rebelión, que en aquel entonces dicho delito no existía por ser un gobierno de facto, que al nacer dicho último hijo sufrió un derrame cerebral por las condiciones de cárcel que sufrió injustamente su madre y que como consecuencia de ello murió trágicamente a la edad de 25 años? ¿Por qué al ser puesta en libertad por los tribunales de justicia fue hecha presa e incomunicada en su propia casa bajo las órdenes de la Seguridad Nacional, hasta el 23 de enero de 1958, cuando cayó Pérez Jiménez?.

¿Por qué no pensar que la prisión de su hija María Isabel (15 años) en la Cárcel Modelo de Caracas, siendo menor de edad, sin juicio alguno, duró casi 2 años; que la prisión de los hermanos Rafael Simón y Manuel Ignacio (14 y 12 años), hijos de Rafael Simón Urbina, duró injustamente 2 años, siendo menores de edad y sin juicio alguno; que la prisión de los otros hermanos menores: Joaquín (9 a.), Francisco (8 a.), Julieta (6 a.), Antonio (3 a.), Bolívar (2 a.), Carlos (1 a.) para quienes ni siquiera por un gesto de humanidad fueron perdonados, fueron llevados a un correccional de Los Teques y entregados al C.V.N.; que así mismo para las ancianas tías,

y abuelas presas sin juicio, injustamente, en la Cárcel Modelo; y asimismo al servicio doméstico presos y luego expulsados de Venezuela; así como los demás familiares y amigos sufriendo cárceles injustas?.

¿Por qué no pensar en que luego de todo esto los diez hijos del Gral. Urbina, junto con las dos ancianas tías fueron expulsados de su patria por el gobierno de ese entonces, sacándolos en un avión expreso desde La Carlota a Colombia, sin recursos económicos, ya que todos sus bienes fueron expropiados por el gobierno?.

¿No hubiese sido mejor pensar que todo ello fue injusto, ya que todos eran inocentes y fueron víctimas? ¿Cuál es la atención de aquel gobierno de dejar a la viuda de Urbina presa? ¿Para que no hablara? ¿Por qué cuando ella pidió que fueran citados Pérez Jiménez y Llovera Páez, fue incomunicada en la misma Cárcel Modelo en el “Calabozo del Olvido”, donde estuvo con luz artificial por tiempo indefinido, y que por consecuencia de ello la viuda de Urbina padece de una artritis reumatoidea y está postrada inválida en una silla de ruedas?.

Hoy, después de tantos años y de éstas y tantas injusticias, atropellos, vejámenes sufridos por la familia del Gral. R. S. Urbina, rogamos a Dios por su eterno descanso, y que sus hijos, nietos, bisnietos y demás familiares, puedan vivir en paz y alejados del rencor, del odio, de venganzas; para que continuemos su trayectoria de hombre de bien.

Su viuda: María Isabel Caldera Vda. de Urbina.

Tus hijos: Dra. María Isabel Urbina de Arocha, Dr. Rafael Simón Urbina, Manuel Ignacio Urbina, Joaquín Antonio Urbina, Dr. Francisco Antonio Urbina, Dra.

Julieta Isabel Urbina, Antonio Simón Urbina, Bolívar Ramón Urbina, Carlos Alberto Urbina y Simón de Jesús Urbina (fallecido).

Tus hijos políticos: Dr. Rubén Arocha Echenagucia, Dra. Griselda Quintero de Urbina, Imara Hernández de Urbina, Simona de Urbina, Patricia Jenkins de Urbina, Mabel Santana de Urbina y Marlene Oliva de Urbina.

Sus nietos: María Isabel Arocha de Estrada, Matilde Isabel Arocha de Van der Biest, Rubén Jesús Arocha, Adelina Isabel Arocha, Rafael Simón Arocha, Rafael Simón Urbina Quintero, Javier José Urbina, Katerina Urbina, Francisco Antonio Urbina Jenkins, Rafael Simón Urbina Jenkins, Carlos Alberto Urbina Jenkins, Pompilio González Urbina, Julieta González Urbina, Dax Urbina Santana, María Isabel Urbina Gil, Alejandro Urbina, Simón Urbina, Carlos Alberto Urbina Oliva y Rafael Simón Urbina Oliva.

Sus nietos políticos: Dr. Angel Van der Biest Galindo y Dr. Oscar Estrada Angrisano.

Sus bisnietos: María Isabel Estrada Arocha y Matilde Isabel Van der Biest Arocha, demás familiares y amigos. Caracas, 13 de noviembre de 1979. Copia textual del remitido publicado el 14 de noviembre de 1979 en los diarios El Nacional y El Universal.

## URBINA Y ARANGUREN ORGANIZAN OTRA EXPEDICION CONTRA GOMEZ

Atentado en La Habana y mensaje  
de un ministro al dictador.

En 1936 circuló en Venezuela un relato bajo la firma del general Rafael Simón Urbina. Allí el guerrillero cuenta sus andanzas en los últimos años de la dictadura gomecista. Urbina establece contacto personal con Antonio Aranguren en Europa y trata de organizar una nueva invasión a Venezuela.

El doctor Wendehake, otro protector de Urbina, le financia un viaje por toda América del Sur y le paga los pasajes para Europa.

Para mayor conocimiento de la vida del guerrillero, insertamos fragmentos de esta historia.

Urbina siguió hacia la costa del Mediterráneo que tanto cantó Blasco Ibáñez en sus novelas que son verdaderos poemas de la realidad y de la generosidad que suele ofrecernos la vida, cuando no somos melindrosos y tercos; estuvo en París y Niza y aquí habló con el general Aranguren: desde que llegó al hotel los gastos corrieron por cuenta de Aranguren; enseguida lo puso Urbina en cuenta de sus esperanzas; fletar un barco y comprar un parque y de acuerdo con el Comité Revolucionario Venezolano en París, atacar de nuevo al gobierno de Gómez. . . El general Aranguren llamó entonces al general Ortega Martínez para consultarle, y cuando estaban en camino de madurar una línea de conducta, se presentan al hotel dos detecti-

ves y de buenas a primeras interrogan a Urbina en forma no habitual: —Parlez vous Francais? —No. —Parla italiano? —No. —English? —No. . . y confundidos aquellos trilingües que como el famoso personaje de Eca de Queiroz, en el Epistolario de Fradique Méndez, estaban despatriotizándose a fuerza de hablar lenguas extranjeras, resolvieron, en el francés de los suburbios que sí entendía Urbina o por lo menos había oído frases crudas a los choferes en Francia que no son tan cultos que digamos, preguntarse: —Qué carajo habla este hombre? . . . Y a la pregunta vino la respuesta: —Yo hablo español. Y no había hecho esta afirmación cuando aquellos miserables se fueron en busca de un intérprete, y en tanto estaban en esto, Urbina llamó por teléfono al general Aranguren, y lo puso al corriente de todo; a lo cual contestó Aranguren: —Pague la cuenta, diga que se va del hotel y salga inmediatamente para España.

Pero dejemos que la odisea sea narrada por el propio Urbina: Enseguida recogí toda mi ropa y me fuí a la estación del ferrocarril rumbo a España. . . Llegué a Hendaya, pasé a Irún y tomé el tren de Madrid y aquí en la capital del mundo castellano, fuí recibido por el señor Adriano Riera que me llevó al hotel Nacional, y rendido del viaje tan agitado me acosté a consultar con las almohadas. A las siete y media de la mañana el hambre me acosa; toco el timbre para que me sirvan el desayuno y acude una anciana arrebujaada en mantas y con muchos remilgos me dice: —Señorito, no escandalice! Y como le hiciese saber que no estaba en mis costumbres escandalizar a nadie, que lo que deseaba era el desayuno, ella me contestó sonriendo: —Acuéstese usted, pues todavía no es la hora del desayuno. . . Eran las ocho y media de la mañana, me asomé al balcón y en Madrid parecía que fueran las 2 de la madrugada, tal era el silencio que había; y como el hambre me acosara, vuelvo al timbre y la mis-

ma señora viene a mi habitación a repetirme que no debo tocar, y que era necesario esperar hasta las diez!... —Me mudo, señora... —Pues múdese usted. Es costumbre en Madrid desayunar a las diez, almorzar a las tres de la tarde y cenar a las diez de la noche. Y de nuevo me aconsejó que me acostara...

A los tres días de estar en Madrid conocí al gran revolucionario doctor Alberto Smith y también al entonces estudiante J. Dascoli y al poeta Arvelo Larriva. A los dos meses de permanencia en Madrid, pude darme cuenta de la grandeza que en historia y en arte representa España en Europa, pero mi vida se deslizaba sin objeto o por lo menos el objeto de mis andanzas en Europa no tenía solución en España. Y fue entonces cuando hablé con Dascoli y con Arvelo Larriva para que me consiguieran un pasaporte con el Ministro de Panamá en España, y como Dascoli era condiscípulo del hijo de Lazo de la Vega, representante diplomático de Panamá, fui a la casa del Ministro y éste me preguntó el nombre. —Me llamo Pedro José López... —No conozco familia de ese apellido en Panamá. —Quizá porque mi familia no es de "clase" pero sí honrada. Y como me interrogase sobre personas que yo conocía en Panamá, le nombré a los Fábrega, Benedetti, Arosemena, Arias, Porras... y sonriendo agregué: Je, je, doctor, asté... Entonces el Ministro se paró emocionado y me dió un abrazo y me dijo: —Usted es panameño y en seguida me expidió el pasaporte con el cual me fui a París como Pedro José López Jorge, habiendo salido como Juan Crisóstomo Medina... Y cuando en París me acerco a la oficina de mi amigo I. H. Benlelac, éste se espanta y me dice que me cuide porque me pueden agarrar, pues andaban solicitando a Juan Medina!... —Sí, pero ahora tendrán que solicitarlo en la tumba porque Juan Medina murió y en esta nueva reencarnación soy López Jorge...

—Estuve en la ciudad luz, en Bruselas, en Londres y en las principales ciudades de Europa; entre el doctor José Ignacio Cárdenas y yo se estableció un pujilato: él trataba de saber dónde estaba yo, y yo en dónde se encontraba él para que él no supiera en dónde vivía Pedro José López Jorge, ciudadano libre de la república de Panamá . . . Como con León Jurado en las sierras de mi tierra, en Europa burlé la vigilancia de famosos detectives.

En París, fue mostrado a Urbina y a un compañero suyo, una fotografía tomándoles a su salida del Casino de Monte Carlo, por el famoso espía de Gómez: José Ignacio Cárdenas. Fotografía que sorprendió después a los viajeros, pues fue enviada en copias a Caracas y a todas las Legaciones de Venezuela. Es lamentable que Cárdenas esté ahora sin su oficio favorito.

Aranguren me había dicho que esperara un poco; ya me encontraba bien de salud gracias a los solícitos cuidados que me prestara mi honorable amigo el doctor Santos Dominici; y como le insinuase a mi generoso protector Aranguren que deseaba volver a Panamá y que algo que dispusieran me lo podían avisar al Istmo, salí para esta tierra hospitalaria en el vapor "Oregón" y en la oficina de emigración no tuve inconvenientes pues yo era un panameño gracias a la treta en la legación de Lazo de la Vega. Mi situación aquí era relativamente holgada gracias a la ayuda que religiosamente me prestaba desde Europa el general Aranguren. Pero como enfermase de una infección bucal y con fiebre elevada, los médicos me indicaron un clima benigno o frío, y cuando preparaba mi viaje para Costa Rica, llegó deportado a Panamá el doctor Juan José Palacios. . . Entonces los venezolanos que vivíamos en Panamá acudimos a la Cancillería y el Ministro Arosemena nos aseguró que no permitiría la entrega de ningún venezolano a la tiranía.

Salí para Habana en compañía de los señores Ramón Iturbe y Luis Espinosa; pasamos por Panamá y el doctor Wendehake, siempre con la bolsa abierta para toda generosidad nos completó los pasajes para que siguiéramos a Cuba. En La Habana estábamos el 20 de Febrero de 1934. Allí hablamos con el doctor José Heriberto López, comandante Machado, Enrique Acosta, José Ignacio Sánchez, Juan José Latre, los hijos de Rivas Vásquez y López Miranda. Tratábamos de coordinar un plan y fue entonces cuando llegó mi viejo amigo el coronel Carlos Aponte Hernández.

Aponte iba todos los días a mi hotel; cuando necesitaba algún dinero yo se lo cedía y no pocas veces almorzó conmigo; me presentó al comunista Aldereguía, Guiteras y a Torriente Braun; luego me exigió un reportaje y le aconsejé que lo mejor era estarnos callados, y como le hablara con simpatía del doctor Carlos León, se expresó mal de él; y como le advirtiera que hacía mal con los compañeros al escribir y calificar con frases duras al general Arévalo Cedeño y que no nos iría bien en Cuba, se enfureció, me dijo que yo también era caudillo y tambaleándose salió a la calle y me gritó: —Espérame aquí!... Nada me hacía temer la alevosía de Aponte: Salió a las seis y apareció a las nueve y media de la noche; venía en el carro de Aldereguía y descendió en la esquina de San Miguel y al cruzar del hotel dejó a sus dos compañeros; vino hacia mí; me llamó y traía un revólver en la mano; y como el doctor Valero saliese adelante, Aponte lo apuntó, pero aparté a Valero creyendo que Aponte no haría nada, salí a la acera y le dije que guardara el revólver, pero él me invitó a salir hasta la esquina y lo acompañé, pero cuando le dí la espalda para ir hacia la esquina, me hizo el primer disparo en la región glútea derecha saliendo la bala hacia la ingle; caí al suelo y allí me descargó el revólver metiéndome otra bala en la ro-

dilla; también sus compañeros me tiraban desde la esquina...

Ya en el suelo, me recosté en la pared y saqué mi pistola y la puse en tiro como pude y observé que Aponte estaba estirado detrás de una puerta y al asomar la cara, le hice el primer disparo que apenas logró echarle un poco de tierra en el rostro; le entró pavor y salió corriendo; y como yo no le veía sino los pies, le hice el segundo tiro y se lo pegué en la suela del pie derecho... Había mucha gente y mi herida era noble: mi amigo Luis Espinosa que presencié estos hechos en compañía del doctor Américo Valero y Ramón Iturbe, me levantó y trasladó a un hospital de emergencia.

Seguí mal de salud y nunca me faltó la generosa mensualidad de cien dólares que me hacía llegar mi amigo el general Antonio Aranguren. También mi gratitud será eterna para las atenciones que me prestaron el eminente doctor José Ignacio Tarafa y mis amigos Ramón Echeverría, Rodríguez Núñez, Dr. Ibarra, coronel Andrés González de la Rosa y con mucho respeto rindo homenaje de simpatía a don Carlos Mendieta, presidente de la república de Cuba y al coronel Fraga a quienes debo el que se me custodiase hasta mi salida de La Habana para evitar así que los comunistas me asesinaran en el lecho de un hospital. También se portaron como hermanos míos los siguientes venezolanos: Dr. José Heriberto López, Héctor Eduardo Machado, Ramón Iturbe, Luis Espinosa, López Miranda, José Ignacio Sánchez, Juan José Latre, Enrique Acosta, hermanos Rivas Vásquez y tantos otros que se escapan a la memoria.

El "excelentísimo" señor Ministro de Venezuela en La Habana, Dr. Francisco Gerardo Yanes, hombre de una moral especialísima, quien en cierta ocasión amenazó con

un revólver a su anciana madre para que le entregara el dinero que le correspondía como parte de una herencia y no habiéndola alcanzado en esta forma la demandó ante los Tribunales, estableciendo un precedente de honorabilidad y de piedad nunca vista; con el mismo estilo adulón y sinvergüenza con que escribió un folleto bilingüe, en Estados Unidos referente a la toma de Curazao, envió la siguiente carta al secretario privado de la Presidencia de la República de Venezuela, Dr. Urdaneta Carrillo, también meloso besapiés, con la cual creía eternizarse en la Legación o adquirir un ascenso para permanecer en Europa en sus últimos años y así lograr un mejor aprendizaje del espionaje, tan en boga entre los venezolanos llamados "sostenedores del orden y de la Paz":

Legación de los Estados Unidos de Venezuela.

La Habana, 10 de Abril de 1934.

Señor Doctor Enrique Urdaneta Cárrillo, etc., etc.

Maracay.

Mi querido amigo:

Lo abrazo y le incluyo una carta para el General con detalles sobre el lance Aponte-Urbina que tuvo lugar el domingo en la noche.

Lo que menos me imaginaba yo el sábado en la mañana cuando escribía a Ud., en última hora para el correo aéreo fue el desenlace que iban a tener las "Memorias" de Aponte que el periódico "Ahora" había estado ofreciendo desde varios días antes para la edición dominical.

Hay que convenir que Dios vela por el General y que

cuando no son los tiburones son ellos mismos los que se atacan y destruyen. Aponte, aunque los comunistas, sus amigos, lo hayan libertado, no podrá circular públicamente aquí, pues tiene otras cuentas además de ésta con la justicia, y muy probablemente se marchará si no cayere en algún atentado que para cobrarle el apoyo y sustento lo obliguen los comunistas a cometer. Y en cuanto a Urbina, tendrá que irse también, porque a la muestra de lo ocurrido se agrega que los comunistas están en contra de él y pueden secuestrarlo y matarlo. Usted conocerá el panfleto de Gustavo Machado, comunista director, contra Urbina. El mismo Aponte es un líder y tiene aquí muy buenos amigos, como lo ha probado el hecho de que lo libertaron de la policía que lo tenía custodiado en el hospital. Además Urbina ha cometido el error de expresarse despectivamente de Aponte como comunista. Y ahora me tiene Usted a Don Urbina en el Hospital rodeado de policías y de revolucionarios que montan guardia noche y día para que no lo puedan llevar al paseito que acostumbran los bandidos de Chicago. Luego, quedará, si se salva, con la rodilla rota, destrozada por una bala, y si camina quedará cojo. No será más el hombre de Curazao ni el venado coriano que no se puede alcanzar.

Dígale al general que me ha comunicado su buena suerte, pues las amenazas que Urbina profirió contra mí quedan virtualmente desvanecidas con el accidente ya que él tiene ahora que ocuparse de su persona enferma y en peligro si no se marcha pronto de La Habana. Y en cuanto a la misma legación, cuyo peligro de una bomba trato de evitar con mucha vigilancia, está menos expuesta con Aponte prófugo, que era el elemento que yo consideraba aquí más peligroso por sus conexiones y falta de moral. Lo cual no me impedirá estar alerta en ambas cosas.

En fin, el incidente Aponte—Urbina encaja dentro del estado terrorista y de atentados que existe actualmente y del cual dí a Usted cuenta en mi anterior.

Su afectísimo.

(Fdo. F. G. Yanes)

(Hay una nota en el original que dice: CONTESTADA POR RADIO).

Al fin puedo salir de Habana y me dirijo a mi asilo de siempre: el doctor Wendehake que me recibe con los brazos abiertos, me atiende, me cuida y trata de rehacer mi salud.

Varios meses en Panamá y me dirijo a Nicaragua en donde existía una dictadura igual a la de Gómez; un caso lo demuestra: el general Somoza, después de haber almorzado con el general Sandino, después de haber permitido que se tomasen fotografías de un grupo de amigos que no constituían sino una celada, lo hizo fusilar cobardemente, para tomar el poder! . . . Iba yo en un tren desde Managua a Masaya y me encuentro con el cónsul de Venezuela, un tal Manuel Maldonado, natural de Nicaragua. Al presentarnos me dijo que era el cónsul. Dije que hasta en Nicaragua tenía Gómez empleados serviles, y como se extrañara o lo aparentara, le recordé que para servir a Venezuela o para ganarse un sueldo era necesario adular a Gómez. . .

Luego supe quién era aquel hombre, uno de los primeros y más adelantado adulante del tirano Zelaya y un reconocido estafador. Y como me disgustase aquel país inculto, en donde el gendarme o policía es quien dirige la conducta de los ciudadanos, resolví regresar a Panamá, y estando aquí observo el momento que tanto nos preocupaba a todos! . . . Juan Vicente Gómez está agonizando! . . .

URBINA Y EL HOROSCOPO  
GUIA HOROSCOPICA SIMPLIFICADA PARA 1950  
R.S.U. - 28-10-1897 - "SCORPION"

Entre los papeles que la Seguridad Nacional se llevó de la casa de Urbina, estaba un horóscopo elaborado especialmente para el guerrillero.

Hecho curioso es que el color gris era favorable, según la guía horoscópica de Rafael Simón Urbina.

Vestido de gris fue el caudillo al Hotel Falcón a entrevistarse con Pedro Díaz.

Los aspectos a formar sobre este signo sus planetas regentes durante el 1950, son los siguientes:

Enero

Rige Saturno y Urano. Acondiciona la mentalidad para elucubrar proyectos y percibir a distancia las imágenes perfectamente contornadas. Urano es para este signo faro luminoso orientador. Durante una buena parte del año contribuirá a mantener la inspiración en estado latente y acertada en sus actos. Se han de experimentar sacudidas enérgicas que son otros tantos latigazos de vibraciones cósmicas llegadas desde este eléctrico y radioactivo astro. Los sueños especialmente contienen advertencias y mensajes proféticos. Los días 7-8-19-27 son negativos.

Febrero

Lo rige Luna y Neptuno en su primera década. Aspecto movedizo, inquieto y perturbador en aquellos asuntos relacionados con la sociedad, los afectos y la familia. Posibles viajes violentos, desplazamientos requeridos por terceros y relacionados con aspectaciones marcianas. Pe-

ligro de intrusiones, de cometer ligerezas o ser víctima de imprudencias y torpezas de amigos estúpidos. Buen aspecto para tratar con los intelectuales, solicitar ante los poderes gubernativos, sondear opiniones y hacerse interesante. Viene este aspecto reforzado por Mercurio en la última década, ello augura dineros fáciles. Los días 4-19-26, grises y de peligro nocturno. Puede haber agresiones.

#### Marzo

Júpiter y Neptuno. Eclipse solar el 18. Aspecto malo en general para todos los signos, inclusive éste. Agitación cósmica que influye notablemente en los temperamentos sensitivos e hipersíquicos. Cunde el desaliento y el malestar colectivo. Desarmonías temperamentales, choques y distanciamientos inesperados. Desconfianzas mutuas, repelencias. Es un tránsito sujeto a una serie de alternativas dignas de observación y aprovechamiento. Los que mantengan al paio o estén advertidos del fenómeno, sacarán ventaja y provecho de los errores de los demás, de sus acobardamientos y nebulosidad mental, es decir, de la confusión reinante en el cosmos. Para este signo le es favorable este reflejo, pues, lejos de aminorar sus frecuencias y dinamismo, lo impulsa y refuerza; es benéfico para las gestas y empresas de mucho riesgo, lo arbitrario y aventurado, lo difícil, lo punible y fraudulento, todo aquello que esté fuera de lógica y desprovisto de escrúpulos, prejuicios y otras rémoras que frenan energías y abaten los ánimos. Se aprovechará toda oportunidad o circunstancia, por insignificante que parezca, para utilizarla como medio para la persecución de los fines. Los días 16-18-26, excelentes para este signo.

#### Abril

Rige Luna y Mercurio. Aspecto un tanto opaco en los primeros días del mes. Se aclara el horizonte después del 17, que la Luna toma fuerza. El día 2 tenemos eclipse de Luna: no es benéfico el reflejo. Se tendrá que compartir con elementos difíciles de controlar por sus acciones y

ambiciones. Peligro de emboscadas, denuncias y zancadillas. Máximo despliegue de fuerza moral y física. Urano, en los postreros días del mes, aporta luminosidad y chispazos geniales. Resultados favorables se obtendrán por estas fechas en todo cuanto se inicie o emprenda. Luna en conjunción con Mercurio, es indicio que se puede recibir inesperada ayuda del extranjero, aportes sociales y materiales, firmar documentos de alcances para el futuro, etc. Peligros nocturnos en viajes por tierra. Elevación de Destino, señalan los astros por esta fecha.

#### Mayo

Rige Venus y Saturno. El 17, Luna nueva en Géminis. Aspecto sentimental, deprimente y pesimista. No dejarse conducir por opiniones ajenas, ni afectar por las dificultades de los demás. Evitar que el corazón invada la jurisdicción del cerebro. Se procederá sin reparos ni distinguos cuando se consideren lesionados o afectados los ideales o la reputación. No confiarse en los viejos refranes y actuar mirando al futuro sin considerar tradiciones. Desconfiar de los amigos y parientes por estas fechas. Los días 11-13-14-22, malos: muy agitados. Se recibirá alguna grata noticia que compensará a última hora de la agitación traída hasta entonces. Aumento de prestigio y ambiente social.

#### Junio

Luna y Sol gobiernan esta década. Es peligrosa y aventurada, por la exaltación de ánimos y las distintas tonalidades reflectivas planetarias que acuden siempre en el Equinocio o paso del Sol de un Trópico a otro. Remueve y conmueve este reflejo a todos los signos del Zodíaco: al de Escorpión más que a ningún otro, por su excesiva sensibilidad o captabilidad cósmica. Se observará cierta medrosidad y temor a lo oculto; se establecen corrientes misteriosas y llenas de fuerza que nos adentran en mares profundos y oscuros con oleaje agitado profusamente. Se presiente enemigos en las sombras y una angustia pe-

renne va con nosotros a todas partes. Mucha recapacitación es requerida en el actuar, en el hablar, en el pensar, etc. El sol tiene la virtud máxima de impulsar y ampliar. Luna crea espejismos y soporiza, enerva, eleva y miente con descaro único. Para Escorpión, este tránsito de Luna exaltado por el sol, es anuncio de imprudencias y resbalones. Resolver siempre lo importante en las primeras horas de Sol; nunca en la mañana o en la tarde es decir, antes de alcanzar las diez de la mañana y después de las cinco de la tarde. Así todo saldrá bien.

#### Julio

Sol y Marte. Aspecto belicoso, intransigente, acometedor. Se perseguirán enemigos. Buen aspecto para destacarse y hacerse sentir en todos los círculos. Favorece al signo en aquello que tenga relación con lo "castrense", lo religioso, la diplomacia, los tratados secretos, las conspiraciones y las venganzas. No es peligroso el tránsito para el signo, aun cuando sí de repercusiones indirectas, por tener que auxiliar a otros. Los días 6-18-20-25, negativos.

#### Agosto

Rige Saturno y Júpiter. Aspectos negativos para los asuntos relacionados con los intereses materiales, las finanzas, los bienes que estén manejados por extraños y la recuperación de préstamos. Disgustos y desórdenes familiares. Alguna enfermedad o vieja dolencia que se recrudece. Los días 11-13-14-17-29, adversos: de mayor peligro.

#### Septiembre

Luna nueva el 12. Esperar hasta esta fecha para dar impulso a lo que se pretenda sacar adelante. El 26, eclipse lunar; no presionar en nada hasta después del 28. Peligro de ser agredidos a mansalva, reacción de los enemigos, discordias y amotinamientos en las masas. Campañas de prensa, agitación en los Altos Poderes, en el mundo entero. Se triunfa manteniéndose a la expectativa. Facilidad para adquirir ventajosamente bienes inmuebles. Los días 2-4-5-8-13-26-27-28, grises, peligrosos nocturna-

mente.

### Octubre

Rige Urano y Mercurio. Rayos luminosos de Urano con reflejos mercurianos. Gran magnetismo y fuerza de atracción. Dinamismo y energía psíquica. Aspecto inspirativo y de moral muy elevada. Grandes aciertos en ayudas inesperadas de factores lejanos. Descubrimiento de fuerzas misteriosas a su alrededor. Reconciliaciones y afectos correspondidos. Un luto. Los días 11-19-28, grises.

### Noviembre

*Rige la Década Sol y Marte. Aspecto que trae inquietud y desvelos. Se precisará de toda la personalidad para contrarrestar las intrigas y maledicencias, de calumniosos ataques a la reputación y los intereses creados. Actuar sin miramientos. No reparar en consecuencias ni amedrentarse por las amenazas. Tener presente que habrá de hacerse frente a un instante en que todo parece que se hubiese perdido. Es engañoso el aspecto. Unas figuras brotarán de las sombras en ciertos momentos o instantes críticos que dispersarán cuanto signifique peligro. Los días 3-16-19-20, no aceptar convites ni salidas fuera de lo habitual.*

### Diciembre

Neptuno y Saturno. Conjunción de planetas aliados para el mal. Aspecto mórbido, vesánico, incitador de crímenes y robos. Prohija la hamponería y el atraco. Cuidarse mucho. No entablar relaciones ni hacer revelaciones a nadie. No confiarse en las personas que sean adictas a la bebida. Este mes es el peor durante 1950 para este Signo. Se recomiendan las resoluciones violentas para con los enemigos. No hay peligro después del 28.

#### Correspondencias y Afinidades al Signo

Los días sábados y lunes serán siempre los mejores para las empresas de riesgo y aventura. En lo comercial, prefiriéndose siempre los días miércoles y viernes. Es importante que las iniciativas estén siempre bajo el tutelaje de

una Luna en creciente o llena; nunca en menguante.

Como "piedra" astral tiene el topacio y el ópalo; prefíerese el rubí al ópalo, está más de acuerdo con el segundo gobernante del Signo.

Los números cabalísticos son el 8 y el 9, hasta el 11 de Junio; después y hasta fin de año, el 5 y 7.

Prefiérase para vestir los colores claros; nunca el blanco total. Beige y gris marchan de armonía con las tonalidades planetarias superiores.

Pórtese siempre en cualquiera de los bolsillos del traje una lámina o disco de plomo envuelto en una tela cualquiera. Es maravillosa su acción "detentora" y purificadora de fluidos. No es brujería.

En materia de perfumes, se ha de proceder siempre a tono con el medio ambiental. No siempre el mismo. El ambar y azufre marchan bien hasta primeros de agosto; de esta fecha hasta diciembre, cualquier perfume femenino sin extremismos: rosas de Francia o maderas de Oriente.

#### Previsiones

Nunca participar a nadie que se procede de acuerdo con el ritmo estelar. No dar a leer la "Guía" a nadie. Guardarla una vez que se haya consultado. Destruirla en caso de cateo; contiene una información preciosa para quien sepa leer en ella y puede desbaratar planes.

Rodearse siempre de personas nacidas bajo los signos Acuario, Tauro, Leo y Sagitario para cosas y empresas de riesgo y valor. Se evitarán lamentables traiciones.

Se pueden correr aventuras con suerte desde el 22 de marzo en adelante, hasta el 18 de mayo. Después del 5 de Septiembre al 11 de Diciembre. A juzgar por las "trayectorias" de los planetas regentes de esta Constelación, aparecen peligros y sombras; pero sorteados con éxito en los postreros instantes, como le ha sucedido siempre. Poderosas e invisibles potestades surgen en las circunstancias más críticas barriendo obstáculos y alejando enemigos

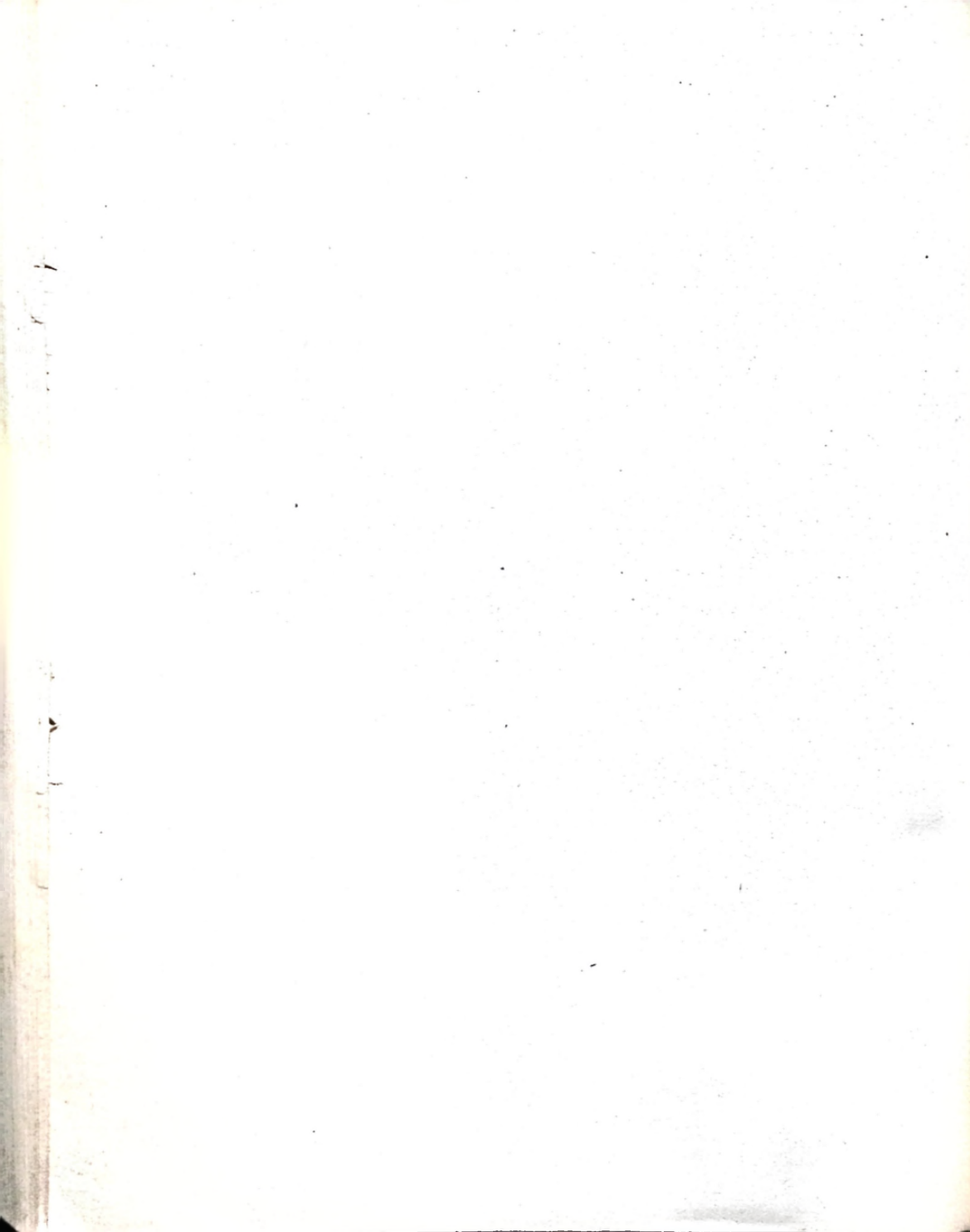
Nunca dejar lo que se emprenda sin terminarlo. Ningún medio es reprobable cuando se justifica el beneficio de todos.

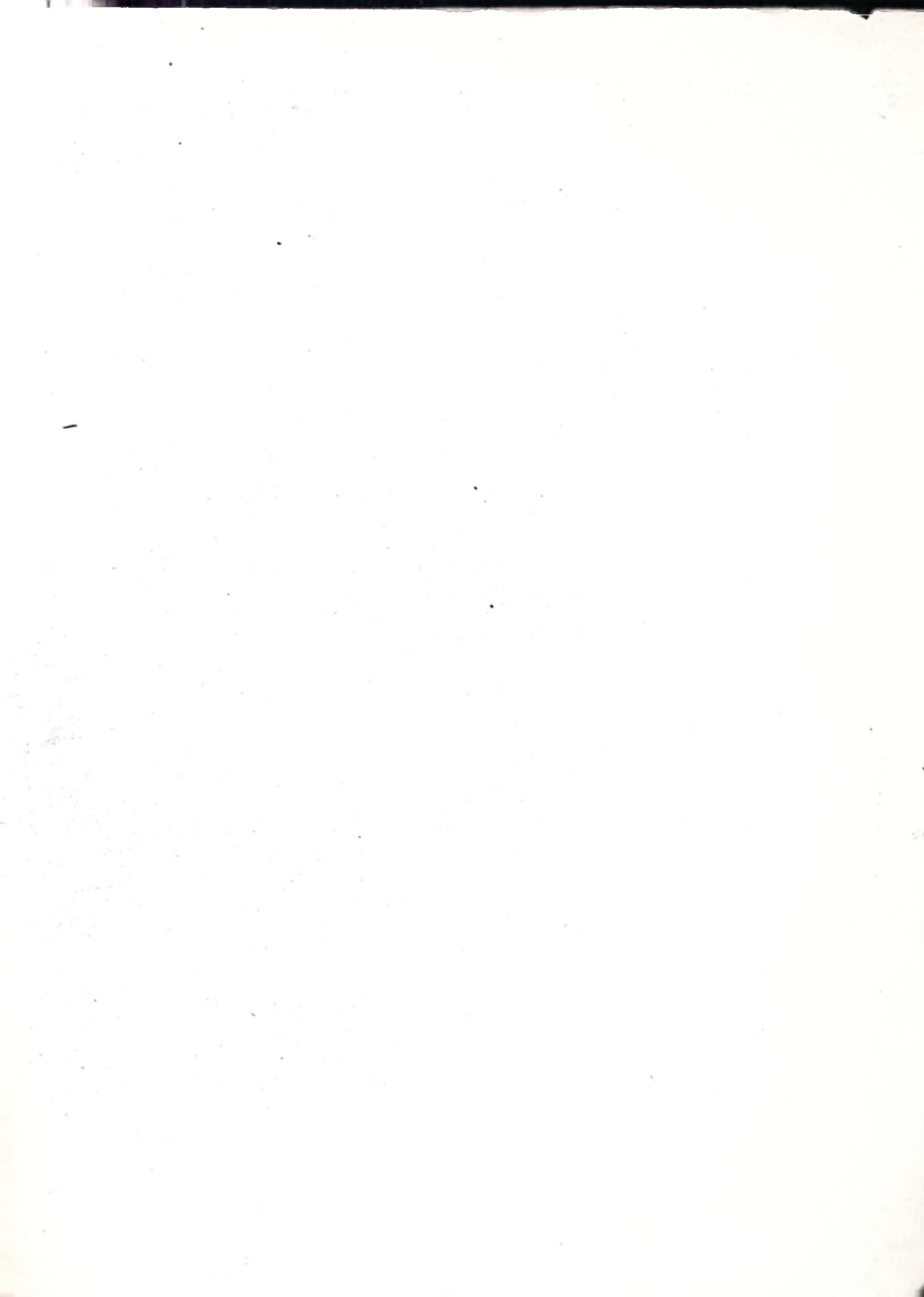
## INDICE

	<i>Pág.</i>
Prólogo .....	5
Espíritus de ayer .....	11
Violencia en la Sierra .....	31
Una familia de valientes .....	49
Conspiración en marcha .....	75
Asalto a la isla de Curazao .....	91
De nuevo en los médanos y sobre los picachos .....	113
Zamuros corianos se desayunaron con carne mexicana .....	125
Un hombre alto vestido de gris .....	155
Urbina prepara complot contra Trujillo .....	173
Fassman lee el pensamiento y Caracas canta "qué mala suerte" .....	195
Confesión de Urbina ante el Nazareno .....	209
Ese hombre estaba enfurecido .....	231
Echen pa'lante!!! Ya la tropa debe estar en la calle..	265
Eramos tres hombres alzados .....	285
La entrevista con Pérez Jiménez y la muerte de Urbina .....	313
Interviene el FBI y me amenazan con ley de fuga...	359
El fantasma de Cumaná y la herencia del comandante .....	401
Historias de la Modelo .....	433
Vuelvo a nacer .....	487
Apéndice (documentos relacionados con el general Rafael Simón Urbina y el coronel Carlos Delgado Chalbaud) .....	517

Ultimo escrito de Gallegos antes del Golpe  
del 48 - pag 78

ESTE LIBRO SE TERMINO DE  
IMPRIMIR EL 20 DE MARZO  
DE 1980, EN LITOGRAFIA MELVIN  
CARACAS





Amades LUP1